

Rhuayna



INGENITO

Este libro es una metáfora. Más allá de las palabras y de los hechos existe una realidad escondida, es importante llegar a ellas con el corazón. La vida es una metáfora y se necesita tener el corazón abierto para descifrarla cabalmente.



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la respectiva autorización del propio autor.

Para comunicarse con el autor escribir al correo electrónico: rhuayn@yahoo.es

Copyright © 1990 by Rhuayna
2002



El Autor.

Novelista, Poeta y Pintor.

Ha escrito cuatro obras:

Ingénito, Nigérrimo, El Secreto de Austral y Transparente.

Nacido en el Perú.

INDICE

PARTE PRIMERA

OSCURIDAD

CAPITULO I	Pág. 6
CAPITULO II	Pág. 15
CAPITULO III	Pág. 32
CAPITULO IV	Pág. 42

PARTE SEGUNDA

DESPERTAR

CAPITULO V	Pág. 48
CAPITULO VI	Pág. 59
CAPITULO VII	Pág. 65
CAPITULO VIII	Pág. 80

PARTE TERCERA

ELIMINAR LO ABYECTO

CAPITULO IX	Pág. 97
CAPITULO X	Pág. 103
CAPITULO XI	Pág. 127
CAPITULO XII	Pág. 142
CAPITULO XIII	Pág. 160

PARTE CUARTA

CAIDA... Y SUBIDA

CAPITULO XIV	Pág. 176
CAPITULO XV	Pág. 207
EPILOGO	Pág. 225

Las conquistas que tenemos que realizar dentro de nosotros mismos, eclipsan toda las conquistas realizadas sobre el planeta.
Las luchas que tenemos que librar en nuestro interior son más aterradoras que aquellas que se suceden sobre la superficie planetaria.

Copyright © 1990 by Rhuayna
2002

Parte Primera

OSCURIDAD

CAPITULO I

La oscuridad lo impregnaba todo. Impregnaba la noción del tiempo y la noción del espacio; como si la vida fuera una sombra perenne y el caos un invento por realizar.

La oscuridad lo llenaba todo. Llenaba al frío y al silencio. Pero... ¿algo se movía dentro de esa inmensidad como un difuso sueño? Sin duda, eso como un sueño, eran unos pensamientos que empezaban a indagar entre las sombras buscando instintivamente algo físico, para ello removían la oscuridad con sutiles manos sólo explicables por la música, tentaban al frío y obligaban a callar al silencio. Esos pensamientos eran míos.

La oscuridad me golpeaba el cerebro hundiéndose dentro de mis neuronas, estimulando, activando sus óptimas funciones o por lo menos las necesarias para ubicarme en la realidad. Abrí los ojos, obedeciendo a un reflejo ya normal, para ingresar en otra oscuridad, mayor, sin vida, sin movimiento; ¿estaba ciego? Y se hizo urgente averiguarlo de alguna manera. Me palpé los ojos; los sentí normales. Volví a mirar, esta vez en torno convencido de que era pasajero lo que me sucedía... ¡Más oscuridad!

Mucha más oscuridad.

La noción temporal y espacial volvía a mí, se acentuaban y tal vez excedían. Ya podía sentirme de espaldas contra algo duro, sin duda contra una roca viva y áspera; había un misterio en ella, un efluvio desconocido y la tenía escondida en el frío de sí misma. Aventuré una mano, palpando alrededor, luego extendí el brazo en toda su extensión, empujé algunas piedrecillas. Ellas al rodar caían indicándome segundos después que allí abajo había agua.

Advertí que me encontraba sobre una cornisa, incrustada en una pared de roca, un poco más ancha que mi cuerpo. Con calculados movimientos traté de incorporarme, sentí dolor en el cuello. Dolor que palpé suavemente en un principio, acentuando la presión después. ¡Ay! Dolor

que consideré poco grave, me permitía mover mi cabeza sin molestias innecesarias. Cuando traté de incorporarme sentí más dolores, manifestados con resuellos en la negrura.

Ya de pie, revisaba, palpaba, tensaba, cada fragmento de músculo. ¡Nada!, mis músculos y huesos estaban indemnes sin contar con las magulladuras de mínima importancia. Y felicité a la suerte de este abismo... Espera, me dije, ¿y el cuero cabelludo? Allí tengo heridas pegajosas que dejaron su viscosidad en las yemas de mis dedos. Son insignificantes detalles, como aquél sabor sanguíneo guardado en el paladar.

Hurgué en el recuerdo... ¡Amnesia! Las numerosas neuronas del recuerdo no tenían pasado. Era importante encontrar una explicación, de los sucesos que me llevaron a esa situación desconocida, allí en la relatividad de las sombras. Era importante encontrar un indicio de vida anterior, una reminiscencia, por ínfima que fuere, para encender los infinitos detalles olvidados. Toda pregunta mía se hundía en el anonimato; toda respuesta engrosaba la negrura del abismo dándole detalles de inexistencia, las ubicaba en la gelidez de la nada.

Dejo a ese oscuro pasado en su propio olvido. Ahora, desde este momento y donde me encuentro, es importante el presente... ahora cuando todas las distancias están sumidas en la oscuridad, cuando todos mis sentidos están envueltos y reprimidos con misterios. Me viene al magín una primera pregunta mejor elaborada: ¿Dónde estoy? Mientras el instinto de conservación me pide mayor cuidado en el precario borde donde me encuentro, busco una solución, ya no de manera ordinaria entre las sombras que me rodean. En realidad, los sentidos recogen la información necesaria del entorno y las trasladan al cerebro; allí, en ese ambiente interior de millones de neuronas, suceden las sensaciones, en espacios virtuales, en espacios ubicados en otra dimensión. El cerebro puede buscar sus propias respuestas sin la necesidad de sentidos ordinarios, puede hacerlo directamente, y eso es lo que me propongo hacer. ¡Adelante!

En el reducido espacio que tengo bajo los pies, me acomodo y cruzo las piernas, poniendo las manos sobre ellas. Durante un corto tiempo, observo mi respiración; la siento normal y pausada, sé que el fluido que airea mis pulmones tiene dentro de sí un aspecto vital llamado *prana*: una sustancia llena de vida y armonía. Enseguida hago que mi respiración se haga profunda; me gusta esa lentitud y la paladeo íntimamente; inspiro... inspiro. Mientras mis ampollas alveolares intercambian los gases

respiratorios, mi masa encefálica o mejor dicho mi corazón o ambas a la vez, encausa una poderosa corriente biomagnética y síquica que nace dentro de mis gónadas sexuales. De aquí, por dos axones luminosos dentro de la médula espinal, sube hasta el cerebro, donde se sucede una magnífica sinapsis general, cuya luz ilumina todo mi organismo físico. Sin demora otros dos filamentos axonales descienden desde el cerebro hasta el corazón, y me llevan a un estado combinado de sueño y de profunda vigilia. El corazón es la residencia de un cerebro, cuya lógica muy propia, diferente al encefálico, tiene el raciocinio provisto de un escondido abstractismo, muy evidente para quién sepa manejarlo: Me refiero a la intuición. Al llegar la poderosa corriente biomagnética y síquica al corazón, también es exhalado el fluido respirable junto a sus desechos gaseosos.

La profunda respiración que realizo, todo el tiempo necesario, me abre un universo de tranquilidad, una combinación de sueño y vigilia se va convirtiendo en meditación. Mi objetivo está cerca y viene con un hálito suave de poesía sideral. Ya antes, una poderosa voluntad mía relajó cada músculo, todo órgano, las innumerables células. El pensamiento mismo junto al raciocinio deja de fluir. Esta relajación incluye a la vida misma, a la vida atómica en el que me hallo inmerso. Cuando lo físico y lo fisiológico, cesan sus funciones hasta casi desaparecer, lo síquico irrumpe dentro de la barrera del olvido y la desintegración dentro de la meditación.

Ahora que mi voluntad ha rebasado a todas las facultades físicas conocidas puedo observar mi encéfalo. A aquella fantástica sede de la sensibilidad e inteligencia y el sinfín de facultades que posee. Absorbente órgano este donde cada neurona, en forma individual como un diminuto personaje inteligente y lleno de vida, labora en consuno con sus hermanas, conectadas sabiamente en un entorno de maravillas arquetípicas. Atraveso, de manera virtual o como un diminuto ente etérico, los hemisferios cerebrales y el profundo surco que los divide; no ignoro cada una de sus cisuras, sus lóbulos, surcos más pequeños y circunvoluciones, todos provistos de una atmósfera luminosa. Desciendo rápidamente por el cuerpo caloso, delante del cerebelo, observando con medida curiosidad su vermis. Unos destellos de diámetros universales no dejan de sorprenderme hondamente en las inmediaciones de la glándula pineal; esos relámpagos de luz infinita poseen el aroma del amor, son refulgidos de oro. Así, sin dejar de lado mi sorpresa volteo para observar el lejano

horizonte, allí como una capa nubosa y transparente, la duramadre y su compañera la piamadre son parte de un portentoso espectáculo crepuscular.

Urgida por mi voluntad, mi ampolla pineal empieza a emitir ciertas ondas de luz en todas las direcciones a un mismo tiempo. La ampolla pineal está conectada íntimamente con el corazón y con el plexo sexual, y su luz de manera poco usual al irrumpir en la oscuridad del abismo que rodea a mi cuerpo físico, la limpia, purifica e ilumina. Es un *Fiat Lux*. Entonces ya puedo ver mi entorno.

No me causa sorpresa mi indumentaria: un mono enterizo, calzados y guantes incluido; están hechos de metales sintéticos plasma, cuyo detalle de componentes no puede identificar mi amnesia. No tengo ninguna duda de sus propiedades fantásticas, pues me protegieron de una caída cuya altura no puedo precisar y de otros anteriores albures peligrosos que no barrunto claramente. Mantienen mi temperatura corporal, en la óptima, en una gruta demasiado fría. Ciño algo parecido a un cinturón de metal plástico y elástico, en las que están incluidas tres diminutas máquinas: unos abultamientos con forma de pequeñas cápsulas, que no puedo deducir su utilidad, unas estrías en forma de branquias que supongo sirven para respirar en ambientes sin oxígeno, y diez células dactilares en los antebrazos que con sólo colocar los dedos activan funciones desconocidas de mi traje. La total utilidad del cinturón no la recuerdo y mi extraordinaria visión nada me dice respecto a sus otros pequeños aditamentos que me sumen en la curiosidad.

Es más sorprendente el ambiente que me rodea. La gloria de lo solemne se encuentra en las estalactitas de cristal translúcido, sugiere en el techo abovedado la más fantástica decoración: una infinita cordura de formas siderales desvaneciéndose paulatinamente en la iridiscencia. Columnas estilizadas y adornadas con infinito pavor divino, enmarcan un Olimpo de estalagmitas irradiando fuegos apocalípticos. Toda esa pirotécnica, destella con un eco de música de cuarta dimensión en las aguas del río que corre bajo la cornisa. Arrulla esa sinfonía. Tan absorto estoy, que allá en lo lejos, no puedo permitir que el delirio prismático de un gigantesco arco, huya sin mostrarme sus cristales cintillantes, unos magníficos cristales que emulan a lejanos astros en el espacio. Hay mucho más de abstracto, intermitiendo.

La gruta se agranda, crece. Con mi visión puedo ver nítidamente cómo los matices del espectro radiante de las rocas se alejan hacia los

costados significando que la gruta crece. Un ruido, venido de aguas abajo me indica que un río pequeño se une a éste, más caudaloso; las aguas de esta manera perennizan su flujo, como la sabiduría que se vigoriza fluyendo siempre.

Ya puedo descolgarme de mi incómodo asiento sin dificultad. Alcanzo una orilla que me ofrece un camino seguro mientras algunas piedrecillas caen musicalmente rompiendo la superficie acuosa, esto me da la secreta impresión de que tras ellas está la grata voz de una bella musa. Esa música también me dice que el agua está muy fría. ¿Acaso viene de muy lejos..., del hielo que originó una gota, luego muchas otras hasta dar forma a un hilo líquido? El río parece asentir, añade a la vez filosóficamente que su cristalina gelidez se aventuró en lo desconocido... ¿Desconocido? No, todo tiene peso y medida.

Voy, en la dirección de la corriente. La parte de la gruta donde recobré el conocimiento, queda atrás que ya no lo puedo ver, lo imagino como un pequeño agujero comparado con esta inmensidad de gruta, o como una matriz maravillosa donde nació... o en otro caso como un punto de inicio, sin pasado y sin futuro. En cada fragmento de terreno que piso, me encuentro con aciertos alegóricos eternos, siempre presentes en cada planeta que alberga vida. A medida que avanzo la bóveda continúa ensanchándose en grandes proporciones, el río adquiere más caudal y también el rumor guardado de sus aguas actualiza versos infinitos que dicen que la vida se acerca... Sí, la vida se anuncia, aún efímera pero trascendente. A esto se suma el preludio de las rocas en espera de un acontecimiento sagrado, esto es palpable; también la atmósfera se muestra distinta, dejando brotar de sí efluvios obvios.

Un momento más tarde: no me importa decir si pasó mucho tiempo o poco tiempo, pero es después, el mismo río lleno de algarabía mística anuncia: ¡Vida! ¡Aquí! Incentivado lo busco en el lugar señalado, dentro del agua, en un recodo tranquilo o en un remanso cerca al torrente, pero nada ¡no la encuentro! y continúo buscando en vano en los alrededores. Es algo indefinible, de inmensa magnitud pero invisible, ¿me esta diciendo con esto que la vida se inicia en lo abstracto, de manera tan sutil como divina y anticipa su vitalidad, de la forma como lo estoy sintiendo para más tarde corporizarse, brotando como microscópica yema...?

En algún momento los diámetros de la gruta menguan sus paredes se estrechan y el techo busca reunirse con el piso, aparentemente la gruta se cerrará pronto y no habrá por donde continuar. No es un albur inexo-

nable que tengo que enfrentar introduciéndome al agua del río, algo me dice que continuando con la corriente, ambos iremos por un paso horadado dentro de la roca, como dentro de un tubo. Me mantengo a flote, dejándome llevar por la leve corriente y en su momento, me preparo para una zambullida en lo desconocido; aspiro con toda la capacidad de mis pulmones y enseguida el agua se arremolina contra la roca; espiralando violentamente me empuja dentro de un reducido espacio en forma de delgada grieta. Dificilmente sorteo unas peligrosas salientes de roca que tenían la certera esperanza de atinarme en la cabeza.

La zambullida se prolonga demasiado; pero en el momento de exhalar toda la reserva de aire de mis pulmones la corriente es frenada y yo con ella. Noto que he sido depositado en la parte honda de un quieto remanso e instintivamente nado hacia lo alto donde cierta transparencia me indica que ahí está la superficie. Muy pronto me encuentro en ella gozando de la delicia respirable, ¡atávica realidad orgánica!

Cuando la normalidad vuelve a mis pulmones, braceo para alcanzar la orilla. Una vez allá, comparo las diminutas dimensiones del lago, que no deja de ser un charco en medio de la inmensidad de la gruta; pero que charco, hay tanta agua. No hay comparación entre la gran cueva presente y aquella, que dejé aguas arriba, los bellos detalles que la naturaleza ha depositado en cada una de ellas son únicas y no se repiten, sólo se multiplican. ¡Amor de *kratores*!

Mi atuendo me ha protegido con su excelente impermeabilidad. Solo tengo húmedos el rostro y el cuero cabelludo. El agua es tibia, ya no fría como arriba. Además agradable al paladar.

La presencia de vida orgánica es muy evidente; la siento más real, más próxima... Y me dejo llevar por unos efluvios que manan de un exclusivo lugar de pereza dinámica. Voy inquisitivo y casi enseguida presencia ¡lo asombroso!: ¡Vida celular!, como en los orígenes de cada planeta. Como en los orígenes de lo orgánico. ¿Sucedo acaso, que la vida orgánica proviene de otros cuerpos celestes, allende en el espacio, que ya albergan vida totalmente desarrollada?... ¿y envían, acaso, su preciosa simiente ya disuelta en la energía a través de ondas por el espacio interestelar, ondas en las que viaja todo el archivo genético de una completa y futura vida planetaria?... Y aquí, ¿en estos lugares de penumbra absoluta y abundante agua, se han anticipado las condiciones para acunarlo? Otro río que llega hasta aquí, trae en su caudal más tibieza inspirada por las rocas candentes de algún volcán. Todas las condiciones

para la continuación de la vida, que empezó en algún remoto paraje de la eternidad, en algún antiguo lugar de lo abstracto, están dadas para perennizarse.

Este mundo celular como elemento básico de la vida ya posee notorias diferencias individuales, es inquietante el abundante número de personalidades diminutas que luchan por sobrevivir. Para ellos el bien y el mal son un cuestionario por resolver, y usan una inteligencia que razona al universo... a su propio universo con la limitación que le dan sus diminutos genes, muy dentro de sí mismos. Su inmortalidad las llevará obligadamente a la pluricelularidad, las llevará al desafío que le ofrece la evolución e involución, girando siempre en una rueda de vida y muerte; supervivirá el más fuerte, aquél más apto, el provisto de más inteligencia... y finalmente el más intuitivo.

Me pongo en marcha. La calidez del agua, modera la temperatura del ambiente, la presenta sumamente agradable.

El lago desagua sus sobrantes, que son abundantes, por una pendiente rápida, y por una caída vertical. Aguas abajo, ya existen agrupaciones celulares y son muy frecuentes. Cuanto más avanza uno, puede notar que las características físicas y fisiológicas de las células van cambiando, se van haciendo más complejas, es como si la evolución de manera veloz, metro a metro, las fuera adentrando en el futuro con atavismo pitoniso.

¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que recobré la conciencia? ¿Acaso estoy cansado? En estos momentos para mí el tiempo no significa nada; pero algo en la gruta, o sea, me explico, la constitución molecular de las rocas me sugiere que ha transcurrido mucho tiempo, el necesario como para agotar a una criatura como yo en permanente trajín y sin alimento. Debo descansar.

También, además de descansar, debo averiguar y me doy como tarea necesaria y urgente ingresar en el archivo genético de alguna de las células para enterarme de la manifestación vital que la anima sin la imprescindible radiación calórico-luminosa. En un lugar cómodo, resguardado por unos enormes guijarros solitarios, me tiendo de espaldas al suelo, reviso todos mis músculos, mi anatomía ósea, y mis órganos vitales; las relajo sugiriéndolas sutilmente con una luz azul para que descansen.

Me preparo para dejar mi cuerpo físico, mientras reposa y se repone. Veo que lo estoy abandonando; sí, soy una réplica suya, exacta en

todos sus detalles, etérea y sutil, y me muevo como un ente gaseoso. La lucidez de mis sentidos ha sido aumentada, su percepción es fantástica: no hay barrera que la limite y puedo observar hasta dentro de la intimidad de las cosas nítidamente, por minúsculas que fueren. He superado las leyes físicas que gobiernan lo tridimensional, he roto la increíble barrera de lo trascendental.

Floto suavemente en el aire. Voy a alejarme... ¿qué sucede?: ¡no puedo alejarme! ¡No puedo avanzar...! Lo intento nuevamente con más decisión: es inútil, hay una barrera poderosa, infranqueable; una barrera pensante e inteligente que limita mis movimientos, que también, intuitivo, vigila mis actos y lo asombroso ¡conoce mis pensamientos en detalle! Deduzco que debe conocer mis recuerdos. Así maniatado etéreamente no puedo acercarme al charco, ahora aureolado por una preciosa luz, para investigar dentro de las células. Me queda la única alternativa de regresar a mi cuerpo yacente; me acuesto en él y lo saco del profundo sueño al que lo sometí, acelerando voluntariamente los lentísimos latidos cardiacos y permito que los pálpitos se extiendan por las numerosas ramas arteriales y venosas.

Renuevo la marcha, provisto de nuevas energías. El soterrado incrementa sus dimensiones. El silencio tiene la solemnidad que inspira la epopeya de la vida, la gloria de la existencia.

Un nuevo río brota a través de las entrañas de la roca por la orilla opuesta del remanso y se une al torrente, este que me brinda transporte, ebullendo enigmáticamente y condensando nuevos vapores cálidos. Se conjugan nuevos arquetipos de siempre.

Desde una prominencia rocosa puedo ver que el río desaparece para sorpresa mía. De lo siseante, que fue hasta el momento, se torna sonoro y explosivo para hundirse tragado por un gigantesco agujero en medio de la gruta. El lugar donde desaparece el río es extrañamente plano, diría artificialmente plano, y está circundado por unas salientes rocosas con aspecto de piezas monumentales diseñadas por el viento o caídas desde el techo en lo antiguo. Algunos detalles en la roca y en el ambiente, me permiten deducir que en el camino inmediato encontraré calores extremos. Esto me dice que debo escoger entre ser devorado junto con el río o continuar por parajes candentes y sin vida. Prefiero esta última disyuntiva.

La temperatura ambiental aumenta como súbita fiebre de la misma manera que la gruta se estrecha alarmantemente hasta ¿desaparecer?

Así parece ser cuando la temperatura ya alta, donde nada vivo podría soportarla, cede hasta decaer... y eso me calma.

CAPITULO II

La bóveda crece constantemente. El trayecto por donde me desplazo, ahora, tiene pocos atractivos, irregulares y ondulantes de roca pelada. Trato de recordar algo parecido... lúgubre, sin el menor efluvio de vida. No, no tengo recuerdos.

Cantos rodados encuentro más tarde, son enormes, tal parece que un ser gigantesco estuvo jugando con ellos y luego los abandono al azar cuando se canso de ellos; basta darles un buen empujón para hacerlas rodar gruta adelante. La enorme bola golpea otra y juntas se van ha incrustar en una hondonada...

El tiempo transcurre, intransigente y lento. Hasta que en algún momento oigo el delicado susurro de algún río que corre tras la empinada siguiente. Apresuro mi paso para divisarlo... Y, cuando lo tengo delante ¡es hermoso y vital!; ancho y lento, cálido y cristalino, poético y sencillo. Me pregunto si es el mismo torrente que desapareció sorbida por la roca, camino atrás; e intuyo que es una fracción de aquél. En su lecho, de roca pelada y fina arenisca, están adheridas innumerables plantas de raro primitivismo; sus caleidoscópicas formas me dicen que poseen un ingenioso archivo genético excepto en el color, que no puedo decir lo mismo, porque son pálidas y blanquecinas, poco menos que cristalinas y translucidas.

Las plantas, como en los inicios de una *Era Paleozoica*, flotan como boyas, gracias a unas vejigas llenas de aire y están ancladas, por una larga cinta, al fondo; esta última particularidad permite que no sean arrastradas por la corriente. Presumo que algunas están apetitosas, ¿hace cuánto tiempo que no tomo alimentos? Arranco una de las más cercanas a la orilla, llevo su turgencia hasta mi paladar y la degusto: ¡delicioso!; cierta respuesta de la planta: un leve rechazo a la mutilación o visto de otra manera, algo como una sutil huida, me dan a entender que poseen algunas características propias de los animales; si tuvieran pies o patas podrían correr.

Mientras me alimento, algunos residuos reseco tirados por el piso me afirman que no soy el primero en gozar de este manjar; otra criatura

los dejó caer mientras los consumía. Levanto uno de esos despojos de planta y grito en silencio: ¡fue consumido a dentelladas por filosas fauces de carnívoro! Y me pregunto simultáneamente si no andarán cerca de aquí, esas criaturas. Una breve inspección por los alrededores me pone más tranquilo, no hay otra cosa que la perenne música comunicativa de los vegetales.

La evolución continúa su marcha, y yo la mía. Ella, lenta pero dinámica; la mía, rítmica y serena. Las plantas, pronto abandonan el lecho del río adaptándose a la vida árida de las orillas, se las ve trepando las pendientes rocosas, incrustando delgados aditamentos de su anatomía en las rocas.

En el fondo del cristalino río hay movimiento, la de otros seres de forma alargada y remota, son criaturas plenamente interesantes por sus remotas características morfológicas. Es un elemental inicio de criaturas que veré en aguas adelante y también en terreno seco, mucho más tarde.

Escogidas formas se multiplican gracias a la evolución, la mayoría de ellas se extinguen, la selección natural es implacable y actúa de manera determinante aún en lo diminuto; la anatomía de cada criatura rivaliza con otras o con todas con el fin de encontrar una forma anatómica y fisiológica apropiada. Junto a cualquier piedra zambullida, reptan, ondulan o flotan, anélidos de gigante estructura corporal; conviven de manera pacífica con extraños moluscos. Ambos tipos de invertebrados, no tienen ojos, a cambio han desarrollado poderosos y sensitivos sistemas que los suplen maravillosamente: utilizan ultrasonido y un bio-sonar. Las ondas de ultrasonido les brota de un opérculo en la región frontal del cráneo, allí una pequeña bocina de diminutos cartílagos se encarga de generarlas y la piel es parte fundamental en el funcionamiento del bio-sonar, alojado también en un lóbulo cerebral; además, éste, es termo sensible y puede detectar variaciones insignificantes de temperatura.

La infinidad de organismos animados e inanimados y su desplazamiento evolutivo hacía seres mucho más desarrollados, de manera tan acelerada, me obliga a deducir que todo esto es artificial. ¿Me encuentro en el interior de un vasto experimento biológico? Experimento cuyos fines no me atrevo a barruntar.

Tan improvisado, tan repentino, tan sorprendente e inusualmente rápido, es un movimiento que ocurre a mis espaldas, ¿tan desprevenido estuve?, que, pese a utilizar mi reflejo más rápido, apenas tengo tiempo para hacerme a un lado, cuando una pesada mole de varias toneladas pasa por donde estuve una fracción mínima de tiempo antes dando una

sonora dentellada. La velocidad que llevaba el animal no le permite frenar sino hasta después de hundirse en las aguas. Su próximo ataque me encuentra de pie y de frente, no hay un lugar apropiado como para esconderse o huirle. Pese a su enorme tamaño, engañosamente lento, sus movimientos son ágiles y rápidos. Y ¡ya lo tengo encima! Cuando de un formidable salto me elevo por encima de la bestia y doy una voltereta aérea buscando el lugar apropiado donde caer; pero antes que yo pueda tomar suelo el animal está seguro de cogerme en plena caída. ¡Subestimé su agresividad instintiva y su vehemencia predatoria!, gravísimo error, lo que me puede costar la vida; cada movimiento suyo está matemáticamente dispuesto para convertirlo en su momento en una máquina infalible. Mientras el monstruo trata de cogerme, doy un giro imprevisible y ¡tamaño sorpresa para mí!: inconcientemente brota un rayo eléctrico de uno de mis brazos, dándole de lleno dentro de la enorme bocota. El desconcertado animal recula y yo encuentro el tiempo necesario como para ponerme en guardia. Algo me dice que tiene mucha hambre, creo que es su persistente empeño en convertirme en su alimento. No puedo utilizar la fuerza bruta, es decir, que no puedo emplear de la electricidad que puedo emitir, pues me viene al recuerdo que podría, si lo quisiera, electrocutarlo en una fracción de segundo. Esa ventaja sobre este bruto me obliga a respetar su vida, a causarle el menor daño; a utilizar toda mi agilidad para eludirlo. Este momento es especial para mí. ¿Qué más me trae el recuerdo? Una sensación difusa, extingible si persisto en hacerlo conciente... Después de un corto lapso de estar finteando a la enorme mole reptiliana, me digo que es el momento de que el alimento se le escape y me lanzo a las aguas del río, en larga zambullida alcanzo la parte más densa y profunda; y como lo presumía, la bestia le teme a las aguas profundas, no sabe nadar.

Las cristalinas aguas me permiten escoger el lugar donde debo emerger, tras unas rocas de gran tamaño que sobrepasan escasamente la superficie como pequeñas islas. En la orilla el reptil desgañita su frustración; después de vana espera, se aleja y se pierde de vista rugiendo unos hondos gruñidos con eco. Pienso que la criatura que acaba de irse es una anacrónica realidad: una criatura del Periodo Carbonífero en el Cámbrico... Una realidad perdida en el tiempo y tal vez, también, perdida en el espacio...

Continúo desplazándome hacia el futuro, la flora y la fauna también hacen lo mismo; yo por un derrotero no previsto por mí, ellas por el que

les da la forzada evolución, esta artificial evolución de vivero. La flora está provista y excede sus amplias variedades; la fauna es una insipiente acuática medrando en el interior del río. Curiosamente, viven en el fondo, rarísimos corales, ¡bellísimos!: exclamaría si yo pudiera hablar en voz alta y, además, añadido, ¡qué lo abstracto de los colores se ha convertido en divina realidad. Y sobre ellas, flotando deliciosamente, hermosas medusas de transparente belleza evocan lo celestial en el paraíso de la poesía. ¡Es un mundo de fábula, exótica y virginal!, complementada por muchas otras especies multicolores: inocentes algunas, congénitamente agresivas otras. ¿Qué significado tiene el color en la penumbra absoluta? y pienso nuevamente, que el reptil que se fue, no pertenece a esta época, se ha escapado de un tiempo aún en el futuro ¿pero cómo en este vivero que parece estar controlado estrictamente?. No quiero barruntar alguna explicación sobre su presencia tan temprana, ya tendré en su momento una respuesta intuitiva tal vez sin proponérmelo.

Especies pisciformes de consistencia gelatinosa se alimentan de pequeños organismos, lo hacen con una voracidad insaciable, con un hambre genético; enmarcan una vehemente lucha por sobrevivir. Aquí no hay diferencia en devorar o ser devorado.

Más aguas calientes emergen, entre rocas calientes, burbujeando. Prestan su calor a la vida; está previsto inteligentemente que así sea, por el creador o los creadores de este mundo, como también está previsto la llegada de nueva provisión de abundantes aminoácidos y sales minerales a través de otros manantiales templados. El caudal así aumentado del río propicia la existencia de nuevas criaturas, como esa protegida por placas compuestas, semejante a una diminuta flor, tan pequeña que podría tomar a varias de ellas en la palma de mi mano; nada tocando el fondo muy junto a otras joyas marinas tornasoladas de nácar monocromático, también diminutas, ovalando en su interior un manto exageradamente voluminoso. Y hay muchas más especies de minúsculas criaturas enturbiando el líquido elemento. Y bajo ellas, de trecho en trecho, por sobre los restos abundantes de organismos extintos, se mueven seres pisciformes, cubiertos por una coraza de carbonato de calcio, no tienen esqueleto interior. Aquí el tiempo transcurre relativamente, en dimensiones microscópicas. Las plantas, ahora, más desarrolladas, se esfuerzan con ciclópeo dinamismo; abandonaron el agua y se estabilizan en terreno seco.

La vida desarrollada en completa negrura, en un ambiente de ceguera generalizada, me estimula a buscar respuestas... me inspira a bus-

car respuestas exactas. Las suposiciones de nada me sirven y me veo en la necesidad de encontrarlas en el interior mismo de los seres multicelulares. Cómodamente, en el piso, me relajo totalmente. Cuando toda mi anatomía física está en perfecto descanso, busco la beatitud. Permito que nazcan hermosos susurros de mi garganta, susurros de efecto divino que me llevan hasta la meditación, hasta esa trascendencia indescriptiblemente infinita. Enseguida, ¿enseguida? ¿Cuánto tiempo después es enseguida?, dirijo mi atención a un animalito que huye su fragilidad de la afilada mandíbula dentada de un depredador acorazado; distingo claramente el grotesco pavor suyo que irradia suplicando una anónima ayuda, hasta que finalmente su apresurado avance es detenido por una formidable fuerza despedazante que lo devora: supura agónicos estertores. El victimario no está satisfecho, su presa le ha abierto el apetito en demasía, e implacablemente su inexorable búsqueda por más comida lo empuja hasta uno de sus congéneres, más pequeño que él, para devorarlo... Mi voluntad penetra dentro del resistente caparazón de este último, me adueño de su organismo, pero no de su voluntad, el no lo nota, no podría, no tiene capacidad para ello; siento de manera asombrosa y en detalle el torrente circulatorio y el nervioso, el primitivo sistema digestivo: un experimento de síntesis y reducción, se me muestra graficado en colores y en movimientos de luces, luces y colores provistos de cierta energía vital e inteligencia elemental. Mi interés por el cerebro me lleva a enfocarlo y analizo su primitiva estructura, y como lo suponía, contiene muy pocas neuronas de las muchas que debería tener naturalmente y dependen para su funcionamiento de unas pequeñas incrustaciones electrónicas en el mismo cerebro: estoy presenciando el asiento gobernante de una vida manipulada artificialmente desde el exterior. Existen campos electromagnéticos en este enigmático laboratorio que diferencian y separan los diferentes pasos evolutivos de los animales gracias a esas incrustaciones cerebrales; permiten que estas criaturas vivan una hipnosis congénita, limitada dentro de un universo pequeño, vacío y siniestro... sin salida. Aterra esta sensación de «sin salida». Aquí no acaban las sorpresas incluidas en estos animales, la superficie corporal de cada uno de ellos está compuesta por diminutas células termo fotoeléctricas orgánicas ultrasensibles que detectan cambios microsensibles de calor, luminosidad y sonido; especialmente sonido, porque aprovechan las ondas musicales generadas por ellas mismas, y por cada especie acuática para transformarla inmediatamente en energía de la misma manera que utilizan

el calor del agua y el de las ondas generadas por el campo electromagnético que los rodea. Este pasmoso sistema que utiliza materia prima tan sutil para transformarla en energía que luego será utilizada para mover sus cuerpos y todo su aparato orgánico, incluida la fisiología, posee una firma macabra... una firma ¿de quién?. Los conocimientos utilizados aquí se adentran profundamente en los misterios de la vida, y cada paso en este mundo significa encontrar nuevas sorpresas. Sorpresas asombrosas.

Tengo que encontrar la manera de salir de este lugar. Es una decisión capital, como el de conocer al autor o a los autores de esta fantasía. Por ahora no me queda ninguna otra alternativa que la de continuar caminando, hay ironía en esto, caminando hacia el futuro. Avanzo deprisa por terrenos de vegetación cada vez más alta y abundante. De pronto el río atraviesa entre dos altas paredes rocosas, cortadas a tajo; como no estoy dispuesto a perder el tiempo innecesariamente rodeando el accidente de paredes difíciles de trepar, me dejo llevar por la corriente, el nado me relaja.

Las altas paredes rocosas, como no lo esperaba, se convierten en un interminable cañón. Y también como no lo esperaba, al final del cañón el río con todo su enorme caudal desaparece, como otras veces, dentro de un negro boquete. Intento salir del torrente, pero no puedo: es demasiado fuerte, ha ido en aumento los últimos momentos. Se me presenta la oportunidad, ya en la entrada del ominoso hueco, cuando una delgada saliente de roca se proyecta salvadoramente hacia afuera de la monolítica pared; me aferro a ella vigorosamente con ambas manos y cuando trato de subirme sobre ella ¡se desmenuza!

Una ligera conmoción me lleva hasta unas remolineantes aguas, para seguir luego por un ruidoso resbaladero. Imagino a este lugar como una gruta secundaria, dentro de otra mayor: aquella de donde vine a caer aquí, arrastrado por las aguas. El fragor se incrementa con la rapidez del agua; sobresaliendo en medio de la espuma y frene a mí, peligrosamente, una roca emerge su cúspide grisácea, el vértigo con el que se acerca apenas me da tiempo para evitar estrellarme; paso sobre ella, gracias al impulso de la corriente y a una difícil acrobacia mía. La zona es de rápidos, con peligrosa sucesión de rocas emergentes... una de ellas me golpea, curioso: no siento dolor, pero exhalo todo el aire de mis pulmones y en mi torno se abre la inconciencia con ominosas sombras... hago un supremo esfuerzo para que esto no ocurra, ¡no! ¡Ah, es demasiado poderosa!

Algo gris se aproxima, rugiente, fantasmal. Lo siento lejano, lo distingo incorpóreo, disolviéndose en la inexistencia.

Soy una ráfaga de viento despedido al azar, lanzado a la incertidumbre; desconectado rápidamente de la realidad física. Floto cristalinamente sobre mi cuerpo tridimensional, unido a él por un luminoso cordón plateado; yace boca arriba, sobre una plataforma rocosa, rugosa y acolchonada de moho, con la piel del rostro y del cabello, rasmillados. Lo que instantes antes, en lo tridimensional, era fragor, ecos y agua espumosa, ahora es música con una gran variedad de matices sonoros reunidos. Esos matices sonoros podrían vibrar individualmente, pues tienen esa capacidad y lo harían con exquisita serenidad en un concierto de hadas espaciales. Esos matices sonoros, tienen vida y se les puede ver, en esta dimensión, como a bellas criaturas rodeadas de vitales luces.

Una vez más la poderosa barrera pensante impide que pueda investigar, me limita inflexiblemente junto a mi desmayado cuerpo físico. Sólo me queda esperar que la naturaleza cumpla con su labor recuperativa...

Algunas especies de crustáceos conviven, sobre la roca, peleándose los alimentos que caen con el agua. De los muchos animalitos que conforman este hábitat, el curioso movimiento de uno de estos pequeños seres es ominoso y amenazador, de torpe forma y caminar vigoroso, sus patas articuladas llevan a cuestas una pequeña armadura en dirección a mi desvanecida anatomía. Mi preocupación se centra en dos de sus pequeñas patas delanteras córneas provistas de dos agudos agujijones huecos, no tengo la menor duda de que estos agujijones están comunicados con unas pequeñas ampollas llenas de líquido tóxico. Otea, y me considera como una gran despensa de alimento, mientras adelanta su siniestro céfalo-tórax en el que pronuncia grotescamente una poderosa mandíbula cortante y triturante. Al no encontrar indicios defensivos, supone que delante tiene una presa fácil, y en una exhibición de rapidez predatoria lanza un devastador ataque, ¡hundiendo sus agudas extremidades venenosas en uno de mis brazos! No cumple su cometido, el resistente material del enterizo frena el despiadado golpe de la ponzoña; desconcierta al bicho, y tras su siguiente ataque queda impresionado hondamente, pues algo en su diminuto encéfalo lo llena de sutil duda, esa duda dimensionada para su tamaño sería tan enorme como su impotencia. ¿Es posible en-

contrar duda supersticiosa en una criatura de esas características? ¿Es posible hallar elementos psicológicos en especies tan primitivas?

Me siento arrastrado, ya succionado, ya absorbido por deliciosos sonidos. Me doy cuenta que mi velocidad de desplazamiento no abarca distancias en una región pavorosamente infinita. Soy vertido luego a través de un sumidero infinito lleno de abundante luz, hasta alcanzar la relatividad de la vida. Luego me siento obligado a entrar en mi yaciente cuerpo; respiro el húmedo frío, lo inhalo profundamente mientras se disipa la eternidad en la que estuvo sumida mis mientes. Instantes después, la oscuridad con todos sus elementos, ocupa su lugar con la misma exageración que lo hace el fragor. Siento mi cabeza adolorida, golpeada por segunda vez.

No me atrevo a mover ninguno de mis músculos, más bien el reposo me absorbe y aprovecho la situación para meditar, y ésta, con sus prodigios, me permite recuperarme rápidamente, gracias al vigoroso masaje sicomagnético que me brindo. Y también me ayuda a emitir la poderosa radiación que dará transparencia a las prolongadas sombras de esta noche artificial.

Me alejo de las pequeñas criaturas, que por momentos fueron mis compañeras, arrojándome a las aguas rápidas y al ruido cálido que brota de sus gargantas espiralantes. Los rápidos pasan pronto y se convierten en una reminiscencia auditiva, resonando con ecos prolongados cuando ya se ha transformado en un sencillo murmullo arrastrándose sobre el voluminoso caudal. Se forma una orilla accesible por un costado del río y trato de llegar a ella nadando vigorosamente, de otra manera no podría hacerlo, la velocidad de las aguas no me lo permitirían, cuando... algo me detiene y arrastra hacia las profundidades. Me doy cuenta que ¡varios tentáculos gelatinosos, me tienen cogido de las extremidades inferiores!; y escondida a medias, detrás de los tentáculos, una enorme cabeza protegida por una concha cónica y alargada me ausculta detenidamente con su especializado equipo de sonar. El animal tira de mí, violentamente.

Estoy dispuesto a luchar. El espécimen de gran cabeza no ataca, no se le ve hacer ningún movimiento con la intención de devorarme con su filoso pico de acero, más bien ¡satisface su curiosidad conmigo, me contempla arrobado, ensimismado como quién contempla un juguete preferido! Lo complazco; esa actitud mansa en un mundo de lucha titánica por la vida es rara, actúa como si no tuviera enemigos naturales.

De algún lugar de mi traje brota un rayo ultrasónico, y con el puedo ver el interior del organismo del gigantesco molusco que me tiene apisionado, es como si todo su cuerpo se tornara transparente ante mis ojos. Allí, en la parte interna de su curiosa concha, puedo ver una apilación de varias celdas vacías, formadas por el animal con secreciones suyas. Las primeras, me refiero a las celdas, las que se encuentran en la punta de la concha son pequeñas, las de en medio más grandes y la última cobija a la enorme cabeza con brazos; el número de estas celdas me hace deducir su edad, de sus muchos años de vida, pues en cada año de su vida se fabrica una celda, donde vive hasta que le resulta pequeña, luego al siguiente año se hará otra más grande y tapaná la del fondo... así, indefinidamente. ¿La cantidad de celdas también me puede indicar la edad del vivero? ¿Acaso es la misma edad que la del soterrado? Mis cavilaciones se distraen ante la aparición en escena de un nuevo animal que ondula y oscila su cuerpo esbelto y escamoso, llevando por delante un par de patas que acaban en formidables pinzas levantadas hacia adelante, mientras que con otros varios pares de patas avanza remando. La ferocidad de este animal es obvia, tiene anticipada una extrema crueldad.

Saciada la curiosidad del cefalópodo, deja escurrir sus tentáculos contrayéndolos de manera elástica. Me deja en libertad en un paraje donde abundan corales, un rápido vistazo me muestra lo increíble que aquí ocurre, la ausencia de luz no es imprescindible para la manifestación de sus extáticos colores... Colores no artificiales, diseñados genéticamente para activarse en completa oscuridad. Esto... me estimula, permite que venga a mi memoria, con celeridad inusual, un inmenso cuerpo de agua salada, cuya superficie ondulante se perdía en la introspección del horizonte; el cielo en ese momento le inspiraba su color poéticamente... y algo como criaturas aladas flotaban encima del viento... En algún lugar...

Otras aguas cálidas y saladas, venidas de lugares anónimos, mezclan sus atributos con el creciente torrente donde me encuentro inmerso, puedo sentir esa llegada y el mensaje que trae. Un mensaje subliminal para las sensitivas plantas, instándolas que imiten a sus abuelas unicelulares: ¡Sí, sois parte del primer escalón trófico! ¡Engordad para que otros vivan! Muchas, de las plantas, han modificado interesantemente los extremos de sus numerosos apéndices, aplanándolas hasta la delgadez, de esa manera alcanzan una mayor superficie corporal sensible al calor, al sonido, al ultrasonido, a toda onda electromagnética. Pese, a muchas

otras maravillas de las que están conformadas, siento que les falta lo más importante..., algo íntimo que los convierta en seres vivos con voluntad propia y no en objetos vegetantes, controlados por radiaciones que brotan de máquinas escondidas.

Mis sentidos, siempre alerta, me dicen: ¡cuidado! Enseguida, la oportunidad, trae a un descomunal insecto. Sin pérdida de tiempo y como una flecha, me lanza el extremo de su temible abdomen provisto de una uña venenosa. Retrocedo instintivamente. La armadura de su cefalo-tórax, aparentemente pesada, no limita sus rápidos movimientos; la rauda estela de su abdomen silva repetidas veces en un reducidísimo tiempo, sin tocarme, lo evito emulando la misma rapidez. Permito que un empujón suyo me derribe y voy a caer al agua: necesitaba del chapuzón protector. El animal, pujaba mientras atacaba, jadeaba, lo que significa que tiene pulmones o sacos pulmonares; otros detalles evidentes aparte de la carencia de branquias me indican que es un espécimen totalmente terrestre. No me seguirá hasta el agua.

Mi zambullida espanta a muchos animales acuáticos, hurtándome su presencia. Cuando la calma vuelve, me arroba el completo episodio del equilibrio ecológico, todas las criaturas son imprescindibles para todas las demás, esto lo siento con verdadera emoción; emoción que tengo que limitar cuando comprendo el artificio que los embarga. A ellas les inquieta mi presencia, pero no tanto como la que manifiestan contra el hambriento espécimen que intenta ignorarme.

Las ansias gastronómicas ahítas y el temor inmovilizando la huida, se mezclan sutilmente con la inmaculada limpieza del agua; ambas sensaciones no escapan a los agudos sentidos de los omnipresentes corales y su inspirada gloria: son, en suma, simples observadores y de ello se nutren.

Un archipiélago con minúsculas islas apresura su cercanía. Algo en mi interior sugiere... ¿Sugiere qué? No sé; es como si viniera a mí, repentinamente, un incontenible cúmulo de recuerdos indefinibles, una ráfaga difuminada de evocaciones que no puedo traducir pese a proponérmelo... En realidad, me pregunto ¿qué fue? Y me respondo: una oleada de temores.

Un arco sumergido es parte de las ínsulas, tiene forma de cresta; me apresto a cruzarla con retozo, sumergiéndome... ¡Otra vez esa sugerencia de mi interior acicateándose el recuerdo!, balsámica, luminosa..., su presencia me sorprende y no es para menos, luego desaparece, des-

vaneciéndose sin mostrarme nada. La ínsula es un arco natural y también la habitación de algunos cefalópodos enrollados dentro de enormes conchas, tienen la timidez que es compensada por su severo aspecto; tienen como compañía a inmóviles formas que se pasan la vida haciendo circular el agua a través de los múltiples agujeros de los que está constituido su cuerpo.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que desperté en la gruta? Mis heridas cicatrizaron muchos kilómetros atrás. Estoy seguro que el futuro, siempre adelante, me depara las mejores sorpresas. Pasado y futuro, ambas son parte de una manera primitiva de representar al tiempo; pero aquí no hay otra manera de vivirlas: una subjetiva manera.

Mi marcha es más rápida sobre terreno firme... Pero ¿qué es lo que empiezo a sentir? Sin duda intuyo la presencia pensante de alguien que me vigila con sutilidad, utiliza para tal fin todo un desconocido sistema electrónico que compenetra todos los átomos de este lugar. Los componentes rocosos, el aire, el agua, y los mismos animales y plantas, le sirven como óptimos órganos sensoriales, inclusive no se le escapa ninguno de mis pensamientos; se adentran en mi intimidad síquica, escogiendo mis mientes arbitrariamente, revolviéndolos como si fueran simples objetos... «La Vigilancia», así lo llamaré, se lleva mis cogitaciones, pero no sabe, ¿o sí?, que se lleva los que decidí entregarle y no mis verdaderas intenciones. Esto me estimula para hacerme algunas preguntas, que ya me las hice anteriormente, empezando con esta tan importante: ¿Quién soy? No le encuentro respuesta, tal vez sí, si la relaciono con esta otra: ¿Por qué estoy aquí en el inmenso vivero soterrado?... Siguen los enigmas... Enigmas. Irrealidad, escondida en la oscuridad y habitada por la neurosis de... ¿de quién? Poco a poco «La Vigilancia» se diluye, de la misma manera como vino, hasta desaparecer por completo... En el olvido.

Mi caminata se detiene cuando la bóveda se consume, reducida a dos hoyos. Entonces la gran gruta ha desaparecido. De los dos hoyos, uno minúsculo e insignificante, como una pequeña ventana, encima de otro, enorme, por donde desaparece el voluminoso caudal; es todo lo que queda. Escalando alcanzo el pequeño hoyo; si resbalara y cayera, yo sería arrastrado por la turbulencia, tal vez, hacía un precipicio sin fin: el áspero sonido así me lo dice. En la pequeña ventana un vientecillo caliente me golpea con violencia, de esa manera me anticipa el infierno que me espera allí adentro. El parco pasadizo por el que ingreso, se amplía decenas de metros adelante; y el calor busca pronunciarse mostrando un rostro enigmático en toda superficie mineral. En este momento

me vienen recuerdos que con trabajo logro impedir que se desvanezcan, como me ha venido sucediendo; son recuerdos de ciertos lugares de un cuerpo celeste, rotando alrededor de un astro que irradia infinitas cantidades de energía... Un lugar de dinámica actividad candente, un lugar de paisajes y fiebre instructiva, un lugar de soñadores y artistas, un lugar exacto para desarrollar dones síquicos..., en fin un lugar de eternos calores vitales y de fuegos intuitivos.

Esto, se va convirtiendo en una hornaza; el piso está exageradamente caliente y la atmósfera completamente enrarecida de fiebres. La piel de mi rostro a duras penas lo soporta sintiéndose abrazada. Más adelante las dimensiones del horno se ensanchan y abovedan, mostrando en toda su superficie la iridiscencia fantasmagórica de vapores palpitantes; el calor incinerante prospera. ¡Siento incendio en mis pulmones! ¡Es insoporable! Mis pensamientos se dilatan y estrellan contra las paredes de mi cerebro como queriendo romperlas: ¡es una estampida de ideas desbocadas que creo que alguien jamás ha sentido ni vivido!

Pese a todos los inconvenientes del momento, un destello intuitivo ilumina mi instinto de conservación, e impensadamente una de mis manos obedece a un reflejo involuntario o a una voluntad desconocida mía. ¿Es mía esa voluntad? ¿Brotó desde muy dentro de mí recordando acciones cotidianas? Tal vez sea así, porque presiono suavemente el cuello de mi atuendo y enseguida activo un secreto mecanismo cuya función es la de abrir un bolsillo magnético de donde sale expelido una capucha transparente; automáticamente, esta, cubre mi cabeza cerrándose como un casco protector. Por ensalmo el efusivo calor desaparece de inmediato. Puedo respirar normalmente, gracias a las propiedades filtrantes de aire mediante un sencillo procedimiento de electrólisis osmótica y diálisis electrolítica. ¡Electrólisis! ¡Diálisis!, dos conceptos reminiscentes que vienen a mí urgidas por la necesidad. A las propiedades maravillosas de mi atuendo, se le incluye un delgado campo de fuerza que me brinda sus virtudes protectoras de manera desconocida.

En esta hornaza vibrante, encuentro una meseta, anclada en el piso de una pendiente; es un perfecto otero rodeado por incandescentes cenizas. Desde allí arriba se puede ver que la gruta se reduce una vez más, y me muestra un conducto delgado, aureolado por halos tornasolados, para continuar avanzando. Me encamino en pos de este.

De pronto, a mis espaldas, se desprende una enorme roca y con un destructor rugido empieza a rodar. Me aparto bruscamente de su trayectoria amenazante; segundos después, dejando un rastro de roca pul-

verizada, lo veo estrellarse con tanta violencia que acaba incrustada en la única puerta de escape cercana que había en este infierno.

¿Habrá algún otro modo de escapar de esta hornaza cineraria?, me pregunto luego de auscultar la roca de varias toneladas de peso. Inmediatamente me viene otra pregunta, ¿Será posible que se reduzcan mis esperanzas de salvación, pues no sé cuanto tiempo más soportará mi traje la altísima temperatura del ambiente que me rodea?

La temperatura aumentada deliberadamente, me indica ¡que me quieren asar vivo! Mejor, dicho, que los creadores del soterrado, quieren comprobar mis reflejos de supervivencia en un momento tan crítico como el presente. El ambiente rocoso empieza a cimbrarse, dejando escapar un sonido aterrador, un indescriptible lamento atómico, antes de alcanzar la blanca incandescencia del mineral. La roca que taponaba la salida pesa una enormidad, y ni siquiera se me ocurre empujarla, para moverla se necesitaría de una máquina.

Algunas gotas de mineral líquido caen de lo alto, mientras que otras tiemblan sin decidirse a escurrir; pronto, muy rápido, en el piso se forman hermosos charcos blanquecinos, semitransparentes exhumando vapores aleatorios.

La desconocida inspiración intuitiva que brota desde muy dentro de mí ser, una vez más vuelve acudirme y esta vez dejo que guíe mis manos pasivamente, de esa manera palpo las células dactilares de mi antebrazo. Esto, me causa una sensación liberante, pues lanzo un delicioso y prolongado silbido sobre las dos pequeñas lentes que surgieron delante de mis labios y enseguida la roca explota en fragmentos tocada por un potente rayo de ondas ultrasónicas coherentes.

La huida del calor a alta presión, me arrastra como una hoja por el viento, o mejor dicho me lanza como un proyectil. Unos segundos después, la velocidad que llevo, me hace golpear con todo mi cuerpo la superficie de un remanso, con tanta fuerza que reboto violentamente tres veces antes de empezar a hundirme.

De esta manera encontré al río y a la inmensa gruta, mucho después de que cada uno tomara un camino diferente, está destinado que nuestro camino sea el mismo y tal vez nuestra meta la misma... El horno del que salí expelido y en el que pude ser cocido vivo, no es más que un agujero poco significativo en comparación del soterrado, con el que volví a encontrarme.

Hay poesía en todas partes, sobre el agua, dentro de él; lo hay en el aire, en la tierra... y en todo lo demás, especialmente en las criaturas animadas. Conforman un conjunto eurítmico de inocente inspiración e inmaculadas intenciones. ¿Cuánto de verdad hay en esto?... Muy cerca nadan peces guarnecidos por un esqueleto externo, sin uniones, poco móviles; con singulares bocas desdentadas degustan las alimenticias plantas acuáticas del fondo legamoso.

También se oyen curiosos sonidos, llantos de metal, suspiros minerales; intensísimos..., insondables. Hay jadeos líquidos, inquietantes. Flotan por el ambiente súplicas aéreas, asténicas. Reminiscencias, son reminiscencias.

Un pequeño animal se arrastra por la orilla, ayudado torpemente por unas aletas rusticas, ¡un pez anfibio!, me grito, ¡un pez pulmonado! Mientras se introduce en el agua y pone a funcionar sus branquias, obligado por mi inoportuna presencia, me digo que hasta este momento, la evolución forzada a tomado en cuenta el mínimo detalle de una prehistoria bien documentada. Es sin ninguna duda, la obra de un fantástico artista, o de un eximio arquitecto. Hay filosofía por todas partes, filosofía condensada en formas animadas e inanimadas. El pez anfibio hunde su cuerpo, también acorazado como muchas de otras especies, hasta el cieno y allí oculta su lentitud; este animal, es uno de los primeros vertebrados.

Guardo mi capucha protectora en su bolsillo magnético. Degusto el aire diáfano absorbiéndolo con delicia, con fruición, mientras mantralizo muy quedito unas sagradas notas. Cuando expiro el aire ya sin vitalidad, evoco otro mantram, que combina maravillosamente con el primero, con el de la aspiración. La repetición continuada de ambos ejercicios me serena y vitaliza. Así, inusualmente sensitivo y ayudado por intermitentes ráfagas agudas de ultrasonido que emito, analizo todos los sonidos que bañan esta parte de la gruta; discrimino aquellos que no me interesan, por ahora estoy ufano por aquellos sonidos que llegan hasta aquí, desde el exterior, desde fuera del soterrado. No..., no detecto ninguno; no es que los límites de maciza roca lo impidan, sino que una estricta censura sicoelectromagnética no lo permite.

Continúo atravesando terrenos sacados de, apuntes académicos y, añadiría a estos, arbitrarios, sin resistencia a un verdadero análisis de fondo. La fantasía robada a antiguas piedras, nada dicen sobre la verdadera realidad de tiempos idos o dicen muy poco; lo que sí dicen y

exageradamente, es que la vida del soterrado es un remedo. ¿Sería posible que algo así estuviera ocurriendo o ya hubiera sucedido en algún lugar del espacio y del tiempo tridimensionales?

Otra vez «La Vigilancia», sorpresiva e inesperada, en esta oportunidad se desvanece apenas empezando. Me extraña. ¿Será posible que haya leído mis desprevenidos pensamientos en reducidísimo tiempo? No había pasado algo parecido antes, les costaba mucho tiempo, es posible que ahora sí. En lo sucesivo voy a ser más cuidadoso, debe imponerse mi hermetismo, ¡voy a pensar en el vacío, en las infinitas profundidades del corazón, en la inalcanzable región donde vive y mora la intuición!: es decir que voy a pensar sin pensar.

Rocas y piedras enormes... Últimamente, mi trayecto está sobradamente adornado de rocas y piedras incultas; es una senda olvidada... ¿Olvidada? ¿En la imaginación de quién?... Rocas, y junto a ellas el lecho cenagoso del torrente. Sobre el agua, en un meandro profundo, flota el efluvio emanando de algunas criaturas acuáticas temerosas ante aquella que exuda la presencia ahusada de un carnicero. Percibo el siniestro significado metafísico personificado de las inermes y del rapaz acuático: pavor y crueldad. Mal olor síquico, de las veloces inermes combinados con las del perezoso depredador y provisto de poderosas quijadas erizadas con afiladísimos dientes cónicos. Hediondez que se dispersa y empaña aguas cristalinas.

Ya me toca subir por una larga pendiente de grava y cascajo volcánico, dificulta mi avance. Mis pies se hunden en el terreno deleznable. Cada paso, hacia adelante y hacia arriba, me apuran mayor esfuerzo y tiempo. Lajas de varias toneladas de peso, descansan en el trayecto, es evidente que luego de desprenderse de las altas paredes del soterrado, resbalaron dispersándose por toda la extensión alfombrada de material que sólo puede encontrarse alrededor de cualquier cono de volcán. Alcanzo la cumbre monolítica de un promontorio refrescado por vientos venidos del futuro, vientos venidos de terrenos que me depara el tiempo... Y cuando dirijo mi visión hacia adelante, no puedo reprimir un: ¡Fantástico!, bien expresado con el lenguaje de la serena alegría. Cerca; diría, el porvenir cercano vienen con un gigantesco bosque a cuestras, en el que la abundancia de altísimos árboles lo convierte en un singular paraíso de exóticas especies vegetales de gran tamaño propias del Carbonífero Inferior. El río solitario, serpentea su caudal por entre el azar de la vegetación hasta desaparecer difuminado en un abstracto recodo en la diminutizada lejanía arbórea. Sin darme el lujo de admirarla

detalladamente, alcanzo la jungla, resbalando sobre los últimos retazos de ceniza volcánica, como si lo hiciera sobre una patineta sin ruedas.

La humedad atmosférica aumenta repentinamente con la presencia de la vegetación; la temperatura lo emula a su manera. Las primeras plantas medran parcas sobre una gruesa capa de cantos rodados y forman con sus raíces una extensa red anticipando la intervención de los árboles. Cuando la abundante vegetación me impide avanzar con pres-teza, añado que el abrumador ambiente está pululado por innumerables artrópodos volantes.

Abandono la barrera infranqueable de las plantas y a todos sus otros, obvios, problemas para aprovechar la corriente del río. Así, de esta manera voy penetrando al corazón de la exótica jungla húmeda. La temperatura superior a la de mi cuerpo me obliga a preguntarme: ¿Cómo es que se mantiene este calor pegajoso en todo el bosque? Aguas arriba era explicable a simple vista, lo hacían los arroyos termales de enigmática procedencia. La explicación de este dilema lo obtendré, con esperanzadora seguridad, más adelante... ¡Cuidado!

Mi atenta sensibilidad ha detectado un veloz movimiento, en dirección mía. Me muevo rápidamente, sintiendo cierto agresivo sabor del agua turbia en mi boca. Me roza una asperísima sombra ahusada por la espalda; su violenta estela me ayuda a girar y de cara a mi atacante puedo personificarlo como un monstruo de áspera piel acuática. Me es deducible su siguiente trayectoria. Sin detenerse regresa con el ímpetu que le da el hambre; abre su potente quijada superior, ¡ominosa!, de escualo con varias hileras de dientes y la cierra produciendo un mordisco sonoro y mortal; debo admitir que me costo mucho trabajo eludirlo. Vuelve atacar, sanguinario y brutal; también le hurto el cuerpo. Despreviniendo su siniestra actitud y en un descuido suyo me aferro del agujón que le nace en la parte posterior de la cabeza. Enfurecido el bruto inicia una extraña danza de giros, rizos y piruetas; no estoy dispuesto a soltarme del filudo apéndice craneal que lo caracteriza y mi situación se hace embarazosa, aunque espero que su frenético arrebató languidezca. Cuando así ocurre, se aleja desconcertado: no es normal esa huida.

Mis pulmones reclaman oxigenarse y emerjo. ¡Ah! Es maravillosa la sensación de delicias atávicas que da el fluido respirable, ¡divinidad rendida a la vida física!

El torrente se estanca por un momento, es así como se convierte en laguna momentánea; acumula todo lo líquido en un espacio de calma

edénica que no me atrevo a interrumpir con la arritmia que fomentaría mis inoportunos ademanes. Es una calma que espanta a los propios escualos.

Mi cautela me lleva a dejarme caer en las cálidas arenas. Del recuerdo de las desagradables sensaciones experimentadas momentos antes, me siento estimulado a alcanzar la meditación. En la beatitud del momento de mi garganta brota el sonido sánscrito de la creación: *Aaa... ooo... mmm...*

Inefable, divino, increado verbo.

CAPITULO III

Aaa... ooo... mmm... Reminiscencias... Reminiscencias, luego de una desconocida noche sin dimensiones, una noche anterior al Génesis: inocente despertar en la relatividad.

Aaa..., prolongadísimo, hasta alcanzar el caos de los gametos. Caos que significa aquella unión de dos individuos de inteligencia intuitiva, de dos microscópicos seres de sexos diferentes, uno pisciforme y el otro esférico. Una comunión, momentánea para nosotros, y de largo plazo para ellos; gracias al amor, se convierten en un sólo individuo, en un ser andrógino. Como es arriba es abajo, ¿los dioses no tienen sexo? ¡Sí, lo tienen! y deviene de esa unión semejante a la de los gametos, femenino y masculino, un sexo como lo tiene el infinito, sea masculino o femenino. El andrógino empieza con la sutilidad abstracta y transparente del protoplasma. El andrógino sí tiene sexo con esa capacidad de crear galaxias y estrellas.

Ooo..., extensísimo, una eternidad gestante. La multiplicación del andrógino, como la mórula. Dicho de otra manera, el crecimiento del andrógino en el seno de su madre, que puede ser una mujer o un planeta cualquiera o un cúmulo de galaxias, siguiendo los mandatos genéticos en el cuerpo donde se gesta.

Mmm..., ubicuo, omniscio. El nacimiento del andrógino en esferas superiores, como el niño que nace del vientre de una mujer o aquél amanecer de una galaxia entera al compás del verbo... Inefable instante. ¿Podemos conocer si es niño o niña? Claro que sí, existen planetas masculinos y otros femeninos, como también hay galaxias masculinas o femeninas.

Alegría insondable... Reminiscencias... Enigmas...

Los gigantesco helechos y los enormes árboles cubiertos por epifitas, en este momento se cubren con un singular halo de vibraciones cromáticas, son el preámbulo de algo... venidero: mi intuición me lo dice de esa peculiar manera. Instantáneamente, comenzando con un chispazo, se enciende la poderosa presencia de «La Vigilancia», ha tratado de sorprenderme desprevenido e indagar sin reservas mías, mis más íntimos pensamientos, todos mis barruntos y la enorme gama de mis intuiciones.

No lo consigue, estoy prevenido. Y, esto, le hace concluir ya sin equívocos que sé de su existencia, que me percaté de su existencia, desde el primer momento en que se manifestó; un corto preámbulo, después que utilizo una forma singular de ensimismamiento, trata de romper con astuto sutilismo mi hermético silencio interior. Ruega, adula y amenaza, expresándola con una sola interrogación lacerante. Como resultado de su tenaz esfuerzo, no encuentra más cosa que pavoroso silencio y es obvio porque pienso sin pensar, en una ignota región para él... Eso lo alarma e irrita, pero a la postre se va tranquilo.

También se va el incidente junto a la mente que lo trajo. Y vuelvo a lo mío, interrumpido cuando cantaba un sacratísimo mantram de sonido infinito. Equilibra mi serena beatitud y como consecuencia me proyecta en lo ultranatural, despertando insipientemente mis dormidas radiaciones glandulares; este despertar llena de suaves luces mis principales plexos. Cada uno de mis plexos vibra con una característica muy propia, con una determinada longitud de onda síquica y también material con elementos electromagnéticos. Con los plexos vibrantes se puede vibrar en armonía con el Universo, de esa manera se puede penetrar en su secreta intimidad y conversar frente a frente con sus misterios.

He cambiado de mantram, pruebo con otro. El ensalmo de mis tiroides se ilumina con una luz sonora y cromática. Luego se extiende maravillosamente, iluminando todo el entorno. La sutilísima vocal tridimensional, aún sin verdadero control, se extravía fuera del tiempo y del espacio por un ignoto instante de eternidad llevándose consigo toda su gloriosa divinidad...

La poderosa radiación argentina que susurro se extiende por el invernadero: *Eee...*, trata de abarcarlo, debe de imponerse con rapidez antes que... ¡Oh, no! ¡Lo que temía!, otra radiación lo frena, lo hace retroceder, lo anula, con devastadora superioridad. Finalmente en el plexo laríngeo queda una tenue fluorescencia, un residuo, prácticamente nada de lo que pudo ser. Comprendo, que han tomado las precauciones necesarias para frenarme, para frenar mis posibilidades de conocer de forma exacta las dimensiones de este antro experimental; finalmente debí transponer las barreras de roca y salir al exterior, arriba donde brilla el sol... Comprendo mi derrota.

Mi canto es una curiosa salmodia en decadencia...

Exóticas sugerencias vegetales, reciben el baño feraz de alguna radiación térmica desconocida, las células de sus tallos y hojas son como

diminutas celdas sumamente sensibles a esa radiación. Es una radiación térmica traída al invernadero, desde algún laboratorio fuera de las barras de roca, a través de ondas de radio y distribuida utilizando el mismo medio.

Un susurro crujiente de alas membranosas viene en dirección mía. Usando un movimiento rápido, me agacho, cuando llega hasta mí un enorme insecto que se había propuesto atraparme con sus ganchudas patas de acero, patalea frustrado y se eleva para irse. Es la primera vez que me topo con un artrópodo aéreo, gigante, y de cristalinas alas... ¿No eres, acaso, un pequeño recuerdo en algún lugar escondido de mis pensamientos? ¿Acaso, un diminuto animal en mis recuerdos? Y desaparece por encima de la frondosa vegetación.

Varios anfibios acomodados fuera del agua, en la orilla húmeda, se apresuran a regresar a su elemento. Se nota que su torpeza en terreno seco es compensada por su rapidez acuática. En esto, el insecto gigante de alas membranosas, que supuse lejos, regresa y no viene solo, ¡trae consigo a muchos de sus congéneres! El zumbido de alas que los trajo se transforma en fragor crujiente cuando me siento rodeado por los bichos; trato de huirles saltando dentro de una hondonada... Tengo la sensación de haber actuado con lentitud y me doy toda la razón cuando varios ganchos me atenazan por la espalda. Volteo rápidamente con la intención consiguiente de soltarme, pero lo único que consigo de esa acción es que tres pares de fortísimas patas articuladas me sujeten con formidable presión. De todo esto, algo está a mi favor, el intento de soltarme me ha permitido, afortunadamente, de romper el equilibrio del insecto y le caigo encima con todo mi peso, aplastándolo. Queda atontado, con las alas vibrantes, una rápida mirada a su enorme cabeza esférica, me permite afirmar su enorme peligrosidad: debajo de los dos platos en el que se encuentran sus múltiples ojillos se halla una formidable mandíbula múltiple provista de agudos filos con los que fácilmente podría triturar el tronco de un árbol. Vuelve el enjambre con vuelo rasante; salto otra vez sin un objetivo definido. Cojo del largo abdomen a la enorme libélula que me iba a atrapar para usarla como arma contra sus hermanas, pero ella se vuelve y sin darme tiempo para nada sus tenaces y largos ganchos me aprisionan férreamente. Sus aceradas mandíbulas buscan mi rostro. Su inmensa cabeza sumada al carnoso tórax lo convierten en un animal excepcional; está dotado de gran inteligencia e impresionante fortaleza muscular. Debo vencer a esta máquina depredadora... pero calculo que

me faltará tiempo, sus hermanas ya están aquí. No me queda otra cosa que un último y rápido recurso que el de combatir las con ultrasonido. Sin la menor dilación lanzo un grueso haz coherente con el que golpeo certeramente las sensitivas celdillas térmicas, ubicadas en las desproporcionadas cabezas, de cada uno de los individuos del enjambre, conmocionándoles momentáneamente. El epílogo que viene trae aletazos convulsivos sobre el engramado piso.

Mis pasos me llevan por parajes improvisados, esta vez sin un sustento académico, sacadas de una afiebrada mente. Por suerte es un fragmento paisajista que no se repite, donde abundan especies de flora y fauna verdaderamente monstruosas, combinaciones genéticas alarmantes, dolorosos espectros mitad animal, mitad vegetal o viceversa. Quizá, para su creador sea una obra genial, porque de lo contrario no existiría, ya habrían borrado este capítulo del soterrado... y prefiero abandonarlo cuanto antes. La evolución no juega de esa manera, es más lógica y honesta.

Atravieso marjales donde deambulan enormes insectos de las más variadas formas, son presas fáciles de numerosos anfibios que atiborran el cieno y la vegetación descompuesta. La frondosa vegetación esta vez me obliga a avanzar por las aguas cenagosas donde la vida palpita con sorprendente infinitud, los insignificantes detalles no tienen olvido, siempre están presentes, actualizándose de momento a momento...

Humedad... Humedad... Abundante humedad.

Más tarde, la caverna reduce su ahuecada dimensión. Cada paso mío significa encontrar, menos vegetación, decreciente temperatura, paulatina ausencia de insectos y demás animales. Y, esto, es un anticipo del inmenso erío rocoso y de lajas desmenuzadas que abarca el horizonte inclemente. Por allí, donde hay poca tierra algunas diminutas plantas, aferradas estoicamente a la vida, adornan la poca temperatura, lanzando sus redentoras semillas en dirección de terrenos benevolentes de distancias atrás.

Atrás... Vuelvo mi atención detrás de mí, el apuro no me lo había permitido antes. ¡Inimaginable!, grito en silencio, ¡Lujuriente! Todo aquello que dejé atrás está reflejado en el techo de la gran gruta; un vaporoso sudario húmedo toma las veces de un espejo, y lo copia de manera tridimensional y utiliza los mejores colores que pudo escoger un artista virtual de su paleta sideral. Todo eso, ya es un recuerdo... ¿Recuerdo? ¿Existe el pasado, acaso? No, aquí en estos lugares de oscuridad no

existe el pasado, todo está escrito en caracteres de un presente... inexistente.

Acaba la vida. Se reduce a la insignificancia de la intemperie, de la pronunciada gelidez, de la solidez mineral. Acaba la vida, limitada por el hielo... Nada se le opone en esta ocasión. Con todo esto, que estoy expresando y con voz que yo mismo no puedo identificar de donde viene, estoy afirmando que la caverna rápidamente se ha convertido en un páramo congelado y provisto en todos sus rincones de hielo y nieve. Acaba la vida y nada ni nadie se opone a ello.

El río, ahora solidificado soporta mi peso, su breve espesor le permite expresar una opinión crujiendo de frío, es la única que puede articular, no se le permite de otra manera, no podría, el tiempo es extremo, entume toda lengua, y estoy en el inicio... Más adelante un tremendo bloque de hielo antiguo, espera pacientemente que el tiritante tiempo pase y no regrese: quiere la livianes necesaria para desplazarse por el mundo entero. Una voz reminiscente hace desaparecer por un momento la gelidez ambiental: ¿Nieva?, oigo, es una voz no mía, tiene un timbre de voz más delgada, musical, sí, es femenina... Pero eso es todo, después todo vuelve a la normalidad actual.

Horas más tarde, me aventuro por un reducido túnel de hielo. Infinidad de carámbanos cuelgan del techo y alcanzan el piso, semejando a gruesas raíces arborescentes. Viene un viento silbante de adelante; la penetrante agudeza del frío me lacera la tez. Tengo la impresión de que los pabellones de mis orejas están insensibles y hasta azulados; un minuto después esa helada corriente de aire es acentuada adrede y mil chillidos de lamento exhalan los hielos comprimidos tan de repente.

Protejo mi cabeza con el casco magnético. Nada me cuesta imaginarme con ese aditamento puesto... ¿A qué me parezco?

Me frena una apresurada corriente de aire. Sisea siniestramente sin permitirme dar paso adelante. Me empuja hacia atrás con violencia, pierdo pie, ruedo y finalmente soy arrastrado por el huracán helado. En este momento, para mí, es importante no retroceder y eso es un estímulo suficiente como para activar todas mis reacciones físicas al máximo; no encuentra nada, ni siquiera una arista, donde sujetarme; cada vez que presumo haber cogido algo firme, este se deshace convertido en nube de hielo pulverizado. ¡Oh, no! voy a estrellarme de cabeza contra una solitaria protuberancia sedentaria de hielo, es una roca blanca fundida en el piso. ¿Qué debo hacer?: girar rápidamente. Enorme esfuerzo me cuesta

ese giro y parece que no voy a lograrlo; un superesfuerzo después, acompañado de un agudo dolor muscular, pateo con ambas piernas la dura protuberancia deteniéndome por completo y por momentos quedo suspendido, paralelo al piso, con el viento aplastándome contra la roca. Luego aprovecho, con cautela, la inercia para instalarme detrás de la mole, protegido del viento. Otros detalles, que ya me parecen diminutos, como el de varios pedriscos de hielo rebotando, saltando y despedazándose hasta perderse o como el de aquél otro pesado bloque que golpea mi refugio haciéndolo crepitar sonoramente desde su cimientto, simplemente pasan.

Pasan. En mi refugio, espero que pase el temporal.

Gracias a la lentitud del tiempo, en un acto reflejo, mi respiración se va tornando lenta y profunda como en la meditación. En eso, como en otras ocasiones viene a mi mente una manida pregunta, ¿quien soy?; la llamo manida, porque es embustera, porque sólo tiene existencia en una mente dormida, en una mente totalmente defectuosa. Una mente despierta ya tendría la respuesta a su pregunta sin necesidad de insistir. Un prolongado eco de esa pregunta tañe en mi interior, ondea con incontables sensaciones diferentes... sensaciones reminiscentes. Mis pulsaciones cardíacas disminuyen más y más con el transcurso de los minutos; ya me embarga la lucidez serena y profunda del silencio. Silencio, a pesar del ruido reinante... ¿Ruido? ¡Ya no hay ruido! No me di cuenta en que momento desapareció. Se fue el temporal dejando tan sólo al frío solidificado y a su inmenso silencio.

El huracán, o lo que se le parece, dejó olvidados numerosos bloques de hielo, demasiado pesados y hacen imaginar la enorme fuerza que los trajo. El polvo blanco depositado junto a los bloques, explica otra cosa...

Sereno azar... azar sereno...

Me pongo en marcha. El helero trae una pronta curva. Una larga curva y tras de ella ¡lo fantástico! ¡Sí! ¡La impresionante belleza cristalizada por helicónides de la gelidez! Afilados carámbanos descienden del techo, no hay otra explicación de que fueron esculpidos por la reverberación del silencio místico, que embarga el lugar, y de sus himnos de misterio. Se puede oír normalmente cada nota escultora. Varios de los carámbanos se incrustan en el piso inspirando la gracia femenina de extrañas cariátides; ellas, desnudas, se pasean solemnemente por recintos de bellísima transparencia; caprichosas figuras aguardan pacientemente,

observándolas, detrás de múltiples cortinas. Recién me doy cuenta, cuando enfoco todo el lugar como si fuera una sola pieza, que todo el conjunto conforma un auditorio de sonatas excelsas y hay algo más, llamativo: el piso que rodea a las cariátides y sus espectadores emula un universo donde cada agujero, toda burbuja y concavidad simbolizan a las galaxias, agujeros dimensionales, astros, planetas, polvo estelar y muchos otros componentes espaciales. El piso cintilla...; siento que respira.

Los límites del frío son bajísimos. Mi traje gime y lo siento extraño ¿cuánto más de estas extremas temperaturas soportaré? El helor aumenta... ¡increíblemente más! ¿Dónde he oído esos gemidos? ¿Se licuará el mineral con esas temperaturas tan bajas?

Busco la forma de salir de este aposento especial, aparentemente no tiene ningún otro acceso aparte del que me condujo hasta aquí. Y cuando creo distinguir la estrechez de una salida, mimetizada con el hielo ¡una conmoción remueve el subterráneo! Caen trozos blancos desde el techo y el piso cruje con sonido aterrador; hay estampidos en ello respondidos por ecos lejanos. Un segundo temblor cimbra toda la maciza estructura de hielo, explota enseguida, quebrándose. Fortuito.

El último remezón me derribó. Y sin poder ponerme de pie me encuentro bajo una lluvia de enormes trozos venidos de lo alto. ¡El techo se viene abajo con fragor indescriptible! Una pesada porción cae cerca, estrellándose con un formidable estampido; no se despedaza, y su extremo tamaño deja unos huecos que me pueden servir como un refugio seguro, y rápidamente lo utilizo colocándome junto a él. Los estrépidos se multiplican y acaban fragmentándose. Qué contraste, segundos después viene un mutismo interesante, es como si sobre el fragor pasado se dejara fluir una capa de silencio ensimismado e inquiriente.

Volvió la calma. Estoy indemne. Toneladas de hielo se han acumulado encima de mi escondite, aprisionándome y limitando mis movimientos. No tengo huída posible ¡estoy sepultado vivo! Las partículas de hielo, en este momento no parecen inertes, poseen cierto cinismo que las personifica como humanas, así pareciera que saborearan su triunfo. Es evidente como me observan, me oyen, me palpan, me acicatean... con alegría enfermiza. ¡Claro!, no tengo que obviar que todas esas características, y algunas más que no menciono, le corresponden a «La Vigilancia». Les satisface mi situación apurada. Tratan de encontrar en mi interior algún indicio de flaqueza, algún indicio de desesperación, para explotarlos siniestramente y acrecentarlos taimadamente con el pavor, con

ese pánico abstracto que suele crear en sus laboratorios de pesadillas grotescas, cuyos efectos infinitos llevan a la locura. Pero, estoy tranquilo, mi serenidad no me abandona y mi hermetismo es insondable. Finalmente suponiéndome vencido, condenado a una muerte lenta pero segura, se alejan. El estrépido de una risa cruel tiembla en cada átomo de hielo, es el rípió de una presencia embargada de neurosis.

Me suponen, tratan, les satisface..., parecen..., se alejan... ¿Qué me hace suponer que «La Vigilancia» son en realidad varias personas? Todo esto, es la respuesta de una intuición insipiente, que empieza a despertar en mí gracias a los intensos estímulos, que sin querer ellos, me ofrecen gratuitamente.

El rebote de las ondas ultrasónicas me dice que grosor tiene la dura costra de hielo que me rodea. Por arriba tengo dos metros de escombros blancos y a tres metros por debajo corre el mismo río que ha sido mi compañero en todo este viaje por el soterrado. No puedo mover las manos, las tengo atrapadas. Mmm, veamos..., sí puedo moverlas, especialmente mi diestra y la estoy bajando hasta mi cinturón... un poco más y ya está: alcanzo mi cinturón, palpo las células dactilares y envío una orden pensante hacia su cristalino corazón, un pequeño órgano provisto de diminutos campos magnéticos, allí la poderosa sensibilidad de sus múltiples células condensadoras recibe la orden de inmediato y despidió fotones orientados en una sola dirección.

Una cascada de luz impulsada coherentemente destella al chocar contra el hielo del piso, fundiéndolo. Puedo controlar el rayo con solo pensar. Bajo los efectos de esa luz primero tengo un delgado agujero y enseguida un boquete, muy pronto está lo suficientemente ensanchado como para dejarme caer por él. Un chapoteo indica que tome contacto con el agua y me pongo a disposición de la corriente.

Gelidez sólida por arriba. Dureza rocosa por abajo. Quiero decir, que mientras buceo, tengo por arriba un techo de hielo y por abajo el lecho rocoso del río. El agua transparente y cristalina permite observar sin ninguna dificultad un deslumbrante hábitat de innumerables especies; evolutivas, para los creadores del vivero subterráneo, involutivas, para mí; son especies degeneradas, artificiales. Evolución e involución, son dos leyes de la naturaleza, inherentes a los seres vivos; existe evolución en aquella criatura que nace y se desarrolla hasta alcanzar el máximo vigor, hay involución cuando esa misma criatura envejece hasta morir. Evolución no es un concepto que se ajuste exactamente a un desarrollo permanente, como lo quieren dar a entender con cada ejemplo viviente

en el soterrado. La evolución y la involución conviven en el tiempo y en el espacio tridimensionales en una rueda ininterrumpida de nacimientos y muertes y sin duda, también, tiene que haber un escape a esas leyes arbitrarias... La evolución y la involución están escritas en nuestros cerebros y en nuestros genes, esas leyes dan, a cada individuo sus propias limitaciones; esas leyes están muy relacionadas con nuestros misterios interiores: a mayor materialismo más influencia, a mayor espiritualidad menor influencia...

El flujo me lleva por cenagosos fondos repletos de peces con aletas lobuladas y después me permite arribar a alguna orilla desconocida. Me hundo en el desagradable olor que emana y en las nubes ruidosas de insectos voladores que de él se levantan. Un corpulento árbol de reducida altura y abundante copa, me invita, con una de sus gruesas raíces que flota a flor de agua, a continuar por terreno firme.

Gigantescos especímenes de frondosa copa, en las que abundan las coníferas, ocupan esta parte del bosque, imponiéndose sobre otros más bajos y de pocas ramas, ambos están flanqueados por impenetrables bosquetes de una sola especie vegetal rudimentaria y arbustiva. Y utilizando ese fondo de lujuria vegetal, en un pequeño espacio de juncos, numerosas vértebras con apófisis muy largas y un cráneo sumergido dentro del agua, aluden a una feroz lucha, donde el perdedor: un reptil que en otro momento tuvo unos siete metros de largo, resultó devorado. Sus agudos colmillos superiores sobresalen largamente sobre los dientes del paladar más pequeños y cónicos. Los maxilares separados, por el albur de la intemperie y la intervención de pequeños necrófagos, rugen calladamente el epílogo de esa lucha por la supervivencia. Cerca hay una aleta dorsal roída y regada en destrozos por el acaso; muchos de otros huesos están sumergidos al albur de las aguas corrientes...

Más huesos resecos, de otra bestia. Un maxilar inferior astillado, varias vértebras semienterradas y un solitario fémur larguísimo y grueso enuncian una conseja luctuosa... hubo aquí otro terrible combate, una monstruosa lucha entre colosos, una lucha de orgullos, de odios, de egoísmos, de vanidades, de miedos, de lujuria, de fobias..., en suma una lucha de mentira, un arquetipo humano. Árboles, plantas, huesos, con bastante espacio como para tener una historia particular, como para medrar en el tiempo del soterrado.

Medrar en el tiempo, como el reptil en descomposición, aureolado por una nube de moscas, mientras su inerte corpulencia desaparece poco

a poco en las fauces de otros saurios. No es ajeno a esta circunstancia el feroz gruñido de otro monstruo carroñero que interrumpe el festín exigiendo una obligada preferencia. Tampoco es ajena, la suplicante espera de otras pequeñas bestias que seguramente se contentaran con lamer los huesos.

Doblo un recodo en el río y sobre la arenisca roja de un calvero doy con un osario. ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Cómo se ha formado tremendo cúmulo de huesos? La explicación viene a mí de manera intuitiva y prefiero mantenerlo en absoluto secreto, y sólo atino a decir que ocupan gran parte del bosque. El lugar hiede a... historia. La historia es un concepto insignificante en la vida, sucede de manera azarosa; existen otras cosas absolutamente importantes en la vida como la sinceridad y la honestidad que son obviadas por la historia.

De algún lugar de la espesura se oye un bramido espeluznante. Seguidamente de entre los manojos de vegetación que flanquean mi camino, aparece la cabeza de un monstruo; aparta la vegetación y viene hacia aquí; hay mucho de anormal en su caminar, se bambolea esforzándose por mantenerse erguido, tropieza consigo mismo y acaba cayendo ruidosamente. La imposibilidad de poder levantarse pese a sus esfuerzos es remplazada por los potentes coletazos con que azota el suelo, estremeciéndolo. Ruge desesperado; después se irrita ya convulso y aplasta algunos árboles, y en cuestión de minutos muere vomitando espuma.

La bestia fue víctima de un ataque viral, le comprometió todo el sistema nervioso, inutilizándolo rápidamente antes de matarlo lentamente. Su cerebro y médula espinal fueron destruidos por la proliferación de un virus artificial y la consiguiente acumulación de mortíferas toxinas no usuales en medios naturales. En esta naturaleza manida, el virus colocado con anticipación en una ampolla cerebral se activó, de esta manera es controlada la sobrepoblación de las especies.

Gruñidos de contento vienen de la espesura, empezaron un poco antes del último estertor de la bestia muerta. Son de unos reptiles que buscan presas fáciles, el aspecto famélico de sus cuerpos indica el ayuno involuntario al que están sometidas; comerán con glotonería, se contagiarán y es evidente la suerte que les espera, no hay remedio.

Flotan despojos, inflados, de reptiles acuáticos en una laguna cercana, no se puede calcular el número. La epidemia es devastadora.

CAPITULO IV

Maraña. Herbáceas, epifitas y otros vegetales diminutos, conviven apretadamente, medran en un fondo neblinoso que rodea como un anillo fantasmal a los voluminosos tallos arborescentes de la jungla. Algunas titánicas formas de tamaño desmesurable, empequeñecen augustamente el escenario vegetal con desacierto proporcional; todo se enaniza junto a ellas.

Imposible cruzar ese herbor.

Aguas infestadas por peligrosos escualos y por peces carnívoros de esqueleto óseo, por extraños cuerpos guarnecidos de tóxicas espinas y por los más peligrosos reptiles acuáticos de dura piel escamada. No puedo obviar la omnipresencia de parásitos diminutos como los ácaros y otros pequeños bichos tan molestosos como una enfermedad aguda y crónica, y los platelmintos y los nemátodos, más peligrosos y mortales que todos los peligros juntos de esta jungla.

Insospechados contratiempos, añadidos.

Y, «La Vigilancia» se enciende. Respinga de sorpresa; por lo visto me suponía, aún, atrapado bajo toneladas de hielo. Se pregunta su descuido: ¿dónde falló,? quizá haya reproche también en sus emociones contradictorias, luego repuesto de la primera impresión, acepta su «pequeña» derrota anunciando que será más cuidadoso en el futuro, no habrá más fallas. Una aureola subestimante le precede cuando ya desaparece.

Con la rapidez que me permiten, todas las dificultades conocidas, dejo atrás orillas pantanosas y rocosas avenidas. En algún momento, el viento me trae el inconfundible olor de vegetación quemada. ¡Arde la arboleda! Kilómetros adelante se ha desatado un incendio, grandes cantidades de humo se elevan empañando, primero, toda la bóveda del soterrado. Las llamas se extienden con apurada rapidez, las explosiones y chirridos húmedos de los colosos resinosos acentúan su furia. Una tenue brisa especta atónita las centelleantes chispas y los ruidosos estornudos de bocanadas de humo y ceniza cuando los árboles caen antes de decidirse a soplar con fuerza.

La selva se carboniza. Con estridencia apocalíptica, las voraces llamas lo consumen todo, tienen el torvo frenesí, la firma inequívoca, de los creadores del soterrado: tienen que dar a su evolución el mayor realismo posible. La atmósfera caldeada y sahumada se torna irrespirable, el resplandor amarillento del fuego le da un color luctuoso y fantasmal al enrarecido ambiente de sombras perpetuas. Muchas criaturas huyen de la muerte mientras la arboleda se desintegra a espaldas suyas. Un chillido me hace interesar en lo que le sucede a un *ipsilofodonte* de piel oscura que ha tenido menos suerte que sus hermanos, pues acorralado por el fuego, ha escogido trepar sobre un encorvado árbol; en cuestión de segundos, el tronco que ha escogido para salvarse se enciende junto con él y ambos son consumidos por lenguas ígneas. Un chillido desesperado lamenta el final del desafortunado reptil.

El piso vibra sordamente. Muchos animales en estampida tratan de encontrar protección en las salvadoras aguas del río; me veo obligado a buscar un lugar seguro para no ser pisoteado, todos los animales, como si se hubieran puesto de acuerdo, vienen en esta dirección. Una rápida revista en torno, me ofrece un promontorio de roca pelada, es un lugar seguro y me brinda toda la protección que necesito.

La amedrentada horda reptiliana, pasa rozando mi refugio; brama atropellando su prisa y su extenuante escape concluye con un extenso chapuzón. Algunas infortunadas que rodaron por el suelo, antes de alcanzar la salvación, acabaron convertidas en informes masas sanguinolentas, regadas esporádicamente entre la baja hierba y sobre las peladas superficies de roca niveladas con el suelo.

Abandono mi escondite en el mismo momento en que una rezagada bestia, llega hasta aquí, siguiendo a sus congéneres; jadea su espantosa suerte, enloquecida de dolor. Está deformada por horribles quemaduras humeantes, parece ser que cayó todo un árbol en llamas encima de él, de la que escapó con tan mala suerte. Otros lamentos braman a escasa distancia, de otros desafortunados que corrieron diferente albur.

El fuego, con sus lenguas, ya me rodea. Sobre los encendidos carbones, caen desde lo alto diminutas pastillas, chisporrotean y dejan escapar espeso humo. Un puñado de esas pastillas rebota de mi calzado y se hunden en las cenicientas pavesas de lo que fue un soberbio árbol y se vaporiza. El ondulante gas, toca mi rostro, además lo inhalo... ¡Oh, pero si es mefítico! Tarde comprendo la ponzoña de ese incienso. Mi garganta y mis pulmones se irritan instantáneamente, conteniendo un estornudo. ¡Me estoy sumiendo... voy a desmayarme! No puedo perder el sentido,

no debo perder el sentido. ¡No! ¡Pronto toda la atmósfera estará altamente venenosa y todo estará perdido para mí!... En este momento la inconciencia viene poderosa, hasta parece agradable: ¡No! Es deliciosa... ¡No puedo rendirme a su marrullería!

¡No! Esta negativa a rendirme suena como un eco desesperado en mi interior. Mis vacilantes pasos caen de rodillas; mi peso parece multiplicado indefinidamente. Un instante de suprema lucidez me pone de pie... No puedo andar; mi rebeldía esta siendo dominada. Un infinito torpor me aplasta... Entonces una misteriosa fuerza me ayuda ya en la inconciencia, ese heroico esfuerzo libera mi casco magnético.

Y todo es disuelto en la nada.

El vacío insondable con la quimera de la eternidad se adentra en el abismo de la extinción, y esta se esfuma dentro de sus dogmas. Oscuridad.

Oscuridad. Impredecible génesis en la relatividad de la existencia. Nacimiento pavoroso dentro de desconocidas sombras; nacimiento como un punto luminoso infinitamente microscópico, luego ese punto se expande cintillante, acelerado, rápido como la luz, para ubicarse en los lugares del espectro con toda la intención de disolver las sombras. Esas sombras infinitas.

Vida insondable, compenetrada en todo lo existente; vida de la luz en crecimiento. En algún momento toma un cuerpo en forma de idea, de esa manera es un extraño remolino girando cerca a la existencia orgánica.

Sensaciones abismales, de esa idea, en la intemperie. Sensaciones de un cuerpo fantasmal, y parece ser drenado o absorbido por algo poderoso desde una remota existencia. Sensaciones visuales, auditivas, olfativas, gustativas, táctiles. Sensaciones demasiado sutiles como para ser vividas por algún ser físico...

Yace mi anatomía, desmadejada, con la inercia de la muerte. Un cúmulo de cenizas ardientes me rodea, es un polvo ritual macabro. No he visto, en ninguna parte, un sudario de cenizas como el que flota en la atmósfera, y sobre el piso caliente, libre de la gravedad, confundida con el hedor letal que emponzoña el aire. Aún crepita el fuego siguiendo una trayectoria fatal.

Mi cuerpo no ha recibido mayores dosis de gas tóxico, pero la cantidad recibida es suficiente como para causarme la muerte, y esto puede suceder en algunos minutos. No puedo brindarme ayuda, no ten-

go la consistencia material necesaria como para activar las propiedades curativas de mi traje que en estos casos de envenenamiento por gases, modificaría la estructura química del veneno dentro de mi cuerpo haciéndola inocua. ¿Qué hacer? ¿Cómo hacer para que mis manos sutiles inservibles por ahora me sean útiles para concluir con este dilema?

Bajo las rocas de la cenicienta orilla, conviven varios crustáceos, una colonia de ellos, y como es común los hay de varios tamaños y edades. Con mi cuerpo sutil me aproximo a uno de ellos, al mayor en tamaño. Utilizando toda mi voluntad, atravieso su rígida coraza de carbonato de calcio y me hago dueño de su diminuto cerebro. Sé que este acto es cruel, infringe la libertad y el libre albedrío de los seres vivos... pero, no me queda más remedio que hacerlo por un par de minutos, no tengo otra solución.

El agujero de los cangrejos tiene la apariencia de una segura y cómoda casa, inclusive está adornado, por dentro y por fuera, con la inspiración de supuesto azar hecho por las aguas. Los animales también tienen sus propios gustos por la estética, inadvertidas para quienes no sean ellos mismos. Su comprensión de la belleza y su cultivo es sutilísima y abstracta. ¿Qué significa el arte humano para las divinidades?

Un ejemplar pequeño me obstruye el paso, no me permite salir de la cueva.

—Por favor —le ruego cortésmente—. ¿Me permites?...

Le he arrancado de una inmovilidad casi permanente. De su constante actividad introspectiva. De aquella dinámica actividad comunicativa que tiene con el universo entero... con su universo.

—Adelante —replica aburrido, mientras mueve su sedentaria figura hacia atrás.

—Voy a salir —continúo—. Discúlpenme.

Están sorprendidos por mi ilógica actitud. Con una multitud de patas me dirijo hasta la entrada: un dintel marcado con caracteres prohibitivos para quienes no sean de la familia...

—¡Cuidado! —me gritan alarmados.

Me detengo abruptamente, en el instante en que el agua es golpeada horrisonamente por encima de nosotros.

Me preocupa lo que está sucediendo allí arriba. Mientras, todos mis hermanos momentáneos, se apretan contra los rincones del cubil, con las pinzas por delante salgo, sin temor. La gravosa arena me presta todas sus facilidades para mi rápido desplazamiento lateral. Como un

reflejo natural deo escapar burbujas de aire viciado por mis aberturas branquiales. Sorteio el estrecho paso que hay entre dos rocas sumergidas; a estas las aprecio como si fueran un par de criaturas colosales, como dos sombras con movimientos y textura protectora; son buenas amigas. Mis movimientos me permiten agradable rapidez, tengo la precisión necesaria para sortear toda clase de obstáculos... Ya siento peligro de manera instintiva, como lo sentiría el propio animal, algo como un impulso acicateante dentro de mí que no comprendo me empuja a huir hacia las profundidades, algo acumulado en su diminuto interior y cerebro se conecta automáticamente a una reacción corporal que no puedo controlar. ¡Voy a huir!, mejor dicho, ¡el cangrejo va a huir! ¡Va a dar marcha atrás!... Pero no se lo permito, con un supremo esfuerzo, con un estímulo superior al instinto de conservación, domino con resolución y voluntad este atávico significado de la vida.

El agua está contaminándose con ominosos residuos tóxicos. Infectan mis frágiles branquias.

Fuera del agua los acontecimientos son aterradores. ¡Las erinias desatadas siembran espanto y desolación!

Muchas criaturas yacen inmóviles, sin vida y consumiéndose sobre el piso estéril, y sobre el agua esperan a la inexorable desintegración. Diviso mi cuerpo inerte dentro de su blanca ropa; está cubierto por un fino polvillo ceniciento. Me acerco casi saltando, retiro una buena cantidad de polvo y presiono un punto oscuro en el cuello de mi traje.

Oteo con las sensitivas antenas del cangrejo los alrededores. La bruma generada por el incendio es un cúmulo de siluetas peligrosas en rápido desvanecimiento... se alejan como llamadas por un timbre titánico. El humo está siendo extraído del soterrado artificialmente.

Devuelvo al agua a mi valioso amiguito.

Parte Segunda

DESPERTAR

CAPITULO V

Soy una idea flotando a la deriva, moviéndome entre otras ideas. Estas otras ideas, son sin duda para mí, las cosas sólidas, materiales; son mi cuerpo desmayado y lo que lo rodea, ceniza, carbón, roca, agua y muchos otros componentes inanimados. El avance del veneno en mi organismo ha sido detenido, pero sucede que el antídoto magnético de mi traje no puede eliminarlo por sí solo. Llego a la conclusión de que el veneno que absorbió mi piel tiene que ser sacado de otra manera o permaneceré en ese estado de inconciencia todo el tiempo que me resta de vida. Con mi cuerpo sutil ausculto delicadamente el daño causado por el tóxico; veo como se mantiene bloqueado: bajo mi tez, mis defensas orgánicas cubiertas por un halo magnético y enzimático se encargan de ello. El veneno también ha afectado mis vías respiratorias y sus síntomas son más graves aquí.

Urge eliminar lo letal.

¡Me preparo a realizar un experimento primitivo y peligroso! El primer requisito que necesito es tener un cerebro funcionando y como el mío está vegetando, debo activar pequeñas porciones de cerebro, es indispensable, de otra manera no podré lograr nada. Concentrando toda mi voluntad en el centro cerebral que gobierna el funcionamiento de mis pulmones, descubro que es mínima la cantidad de alvéolos respiratorios sanos. Me digo que es suficiente para recibir el vital prana y empiezo a darles órdenes para que se hinchen. Empezada la respiración, las poderosas bombas cardíacas, salen de su letargo y sin apuro se contraen suavemente para iniciar la circulación sanguínea.

Las órdenes cerebrales son inminentes: ¡producción en grandes cantidades de voraces leucocitos sanguíneos! Los ganglios linfáticos, en toda su complejidad orgánica, obedecen con una apurada formación de linfocitos. El bazo, sobreexcitado, en el interior de sus abundantes nódulos linfáticos duplica y triplica su linfocitosis. El tejido linfático del timo, acuciada por la urgente demanda, hace una rápida diferenciación de células

inmunológicas. La médula ósea, poco menos que muerta, despierta de un salto y no se abstiene de participar con su vitalísima cuota de madurar competentes defensas inmunológicas.

Los leucocitos en sangre, recubiertos por un blindaje magnético que les proporciona mi traje, lo que les hace inmunes al veneno, inician una estricta limpieza microscópica. Gracias a la quimiotaxia: una variante instintiva utilizada por la naturaleza para hacer obedecer sus designios, se dirigen laboriosamente hacia las zonas impregnadas por el mefítico gas; para ello reptan u ondulan o lo hacen de otras maneras, siempre utilizando pseudópodos. Llegando a las zonas afectadas, cada uno de los leucocitos, toma una pequeña cantidad del veneno, lo suficiente que no altere su blindaje, lo arrancan despiadadamente de las fallecientes células infectadas y lo llevan hacia los nódulos linfáticos escogidos previamente para la delicada operación. El arduo trabajo de los microscópicos guardianes concluye cuando, bajo la piel del rostro, han formado una ampolla aislada e impermeabilizada con el veneno neutralizado dentro; bastará un pinchazo para vaciarla al exterior. El tóxico extraído de las redes respiratorias, también inocuo, es acumulado herméticamente en microscópicas cápsulas que serán expulsadas más tarde al exterior con las secreciones naturales.

Excelente labor que la naturaleza por si misma no hubiera podido realizar; es imposible. Pese a la cubierta protectora brindada, la muerte de los leucocitos fue espantosa, en numerosa cantidad; ahora reciben microscópicas exequias...

Vuelvo en mí.

Despierto en el interior de una pesadilla. Me rodean cadáveres calcinados, médanos de cenizas, humeantes árboles y enrarecida bruma. Ambiente esquizofrénico. La corrosiva cólera del fuego, una prolongación exteriorizada de sus autores, los creadores del subterráneo, acaba sin más pábulo.

Apuro mi paso hundiéndome entre las calientes cenizas y el polvo muerto. Chapoteo aguas negras y fango oscuro. Salto por encima de crepitantes rocas quemantes. Trepo ennegrecidas murallas, hasta dejar atrás la desolación en el olvido...

Y, como lo suponía, un campo de fuerza sicoelectromagnético impide el paso del gas irrespirable hacia épocas futuras. Lo limita estrictamente como si lo hiciera un vidrio colocado en todo el diámetro de la gruta.

Horas más tarde, las dimensiones del soterrado se reducen y queda un relicto de bosque. Estas disminuciones drásticas del diámetro de la magna cueva, indican como otras veces un cambio a una nueva era prehistórica de suma importancia.

Varias mesetas cúbicas sobresalen por sobre los caprichos del terreno. Las mesetas pueden ser identificadas como unos dados arrojados e indican a cualquiera que pueda llegar hasta aquí los créditos acumulados. Los dados tienen el aspecto de viejas piezas abandonadas hace mucho tiempo y están rodeadas por murallas de roca. Roca que desfila con su perspectiva hacia el porvenir.

Más adelante la gruta se transforma en dos. Ambas idénticas en todos sus detalles. Sin hacer cálculo alguno, me introduzco por el de la derecha. Enseguida, en cuestión decenas de minutos, vuelve a dividirse en dos. Son un acertijo, pero sigo por cualquiera de ellos, da lo mismo. Y vuelve a dividirse, esta vez en tres; las siento raras y discutibles ¿cuál es el apropiado? Utilizo el del centro, en instantes en que el estruendo convulsivo de una tenebrosa carcajada vibra en el interior de la masa lítica; nace en todas partes y en ninguna a la vez; sin recato tiene detalles cavernosos que la magnifican tétricamente; luego sus ecos se desvanecen con astucia úmbrica de lo desconocido. Son imprevisibles sus intenciones...

Corredor monótono, gastado, de cascajo y polvo, su textura movediza arranca a mis pies murmullos huidizos y apurados. Susurros desconfiados que provienen de la propia gruta, como si sus arquitectos hubieran dejado en ella parte de sus temores sin advertirlo. De pronto el piso es cortado por un profundo precipicio vertical y más allá a unos treinta metros el piso se continúa; no hay otra manera de salvarlo si no es dando un gran salto. ¡Tiene que ser un prodigioso salto! Sin pensarlo dos veces retrocedo lo necesario. Masajeo síquicamente mis extremidades inferiores y todo mi sistema muscular, los saturó de luminosidad energética. Cuando interviene la adrenalina, impulsa mi carrera; en el borde del abismo me elevo, doy varias volteretas alargando mi trayectoria por los aires, hasta este momento he utilizado toda mi energía y, sin embargo, no ha sido suficiente, aún estoy sobre la negra boca del precipicio, todo indica que ¡voy a caer en él! No puedo rendirme tan fácilmente, y sacando fuerzas de la inercia, me estiro todo lo que puedo y al fin, sin poder creerlo, derrotó a la gravedad y al precipicio, juntos. Ya calmado y en la orilla opuesta, no me siento vencedor por que para esta hazaña mi milagroso traje, me ha brindado su preciosa propiedad antigraavedad.

Ahora ¿debo adivinar la nueva encrucijada que se me presenta? El azar me ha traído un grupo de galerías, todas son idénticas, como copiadadas unas de otras. La galería que escojo se continúa con una escalinata tallada en la misma roca, y encima de los escasos peldaños que la componen se abre un anfiteatro abovedado. En este lugar de unos cincuenta metros de diámetro y nueve puertas rodeadas por tres hileras de gradearías circulares, unos adornos abstractos encima de cada dintel me invitan a reflexionar mientras las observo... Siento como si una súbita determinación incomprensible me obligara a recordar una amonestación futura... Presiento peligro: ¿dónde está? Con cautela me llevo al centro del anfiteatro donde hay un agujero de unos treinta centímetros de diámetro; mi alarma interna ahora es más fuerte, más imperiosa, me insta a retroceder. ¡Reflexiona! ¡Obedece!

¿La razón de mi alarma?: Surge de repente una cápsula líquida del agujero central; crece en forma de balón transparente en un par de segundos, y en otro par de segundos se achata hasta convertirse en un disco de cristal de unos cuatro metros de diámetro y veinte centímetros de espesor. Es una plataforma circular, con apariencia líquida. También es una pantalla tridimensional. Las imágenes formadas dentro del disco, aquellas imágenes que captó de mi imaginación sin yo advertirlo, luego flotan por encima del cristal y se modifican obedeciendo los cambios que mi inspiración les otorga. No exagero cuando digo que mis pensamientos toman cuerpos oníricos y fantásticas expresiones abstractas rodeadas de luces fantásticas. ¡Es increíble! Agradezco esta inmejorable oportunidad que se me da para conocerme mejor, no habría nada de fantástico y menos de pesadilla o ensoñación en mi interior si tuviera la conciencia despierta; y como hay algo, o mucho, de inconciente en mí es explicable esa clase de imaginación e inspiración absurda.

Una extraña fuerza nace del agujero central y se extiende por todo el disco; me atrae, como si lo hiciera un imán a un pedazo de metal, y aplasta contra la superficie del disco. Su poderosa fuerza de atracción impide oponerle resistencia alguna y me va arrastrando hasta el centro: ahora cóncavo. Aquí, en el centro, la presión se incrementa aterradoramente y en un cerrar y abrir de ojos siento comprimírseme dolorosamente mi cuerpo. Asombroso, ¡empequeñezco! Inmisericorde destino; las asombrosas propiedades de mi atuendo en esta ocasión son inservibles. ¡Estoy perdido irremisiblemente!

Mis células explotan comprimidas contra sí mismas. Mis tejidos ya inservibles continúan ajándose con temblorosas explosiones. Mis órganos, irreconocibles masas, empequeñecen brutalmente; se consumen sin exudar líquidos. Mis huesos con toda su portentosa resistencia natural, ceden espacio convulsivamente cuando crujen deshaciéndose, primero en trozos grandes y luego en microscópicos pedazos... Con todo, mi cuerpo ya insensible e irreconocible continúa hundiéndose dentro de sí mismo, dentro de sus propios residuos; empequeñece más y más entre alaridos atómicos. Muy pronto mi cuerpo es un insignificante objeto de poquísimos centímetros; y un minuto después no queda nada de él. ¿Nada?, o debo decir que se transformó en algo parecido a un inquietante punto microscópico, pavorosamente comprimido, en un punto con más de setenta kilogramos de peso. La trampa gravitatoria, que se me tendió dio resultados.

Una subrepticia manifestación risueña lo cimbra todo, desde los cimientos de roca hasta la gruesa bóveda que esta parte tendrá unos cien metros de espesor. El ambiente es más expresivo que esa manifestación, saturándose e iniciando una tormenta eléctrica; esa tormenta tiene dentro de sí las inequívocas características de un hálito de triunfo que se conmociona y retuerce para continuar con una alegría omnipotente y desdeñosa... Unos minutos más tarde se calma y antes de desaparecer satisfecho, considera que hizo una magnífica jugada.

¡Si hubieras visto el interior líquido de la pantalla! Esperé hasta este momento para salir de mi escondite vibratorio y plástico generado por mi atuendo y mi imaginación inspirada. No pensé que yo podría lograr tanto si me lo propusiera. Sobre la pantalla flota un trozo de piedra aplastadísima: ¡me estremece!

Con mucho cuidado elijo la galería que me sacará de aquí y empiezo a descender sus peldaños. Media hora más tarde siento el aroma de fresca vegetación acompañado por el perfume vivificante del agua pura y la fragancia feraz de húmeda tierra; y abundantes combinaciones odoríficas traídas por la misma brisa. Y acaba el laberinto.

Comienza un asombroso paisaje. La vegetación crece feraz en los lugares más extraños que uno pueda imaginar, en lugares copiados de eventos oníricos con exceso de fantasía. Más exacto no puedo ser cuando digo que en su diseño intervino una mente inspirada por algún alucinógeno artístico, cuyo ingrediente principal que sirve como fulminante es nada menos que el orgullo. Es un edén con millones de detalles en un

lugar tan grande como cerrado. Todo está previsto desde hace mucho y quizá, también, mi presencia. Atraviesa este paraíso, en toda su longitud, el caudaloso río de aguas salobres y cálidas que una vez más se reencuentra conmigo; reverbera de entusiasmo como tratando de encontrar una verdad, aquella que le hará entender su verdadero significado. La balsámica atmósfera está impregnada de sutiles fragancias, esas que se encuentra en un sólo lugar, en la oración; es inocente como en los albores de la creación. ¡¿Extasiante?! ¡¿Divina?! Y, todavía no he visto ningún animal con las dimensiones corporales de los vertebrados a excepción de los insectos y sus diferentes zumbidos... inequívocos.

Tengo que alimentarme y reponer fuerzas, para ello no es necesario ir muy lejos, al alcance de mis manos se encuentran innumerables y deliciosos frutos: ¡*Hummm!*, muy nutritivos. Uno de los frutos que he cogido tiene el aspecto de una manzana, pero no es una manzana, tiene buen sabor y una perfecta combinación de almidones, grasas, aceites, azúcares, aminoácidos, fibra y otros componentes. Después del gran banquete me pongo a reposar; olvido el apremio, olvido todo; sólo respiro e introvierto en mi interior... Respiro e introvierto, hasta alcanzar una voluptuosidad espiritual. Mi profunda lucidez trata de encontrar una vibración perenne hundida en la noche de los tiempos y materializa un sonido comprensible: *Aaaa...* Mi laringe es un verdadero útero del verbo cuando vocaliza esos sonidos, mientras tanto que entre mis pulmones cerca a la glándula timo, brota una indescriptible luminiscencia con tonalidades esmeraldinas. El brillo se intensifica y, externamente, parece extenderse por todo el Universo, mientras que internamente rompe las barreras humanas tratando de reunir las vibraciones que la amnesia tiene dispersas en la subconciencia mía y convertirlas en caracteres inteligibles... ¡No!, en esto, algo desconocido me impide culminar lo que me propuse, tiene la fuerza mental de un *karma* artificial, un karma que se me ha impuesto e ignoro con que motivo y las circunstancias. Mis vanos esfuerzos nada logran; mis esfuerzos mayúsculos consiguen lo mismo. ¡Todo es inútil!

¡Es inútil!... Me trae a la normalidad.

Retiro las ramas que obstruyen mi camino. Luego una sabana de grama me da la bienvenida con su aroma de intensa poesía solitaria, hay demasiada tranquilidad por aquí. La grama alfombra el entorno de un cercano pantano y salta intermitentemente encima de las chatas islas rodeadas de abundante junco. El pantano es hermoso, una obra de arte, dibuja con esmero algunas especies de plantas acuáticas cuyas formas han sido obsequiadas por la fantasía. La brisa entiende ese lenguaje y

lleva esas noticias hasta los alejados arbustos que riñen por el reducido terreno seco con algunas centenarias *ginkgoaceas*.

Los modales sedentes e introspectivos de las plantas, son interrumpidos por el dinámico ruido de un reptil de gran envergadura. El grotesco trompetazo que emite nada tiene que ver con su aspecto de manso herbívoro. Escondido por arbustos de hiebas se alimenta, está alerta, no desdeña mi presencia. Media hora adelante se repite un incidente parecido, pero con varios de ellos atravesados en mi camino, devorando parte del bosque y bufando de satisfacción; son animales que existieron, según la Paleontología en el Período Triásico, pero para mí, sin los factores dimensionales y espaciales conocidos por esa ciencia, es apenas una frecuencia del dial tiempo-espacio que con sólo sintonizarlo puedo uno ingresar en esa habitación como si fuera parte de su hogar. Con esto estoy diciendo que el Universo siempre está en presente y el tiempo sólo sintoniza sus frecuencias. Toda criatura viva, vive sintonizando las frecuencias del Universo de acuerdo a lo que le permitan sus genes. Las frecuencias son múltiples, infinitas y van cambiando de instante en instante como lo permitan los factores genéticos, a la manera de cambiantes figuras tridimensionales que se suceden rápidamente sin poderlas distinguir como otra cosa. La calidad y sutilidad de la sintonía está limitada por los genes, que es lo mismo decir que el karma limita los genes.

Cuando los animales se retiran puedo continuar mi marcha. Dejo rezagado a los pantanos y la arena empieza a ganar terreno. ¿Qué hay en mí que no puedo suspirar ante lo estéril del terreno que viene? En él, como en ningún otro momento, puedo encontrar muchos pares de huellas reptilianas que se dirigen en diferentes direcciones meno hacía la selva que empieza a morir. Precavidos anfibios escapan al agua cercana al marjal poco menos que seco para esconder su retozo; con ellos algunos crustáceos, con curioso aspecto de setas, de andar lateral, corren con el mismo fin, escribiendo con sus patas su obituario próximo. Sin la menor duda me atrevo a decir que el desierto le gana terreno a la jungla.

¿Dos horas más tarde?, la omnipresente arena comparte sus amplios dominios con columnas rocosas que nacen en el subsuelo. Ya cerca compruebo que esas columnas, conforman una larga cadena de esculturas abstractas. ¿Abstractas? ¿Las realidades síquicas son abstractas? No, realmente lo que tengo enfrente son nada amenos que ¡maravillosas fantasmagorías!, auténticas obras de arte labradas en incultos materiales. Son gotas de virtud en dosis comprensibles. Arquetipos permanentes.

Bellísimos galayos expresan acontecimientos síquicos inenarrables, sólo se puede encontrar en momentos de profunda introversión. Inmaculados obeliscos, reverberan veracidad y asimilan inocencia verdadera. Transparentes menhires evocan el infinito, desafiando la gravedad, con geométricas formas a los que añadieron, incrustando, enormes trozos pulidos de cristal de roca. Atrevidas y grotescas columnatas reprochan las pasiones nihilistas, desdeñan la infrahumanidad, aceptan y elogian las virtudes y los más altos valores espirituales. Exóticas representaciones florales, realmente imposibles de imitar por sus detalles fantásticos pero verídicos, ensalzan el amor en cada una de sus diferentes manifestaciones... Y muchas otras esculturas rebozan de inspiración, de ingenio e intuición.

¿Inspiración? ¿Ingenio? ¿Intuición?... ¿De quién? ¿De quiénes? Hasta ahora, tan sólo, he detectado sus manifestaciones síquicas y en ellas, aunque han tratado de esconder, he podido conocer sus mundos interiores y toda la gama de defectos que albergan. Sólo me falta saber cosas mínimas, como sus nombres, por ejemplo.

Mi asombro ante tanta belleza reunida se transforma en reverencia. Mi admiración ante tanta armonía concentrada en un mismo lugar me embarga de extática alegría íntima. Todas ellas expresan, hasta cierto grado, la perfección cósmica. Son una pequeña fracción del arte y, sin embargo, podrían tener una influencia infinita en la vida humana. ¿Cómo puede estar todo esto reunido en lo ignoto, aquí en la oscuridad? Aquí nadie puede aprovecharlas. ¿Por qué están escondidas?

Cogitando paseo por la arena, apreciando cada una de las esculturas. Todas ellas fluyen al ambiente maravillosas sensaciones vivas. Tienen una firma vital que no poseen los creadores del soterrado, eso es obvio para mí, ¿estaré equivocado?... Ellos no las crearon; creo que no. Sin proponérmelo me detengo frente a los diáfanos menhires, entonces una extraña sensación me lleva hasta el más cercano a mí. La monolítica base cristalizada brilla intensamente por momentos, su amplitud me permite pasear sobre ella y así poder admirar muy de cerca el delgadísimo talo de cambiante diámetro geométrico; me parece haberlo visto antes. ¿Dónde he visto esta maravilla cuyo talo se eleva desde su pedestal desafiando las leyes físicas para sostener encima de sí innumerables laminillas de una gigantesca seta? La espiral del talo cintilla a maravillas, aún en la oscuridad saca luminosidad de donde no la hay; la saca de dentro de sí.

El ambiente se transforma, me parece anormal que haya cierta con-moción electrónica y sospecho por que. Adopto la frecuencia vibratoria

de la obra maestra; me mimetizo sensiblemente dentro de la inspiración e intuición con que fue hecha. ¿Acaso, «La Vigilancia», sabe que escape de la trampa gravitacional?

¡Maravilloso! Sin quererlo ingrese al universo interior de la escultura, a esas dimensiones internas con las que está construida. Y delante, mío, con consistencia idéntica a la onírica, se eleva una escalinata caracolando por el vacío; los peldaños de cristal transparente flotan ingrávidos en la oscuridad sideral, perdiéndose en la perspectiva del infinito cual teclas de piano esperando ser pulsadas. Un halo de luz se desprende de cada uno de los peldaños iluminando la noche de entorno. Me siento invitado a utilizar el primer escalón; cuando lo hago se inicia una excelsa sinfonía, ubicua. Sus notas, se alejan en la oscuridad, transformadas en palpitante luz cromática e iridiscente. Es inimaginable lo que presencio. Los demás escalones complementan sus sonidos, son la continuación cromática de la maestría sonora. ¿Cantaban así las divinidades ante la inocente infancia del infinito? Cada una de las fracciones infinitesimales de sonido trae un mensaje con fecha anterior al inicio de los días cósmicos.

La inagotable espiral acompaña mi marcha hacia lo insondable; es inimaginable, hay que vivirlo. Es cuando la pavorosa inexistencia, viniendo de quién sabe donde, lo rodea todo para devorarlo. La escalinata es aspirada junto con la extasiante música, sumiéndose ambos en el silencio absoluto. Brutal, si existiera la nada, hasta esta se vaciaría en el terror absoluto; sí, comprendo que esto indica que he llegado al último peldaño. Estoy parado en una minúscula fracción de nada.

Sin nada por delante, un paso más significaría caer en el precipicio del infinito, en la locura. Pero no es así. Doy el paso y de lo imposible surge una luz y dentro de esa luz se metamorfosea una puerta cóncava de fino cristal, una lente dimensional; la transparente pureza con la que está hecha es un obstáculo para poder mirar en su interior. Momentáneamente me detiene la reverencia que siento ante lo sagrado y sé que necesito de una contraseña para transponer ese misterioso umbral, hurgo dentro de mis recuerdos sin encontrar ninguno. Si mis recuerdos no funcionan, entonces, debo buscarla con mi intuición, eso hago y en un breve lapso de tiempo acude a mí una señal definible. Llamo por tres veces, conmoviendo el interior con los ecos de mis pensamientos, después de eso escucho una dulce ópera que me dice:

—¡Pase!

Es una ópera trascendental y lo dicho es el resumen de todo un relato maravilloso. No oigo esa música con mis oídos comunes, resuena en mi encéfalo, en mi corazón, en mi ser. ¡Es lenguaje telepático!

Ingreso y al hacerlo bajo mis pies surgen cristalinas baldosas. El limpio perfume atmosférico es propio de la honestidad y de la sinceridad. Veo al ser que me cedió el pase; viste inmaculada túnica blanca y sandalias también blancas; tiene el rostro expresivamente sereno, ojos de mirar profundo, nariz delgada y boca severa; cabello blanco y corto. Ese rostro de miles de años y sin arrugas no me es desconocido, sé que lo vi antes, que lo traté...

El vaporoso ser me invita a seguir adelante; su ademán lo dice todo. Lo hago caminando sobre baldosas ingravidas. A medida que voy avanzando, un templo, se va materializando en torno a mí: es una gran burbuja suspendida en el espacio y yo soy un diminuto punto en su interior acercándome al Sumun del templo. Allí adentro, en sendos asientos que levitan sobre el piso, una pareja sagrada me espera, Él y Ella. Él, de edad indefinible, con la apariencia de mancebo y rasgos fisonómicos agradables, los singular aquí en este lugar sagrado es el cabello corto y blanco de los varones; me mira profundamente. Ella, una belleza sin límites, ostenta una sonrisa mística desligada de los dogmas; su piel irradia el aroma de una luz profunda y sus ojos expresan amor purísimo. No, sus ademanes, sutilísimos, no manifiestan alegría, solamente felicidad. Sus cabellos son un poema de sedas celestiales. Ambos visten largas túnicas blancas y tienen la consistencia corporal semitransparente.

—¡Volvemos a vernos! —me dice Él, amigable y cortés, cuando he llegado hasta la presencia de la sideral pareja—. Nos alegra bastante. Pero ¿dónde está, Isis, tu novia?

He quedado anonadado, más que sorprendido, ante esas declaraciones. Los rostros de ambos seres y sus voces, no me vienen con ningún recuerdo.

—Comprendo, amigo mío —continúa—; lo olvidaste todo, inducido por manos y circunstancias que estas empezando a descubrir. Empiezas a recordar gracias a tu empeño perseverante: para llegar hasta este templo es necesario una voluntad singular. Te podemos ayudar muy poco, con lo que sabemos de ti. Pues, bien...

Empieza un relato detallado y yo lo escucho con profundo interés. Me sirve para levantar el velo de mi amnesia mínimamente, pero es tan interesante e importante para mí. Barrunto con insipiencia el porque de mi estancia en el soterrado... Esta palabrita ahora suena tenebrosamente

en mi interior: ¡Soterrado! y también parece vibrar en toda la burbuja sagrada con cierto temor que no puedo describir.

—Por lo que puedo ver en tu semblante interior, te hago esta pregunta, querido amigo —apura Él—. ¿Es cierto que estamos encadenados, tú y nosotros, dentro de un mundo de espesas sombras, involuntariamente y sin merecerlo?

—Sí —respondo.

—Ese mundo es el soterrado. ¿Y desde cuándo?... ¿Es posible suponer desde cuándo?

—No lo sé.

—No estamos donde deberíamos estar. Este Universo, el cual gobernamos desde este corazón, se sustenta con la ayuda a los humanos, con la enseñanza que brindamos desinteresadamente. En este momento no me explico el porque de este encierro.

Viene un momento de silencio en el que la meditación tiene cabida.

—Lo sospechaba —prosigue, Él—, por el tedio que nos embarga. Un tedio mortal.

Ante la contemplación de su compañera y mía, se dirige a un extremo de la burbuja, y poniéndose a mirar al exterior vuelve a hablar, pero esta vez consigo mismo:

—Las luces y la negra noche sideral que nos rodean están ajándose. Esta armonía, los deliciosos susurros de Euterpe con los que está constituido nuestro mundo se extinguen inmisericordes... En fin, la euritmia de nuestros misterios se acaba, la intemperie del abandono y del olvido es inexorable... — y súbitamente inspirado se vuelve hacia mí para decir—: Pero tenemos esperanzas de que todo eso funesto no ocurra, ¡tú nos ayudarás!...

No era necesario que me lo pidieran. Desde el momento que comprendí los terribles efectos del artificio impuesto en el soterrado, me propuse conocer a fondo a los autores de esa monstruosidad y de esa manera poder destruirlos. Haré lo sobrehumano para lograrlo...

—...¡Nos ayudarás!...

—Cuenten conmigo —respondo confiado y sereno, y pienso que el tiempo es lo único que se antepone como un tenaz muro...

—¿Tiempo?... Ese concepto no tiene significado para nosotros —arguye cortando mi pensamiento mientras sus ojos destellan incomprensiblemente—. Aquí se vive en la perennidad. En una perennidad diferente a cada momento, original y nueva a cada instante. Somos una pequeña fracción de uno de los Magnos Pilares que sostienen al Universo.

La ataraxia que lo domina es profunda. Y con todo lo dicho decide acabar con el tema.

En otras circunstancias me quedaría un «tiempo» más en la eternidad de este Universo, infinito por cierto. Ahora me urge continuar.

—Antes que te vayas, déjanos decirte que te brindaremos toda nuestra ayuda cuando lo necesites. Estaremos pendientes de todo lo que hagas. Podemos influir en vuestro mundo, también de otra manera, no te lo decimos cómo pero lo haremos cuando la oportunidad sea obvia.

Ambos, El y Ella, irradian abundante bondad. La comprensión táctica entre ellos es inherente a sus actos. Con sensibles ademanes venerables y acompañados de intenciones abstractas, me despiden.

—¡Adiós, Ouros, adiós! ¡Vuelve... vuelvan, tú y tu adorable novia! Los estaremos esperando.

Me dirijo hacia la salida acompañado por el respetable ser que me dio el permiso de ingreso al templo y me esperaba fuera del aposento. El panorama ya no es el mismo, las baldosas de cristal han sido remplazadas por un camino de innumerables láminas de cristal dispersos por el espacio donde se encontraba la burbuja del templo y giran con lentitud abismal sobre un eje inexistente. Minutos después cuando todo el Universo se desvanece susurrando inefablemente, mi último pensamiento está dirigido a todos los seres que mantienen vivo este maravilloso mundo:

—¡Adiós!

El remanso espacial de música inédita desaparece y en su lugar se materializan los menhires y demás esculturas. De «La Vigilancia» ya no hay rastros.

Sería inolvidable vivir por algún momento en el interior de cada una de las esculturas, conversar con sus misterios... Y, ¿qué está sucediendo tras ese obelisco semejante a un muro? De allí provienen unos ruidos cascantes y rotos: son de unos dinosaurios pequeños que se alimentan con los huevos que otro reptil dejó enterrados en la arena, y se alarman ante mi presencia. Cuando notan que no hay peligro para ellos, continúan con su labor gastronómica.

Relego el cuadro del festín y a los placenteros siseos glotonos; habrá digestión rápida para volver a tragar.

El río a lo lejos forma un extenso meandro. Una curvatura tal que pareciera que sus aguas se han detenido para gozar de un corto asueto en el panorama de paraíso.

CAPITULO VI

Insectos; innumerables en exceso y ruidosos. Sobre el pedregoso suelo, una colonia de ellos, inquietos, llevan entre sus aceradas mandíbulas los despojos de otro artrópodo; conforman un grupo de varios miles de individuos; tienen la cabeza, tórax y abdomen diferenciados y eliminan a sus víctimas, que han tenido la mala suerte de ponerse a su alcance, con un potente veneno secretado en el extremo anal. No muy lejos, sobre un arbusto de espinas, un insecto traqueal de largas patas y abultado abdomen, teje una malla de hilos pegajosos. Junto al moho de lo que fue un árbol, la moribunda víctima de un alado himenóptero se convierte en despensa de futuras larvas. Que dinámica es la vida de los rastreros y a ello le añadimos el detalle de los pétalos pintados con suave fragancia que comparten su extraordinaria belleza con las hermosas alas de unos insectos poseedores de larga trompa succoria. Y en el aire, aprovechando de sus alas, un díptero muy conocido, se dirige hacia unos frutos descompuestos de un árbol... ¡Bulle la vida!

Usando el fondo que comparten los insectos, agoniza un reptil. Momentos antes se lanzó osadamente contra otro reptil de aspecto espantoso y de mayor tamaño, embistió blandiendo las afiladas hileras de dientes que le proveyó la naturaleza, dio una tarascada incompleta. Eso fue todo lo que hizo porque inmediatamente un empujón lo hizo rodar por tierra y cuando trataba de repetir la misma hazaña recibió una feroz cornada de carácter mortal. Desde el cielo, un grupo de saurios voladores contempló esa desigual lucha entre un carnívoro y un herbívoro, en el que resultó ganando este último gracias a su potente cola y a sus múltiples cuernos frontales; de ese grupo de saurios voladores uno de ellos descende planeando velozmente, da una vuelta en círculo sobre el reptil muerto y satisfecha su curiosidad se va.

Conforme los bosques cambian, también lo hace la fauna reptiliana. La temperatura domina esos cambios en consuno con la humedad. Más tarde, o mucho antes, me hallo entre corpulentos cicadáceos que rodean un manantial de aguas cristalinas. El aroma inconfundible de lo bello me permite apreciar el gozo predispuesto de cada elemento en un oasis de fábula onírica. La poca profundidad del líquido emula un microsistema

ecológico y sencillamente complejo. Es un lugar al que se le ha escogido originales formas acuáticas, prohibidas para la naturaleza, pero permitidos para los manipuladores genéticos. ¿Qué dirán los *elfos*, aquellos incógnitos moradores del interior de las semillas y gametos ante esos inusuales cambios?

Las flores salpicadas de rocío, pronuncian poemas odoríficos seleccionados en matraces. ¿Tienen el fulgor de las virtudes? El viscoso ruido caído desde alguna rama se posa encima de un insecto para eternizarlo, así crea la resina sus propias obras de arte.

Tras los cicadáceos el bullicio se apaga. El temor cunde, lo ominoso está cerca. El ambiente enrarecido por lo desconocido contagia a las criaturas con el presagio del peligro y todas ellas huyen atropellando su propio miedo. Es entonces cuando tras la cautela, la tensión y la rigidez de los escondites el pronóstico se hace realidad: ¡surge la más feroz y sanguinaria de todas las bestias conocidas, la expresión viva y palpitante del terror! Trae las ventanillas de los agujeros respiratorios contraídos y los dilata con sonoros jadeos, explicando la insolencia y el desafío. Las húmedas encías de las abultadas quijadas que ostenta tener, dejan entrever afiladísimos dientes y adrede ruge un bostezo desdeñoso. Sabedor de su completo dominio, en un último momento antes de llevar a otra parte su paseo intimidante, contrae unas temibles uñas retráctiles y curvas con los cuales podría fácilmente despedazar un árbol con un par de zarpazos.

Los bramidos atronan la maraña.

Siento curiosidad por la etérea emanación desprendida de debajo de un arbusto leñoso. Aparto sus ramas y descubro un ¡tálamo muy especial! hecho de ramas y raíces, apisonadas y trenzadas con esmero, paciencia y auténtica exigencia maternal. Palpo la sedosa y caliente textura de lustrosos huevos protegidos por la tibieza del tálamo; esas geométricas formas calcáreas tienen el mejor diseño, perfecto, que pudo darles la naturaleza y esperan el calor de su madre que seguramente se ha alejado por un breve momento para conseguir alimento. Esa ingeniosa arquitectura del cascarón es nada menos que la prolongación protectora del instinto maternal y me invita a analizarla. Me invita a investigar, a conocer su composición síquica inherente a la composición orgánica. Y me invita a adentrarme... muy dentro de lo que celosamente protege, su razón de ser en estas circunstancias manidas, me refiero a su actuación como integrante del vivero subterráneo.

Me interesa esa composición síquica, generadora de potentes formas de energía infinita. Me interesa la iniciación de la simiente antes de la cosmogonía y en los derroteros posibles por los que pudo continuar, paralelas a la vida, paralelas a la existencia. O en los derroteros posibles que la matemática del tiempo pudo llevarlos por otro camino que no fuera caer en las manos de los arquitectos del soterrado. Me interesa... ¿Qué me está sucediendo?, mis pensamientos brotan de manera infantil, efervescente y atolondrada. Reprocho esas reminiscencias y actitudes mías subjetivas, pero debo hacer el experimento propuesto.

Regulo mi vibración síquica con la de uno de los embriones. Entonces la delicada superficie del cascarón parece agrandarse o acercarse y crecer hasta adquirir las dimensiones de todo un universo. Me parece que toda su superficie y atmósfera sideral vibran a escondidas, cuando le hago una interrogante como si pudiera oírme, y se continúan con un leve temblor que se convierte en terremoto galáctico. Cuando vuelve la calma sobresale un silencio intermitente, palpitante, pulsante, sin vida; comprendo que no debí preguntar, aquí es importante la acción. Y, viajo en ese universo, con un cuerpo etéreo que me parece prestado, percibiendo en todo momento susurros, ronroneos, crujidos, chasquidos, omnipresentes que tratan de adueñarse de mi cerebro y así, atontado, poder remedar esa absurda música. Las circunstancias presentes no se pueden determinar con medidas conocidas, no conozco ninguna que sirva, ocurren instantáneamente para luego desaparecer sin dejar rastro alguno.

Inquieto Universo, y ahora adopta una transparencia inusual de auténtica limpieza, de conciencia limpia, de total inocencia. Se ha transformado de esta manera como un preámbulo, apropiado para echar la simiente de la vida, es el génesis local donde aún mi propia individualidad que con esfuerzo puedo mantener lúcida está a punto de colapsar con esa pureza absoluta. Lo diáfano, compenetrado con todo, hace imposible esconder nada, incluso los pensamientos son expresiones de tosco material, muy obvio hasta para un ciego. Pienso en cualquier cosa con la intención de probar este descubrimiento e instantáneamente se materializa una delicada flor epifita que vi antes sobre la agrietada corteza húmeda de un corpulento tronco: La perfecta eutesia de un gran pétalo, protector aromático de su delicada sexualidad en el centro de otros cinco pétalos comunes, salpicados de rocío, desarmonizan con la exigente pulcritud del ambiente quién sintiéndose agredido decide perdonarla disol-

viéndola. Una colosal succión amenaza con hundirme en la incertidumbre, sin quererlo me deslizo en dirección de una titilante salutación. ¿El corazón del huevo? Se dilata y contrae respirando como un magno ser sin forma definida. La gran velocidad con la que viajo, pronto transforma ¿al corazón del huevo? en gigantesca esfera ilimitada rodeada por una corona radiante; y sus pálpitos son atronadoras explosiones y remecen la lejana oscuridad que se va quedando a mis espaldas.

Son pálpitos acompasados... Pálpitos ininteligibles, por el momento, para mí; sé que esos pálpitos pueden ser traducidos y darme mucha información. Pero por ahora mi intuición no los alcanza.

Ingravidez palpitante, no puedo limitar esos instantes con el tiempo, no me serviría de nada. Infinito aquí no significa nada, lo mismo que eterno o nada...

No lo sentí, pero algo ha cambiado en el ambiente y sin demora se ha quedado todo suceso anterior sedimentado en la espiral del tiempo, visible ahora en frente mío, remolineando como un lento torbellino espacial, tratando de esa manera encontrar un lugar propicio fuera de la música ciega, fuera de lo supuesto, fuera de lo ficticio.

Los fragmentos sin sentido que existen en los alrededores, o sea prácticamente todo, empiezan a tomar forma sólida, cuerpos identificables. Cuerpos como aplanadas costras que orbitan un cielo demasiado espeso, con gravedad espantosamente pesada y matizado con una neblina crepuscular verdosa. Las costras con aspecto de inmensos macizos blancuecinos, cual asteroides de formas fantásticas, emulando los colores del extraño crepúsculo protegen al generador de la inexorable fuerza centrípeta que mantiene en armonía a todo el sistema. Es un colosal cuerpo celeste o un magno corazón, iluminado por resplandores que no son suyos.

A continuación, muy cerca de la superficie de ese corazón galáctico, mi raudo viaje es frenado por el fluido atmosférico y poso mis pies sobre una superficie elástica. Se hunde y yo respingo sin permitirme rebotar. Tengo la sensación inequívoca de que la superficie es una membrana delgada extendida sobre un inmenso cuerpo líquido y emula a todo un sistema orográfico provisto de planicies, valles, montañas, picos, y muchos otros accidentes geográficos sintéticos a la manera onírica. Me aventuro en él, primeramente sobre una sabana pelada; más tarde el terreno endurece, entonces bajo el horizonte crepuscular verde rojizo de

la lejanía surgen unas montañas con largas cúspides blanquecinas y aureoladas con misteriosas tonalidades de color atmosférico.

Profundas arrugas y exageradas salientes me acompañan en el trayecto, ¿hacia donde? No lo sé. Solo me orienta aquello nacido de la voluntad que me trajo hasta aquí. Después la sinuosa superficie se transforma en otro tipo de planicie, en un desierto sólido de una sola pieza pétrea, una extensa región con un cráter de poca profundidad. Con poco esfuerzo llego hasta la parte más elevada del cráter, de un kilómetro de diámetro, y veo en su interior varias cúpulas que sobresalen del duro piso, tienen el aspecto de canicas oviformes de cristal, semienterradas.

Esas cúpulas transparentes me permiten atisbar el interior que guardan. La primera, la más cercana, se encuentra provista con extraños muebles. Investigo otra y la encuentro concurrida por varios individuos, todos ellos acomodados en sendos asientos y atentos a las explicaciones y a lo que les señala otro de sus congéneres lo que ocurre sobre una pantalla líquida incrustada en la pared. Todos me dan la espalda; de pronto el que explica se vuelve, y curioso ¡no tiene rostro!, en vez de eso una tersa tez oviforme y pálida lo remplace y está unida a los hombros por un delgado cuello cilíndrico. Viste holgada chilaba marrón que le cuelga hasta arrastrar y ciñe en el talle un cordón anudado; y tiene las manos, cuando no es necesario, escondidas por las largas mangas del atuendo. La cúpula mayor, de al lado, está llena de actividades domésticas; cada individuo, de las cinco docenas que hay, hacen cualquier cosa sin necesidad... y añadiría sin utilidad, y cosa extraña, no tienen sexo, todos son idénticos como sacados de un sólo molde. La evidencia de esta dolorosa incógnita está en una de las secciones asépticamente separadas por mamparos cristalinos en el fondo de la enorme canica. ¡Fabrican a sus congéneres, como otros lo hicieron con ellos! ¡Los hacen a partir de compuestos sin vida, inertes y esterilizados! ¡Todos ellos son totalmente artificiales! ¡Y lo peor, ¿de dónde sacan esos hábitos misteriosos para insuflarles vida? ¿no es de esos matraces de aires fatuos y vómitos genéticos?!

Sucede una conmoción, subterránea, replicada incesantemente. Viene lo espantoso, lo intuyo, no conocido todavía por estos seres; ellos se agitan alarmados como parodiando el pavor; sus frenéticos actos remedan miedo, histeria, neurosis, que no tienen, que no pueden sentir. ¿Cómo podrían tenerlos si son seres muertos desde el principio? Pero anticipan lo que viene...

Por sobre el cráter aparecen grotescas formas reptilianas, como colosales fantasmas ocupan todo el cielo. Son verdaderas monstruosidades con rasgos humanoides y exacerban, asaz, la ambiental parodia de miedo, histeria y neurosis. Esos grotescos fantasmas infrahumanos e infraanimados, con el poder de poderosos huracanes, destrozan despiadadamente en pocos segundos todas las construcciones cupulares existentes y a sus habitantes. Como en toda hecatombe, siempre existen sobrevivientes; para estos uno de esos fantasmas atmosféricos se fragmenta en múltiples monstruos y al tener el tamaño de sus víctimas, utilizando zarpas, dientes, aguijones y demás armas naturales con certera eficacia, los aniquila.

Una de esas aberraciones fantasmales persiguiendo a una de sus indefensas víctimas, se acerca hasta aquí, donde me encuentro semiescondido en las sombras. Me interpongo entre ambos... No me ven, ¡no se percatan de mi presencia! ¡Para ellos no existo!... Levanto uno de mis brazos, aunque me parece que es inútil, y descargo un violento golpe contra la escamosa garganta del agresor; espero el impacto... que nunca llega. El reptil-humanoides me atravesó como una exhalación; soy parte del ambiente que ellos respiran, invisible, y en esas condiciones nada puedo hacer.

La destrucción es total. Nadie de los pacíficos individuos queda con vida, si alguna vez lo tuvieron, despedazados junto a los fragmentos de lo que fueron sus viviendas.

Los monstruosos entes continúan buscando probables víctimas de manera automática hasta que empiezan a desaparecer. Se colapsa todo el mundo que se atrevieron a despedazar; espontáneamente se reduce comprimiéndose hasta alcanzar la pequeñez de un diminuto punto; y enseguida se dilata espantosamente lanzando todos sus componentes en todas las direcciones: explota acompañado de un sonido mortal.

Me siento despedido por lo ignoto. Lo onírico me absorbe como queriéndome destruir. La pureza de la oscuridad aumenta como si alguien estuviera calibrándolo con unos aparatos ahítos de neurosis, intentando encontrar una noche ideal para sí. Y esa noche transcurre, no se cuan rápido, y amanece en torno mío.

El nido está vacío. Un pequeño reptil huye llevándose una última porción de cascarón con algo de yema reventada. Desde cualquier parte la criatura afectada lamenta la desaparición de su descendencia.

CAPITULO VII

Un bramido horrisono atrona tras el dosel arbóreo. Inmediatamente se escucha una respuesta estentórea no muy lejana. Es común ese diálogo entre dos individuos de la misma especie, como también es común un diálogo múltiple entre varios individuos, o como también es normal un reclamo entre diferentes especies, todos porfiando por hacerse escuchar entre la barahúnda. Gigantescos helechos se atraviesan en mi camino y no es nada raro que sobre sus copas vislumbre la curva espalda o las carnosas ancas de alguna criatura de descomunal tamaño, y por lo demás hundido, hasta las corvas de sus cuatro patas, en el agua de alguna charca, tragando tranquilamente el alimento que necesita para nutrir su inmensidad.

Mi presencia distrae a uno de esos colosos y como le soy desconocido me presta exagerada atención. Pasivo sin el menor indicio de agresividad o temor, levanta su pequeña cabeza, en comparación con su titánico cuerpo y arquea el cuello en dirección mía por encima del follaje. Enseguida abandona el líquido y ¡viene en dirección mía! Sus ciclópeos pasos goteantes arrancan crujidos en la arena aplastada; no se me escapan algunas características de sus garras, degeneradas por la falta de uso, casi extintas, semejantes a delgadas placas óseas o escamas cornificadas. La piel gruesa blindada por abundantes y pequeñas placas le resulta amplia y holgada. Llegando a cierta distancia, el tremendo animal, me acerca las perforaciones nasales de su sensitivo hocico móvil; me huele insistente y sonoro, esto me indica que dentro de él aún existen actitudes atávicas que le hacen sobreponerse a los nuevos sentidos óptimos para la densa oscuridad. En las comisuras de su boca cuelgan residuos vegetales y su aliento es inocuo.

Dirijo un haz de fotones magnéticos en dirección de la maciza cabeza de varias toneladas de peso. Las microscópicas partículas atraviesan con facilidad el duro pellejo cornificado y capas de fibras musculares incluyendo el denso tejido óseo. Mi visión fotónica me dice que el espesor de los huesos del cráneo es exagerado y guardan a un diminuto cerebro que bien podría cogerse en el cuenco de una mano. Con ese tamaño,

esa masa cerebral, contrario a su apariencia, es autosuficiente y completa; es evidente que necesita de muy pocas neuronas para realizar cada una de las muchas y complejas funciones vitales; esa diminuta masa se prolonga dentro del desmesurado espacio que las vértebras le brindan a la médula espinal y así compensa las deficiencias que tuviera. El torrente sanguíneo de esa gran cabeza me pide un suspiro sincero.

El reptil ha saciado su apetito investigador y yo el mío. Algo en su actitud me ha rogado sutilmente, que acabe con la farsa que lo mantiene vivo, pues es un sufridero para él y para todos los habitantes del soterrado. Entonces vuelve por sus pasos, inmenso y reposado, colgando tras de sí una larga y voluminosa cola.

No detengo mi marcha. Cuando veo que es necesario se me ocurre construir una armadía utilizando los troncos encallados en una ensenada rocosa; los amarro con bejucos irrompibles conseguidos en la floresta: prevengo las situaciones a las que será sometida la pequeña embarcación antes de lanzarla. Luego la armazón conmigo encima nos deslizamos aguas abajo; no olvidé llevar conmigo una pértiga que me servirá para eludir algunos obstáculos.

El paisaje pasa. Cómodamente arrellanado me permito observar la abigarrada variación del bosque y los inmensos calveros pétreos que se ofrecen de cuando en cuando. Un par de horas más tarde me encuentro navegando en medio de un cañón pizarroso; de los altos farallones se desprenden lajas que en algún momento caen muy cerca haciendo peligrar mi estabilidad.

De una plataforma saliente, en lo alto, echa a volar un reptil alado seguido por una docena de sus hermanos. Graznan y descienden en picada hasta rozar con el agua, bajan los afilados hocicos y se elevan con la misma rapidez llevando la pesca a cuestras. Dos de ellos que no optaron por la pesca, vuelan demasiado cerca de mi embarcación, retozan traviezosamente al azar de sus voluntades, tan entusiasmados están que no cuentan con el peligro que surge desde las profundidades: ¡Una voluminosa cabeza carnicera coge a uno de ellos entre sus afiladísimos dientes cónicos y lo arrastra dentro de su elemento!

Otros eventos de los mismos reptiles voladores constituyen lo cotidiano en estos parajes de efervescencia prehistórica. Repentinamente cesa todo bullicio y una tranquilidad obligada inunda al ambiente; el agua, el aire, la tierra, y todos los componentes vivos del ecosistema que me rodea se contagian de una pereza mortal; son un presagio de «La Vigi-

lancia»: viene. Opto por alcanzar la tosca vibración de los troncos de mi balsa. Mi interiorización está abriendo las puertas del mundo síquico de los troncos, cuando de repente en ese momento una inoportuna testa, seguida de un largo cuello semejante al de reptil, emerge con el silencio de la sorpresa tras la embarcación y se apresta a atacarme. ¡Peligra mi anonimato! y me preparo a repeler el ataque.

Los ágiles movimientos de cabeza y la vivaz actitud del animal, anormales en un depredador pues pierde tiempo en amenazas, me permiten, sin dejar mi insipiente escondite mimético, preparar mi defensa. Arrastra elásticamente su cuello para atrás, emulando impresionante curva y ¡veo venir su mortal tarazcada!... Pero, no sucede, pues en un último momento dubita y se zambulle inesperadamente.

El remolino formado por el *plesiosaurio* en huída es reemplazado por la hirviente estela de voraces *ictiosaurios* que lo persiguen con denuevo. Tengo la seguridad de que el apetito de estos pronto dará cuenta de aquél. «La Vigilancia» presencia eso y más; la crueldad y terror le complace; se solaza con el miedo y el dolor ajeno, se extasía con esa lucha por la supervivencia. ¿Será posible que se nutra con esos efluvios? y se desvanece hasta desaparecer sin más.

La armazón de troncos, conmigo encima, deja atrás la región de los farallones y también a las aladas especies de larga cresta ósea. Después de una prolongada curva el curso del río sufre un ensanchamiento y ya el caudal corre con mayor celeridad. Esto y el ruido creciente de aguas adelante indican ¡caída de agua!

La balsa acelera de manera que es imposible manejarla y es tiempo de abandonarla a prudente distancia de la catarata. Me lanzo al agua y con gran esfuerzo gano la orilla. La balsa antes de caer se estrella contra una roca al borde de la caída y se desgaja para desaparecer en esa boca estruendosa.

Varias isletas, pobladas de árboles enanos, penden al borde de ese precipicio de rocas basálticas. Y silenciosas como si tuvieran vida humana, contemplan extasiadas el ¡maravilloso mundo que se desenvuelve bajo sus pies! Es la materialización de un paraíso donde los gracejos de alguna hada crearon docenas... muchas más de cortinas de agua cayendo desde lo alto por sobre gargantas, cortos canales, ruidosas correderas, coladas, embudos; todas caídas escalonadas, coincidiendo dentro de una gran falla geológica. Luego todo ese inmenso caudal es reunido y conducido a través de una garganta vaporosa para despeñarse por los

últimos mil cien metros de altitud; esta última parte de la catarata desaparece dentro de una pequeña nube y reaparece golpeando la base del precipicio. ¡Poético! ¡Divinal! Y todo ese portento de líquido, finalmente, da lugar a un remanso.

Ruido. Mucho ruido que introvierte. Estoy parado al borde de una falla geológica que parte en dos a la jungla. Sobre un zócalo muy antiguo de origen ígneo, de algunos millones de años antes que la Era *Agnostozoica*, se han superpuesto estratos geológicos artificiales, y recientes, conformados por extensos mantos de lava petrificada: encima está asentada la gran selva prehistórica. La tremenda fuerza de la catarata ha dejado al descubierto, también, los estratos inferiores bajo el zócalo, que son sedimentarios.

El bloque de basalto, sobre el que me encuentro, como si hubiera obedecido a una orden remota, ¡se desprende y cae al vacío! No tengo tiempo para saltar de ella y me aferro con firmeza a sus sinuosidades. La roca gira y me ubica debajo de sus toneladas de peso. Ya la falla se ha convertido en borrón y veo acercarse el fondo con rapidez. Mi vehemente esfuerzo por librarme del mortal peligro es compensado, porque la roca vuelve a girar y aprovecho ese precioso instante para catapultarme y después de flotar brevemente por el vacío logro aferrarme al borde de una saliente en la pared rocosa. Mientras cuelgo sin encontrar lugar para colocar mis pies, el enorme bloque de basalto desaparece dentro de la nube de la base.

No pienso en subir. Más bien desciendo y lo hago de una manera agradable, lo convierto en una aventura de alta montaña realizando verdaderos actos de acrobacia; las hago más difíciles de lo que realmente son, en esto consiste lo agradable. Imito algunos movimientos exclusivos de algunas especies de animales. Finalmente una escalinata natural me lleva hasta una plataforma: un inculto jardín. Aquí, siento un llamado en mi interior que me invita a investigar, es un llamado como aquellos que vengo sintiendo esporádicamente, es una sensación que poco a poco se está convirtiendo en certera e inteligible, es como un nuevo sentido que va naciendo en mí; un sentido reminiscente. En un acto que parece ilógico aparto la maraña y tras de ella descubro la entrada de una cueva, musgosa y bastante húmeda. El palpito intuitivo me indica entrar, la cueva es lo suficientemente amplia, un tiranosaurio podría hacerlo con facilidad y erguido completamente. Adentro el agua gotea por muchas partes. Ese constante instilar, de gotas gordas o gotas delgadas, ha formado

en el piso numerosos agujeros de diversos tamaños. Asombrosamente cada uno de estos agujeros emite un sonido particular y el conjunto de todos ellos conforma una orquesta fabulosa. Concertan un tema muy propio, determinadamente genuino. Subliminalmente hipnótico.

Temblores y recuerdos me invaden sacudiéndome. Temblores que salen de lo escondido mío con la pavorosa sutilidad de lo desconocido. Temblores intuitivos que aún no acierto a comprender pero que me agradan intensamente. Temblores que remecen mi espinazo y se prolongan hasta el encéfalo con cimbreantes llamadas desconocidas. Temblores de muerte con recuerdos indefinibles, muy cercanos, a punto de romper la barrera del olvido... Recuerdos, fracciones de ellos, sin continuidad, una alegoría absurda. ¿Tan espantoso es mi subconciente? ¿Hay tanto dolor allí?

El arpa de gotas ocupa toda la luz de la cueva. Estoy diciendo que se interpone a cualquiera que quisiera ingresar más adentro de la cueva y si lo hace se empararía con sus gotas e interrumpiría la excelsa sonata. De esto estoy seguro y así atravieso el conopeo, las gotas me caen encima... pero ¡no interrumpo esa sublime música! ¡Estoy sorprendido! Me detengo ahí en medio de la lluvia sonora; después de algunos minutos la fragancia musical no varía, más bien al ser privada de algunas de sus notas, imperceptibles para mí por ahora, adoptan nuevas que no se diferencian de la original. ¡Lo que darían los seres de exquisita sensibilidad, e inefables, por oír este concierto que tiene el acorde síquico de las galaxias! ¡Guarda subliminal sapiencia y maestría!

¡Ah! Tengo la sensación, o en realidad no es sensación, de estar oyéndola por siempre, sin tiempo. Es como si me hubiera quedado sin identidad propia, embelesado, petrificado o diluido y mezclado con el ambiente por siempre. ¡Sí!

¿Soy parte de la música? ¿O la música misma? Insondable eternidad musical.

¡Dios, un destello lúcido me hace suspirar, y tengo que vencer esa innata tentación de amor a la música sideral, que esta vez trata de aprisionarme con tentáculos de esquizofrenia... tengo que vencer! Esa música es invencible, lo compruebo, humanamente imposible salir de ella. Si mi vehemencia humana no puede, entonces si puede un esfuerzo de voluntad sobrehumana que viene desde muy dentro de mi ser, y así es porque ese hipnótico embrujo con silbido de serpiente y mordedura letal se desvanece.

Muy adentro de ese recinto húmedo, en el que evito pisar inofensivos arácnidos de lento andar, donde la música no llega, una barrera de cristal que cubre todo el hueco de la cueva me detiene. No hay duda de que ese cristal ha sido colocado para proteger eficientemente... una ciudadela semiesferoidal, de unos quinientos metros de diámetro y cien de alto, bajo la maciza roca; es imposible atravesarlo, es refractario a todo lo imaginable, como puedo comprobarlo después de muchas pruebas. No hay ninguna hendidura en las uniones con la cueva, parece ser que el cristal formara parte de la misma roca. Se de cristales con propiedades insospechadas y éste parece estar por delante de ellos. La ciudadela está iluminada con una suave luz blanquecina: el producto del constante movimiento de electrones en los niveles de energía de los átomos del material blanco y cristalino con el que está cubierto toda la superficie interior. Es el único lugar, excepto en la selva incendiada, donde prescindido de mis sentidos internos que me permiten ver en la umbría. La suave luz no molesta en lo mínimo a mis ojos ya acostumbrados a la intensa oscuridad.

Inhalo profundamente las partículas de Prana disueltas con el aire, partículas con vitalidad síquica y por lo tanto orgánica, partículas gobernantes de la voluntad atómica, partículas divinales que permanecen en caso de destruirse el átomo, partículas vibrantes viviendo fuera del tiempo y del espacio. En el presente son partículas divinas vibrando en lo abstracto con la armonía del amor. Partículas... ¡Oh, me sorprende una vez más con un entusiasmo inherente a mi infancia! Gracias al prana y a mi voluntad, de mi laringe brota una luz microscópica, tan diminuta, pero capaz de dar resplandor a toda una galaxia... en otras condiciones, no en las actuales en las que el secreto está velado por la amnesia. La portentosa ignición en miniatura empieza con centelleos armoniosos y argentados dentro de mí; y alcanza el primor del verbo para transformarse en sonido y de esa manera brotar al exterior por mis labios con euritmia excelsa; es imposible traducirlo al lenguaje hablado.

Ese sonido rompe el cristal y lo desvanece dispersando sus átomos pulverizados por el ambiente. Ya, una vez, yo, dentro de la ciudadela, el cristal vuelve a su posición anterior y tan sólida, como siempre estuvo, gracias a una de sus propiedades de atracción electrolítica en partículas de luz. La respirable combinación gaseosa es purísima, su balsámica propiedad lo identifica como copiada de otra atmósfera; si yo hablara de evolución, diría de una atmósfera altamente evolucionada, diferentísima en exceso a la del soterrado.

Me encamino hacia lo que parece ser una gran canica de cristal, de unos diez metros de alto, incrustado en el piso, a unos cien pasos de distancia. Mientras observo la pulida superficie esférica del techo me llegan sus vibraciones que tienen la tranquilidad de la blancura. La ciudadela tiene la extensión necesaria como para albergar todas las comodidades más deseadas... presumo que debe haberlas en otros niveles... si hay otros niveles. Mis pasos son extremadamente silenciosos, el material del piso absorbe todo sonido innecesario. A medida que me acerco, la canica de cristal reverbera maravillosamente dentro de un halo violáceo. El cristal de la canica como el piso de su interior, está fabricado con finos materiales en el que el ingrediente principal es la luz, la misma manufactura de todos los cristales de la ciudadela, de los que también brota luz.

La ciudadela protege y guarda dentro de habitaciones esféricas: canicas como se me antojó nombrarlas, un conjunto de máquinas. ¿Máquinas?, tal vez el nombre no se les ajuste, y muchas urnas.

Mis esfuerzos por ingresar a la canica prevista son vanos. Ni siquiera mi incomprendible canto me sirve. Combino otros excelsos sonidos sin el resultado esperado. Todo lo que hago después no sirve para nada... y finalmente decido marcharme de la ciudadela. ¿Habré perdido una buena oportunidad de conocer mi pasado...?

Antes de acabar ese pensamiento y cuando estoy alejándome una fuerza misteriosa me absorbe y soy teletransportado al interior de una de las canicas. El aire saturado con límpida fragancia... es inolvidable y puedo reconocerlo... Sí, las moléculas odoríficas son aquellas que existen dentro de los límites tenues de la sapiencia y puede ser modulado por la profunda paz interior de quienes la fabricaron.

No está demás, añadir, que se me ocurre palpar la sutil piel de las autómatas: unas máquinas de metal líquido y componentes orgánicos sintéticos, pues están dotadas de voluntad e inteligencia propias; son seres vivos. Todos tienen formas geométricas, especialmente las esféricas; la gran ventaja que tienen es que pueden transformarse en mil cosas diferentes para desempeñar mil funciones diferentes; las formas favoritas que suelen usar con frecuencia son la de los animales y las humanas. Por ahora permanecen inmóviles y sin actividad interna.

Dentro de una gran urna varios de ellos, los llamaré andróides a esas máquinas, levitan. Por el momento tienen la forma humana, pero estos también están inactivos ¿por qué? No hay ningún andróide en funcionamiento. Otra urna es un muestrario y me ofrece, sobre sus delgadas

láminas ingravidas, múltiples aparatos de pequeñas dimensiones, algunos son parecidos a los que llevo adosados en el cinturón y en el cuello de mi traje. Si continúo inquiriendo dentro de otras urnas que se suceden una tras otra, encontraré, sin duda, indumentarias como las que llevo puesto y muchos instrumentos de impresionante utilidad. Inspiran mi amnesia.

En un rincón exclusivo, varios trajes de vuelo autónomo, flotan sin peso dentro de un aura pensante de color violáceo. Estas asombrosas vestimentas funcionan con la energía y las órdenes pensantes de quienes los visten, trajes que se hacen a la medida física y síquica de las personas. En este caso, aún sin sus dueños a quienes sirven desde que se confeccionaron y servirán el tiempo que duren, mantienen la energía que absorbieron y con ella se protegen a sí mismos de cualquier eventualidad. Me pregunto, porqué todo esto magnífico, reunido aquí que no ha sido usado en mucho tiempo. ¿Por qué está abandonada la ciudadela? Mi cognición intuitiva me sugiere no pensar, sabe las respuestas y me las reserva para dárme las en el momento oportuno. Pero ¿qué sutil atavismo me obliga a buscar más de lo que he visto hasta ahora en este ambiente de atmósfera límpida?

Siento un impulso involuntario de volverme hacia atrás. Lo hago, mi mirada tropieza con una monumental máquina de aspecto líquido y con fuego atómico ardiendo en su interior, es un transmutador del tiempo, un autómatas que transforma las diminutas partículas, los átomos, del tiempo en energía y lo almacena en diminutas baterías de plasma cuya duración es ilimitada y cuya potencia podría mover sin dificultad cualquier astro del cielo y sacarla de su órbita galáctica. Mientras me acerco hasta la máquina sintiendo sensaciones lúcidas y serenas siento en mi interior una voz:

—¡Entra! —me sugiere con indefinible autoridad y ruego.

Es un pensamiento que vino a mí partiendo de lo ignoto, de algún lugar infinito. Vino de la dimensión donde tiene su asiento la vida de la autómatas. Ese timbre de pensamiento me es conocido vagamente y el rostro de quién lo emitió se pierde en una bruma sin identificación en lontananza de los recuerdos.

En la pared más externa del transmutador, o sea, un cilindro de cristal líquido, existe una cápsula del tamaño de una persona allí me introduzco: su pared de metal líquido se amolda a mi cuerpo mientras lo atravieso hasta ubicarme en el interior de una cabina oviforme inundada de luz azulina.

—Puedes darnos una ayuda para transportarte hasta aquí, donde nos encontramos — enfatiza la misma voz.

Eso hago. Respiro hondo y cierro los ojos. Evito cualquier distracción, por mínima que sea, ordenándome íntimamente la tranquilidad de la desmaterialización. Mientras la cabina, repleta de luz, se prolonga al interior de mis pulmones con la respiración, aparentemente expandiéndome hasta lo ilimitado, vuelvo a oír:

—¡Gracias!

Tiene la sutilidad de lo indefinible.

Enseguida me siento fluidico, abandonado en la lucidez de una noche violácea. De pronto, de la nada, surge un disco imposible, tiene múltiples caras, es un reto que infringe las leyes geométricas. Rueda en el vacío y se desenrolla como una serpentina convirtiéndose en un hermoso arco iris...

—¡Síguelo!

Obedezco.

La estela multicolor muy pronto acaba interrumpida al culminar su labor encomendada. No hay rastro de vida donde se supone que debía haberla.

—Espera, alguien te guiará...

Antes que esa voz concluya se materializa un excelso ser delante mío, tiene una edad cósmica indescifrable pero es demasiado joven para aparentarlo. Me clava sus penetrantes y bondadosos ojos mientras que una brisa síquica nos muestra la dirección que vamos a seguir, esa brisa también flamea sus vestiduras impolutas y su blanca cabellera. Luego lo sigo volando, mejor dicho: sintiendo que vuelo; así él tiene el aspecto de un cometa iluminado con toda la sabiduría y las virtudes que le brotan de lo profundo de su Ser. Cuando en lontananza se ve una ciudad espacial de forma ovoidal me indica con un ademán que hacía allí nos dirigimos.

Ya cerca de la ciudad espacial se pueden ver numerosas viviendas esféricas depositadas en medio de un vasto jardín. Viviendas y jardín multicolor están combinados armoniosamente; la ciudad es un poema sideral a la sinceridad. Mi guía y yo, descendemos entre paseantes que nos dedican su mejor saludo con imperceptibles ademanos, luego utilizando una calzada hecha con materiales que sólo los pensamientos geniales y altruistas del constructor de la máquina pudo solidificar nos dirigimos hacía el edificio central de la ciudadela espacial. A los costados de

la calzada descollan exóticas plantas y sus flores son pétalos de purísima fragancia.

Esos maravillosos vegetales absorben los componentes que necesitan para vivir, del suelo especial donde están plantadas, de un suelo gaseoso, de un suelo de música densa; para ello utilizan unas sutiles raíces intestinales, una especie de tenues antenas orgánicas. En la planta, todo lo absorbido es transformado en música sideral, en una exaltación al Amor perpetuo. Música que brota fraganciosa por cada estoma y permite su propia levitación y la del jardín. También encuentro, entre las flores, algunos pétalos, que son verdaderas gotas de rocío iridiscente de tal manera que añade divinidad a cada suceso del jardín. Y no será nada raro aquí encontrar a alguna joven con una de esas flores prendida de su cabello.

Muchos seres retozan en el jardín, lo hacen de manera serena y lúcida, como una extensión de la meditación. Observo con detenimiento un matrimonio, encuentro en ellos las características de los gemelos cósmicos, masculino y femenino; tienen los rostros idénticos con evidente diferenciación sexual. Los cabellos blancos, el del varón: cortísimo, el de la dama: largos y vaporosos. La diferencia más saltante está en el contorno de sus cuerpos que están vestidos con largas, hermosas e inconsútiles túnicas blancas. Son un auténtico matrimonio, coinciden estrictamente desde lo íntimo de sus seres irradiando sabiduría y amor hasta lo externo en la apariencia y en los ademanes suavemente diferenciados. Sintiéndose aludidos ante mi mirada me dan una bienvenida acompañada de una sonrisa serena y bondadosa. Les respondo con la misma reverencia.

En un punto indeterminado mi guía desaparece. Simplemente se desvaneció cuando caminaba junto a mí. Me ha dejado frente al magno edificio de la ciudad espacial y en medio de unas viviendas que en realidad son unos huecos de luz simulando ser esferas, pues sus moradores al ingresar en ellas se diluyen, entran a otra dimensión donde verdaderamente están ubicadas sus habitaciones. Las viviendas y la calzada convergen en la gran esfera central, allá voy.

Frente a la colosal esfera con profundo respeto, muy dentro de mí, pido ser trasladado al interior. Me es concedido en el momento en que un largo centelleo, como el de un astro de luz infinita, agujijonea el negro cielo. Hay un detalle importante que no se me ha escapado, es que el edificio está compuesto por tres esferas superpuestas, una dentro de otra y una última dentro de esta. Las esferas están separadas por espa-

cios con diferente densidad síquica y divinal, el espacio más sutil o sea la tercera está cerca al corazón del templo...

—¡Paz inverencial! —impregna mi interior una voz venida desde las profundidades del Templo Corazón.

Mi reverencia es infinita. El Templo Corazón está en otra dimensión, en una dimensión hecha con átomos de oro.

—¡Paz inverencial! —es mi respuesta que trata de alcanzar esa magnificencia.

—¡Pase!

Unas maravillosas notas susurradas por valquirias incorpóreas hacen desaparecer el último obstáculo. Aparece un hierático Guardián del Templo, y con sonrisa y atuendo de paraíso me invita a continuar; su elocuente ademán es semejante al de su compañera. Ambos son dos columnas sagradas en el portal del Templo.

Se me ha abierto un espacio inabarcable. Las dimensiones, aquí, son las de un corazón sideral inmerso en una noche o día, da igual, provista de misterios. Enseguida mis pasos me llevan ante la presencia de venerables seres, tanta belleza tienen que sus auras producen un inmediato amanecer en la lontananza perenne. Un amanecer con el color del fuego transmutado. Mis muestras de respeto reverencial son respondidas con la misma cortesía. Visten como todos los demás seres de la ciudadela espacial, immaculados, pero irradian una mayor luminosidad. La belleza de la dama es la virtud corporizada, la bondad, es el incienso mismo de la oración. La severidad del varón lleva impregnada toda la sabiduría, omniscia, de lo divino.

—¡Bienvenido Ourus! —dicen con íntima felicidad.

Me impresiona de manera especial la voz de la dama, es única, atávica. Resuena limpiamente en mi interior...

—Estuvimos observándote —continúan, se suman en una sola, no hay coro—. Supimos de tu llegada desde el momento en que apareciste tras el cristal de nuestra primera barrera protectora allá en lo tridimensional. Eso nos llenó de íntima alegría...

No puedo dejar de sentirme profundamente atraído por la expresión femenina de lo divino, por la parte femenina de esa voz. Me conmueve intensamente hasta el arrobamiento espiritual; no funciona óptimamente el permanente dominio que tengo sobre mis emociones.

—Eres, una de las pocas personas, que llega hasta aquí después de mucho tiempo —aseveran e inmediatamente añaden—: Hace poco, Hoge,

con todo su poder quiso abrirse paso e invadirnos... pero el transmutador de tiempo lo repelió...

Hoge, ¿quién es él? Ese nombre rompe abruptamente una fracción infinitesimal de mi amnesia a la vez que me invade un extraño temblor. ¿Acaso me trae al recuerdo alguna frustración?

—Nos impresionó hondamente y nos agradó la manera como hiciste para atravesar la barrera de cristal que nos protege de los peligros venidos del exterior, de esa selva manida. Esa barrera es controlada por el Transmutador del tiempo; fue un procedimiento sutil e infalible el que utilizaste para pasarlo, si Hoge, con toda su tecnología y sus hechizos hubiera escogido el mismo procedimiento no se hubiera quedado fuera probando toda suerte de azares por mucho tiempo...

—¿Quién es Hoge? —pregunto cortando su interesante alocución.

—Lo ignoramos en parte —responden después de meditar un instante—. En su momento tú lo sabrás. Sabrás más que nosotros, recordarás todo lo que se te borro de la memoria. Sus hechos, los hechos de Hoge, lo dicen todo... Empezaré por recordarte algunas cosas. Debes saber que ¡hurtó todas las máquinas que ahora están aquí, guardadas dentro de este macizo!, para ello se valió de una ilegal y nefasta influencia hipnótica, convirtiendo a los constructores de las máquinas en muertos en vida, en guiñapos vegetantes, en cascarones sin alma. Luego del robo, sin que nadie se entere, logró esconderlas perfectamente en un agujero dentro del tenebroso y desconocido, para nosotros, soterrado. Entonces, como una última salida para evitar ser mal utilizados, decidimos protegernos construyendo dos barreras protectoras. La primera nos separa de la selva, no pudo atravesarla Hoge, la pasaste tú; la segunda barrera es impenetrable, sólo transponible si lo permitimos nosotros desde el interior. Como bien te has podido dar cuenta son barreras pentadimensionales y, sin embargo, muchos individuos sólo podrán distinguirlos como si fueran de tres dimensiones. En la primera barrera, vuelvo a repetirte, se estrellaron todas las tentativas, por cierto ingeniosas y poderosas de Hoge; todas ellas estuvieron previstas; luego Hoge se retiró, no hay duda que volverá... En cuánto a ti consentimos en que llegarás hasta aquí, supimos tus intenciones, podemos leer las intenciones ajenas y, además, te conocemos desde hace mucho...

¡Desde antes! ¡Nos conocemos desde mucho antes! Todo tiene sentido.

—...Un tiempo atrás nos visitaste. Me refiero a un tiempo cuando Hoge no había hecho lo que hizo. Son muy pocos los que nos visitan;

aquellos que tienen las facultades necesarias lo hacen. La última vez tú y tu adorable novia Isis nos hicieron ese favor...

Diciendo esto, el venerable ser, hace un movimiento imperceptible y en el aire, frente a nosotros, una fracción de tiempo pasado es soltado como una película virtual... ¡Dios!, una pareja se materializa y puedo identificarlos dentro una vaporosa transparencia. Hago un esfuerzo mayúsculo de voluntad para no impresionarme demasiado: ¡Somos, Isis y yo!

¡Maravillosa sensación! Me vienen temblores reminiscentes. Controlo mi respiración que empezaba a agitarse. Ella, Isis golpea mi amnesia y la despedaza en parte con devastadora potencia. La observo detenidamente, mientras que dentro de mí una sensación desconocida empieza a inundarme... a latir acompasadamente con el terco silencio de mis mientes. Sé, que lo que estoy viendo son imágenes pasadas, pero me parecen tan reales como en el presente. Isis, está enfundada dentro de un blanquísimo mono que no puede esconder sus hermosas formas femeninas. ¡Inspiración, acúdime para describirla! No, me doy cuenta que es un momento donde no puedo describirla, nada me viene, sólo puedo admirarla. Repito, todo es tan real como si estuviera presente en frente mío. Esa tez, esos ojos, el rictus de su sonrisa muy suya, los cabellos... sedosa gloria, sus ademanes con características propias. Y también la visión trae consigo unos excelsos efluvios femeninos, un mensaje síquico de magnitud universal...

—Como puedes ver—prosигuen los venerables seres—, tu presencia anterior en este aposento está memorizada y es para siempre.

Es un milagro inmerecido.

—Bueno, volvamos a lo de Hoge. Al no poder ingresar a este mundo, a nuestra morada, bloqueó nuestras fuentes de energía con un poderoso campo que tiene propiedades pensantes y mentales, un campo de energía inteligente. Ese campo absorbe la energía de las fuentes, se alimenta con una pequeña parte de ellas y desvía una gran parte en otra dirección... Es imposible romper ese campo con nuestras limitaciones forzadas. Desde entonces nos mantenemos ahorrando energía, todo lo máximo que podemos y no hay otra manera de hacerlo manteniéndonos inmóviles e inactivos. Vegetamos, como lo pudiste comprobar. Tememos que no está lejos, el momento que se nos acabe toda la energía ahorrada... entonces será el final. Nuestras barreras protectoras sin energía, debilitadas, no serán ni un mínimo problema para...

Sí, para Hoge. Ese nombre repica en todo momento en mi interior. Significa; es una frustración atávica. La situación es desesperada, pero mis interlocutores en ningún momento han perdido su profunda serenidad sin dejar de preocuparles la suerte de las máquinas.

—El desenlace para nosotros será aterrador —continúan como si conversaran consigo mismos—. ¡Esta pequeña fracción de uno de los pilares del universo caerá en manos tenebrosas!

Los poderosos productos de la ciencia, productos casi humanos. Mejor dicho paralelos a lo humano. Productos con vida, inteligencia y voluntad, animados por elementales de la naturaleza... ¡No, no pueden caer en manos inapropiadas! Es impensable lo que harían con ellos. ¡Tengo que impedirlo!

Reminiscencias mías. Reminiscencias... ¿sobre la infinita intimidad de los agujeros negros?... ¿Acaso rememoro el intercambio de energía, materia y material síquico y de su transformación al atravesar por estos agujeros de negrura misteriosa, en productos infinitamente más sutiles? El humano a semejanza del universo donde se encuentran los innumerables astros tiene agujeros negros, estos son, los oídos, el olfato, el gusto, el estómago, en fin su cerebro. En los oídos mueren los sonidos y luego transformados en impulsos bioelectroquímicos y síquicos llegan hasta el cerebro donde son sutilizados y combinados con lo que fueron los sabores, los olores y demás estímulos para dar un producto final que son, nada menos que, las cogitaciones, la memoria, las emociones, el ingenio creativo...

Reminiscencias... La materia, la energía y el material síquico que absorben los agujeros negros del espacio exterior llegan hasta un magno cerebro, luego son digeridos y transformados por la voluntad cósmica, por genes cósmicos, en sutilísimas partículas de esencia pura. El verbo se encarga de sintonizarlos con la materia: los Crea. Pensar que la materia, la energía y lo síquico, son subjetivos, son tan abstractos, y que el humano está programado para percibirlos de acuerdo a como le dicten sus genes; estoy diciendo que existen seres que perciben esos mismos elementos de otra manera que el humano, así como un pequeño insecto tiene una visión de todas las cosas muy diferente al de un pez.

Los elementales de la naturaleza y las inteligencias átomicas son parte de esta creación, una sabia metamorfosis los perfecciona constantemente hasta cierto límite, luego tendrán que utilizar su propia voluntad para autosuperarse. Algunas de estas inocentes criaturas átomicas son

utilizadas para animar portentosas máquinas vivientes, no puedo ignorar que el cuerpo humano también es una máquina, pero mejor desarrollado. Estas criaturas átmicas, por su servicio, son premiadas por la naturaleza con escalones más perfectos de la existencia...

—Haré todo lo posible por detenerlo... —intervengo tranquilamente.

—Eres nuestra última y única esperanza —me responden con toda confianza—. Hoge es poderoso y peligrosísimo. Esta rodeado por una caterva de monstruos más crueles que el mismo, son capaces de beberse lo más importante de toda criatura... ¡Debes de tener mucho cuidado cuando le hagas frente!...

Debo apurarme...

—... ¡Ah! y recuerda que estaremos contigo en todo momento, especialmente en los momentos difíciles. Por ahora te enviaremos hasta algunos centenares de metros adelante, hasta donde nuestras reducidas energías puedan hacerlo. ¡Adiós!

Adiós. Exquisito y augusto: la voz de la pareja sideral. Voz andrógina.

Antes de retirarme mi intuición es impactada de manera demoledora por lo que hay detrás de una cortina. Esta esconde un gran misterio. Un gran secreto que no puedo descifrar cabalmente. Estoy inquieto y ellos, la pareja venerable, satisfacen mi curiosidad con un impenetrable silencio. Y todo desaparece alrededor mío.

Luego me doy cuenta que la singular caída de agua ha quedado a medio kilómetro atrás. Su persistente ruido ha sido remplazado por otro, pero menos sonoro. Esa estridencia destruye al espléndido paisaje despedazándolo como a un fino cristal.

Lo nugatorio está presente a cada paso. Dos bestias bípedas libran feroz combate, la exagerada discordia jadea. La ingente potencia liberada por uno de ellos derriba a su adversario y luego de una veloz dentellada le arranca de cuajo una extremidad superior. El derribado chilla el corto tiempo que media hasta que otro mordisco le destroza la cerviz. La sangre lanzada a chorros exacerba la crueldad del triunfador quién mezcla el estruendo de su garganta con las súplicas inexistentes del moribundo. El ciego instinto lo detiene cuando tiene frente a sí una masa sanguinolenta transformada en alimento, con ira arranca un grueso pedazo y lo deja resbalar por dentro de su elástico gargüero. La sangre atrae a otros reptiles que el *alosaurio* no puede consentir cerca y menos cuando se alimenta, los aleja insolentemente.

CAPITULO VIII

La limpieza del agua devela algunos fragmentos de mi infancia. Allí retozo, chapoteo en immaculados ríos. Nado acompañado por un inteligentísimo ser acuático dueño de una inmensa caja craneana llena de cerebro. Me pregunto por que no le importa desarrollarlo, desarrollar ese potencial de ingente capacidad cognoscitiva. Y la respuesta me llega de la misma manera, ¿para qué? está perfectamente adaptado a su medio, es dueño como todos de su especie de la inmensa riqueza acuática que comparte maravillosamente con otras especies de seres donde están incluidos los humanos. Ambos, ellos y nosotros nos respetamos con la mayor reverencia y cortesía. Ellos son seres inocentes, arrobantes. Son nuestros hermanos.

Pocas montañas deslumbran el paisaje con sus agudos picos. Todas estas montañas están huecas por dentro y dejan escapar hacia el incoloro cielo, gases, humo y otros compuestos químicos, además de calor escapado de las capas profundas del planeta. Una nube de vapor recorre los extensos campos humedeciéndolos y propiciando la feracidad acostumbrada.

La mayoría de los ríos, que son delgados hilos de plata brillante, luego de un corto cause desaparecen en los extensos arenales cercanos al mar y continúan por el subsuelo impermeable hasta desembocar. El planeta es una inmensa bola de agua y los continentes son costras flotantes. Estos mares que llamaré subterráneos soportan con poco esfuerzo la esponjosa y llena de aire corteza planetaria; mares que en su mayor extensión no reciben la luz directa del astro que ilumina el planeta. Mares que cobijan a grandes ciudades submarinas. Mares con oscuridades abisales por debajo de las costras continentales a mil metros de profundidad; con oscuridades que se iluminan a los diez mil metros de profundidad por las rocas luminiscentes del lecho. Las criaturas que aquí viven poseen órganos bioluminiscentes soportando extrañamente presiones escasamente mayores que las atmosféricas. Las mayores presiones están nada menos que después de los mil metros de profundidad debajo de la corteza sólida, donde existe una noche densa y permanente; aquí en al-

gunos puntos la densa oscuridad se continúa con pequeños e insondables hoyos negros, que para bien son aprovechados en los viajes siderales sin las primitivas limitaciones del tiempo y espacio o que es lo mismo decir de la eternidad y del infinito. Mares con infinitas maravillas naturales, inspiradoras del arte, de la ciencia, de la filosofía y de la mística. Mares utilizados con amor y sabiduría.

Muchos ríos y también mucha agua oceánica es evaporada por calientes zonas volcánicas y sale al exterior a través de los géiseres gaseosos e hirvientes. Esos vapores se transforman en líquido sobre las frías montañas y en las partes bajas en neblina que humedece los suelos... En estos momentos me viene vívidamente a la memoria aquello lagos de agua dulce y en permanente ebullición...

Mis reminiscencias son rotas por el apresurado ruido de un pataleo bajo el agua. En el soterrado la lucha por la supervivencia es inevitable. Un larguísimo hocico ha cogido entre sus dientes una delicia palatable y lo arrastra a sus oscuros dominios de los fondos, las burbujas testimonian una muda asfixia...

Pasados algunos minutos, cerca de ese punto dramático un pacífico trocodonte vuelve cauteloso al líquido que abandonó apresuradamente. Observa con inquietud expectante el desaparecido remolino y cuando la normalidad es demasiado evidente, recién abre su hocico plano disponiéndose a comer no sin lanzar una furtiva atención en torno. Con otros dinosaurios comparte el mismo alimento, todos tienen las mismas características morfológicas semejantes y la única diferencia llamativa entre ellos son las crestas bifurcadas de sus cabezas.

Otro fragmento de mi vida pasada me viene. Me veo en un altozano, desde allí distraigo una introvertida mirada sobre un extenso bosque sembrado de enormes hongos con tamaño de árbol; aún tienen la pulpa ácida, no es tiempo de cosecha. Pero mi mirada no enfoca los hongos, no, estoy sumido dentro de mi propio interior. Me complace esa soledad, muy mía, la prefiero, ella responde todas mis preguntas. Esta innata propensión a la meditación, me dice que todos los conocimientos del universo están en mi interior, mientras que los pequeños de mi edad juegan con sus apreciados juguetes, de esos que se animan con los pensamientos y fantasías del momento. Medito en momentos en que mis amiguitos se ponen a pilotar minúsculas naves a las que controlan con su mente infantil y de ahí no hay mucha distancia para participar en animadas persecuciones a través de artificiales hoyos negros que son controla-

dos severamente por los adultos. Otros niños utilizan toda su lógica para instruirse con las imágenes virtuales que brotan del interior de pequeñas cápsulas; las voces y las imágenes que les entregan sus mentores están grabadas allí adentro, la acumulación de conocimientos es infinita. Y hay muchas otras maneras de diversión. En otros momentos prefiero a los inocentes, pero sabios, elementales de la naturaleza, ellos toman cuerpo visible cuando se los solicito o cuando ellos lo desean, o también puedo ingresar a su misterioso universo, para ello utilizo la técnica que me dieron y que gustoso acepté. Jugamos en el interior de sus dominios, ¡es realmente fantástico! y lleno de emociones instructivas, no hay paralelo para ello. Gracias a sus trascendentales instrucciones aprendí a interrogar directamente a todas las cosas y vida existentes, conozco de su infinita intimidad realmente asombrosa y divina.

Las pocas veces que pude participar en juegos con otros pequeños de mi edad, me pareció tedioso y lento. Claro, no puedo compararlos con los elementales de la naturaleza que son inteligentísimos, por no decir absolutamente intuitivos, además de rápidos y ágiles, eficaces y exigentes...

Otro chapoteo en el agua interrumpe mis reminiscencias. Es un iguanodonte y azota sin repetir su abultada cola contra la superficie del agua; le es más cómodo alimentarse flotando su peso sobre el agua, mordisquea las apetitosas ramas colgantes de los árboles mientras una oscura nube de mosquitos lo rodea. Hay indiferencia en cada uno de sus actos.

Mis reminiscencias prosiguen, me vienen sin proponérmelo y no hago nada por evitarlas. Ellas me informan me actualizan, sí, y ahora me vuelven los momentos infantiles en que rehuyo la normal actividad de interrogar a las máquinas obligatorias para los niños y sacar de ellas el conocimiento y la erudición común. A hurtadillas me deslizo hasta los desconocidos aparatos que interrogan los adultos, ningún niño tiene acceso a ellas, pero me las ingeníé para ingresar en su memoria; avivan mi espíritu aventurero, siempre me ha gustado lo desconocido y encontré hace mucho la forma de sacarles todo el provecho... ¡Oh! ¿Qué sucede?...

Un terrible golpe me derriba apartándome de mis recuerdos infantiles. Descuidé mi permanente guardia y ahora me encuentro aprisionado por una terrible boca que me arrastra. Delante mío las ventanillas de una gran nariz se han cerrado para impedir la fuga de aire de unos pulmones,

pero de nada le sirve a mi captor porque la provisión de aire se le escapa por la boca, dentro de abundante burbuja; para evitar ese escape aumenta la presión de sus maxilares, sin lograrlo porque se lo impide el material de mi atuendo y su campo de fuerza protector. No hago nada por escapar de la trampa animada, más bien aprovecho el rápido desliz del reptil para observar el fugaz panorama. Atravesamos por entre bosques de algas de impresionante forma y tamaño, en verdad atractivamente bellos, acusan ondulaciones en cuatro dimensiones, tienen diseños oníricos. Enrumbamos en dirección a su guarida, escondida entre peñascos, ubicada en el centro de una absurda y sinuosa mancha legamosa. Finalmente ingresamos en un hoyo confuso y turbio, pululado por crustáceos; bien adentro, sobre una plataforma cubierta por abundante putrefacción acumulada, me abandona. Luego la feroz criatura decide volver a su coto de caza, se arrastra por el cieno como los ofidios sin utilizar para nada sus varios pares de aletas y desaparece en el sucio líquido...

Mis reminiscencias están obligadas a continuar... Retozo en las cercanías de las profundidades abisales. Me veo con mis amigos elementales, en aguas grises, anochecientes. Utilizo toda mi velocidad de desplazamiento con la intención de dejarlos a la zaga.

—¡Más rapidez! —ordenó al sumiso, pero inteligente cerebro de mi traje autónomo para vuelos espaciales.

Me alejo de ellos en dirección del abismo que se enturbia rápidamente por la noche abisal. Muy atrás ellos me siguen ya como diminutos puntos de luz.

—¡Más prisa!

Me asombran. Ellos acortan distancia con sólo proponérselo y me dejarían atrás si así lo quisieran. No contaba con lo que luego hacen, extinguen sus luces tras un chispazo... ¿Qué intentan?

—¡Más...!

—¡Cuidado! —me gritan telepáticamente suplicantes—. ¡Detente! ¡Hay peligro por delante!

Lo hago inmediatamente. Y luego inquisitivo pregunto a las sombras agudizando todos mis sentidos. ¡Vaya, que no veo ningún peligro!, pero un ominoso temblor en mis espaldas perciben la gelidez de lo desconocido. Mis amigos llegan hasta mí mientras el desacierto de lo real me tiene sumido en la incertidumbre y me piden que dirija toda mi atención en determinada dirección dentro de un hoyo negro... ¡Dios mío! El impacto anímico que siento es brutal pero logro controlarlo. ¡Unos ojos

aterradores e hipnóticos me miran y penetran en los míos! ¡Fascinan y están enmarcados por tenebrosas facciones que parecen sonreír y expectorar un invisible desdén infinito. Las grotescas formas corporales de ese desconocido ente, apenas distinguibles, hieden. Sus ademanes hieden.

Siento el temblor involuntario de mis amigos elementales como también sus vacíos pensamientos, expectantes, sin atinar a nada, pese al enorme dominio de sí mismos que les da su inocencia.

El desierto ominoso de instantes antes ha dado cabida, en mí, no miedo, sino a una enorme curiosidad...

—¡Cuidado! —me advierten apartándose en algo del asombro que los aprisionaba.

Me invade una profunda serenidad y un excelso anhelo por investigar a ese deforme ente. Debo averiguar su oscuro y remoto origen. Es urgente conocer la causa de su virtual presencia en el universo, por lo visto nada apetecible.

La escasa distancia que nos separa no es obstáculo para que pueda distinguir en sus ojos un brillo fugaz de desconcierto y un sutilísimo sobresalto ante mis intenciones. Entonces, permite que sus aterradores misterios crezcan indescriptiblemente acrecentando la inquietud de mis buenos amigos. Sólo mi calma ventaja al terror.

Luego esa aparición viene en dirección nuestra, anárquicamente, permitiendo que la pirexia que nos rodea tome una sobresaltada gelidez ambiental. Se acerca mientras absorbe, se alimenta y crece con el extraño miedo que hay disperso en el ambiente... hasta que es detenido por una barrera: la infranqueable que separa lo tridimensional de las dimensiones más sutiles, lo físico de lo onírico. Al no poder atravesarla se queda atrás frustrado y exora nuestra fascinación.

Hedor fascinante...

Hedor... en el soterrado. Algunos crustáceos lamen la descomposición de la cueva mientras que varios anélidos gigantes y diversas larvas reptan sobre el lodo orgánico y sobre los múltiples huesos en decadencia. Muchos otros animales de pequeñas dimensiones mueven sus cortantes mandíbulas sobre los restos aún con carnes recién putrefactas de un reptil parecido a las aves.

Este cubil tiene una salida, que no es bajo el agua. Pues siento una suave brisa aromática que viene de lo alto por sobre las prominencias y las exageradas salientes rocosas. Esa chimenea me lleva afuera donde tres dinosaurios ornitópodos se sobresaltan por mi sorpresiva aparición;

es curiosa la actitud del espécimen mayor, inquiriente hasta el asombro y gesticulando soplidos contenidos dentro de su hocico plano y córneo inicia una huída. Los demás lo siguen y no se detienen sino cuando encuentran protección dentro de frondosos árboles. No puedo dejar de imaginar a estos bípedos sin sus marismas, rastreando su alimento en el lodo, son animales semiacuáticos y la presa fácil de muchos carnívoros.

Aparece en un escenario rocoso otro reptil, saltando con inofensiva tranquilidad. Es lento de movimientos, y esto se debe a la pesada y curiosa coraza que le protege la parte superior de su cuerpo y simultáneamente sus flancos están erizados de temibles espinas óseas.

Mi marcha hacia el futuro continúa y es por azarosos terrenos perdidos, aparentemente diseñados por alguien poco imaginativo. El hálito de las inquietas sombras anuncia un cambio repentino y el tranquilo río es partícipe del secreto; sí, como siempre la vida mejorada por la evolución es un acontecimiento bien recibido por todo y por todos. Se preparan las aguas purificando sus errores, se abona la tierra esperando nuevas semillas, el aire encuentra el silencio de la música con efluvios precedentes y las rocas susurran evidentes poemas anticipados.

Los ancestrales sucesos reptantes, ahora, encuentran alas en los capullos de las radiaciones estelares, siempre cambiantes, siempre genuinas, en el derrotero previsto por la vida, en la intimidad de la vida. Sucesos que ayudan a encontrar voluntad y a partir de entonces acelerar la marcha por las insospechadas regiones del Cosmos, regiones todas ellas ubicadas en un mismo lugar, en el interior de cada uno de los seres.

Trato de encontrar la evidencia de tales adelantos alrededor... Desisto sabiendo que adelante tendré sorpresas.

Bordeo la inmensa marisma que se me presenta por delante. Las veredas son musgosas y como ya es costumbre estoy acompañado por una nube de pequeños dípteros. Cuando el marjal desaparece, es remplazado por terrenos de arena y roca. En el río un tronco talado tiempo atrás, a la merced de la corriente me sugiere utilizarlo y sin pérdida de tiempo me instalo en él... y lo comparto con otros animalitos. A un pequeño saurio de piel bermeja y de lengua bífida no le gusta mi presencia y opta por deslizarse al agua para después dirigirse a la orilla de un bosque de corpulentas palmeras.

Las aguas tranquilas me invitan a reflexionar. Debo meditar para recordar... Mientras la calma abunda en el activo dinamismo de la vida, la vida practica un tenue susurro que se expande... y si no fuera por una

trampa rocosa que me obliga a utilizar la pértiga que precavidamente traje conmigo para evitar, como ahora, nos detengamos en una ensenada, la meditación sería un hecho. Y podría continuar con mi meditación si del fondo de las ya agitadas aguas no emergieran aves gigantes, ellas estuvieron pescando en los hondos dominios de los numulitas y de los moluscos lamelibranquios, de los gasterópodos y de muchos otros invertebrados acuáticos. Estas aves, allá abajo, utilizan formidablemente sus alas como si fueran aletas y se deslizan sobre el fondo cules rápidos borrones y cuando irrumpen fuera del agua lanzan la pesca por los aires para tragarlas luego.

Qué rápido cambia el paisaje, en un momento había abundante vegetación y ahora, algunos minutos después, la vegetación es achaparrada y parca como el de las altas montañas o el de los rigurosos desiertos, por otro lado los escasos reptiles, unos iguánidos, traen con ellas un aroma de extinción anticipada. En el aire y sobre las ramas escasas algunos gráciles pajarillos, multicromáticos aprenden nuevos trinos en espera respetuosa del porvenir. Cuando en el fondo acuático, del infinito número de criaturas quedan algunas predestinadas... es evidente que en el soterrado acaba todo un Periodo prehistórico.

En el gran vivero subterráneo todo el pasado es repelido o destruido, no hay excepciones para ello y de eso se encarga una discriminante barrera electromagnética que aparece justo en el lugar de cambio de era o periodo. Tomo las precauciones necesarias para atravesarla, pues como ocupa toda la luz del soterrado es también una astuta trampa para identificar todo aquello que llegue a ella y lo atraviese. Poco trabajo me cuesta adoptar la frecuencia vibratoria de uno de los lagartos que me acompaña.

El baño electromagnético al que soy sometido es tremendo e inquisitivo. Analiza, primeramente la estructura anatómica de cada animalito del árbol y acaba auscultando su composición atómica, el tronco muerto no es una excepción pues se introduce en cada una de sus células vacías..., a mí me toma como parte del tronco. ¡Oh! ¡Este baño electromagnético es mucho más exigente que los anteriores porque lleva fotones térmicos! Ya la parte delantera de mi embarcación se volatiliza acompañado de un largo chasquido y echando humo; retrocedo mientras la inexorable guillotina fototérmica pulveriza todo lo que encuentra de orgánico. Tres segundos después, siento la rociada quemante como si fuera una cosquilleante brisa. Puedo comprobar en los guijarros del fondo que

también lo inorgánico es limpiado de esta manera de asperezas físicas y químicas. Todo lo pasado es limpiado de esta manera.

Más tarde me sorprendo caminando sobre parajes desérticos. Donde existen indicios que demuestran que esto fue una apretada selva en otro momento, ahora la seca desolación arde arrasada por inexorables rayos infrarrojos. Las microscópicas partículas de polvo y las diminutas piedrecillas que conforman las dunas reseca, dejan tras mío deladoras huellas, debo evitarlas y no sé cómo. No es una gran preocupación.

La aséptica soledad atrae mis reminiscencias. Son de momentos fortuitos. Vienen siseantes y calurosos. El erío cruje en una atmósfera fosilizada sin otra compañía que la soledad, cruje suplicando algunas gotas de humedad para refrescarse...

—¿Estás bien? —inquiero con una voz infantil en una nueva reminiscencia.

—¡Sí, estoy bien! —me responde, con susurro, alguien con mi misma edad. Luego escoge una pregunta y me la lanza—: ¡Tu, ¿también te perdiste?!

Tiene agrietados los labios y la tez quemada, productos de la insolación. La deshidratación lo tiene debilitado, permitiéndole algunas incoherencias.

—No —respondo, mientras busco mi pequeña cápsula con precioso líquido comprimido para que lo beba.

—¡Ah! No te perdiste...

—No. Vine en tu busca.

—Me alegra... Me alegra mucho. Tengo suerte de tener un amigo como tu.

Esta madrugada, muy temprano cuando el espectro del cielo combinaba sus maravillas con las de la noche, yo y varios de mis amigos, incluido el que ahora está delante mío, salimos de paseo, previo acuerdo, en pequeñas naves individuales en dirección al quinto planeta del sistema estelar donde tenemos nuestro hogar. Luego de una frenética carrera retozante por el espacio ingresamos en la atmósfera de ese planeta y descendimos a su superficie sólida. La lujuriente belleza de la insipiente vida primitiva nos recibía maternalmente..., pero no a todos porque uno de nosotros se había extraviado y no sabíamos en que momento del viaje. ¿Porqué no obedecí a mi intuición?, recién después le di la importancia debida. Entonces volví a mi nave sin escuchar las protes-

tas de esperar de los demás e hice el viaje a la inversa. ¿Qué le había sucedido a nuestro amigo? ¿Dónde estaba? Sin duda en el colosal planeta desértico, *Del Sueño* como lo llamábamos, y al que teníamos prohibido acercarnos.

Perdí los controles cerca de la superficie del planeta *Del sueño* y la atmósfera gaseosa me absorbió sin remedio. Mis pensamientos carentes de la entereza y suficiente voluntad de un adulto para oponerse a esa inteligente fuerza centrípeta de nada me sirvieron, toda mi voluntad infantil sirvió tan sólo, a duras penas, para no estrellarme contra ciclópeos obstáculos de piedra de los que abundan en el planeta. Finalmente acabé deslizándome en una extensa planicie de dunas. Abandoné mi hermética nave y finalmente encontré a mi extraviado amigo...

—Bebe —le sugiero, acercándole la cápsula a los labios.

Él succiona con avidez.

—¡No! —lo reprendo con calma—. Hazlo, poco a poco. Con pausa.

No me escucha. Afebrado me ignora e intenta quitarme la cápsula.

—Poco a poco —insisto sin dejarme arrebatar el diminuto recipiente de líquido comprimido—. Bien sabes que te hará daño si tomas una cantidad no recomendable de una sola vez.

El agua le calma la sed, pero se acaba, no queda ni una gota en la cápsula. Tenemos que encontrar agua ahora, pues no sabemos cuanto tiempo permaneceremos, aquí, hasta que nos rescaten; pero ¿cómo? y ¿dónde? en este desierto absoluto.

—¡Fue una lástima no traer nuestros atuendos de máxima seguridad —rezonga con una mueca dolorosa en esos labios partidos—. ¡Es una lástima traer nuestras inservibles ropas hogareñas! —concluye el diálogo apuntando su cólera contra sí mismo.

Lucha contra el cansancio, sin lograrlo. Pese al dolor que manifiesta, un dolor intenso en las entrañas, más síquico que físico, el sueño empieza a dominarlo.

Avanzando hacia el ocaso, el radiante astro que nos alumbra continúa abrazando el desierto con su infierno implacable. Mientras mi amigo duerme intranquilo bajo la sombra de una roca oigo un desconocido zumbido, sin identificar su procedencia. ¿Qué significan?, también lo percibo más tarde.

Rápidamente llega la noche echando un manto constelado distinto al que estoy acostumbrado. Empiezo a sentir frío.

—¡Oh... mamá! —oigo y volteo.

Mi amigo empieza a delirar. Y la temperatura continúa descendiendo...

—...¡Papá!... ¡Mamá!... ¿Me abandonan?...

Es terrible para mis oídos. Temo por su vida y yo empiezo a temblar de frío. Tiempo más tarde me pregunto: ¿Cuanto más de frío podré soportar? Es intenso y ya lo siento mortal.

Milagrosamente la intemperie letal parece detenerse. ¿Sueño o es parte de mi delirio?, porque veo que los monumentos formados por la erosión eólica, se alegran y conversan entre sí levantando los ojos al cielo para cerciorarse que si las estrellas continúan navegando allí arriba. La llegada de una brisa cálida, es oportuna y nos devuelve a la vida.

Un maravilloso sistema de vientos cálidos distribuye rápidamente sus dádivas bienhechoras. Alivian el ya formado hielo nocturno y lo eliminan. Además, esas brisas traen combinaciones exaltantes de olor, entre ellas distingo el aroma de ¡vida vegetal!, sin duda de remotas distancias. A partir de entonces la noche transcurre tranquilamente y el cielo me invita a la introspección. Recorro el cielo con la mirada identificando los grupos estelares comunes: Sí, esos cinco son inconfundibles... Pero, no; no quiero pensarlos, no debo pensarlos, sólo quiero sentirlos dentro de mí, intuirlos...

Noche ¿en verdad existes?

No. Y las constelaciones, que centelleantes transcurren por ti, tampoco existen.

Son parte de un sueño magno y muy antiguo...

Noche, ¿no tienes otra respuesta?

Sí, la tengo:

soy una lágrima iridiscente y maravillosa.

Soy una ilusión.

Noche...

Sí. Todo eso seré y más...

si me sigues pensando.

Noche.

Empieza un largo amanecer. En lontananza las dunas son un poema cambiante de colores y dibujan *moáis* reverentes con las rocas erosionadas. ¡Dios, el frío del amanecer es insoportable, peor que el de la noche! pero pasa rápido, un instante después un monstruoso relámpago enceguecedor inicia el día.

Cuando mi amigo despierta de su largo sueño, recuperado de la deshidratación, el ambiente empieza a caldearse. Entonces vuelvo a oír el zumbido que me tenía intrigado la tarde del día anterior.

—¿Oíste eso? —le pregunto.

Aguza el oído mientras mira en torno protegiéndose los ojos con una de sus manos.

—No, nada —responde.

Olvidé que tengo mis sentidos muy desarrollados, en comparación con ellos..., gracias al adiestramiento que me han dado mis amigos elementales de la naturaleza.

Todo esto, me refiero al ambiente, se está transformando en una hornaza. Y buscamos los lugares sombreados de la roca que nos ofrecen refugio momentáneo. Es visible como la poca humedad dejada por la noche anterior huye del arenal, vaporizada con celeridad. Algo se me ocurre...

—Espérame aquí —le sugiero afectuosamente, mientras él se acomoda en un hueco húmedo—, ya vuelvo. Será rápido.

—¿Qué es? —inquire intranquilo—. ¿Por qué?

—El zumbido, ¿recuerdas?, voy a averiguar qué lo origina. Aguárdame, volveré sin demora.

Bordeo la base del monolito natural. Tras de ella, a corta distancia, empieza un promontorio rocoso de extrañas formas. Avanzo cautelosamente en pos del promontorio, si no me equivoco, de allí vienen los zumbidos. Enseguida oteo desde el lugar más estratégico que encuentro. ¡Qué afortunado soy! Apenas me instalo y del cielo surge una sorprendente criatura y se va ha posar en la parte media de un peñón agrietado. Mis mientes tratan de ubicarla en algún lugar de la Entomología... Es exactamente parecido a ciertos insectos sociales que las máquinas instructoras nos mostraron, pero este espécimen es unas cuarenta mil veces más grande. Escoge la grieta de mayor amplitud y oscura, detiene la vibración zumbante de sus alas y andando con sus cuatro pares de patas desaparece adentro. Con infinita precaución llego hasta lo que supongo

la entrada de una colmena; me escondo cuando uno de ellos sale al exterior y echa a volar.

Debo ingresar al interior de la colmena. Yo y mi amigo, necesitamos de un poco de miel para alimentarnos, especialmente él, no encuentro otra manera de conseguir algo que sirva para calmar nuestra hambre. Algo alejadas de la abertura principal existen otras dos aberturas de menor importancia, voy a probar suerte espero que alguna de ellas me lleve hasta los depósitos de miel. La primera de ellas es apenas una hendidura de poca profundidad, mi esperanza es la otra, a diez pasos de esta y se acerca con un halo de éxito. Esta es una ajustada cueva a la que entro arrastrándome. Adentro todo es oscuro y reina el silencio; me veo obligado a utilizar una lamparilla sorda: nada menos un botón en la manga de mi enterizo. Ilumino una concavidad ancha, de la que se bifurcan tortuosas galerías. Bien adentro de una de estas galerías, en un lugar donde encuentro una pared de cera, mi lamparilla cuántica no funciona, no es normal que esto suceda, con ella hubiera podido ver a través de la gruesa capa de cera como si fuera de material transparente, y a cambio practico un agujero delgado con un bisturí de luz coherente. El agujero recién hecho me muestra, en un espacio grisáceo de la colmena, el incesante movimiento de sus corpulentos habitantes, pero no hay rastro de las celdas melíferas. Horado otro agujero en una porción de cera mucho más adentro y alejada: esta vez me siento recompensado. La miel mana semilíquida y brillante, lo cojo en la palma y lo llevo a mi boca, ¡es riquísima! y luego lo absorbo dentro de las dos cápsulas para líquido comprimido que llevo, la mía y la de mi amigo.

Tranquilizo la impaciencia de mi amigo cuando llego junto a él. Me espera erguido y apoyado de espaldas al monumento de roca. Me pregunta con la mirada si encontré algo importante. Por toda respuesta le entrego la cápsula llena de miel.

¿La esperanza duele?... Luego me mira con otra interrogación mientras la bebe: ¿La esperanza exalta?

—¡Agradable! ¿Qué es? —exclama.

—Miel —le respondo.

—¿Miel?...

—Sí. Miel de insecto.

—¿Miel de insecto? ¿Cuáles insectos?

Entonces le relato lo de los zumbidos, lo de la colmena. Más tarde regreso mis pasos por el camino de la colmena, advirtiéndole antes lo que me propongo hacer. Esta vez en la entrada abundan varios de esos

insectos, realizan una verdadera danza aérea. Uno de ellos, una nueva reina, después de revolotear en círculos y más círculos con un suave vaivén, se lanza en veloz vuelo hacia el cielo. Sus congéneres machos que danzaban con ella, imitan ese vuelo inmediatamente atrás...

Aprovecho ese momento para colarme por la cueva que ya conozco del panal. En ella, el dorado néctar a terminado de manar, pero mis pasos me llevan mucho más adentro, donde hallo impresionantes trozos de reseca cera, los restos de una urbe entomológica. Celdas derruidas por el tiempo. Un bulto grisáceo, perdido en el piso, me hace tropezar y se convierte instantáneamente en polvo.

Estoy parado en el corazón de una arcaica colmena, en el recinto real arruinado por el tiempo. En un extremo del desolado compartimiento yace inmóvil la que en su momento fue la madre y reina de la colmena, tiene la actitud resignada por su historia concluida y está rodeada por sus numerosos súbditos, también resecos, algunos de los cuales se apretan aún contra ella tratando de mantener el último flujo vital de la colmena.

Por lo que veo, saco una conclusión momentánea, que no hay comunicación de estas antiguas galerías con la colmena viva y dinámica de al lado, mi intención es hallar una. Luego de revisar cuidadosamente la cueva no encuentro ninguna. Y la casualidad me permite descubrir la comunicación que busco, cuando echo abajo algunas porciones de fosilizada cera y al caer tras ella un cúmulo de lajas.

Palpo untuosa cera y la perforo. Dentro de esa capa de cera ¡una tibia piel rehuye mi contacto con un espasmo nervioso!... ¡No, amiguita mía, no tengo ninguna intención de hacerte daño alguno!, por el contrario quiero investigar. Quiero adentrarme en la memoria ancestral de tus archivos genéticos y desentrañar tus más íntimos secretos. Ojala que pueda alcanzar aquellos secretos acumulados a partir del génesis absoluto, de aquél inicio atómico de donde sale la vida y es posible que me muestre el derrotero suyo hasta la vuelta al mismo inicio, lo que sucederá en millones de años venideros. ¡Sería formidable!

Mi postura es incómoda, pero me esfuerzo en ignorarla. Desecho mis pensamientos vaciando el bullicio cerebral, respiro hondo. Mi actividad física decae en el reposo y muy adentro de mi intimidad celular ocurre un perfecto equilibrio de dinámica mental. Momento después de las profundidades de mi encéfalo brota un delicado rayo de luz y sale al exterior a través de mi entrecejo, directo hacia la frágil larva... ¿Qué sucede? ¡No puedo controlar mi rayo!

Todo es confusión y cuando la lucidez vuelve me encuentro perdido en un cielo ignorado. Me rodean cortinas de luz con colores desconocidos, inmersas en una atmósfera de, también, aromas desconocidos. Estoy a una gran altura, levitando y descendiendo al mismo tiempo; diviso una ciudad en el fondo de un valle interminable. Sin pensarlo dos veces enrumbo hacia esa ciudad que está dividida en dos por un filamento plateado de líquidos perennes, o sea, por un río.

Las azoteas aplanadas de los edificios sirven para el aterrizaje y el despegue de discos metálicos, en el aire se deslizan innumerables de esas naves que transportan a los habitantes de la ciudad. Todas las construcciones, no veo otras diferentes, son hexagonales, conforman un gran panal armoniosamente extendido por toda la topografía accidentada, bordean al río que bifurca la ciudad e incluso algunas de ellas flotan en el agua en medio de jardines flotantes a la vez que colgantes. Escojo un edificio para dirigir mi trayectoria, una joya arquitectónica, decorada externamente con sublimes intenciones, las que percibo nítidamente gracias al viento síquico que me las trae. Ingreso al edificio por una de sus paredes, la que mi intuición escoge, simplemente atravesándolo como lo haría un fantasma. Ya adentro, lo primero que se me presenta es una dama, de espaldas a mí y apoyada en el respaldo de uno de los dos muebles que adornan la espaciosa estancia; ella está atenta a las evoluciones que se suceden en una pantalla plana que ocupa toda la pared hexagonal. Cuando la dama voltea, sin querer tropiezo con sus ojos... ¡vacíos! ¡Tiene una mirada automática y sin voluntad! Me estremece, más aún cuando se aleja de su asiento, se mueve rígidamente, cada paso suyo es estrictamente controlado y hay un automatismo cotidiano, todo indica que está controlada remotamente por una voluntad ajena y la suya sólo sirve para recibir órdenes y para obedecerlas exactamente, literalmente. Bueno, debo dejar esto y continuar buscando más respuestas a mis inquietudes..., un momento, detrás de la pantalla se me abre un amplio salón donde hay una reunión de trece personas alrededor de una delgada plataforma de cristal levitante. Esas personas aparentemente conversan; pero no lo hacen, no, sólo tienen el contento de recibir órdenes de alguien al que solamente pueden ver las espaldas... sólo el respaldo de su asiento. El atuendo es el mismo en todos, grises, cubriendo atléticas contexturas. Lo sorprendente, y que causa escalofríos, está en su mirada ajena. Mirada irreversible.

El individuo que da las órdenes ¡es una máquina! ¡Es asombroso lo que observo cuando la reunión se disuelve! Un extraño robot, sostiene sobre sus dos únicas piernas, una semiesfera de vidrio conteniendo una proverbial masa encefálica sumergida dentro de un humor cristalino. Una portentosa máquina, unida por filamentos nerviosos semietéreos y por transparentes conductos, por donde viajan líquidos nutricios, a una cápsula colocada a sus espaldas como una joroba. El enorme cerebro se ensancha y comprime rítmicamente mientras comunica órdenes mentales por unos potentes emisores síquicos.

No pasa un minuto, cuando en un extremo del salón, bajo los rayos de una lámpara teletransportadora se materializa un individuo y luego avanza los pasos necesarios hasta el robot, se inclina y habla:

—¡Aquí me tenéis Señor!

Hay cierta inquietud en el severísimo semblante del recién llegado.

—¿Por qué desobedeciste mis órdenes? —le espeta la autoritaria máquina.

—Llegaron por accidente, Señor —replica sereno, permitiendo destellar tenuemente en sus ojos la rebeldía que siente—, y descendieron en el bosque cercano...

A excepción de todas de todas las demás personas que actúan bajo una voluntad común y ajena, este personaje demuestra creatividad, albedrío y discernimiento propios.

—Pero ¿porqué los dejaste ir?

—Era mi deber, Señor.

—¿Tu deber?... ¿Y desde cuando?... ¡Tu deber es obedecer!

—Sí, Señor.

—¿Entonces?

—Eran un grupo de personas... Un grupo de niños y varias damas. No constituían ningún peligro para nadie de nosotros. Cuando se dieron cuenta que posaron sus pies en terrenos nuestros no tenían más intención que la de salir cuanto antes...

—Y tu... Y tu, les brindaste ayuda...

—Sí, Señor, era lo más cuerdo.

—¡Lo más cuerdo!...

La voz de la máquina ahíta de ira explosiva, contrasta con la del interpelado, pasiva y serena.

—...¡Lo más cuerdo! ¿Llamas así a la desobediencia, tu... el segundo después de mí en estos extensos dominios? ¿En mis dominios?... ¿Llamas así a la desobediencia? ¿Ya olvidas que fundé este imperio con

arduo trabajo hace incontables miles de años, en la noche de los tiempos, sobre la base de una estricta doctrina de obediencia comunal donde se me atribuyó la potestad de ordenar las condiciones de la vida civil, militar, económica y política?... ¿Acaso ignoras que gracias a la comunidad de bienes y de personas y de voluntades somos la prosperidad misma? ¿Acaso no sabes que en mi larga existencia no encontré el menor indicio de lo que muchos pueblos llaman divinidad? ¡Esos atributos los tengo yo! ¡Soy inmortal!, mi vida es permanente. ¡Soy omnisapiente! ¿Acaso no estoy en todas partes asistiéndoles? Y olvidas que ellos, los que recibieron tu cortés ayuda, son nuestros acérrimos enemigos y que debemos destruirlos?...

—No lo olvido, Señor.

—¡Ah! No lo olvidas. ¿Escuché bien eso...?

—Pero... Señor...

El colmo de la ira hace emitir un rayo a la máquina. Un rayo que golpea al rebelde y lo convierte en una columna de humo elevándose hacia lo alto...

Vuelvo a la realidad del soterrado urgido por una llamada de mi intuición, en momentos en que un feroz cuadrúpedo realiza un prodigioso salto en dirección mía. Pero no logra realizar su anhelo, sólo consigue abrazar su error con las garras crispadas y con el hocico sorprendido. Instantáneamente después, volviéndose a la velocidad de la luz, ruge y manotea ávidamente donde suponía encontrarme y va a caer al piso con atractiva agilidad situándose de cara a su presa, o sea, yo. Sin preámbulo alguno, empleando una increíble elasticidad vuelve a saltar y yo hago lo mismo, pero por sobre él, asiento mi mano izquierda en su cabeza y mi mano derecha sobre su lomo, como sobre un potro de gimnasia. Esto sucede tan rápido que el desconcertado animal apenas tiene tiempo para darse cuenta de lo que está sucediendo. Cuando se repone ya estoy tras de él, esperándolo estático. Midiendo las circunstancias, el felino se detiene cauteloso y perplejo; concluyese impotente y azotando sus costados con su inquieta cola se retira ronroneando su confusión. Me siento aliviado.

El *Mesonix obturideus* me ha dejado una perfecta muestra de su vigor, elasticidad y medida. Y también le ha dejado a la selva una huella unguiculada de sus capacidades de superdotado: de un manotazo ha perforado un tronco seco hasta astillarlo.

Sin duda, estoy iniciando mi excursión por terrenos del Cenozoico, la época de los mamíferos. Como siempre las criaturas del soterrado son ciegas, pero estos han añadido a sus sentidos ya conocidos mayor sensibilidad y especialización.

Un apagado zumbido rompe el ambiente deslizándose hasta unas frágiles flores. Es uno de esos preciosos animalitos melíferos y diminutos. ¿El descendiente de una poderosa raza humana de hace millones de años, como me pude informar en el interior de la colmena de gigantes insectos? ¿La involución ha permitido que esos seres humanos transmigren en criaturas cada vez muy inferiores? En ellos la ¿evolución? ha tomado una dirección inquietante. ¿Lo supone así el creador de esta gruta supuestamente evolutiva?

Parte Tercera

ELIMINAR LO ABYECTO

CAPITULO IX

La vida animal ha sufrido cambios importantes, sus formas corporales son más finas, más delicadas, más estéticas y están mejor protegidas contra las adversidades de la naturaleza. La piel de cada nueva especie animal es delicada, en comparación con la rígida cubierta reptiliana, y está provista de abundantes, de muchos cientos de miles de delgados filamentos compuestos por estratificaciones de células muertas en cuyas bases palpita un microscópico núcleo vivo: es un eficiente termorregulador encargado de mantener una cálida constante corporal. La anatomía interna de las especies también ha dado un importante adelanto, especialmente en el cerebro, enorme en proporción a su pequeña corpulencia, permitiéndole en determinadas circunstancias alternar vivencias en lo abstracto, en lo síquico. Todos los actos de los animales están íntimamente ligados a esta naturaleza y son capaces de anticiparse a los cambios físicos y síquicos del soterrado.

Surge un nuevo bosque poblado con especies arbóreas y herbáceas corregidas al ingenio de la evolución. Entre ellos los nuevos insectos y los antiguos pululan por doquier, participando con una algarabía abigarrada de sonidos y se aúnan al canto de las aves y al perenne lenguaje audible de los mamíferos. La selva toda es una melodía combinada de exquisiteces anímicas donde todo lo móvil participa dinámicamente con lo inmóvil conformando un hábitat deseable...

¡Qué parco!, tras un seto arbustivo acaba el nuevo bosque. Tenía toda la apariencia de ocupar muchos kilómetros hacia adelante, es una ilusión óptica muy bien insertada entre la luz del soterrado. Transponiendo la cortina ilusoria se abre una sabana, sembrada en su mayor extensión por gramíneas. En esa planicie la rareza de algún árbol es una leyenda gigantesca que se encorva para encontrar comunicación con sus pequeñas vecinas casi pegadas al suelo.

La sabana ofrece una espectacular fauna... fauna sentimental, como parece indicar su creador. Existen hálitos ambientales que no quiero importunar con mis descripciones.

Junto a un limpio manantial de agua beben varios herbívoros, entre ellos dos distintas especies de hermosos perisodáctilos que comparten la misma orilla musgosa entre resoplidos de satisfacción, se puede palpar a distancia sus vigorosos y temblantes cuerpos. La única diferencia que existe entre ambas especies es el tamaño. Los *Eohipus* son más pequeños, pacíficos y ágiles que los *Mesohipus*, saciada la sed retozan con empellones, carreras y patadas... ajenos al agazapado acecho del paciente carnívoro que se les acerca peligrosamente tras el descuido de los juncos. El carnívoro, una *Oxyaena*, con las glándulas mamarias ahítas, en el momento oportuno para ella, pendula con satisfacción la peluda cola y salta con innata destreza; ocurre una estampida general cuando coge y muerde una frágil garganta hasta destrozarla; luego arrastra a su presa hasta su guarida: un hueco rocoso protegido por arbustos espinosos, donde le esperan unos gordetes cachorros.

En los lodazales la vida también bulle. En este caso una familia de pequeños proboscidios hoza perezosamente entre el cieno, masticando raíces, tiernos tallos subterráneos y delicadas hojas palatables. El desconfiado macho mayor me otea y amenaza que me aleje de las cercanías. Nada me cuesta complacerlo. Momentos después un desaforado chillido sin dirección, discrepa con los sonidos acostumbrados: Una pequeña cría, la más pequeña de los proboscidios queriendo saciar su inexperta curiosidad, quiso jugar con el movedizo flujo originado por el manantial, resbaló cuando su progenitora la alertaba y reprendía severamente, siendo arrastrada lamentablemente. Temo que el amor maternal por sí sola no podrá solucionar este caso y le brindo ayuda sacando a la pequeña del agua, quién patalea desesperada... Y estos precisos momentos se impregnan con la conocida interrogante de «La Vigilancia». Todos sus átomos están decididos a encontrar alguna anormalidad, que como puedo advertir, es mucho más vehemente e inusual.

El pequeño proboscidio me brinda inconscientemente y sin reservas el utilísimo refugio de su vibración orgánica y anímica, me introduzco en él... Allí encuentro profunda quietud, remplazada luego por gritos, imprecaciones y exclamaciones alrededor de enojados berridos. Tengo la sensación de haber penetrado en la genealogía futura del animal.

—¡Ayuda!... ¡Ayuda!... —oigo que sale una voz de dentro del animal.

Imploración desesperada.

—¡Ayuda!

Grito de angustia, pronunciado sobre el lodo revuelto y teñido de sangre de un marjal.

—¡Ayuda!

Proferida por un hombrecillo semidesnudo que en vano trata de evitar ser aplastado por una enorme pata.

—¡Ayuda!

Ya es demasiado tarde.

Y también lo es para el gigantesco paquidermo que lo aplastó, quién siente atravesadas sus costillas por una vara larga y bien afilada. Vuelve la monstruosa cabeza en dirección del artero ataque, bramando de dolor, sin atinar a nada, si no es para ofrecer el indefenso pecho a otra acometida que le daña vitalísimos órganos.

—¡Cuidado! ¡Aléjense! —es el gruñido general a manera de grito que profieren dos docenas de hirsutas criaturas bípedas.

La terca negativa del animal a caer, esta siendo vencida; sus robustas patas se doblan.

—¡Ya cae! ¡Al remate!

Varios de los hirsutos hombrecillos levantan un pesado ariete y descargan un formidable golpe al corazón de paquidermo. Este se derrumba resignado, oyendo jadeantes respiraciones que empiezan a despedazarlo con cortantes piedras y afilados huesos, hasta que al final, sobre el barro en exceso sangriento, descansan dos largos y pesados incisivos curvos, reservados para quién da las órdenes.

Barro sangriento. Parodia cruel ¿necesaria?. Esto que vi no es más que la acumulación artificial en los genes del animalito que está apunto de chillar en mis manos. Con un suave baño electrosíquico lo calmo y su madre viene a reclamarlo.

«La Vigilancia» está en su apogeo. Le satisface el estado actual del soterrado. Los estados de ánimo de quienes lo conforman son elocuentes olvidos en el sueño de lo cotidiano. La abyecta sicología que los caracteriza acecha astutamente, para agredirse con la chanza procaz elaborada con grotesco ingenio de lo nauseabundo; para ellos eso es inocente. Humilla el que se supone superior, sin duda todos ellos se suponen así, humillan utilizando chanzas sutiles y también grotescas; se justifican infalibles en sus juicios y por lo tanto se sugieren justos y ¡santos! Esconden sus flaquezas a los demás con absurdas intenciones: las que les supongan virtuosos y castos... Agradezco esta oportunidad, providencial, para conocerlos a fondo, y aún más, por que voy a penetrar en el universo interior de uno de ellos. Intercepto su onda pensante y síquica.

Encuentro una noche lúgubre y tremante, recordada por aterradores aullidos. El frío flota torvamente sobre las miasmas vaporosas e ilimitadas del ambiente, y zumba fétido entre nudosos troncos de desconocidos árboles, imagino la discordia del moho sobre ellos... Mis pasos resuenan por el tétrico paisaje originando un lejano eco, allí donde monstruosos anfibios cantan, interrumpidos por momentos por la pesadilla crototante salida de gargantas cuyas siluetas no tienen formas. A mis espaldas oigo un imperceptible zumbido que rasga el aire. Veloz giro sobre mí mismo y detengo dentro de mis manos una degeneración absurda de reptil. Traté de morderme mortalmente y ahora continúa intentándolo, retorciéndose con tanta vehemencia que consigue herirse a sí mismo. Desenredo su escamoso cuerpo de mi brazo y lo lanzo a buena distancia dentro de las entrañas de la noche. Luego por una vereda invadida por el olvido y salpicada de sangre, voy en cualquier dirección hundida en las espesas brumas. Más tarde distingo junto al camino una casucha arruinada y rodeada de jardines ajados por la pereza. En tiempos mejores, la casa y el jardín juntos debieron ser una magnífica obra maestra, en contraste con la actual en la que todos los materiales están impregnados de terror.

Chirriando lastimeramente se abre una horrenda puerta rememorando antiquísimos episodios de feliz convivencia. En el nugatorio interior de sombras flácidas, me encuentro con no más que dos ojillos de fuego en lo alto de los vanos de la puerta, contemplativos y enigmáticos.

—¿Quién eres? —inquire ronca y lejana la voz venida del dueño de los ojillos.

No respondo.

—¿Quién eres?

Suena atávico. No soporta mi silencio, lo considera ofensivo.

—¿Quién...?

Se exaspera, permitiéndose abandonar la complicidad de las sombras.

¡El engendro es espeluznante! ¡Es una agresión anárquica a lo existente! Se muestra tal como es, sin máscaras síquicas: membrudo y corpulento, su cuerpo humano deformado por animalezcas injertos. Sin embargo ¡viste una resplandeciente coraza!: Esto explica una antigua adoración al amor y a la sabiduría. ¡Esta perenne ignorancia y asaz, rodeando un residuo maravilloso, debe acabar!

¿Justicia?

—¡Soy tu destructor! —le respondo tranquilamente, mientras le miro fijamente.

La metamorfosis de sus ojillos de ofidio es electrizante: partiendo de la interrogativa llega a un clímax ardiendo con llamaradas de ira. Su orgullo ha sido herido profundamente.

Me subestima. Se sabe vencedor y mi serenidad apenas lo desconcierta. Se dispone a atacar... Antes me clava su mirada fija e inmóvil tratando de fascinarme, de confundirme. Siento que esas brazas intentan incendiarme anímicamente, con miedo y desconfianza.

Mis ojos no abandonan los suyos, estoy presto a repeler cualquier ataque.

Ambos permanecemos inmóviles por una relativa eternidad, esperando. De pronto el imperceptible engaño de un movimiento suyo y desconocido para mí, me obliga a desviar con un brazo su horrenda zarpa dirigida a mi garganta. Luego, en inapreciable instante le tomo de la muñeca, giro levantándolo del piso con mis hombros y lo lanzo por los aires. Azota con su extraño cuerpo el duro suelo, sintiéndolo espasmódicamente. Se repone rápidamente y vuelve a atacar con resolución asesina. No puedo ser indulgente, ni contemplativo, se que este engendro es un caso perdido, sin posible regeneración, tengo que aniquilarlo cuanto antes. Bloqueo sus crispadas garras y le hundo con un rápido desliz mi mano libre en su pecho crujiente. ¡Extraño: no tiene órganos internos!, pero, le mana un líquido correoso y humeante. Aún no está vencido y se sobrepone tambaleándose, babeante; y agrede por última vez. Rápidamente doy una vuelta completa sobre mí mismo y lanzo una de mis extremidades inferiores en dirección a su cabeza. El potente golpe de mi talón, inmisericorde, se la destroza. Después asombrado se palpa lo que le queda de cuello, negándose a caer, este gesto le nace como una negativa a lo inexorable, hasta que al fin se derrumba, derrotado. Instantes después tras un hervor espeso, desaparece consumido por sus propios líquidos.

Cuando desaparece la tétrica visión y este universo empieza a desintegrarse, oigo la voz de alarma de otro integrante de «La Vigilancia», que le pregunta a este, cuyo interior estoy abandonando:

—¿Qué te pasa? ¿Estas mal?

Observa que su compañero perdió el conocimiento y ha adquirido un color ceniciento.

—¡Contesta! ¡No podemos darnos el lujo de enfermarnos!

Y pide a grandes voces:

—¡Llamen al médico! ¡Llamen, es urgente!

Dramático.

Cuando la mamífera llega, dejo a su pequeño y me alejo con rapidez.

La sabana es amplia y dejo en ella un rastro de gramíneas aplastadas. La sabana es el comedero de muchos roedores... espinosos.

CAPITULO X

El melodioso trino de una avecilla, repleto de sorpresas sonoras, evoca el fresco nacimiento del día. De esos días en algún valle desconocido con la intemperie y el horizonte áureos. Una reminiscencia más de unos días singulares, donde la lejanía orográfica con aspecto de cadena montañosa, luego de ser inspirada por la noche a punta de toscó lápiz, era complementada al amanecer por el sol quién sin dudar le aplicaba enigmáticos colores edénicos. Unos volcanes apagados de cinco mil metros de alto se beneficiaban mayúsculamente con ello, adquiriendo misteriosos auras. En los cráteres de esos volcanes con aspecto de globulares vasijas monolíticas de mil metros de diámetro, se cobijaban las más hermosas y vistosas lagunas. Bajo el líquido constantemente renovado por intensas lluvias y habitado por numerosos seres, se habían formado capas milenarias de estratos. El polvo sedimentado de incontables tiempos, la composición química de la atmósfera gaseosa, junto a los restos de las criaturas animales y vegetales de los diferentes tiempos, son los principales ingredientes de los diferentes estratos de la historia planetaria. Pueden ser apreciados con emocionante interés...

Cuando el terreno se torna agreste, y las distancias en el soterrado parecen desvanecerse en el futuro, en la dirección de un lejano volcán: que me indujo a recordar el pasado, la arremetida de dos descomunales bestia me piden ahora atención. Llevan por delante, con ciego ímpetu, voluminosas cabezas armadas con puntiagudos cuernos. El estruendo que ocasionan sus incontenibles patas y la nube de polvo que arrastran tras de sí, es apenas el prólogo del combate. Porque luego, en siguiente acto, estrellan sus cabezas con un estampido y reculan. Después los temperamentos irritados exceden la locura.

Desatinadas patas, cuerpo rechoncho, piel gruesa y colgante con pliegues cubiertos de lodo; todo esto los supone pesados y torpes, pero no lo son: exhiben rapidez infatigable e incontenible... ¡Los experimentos que realiza la evolución y los sigue con torpeza!

Encamino mis pasos en dirección del volcán a través de breñas inflorescentes, concurridas por équidos de mediana altura, mordisqueándolas con fruición.

Más tarde el volcán está cerca y el cono se muestra arrugado y sin vida vegetal. Detengo mi marcha sobre un altozano, colocado por la naturaleza para exhibir sus encantos. Encima de un anillo de exuberante vegetación, una excelente aridez de rocas esculturales rodea al volcán.

Como si mi llegada fuera prevista por el volcán, vaharadas de gases son lanzadas fuera del cráter sin explicación convincente. Resumo que el panorama plutónico es una fábula narrada para un niño pronto a dormirse y seguramente será continuada con ensueños de hadas y elfos. Curiosamente la aparición de un titánico *Baluquiterio* cerca del anillo de vegetación, reduce las dimensiones de su entorno; incluso el volcán parece miniaturizarse y las esculturales moles rocosas junto a sus patas parecen ser simples guijarros. No me causa extrañeza la selva arrasada por la gigantesca dentadura herbívora del titánico mamífero.

El yermo de la ladera volcánica abunda en cenizas y mis pasos no hacen más que hundirse en ellas dejando una recuerdo surcante en la imaginación del lugar. La escarpa pelada está arrugada por imaginarios ríos con auténtica lógica ígnea.

La cortesía del volcán aún tiene otros detalles y no espera más para demostrarlo: explota lanzando hacia lo alto una inmensa columna de agua hirviente, vapor, cenizas y gases cargados de azufre. Momentos después caen, encima mío, pequeñas piedras y humeante agua barrosa.

Cuando he llegado a la cima del volcán, la ¡magnífica desolación! del cráter, me hace lanzar un ¡Oh! de gusto. La agresividad de los elementos destructivos lo ha tornado atractivo. El acierto plutónico ha creado un espectáculo impresionante: a quinientos metros de profundidad existe una laguna espesa y humeante, rodeada por un hundimiento colosal del macizo. El aumento de los vapores en la laguna anticipa un movimiento convulsivo: se agita súbitamente creando lentas olas que van a estrellarse contra las paredes que lo alberga. De pronto, con enorme fuerza se levanta una gran columna de aguas turbias, para luego volver a caer en la hoya aplastando el, restante líquido, horrisonamente. La acústica mágica de las paredes repite el eco infinidad de veces mientras que el vapor, los gases y humo, en espesa comunión se elevan hacia lo alto hasta adoptar la apariencia de un gigantesco hongo...

La expansión de los gases continúa. Humo y ceniza ensucian la atmósfera.

Me siento arrobado y asombrado a la vez, sin darle medida al tiempo gracias a la originalidad del volcánico geiser. Es una auténtica obra de arte inspirada y moldeada por la naturaleza; intuyo que es una de las pocas verdades en el soterrado atiborrado de inquietante artificio.

Desciendo al interior del cráter, un impulso intuitivo me obliga a hacerlo. La erosión lo tornó intransitable. Escojo un camino resbaladizo e inestable. Para no hundirme tengo que mover los pies rápidamente mientras voy deslizándome. ¡Oh, en algún momento tengo que ser más rápido, porque todo se mueve bajo mis pies y resbala por la ladera! Sí, el ceniciento material de arena y piedras y yo rodamos y caemos como un alud. Me veo tratando de no perder el equilibrio o de recuperarlo, según se vaya modificando mi estabilidad corporal. Luego junto con el desmenuzado material caemos directamente en una grieta amarillenta. Me imagino dentro de ella, ¡sepultado por toneladas de terreno fragmentado!

¡No puede ser!, pero es la realidad y tengo que aceptarlo serenamente.

Fuera de mi casco y frente a mis ojos, un fino polvillo escurre, mientras que una insondable rajadura exhala vapor de agua, gases sulfurosos, amoníaco y lo que me extrañaba no encontrar: ¡moléculas síquicas e inteligentes, provenientes de cogitantes criaturas elementales de la naturaleza! Es un afortunado momento, pese a lo crítico de mi situación, un afortunado acontecimiento, pues hasta el momento poco o nada, de su presencia pude encontrar en todo mi peregrinaje.

Creí escuchar el suave cuchicheo de una conversación... No, no creí, es un real dialogo de la naturaleza, suave y alegre.

Dialogo delicioso.

Dialogo reminiscete.

Dialogo actual:

—¡Oh, tu juego me gusto sobremanera!

Maravilloso.

—Gracias. ¡Fue un simple empujón, apreté el granito de arena que sostenía ese mundo... —se refiere a la acumulación de material que luego rodara conmigo—, y todo se vino abajo!

—Fue una magnífica broma que te jugué!

No lo sabe a mi también me la jugó.

—Dime ¿cómo lo haces?

—Es un secreto. Cuando tengas uno, de la misma magnitud, te lo cambiaré.

Luego los dos pequeños *nomos* desaparecen transponiendo una puerta éterica. En el lugar nada sólido indica que haya una entrada y con mi cuerpo astral los sigo. Una escalera desciende hacia las entrañas del volcán, caracolando sin fin. En una curva imprevista surge otra pequeña figura que sube retozante, hasta que me ve: abre desmesurados ojos y con rápida expresión risueña vuelve escaleras abajo. Evoco mis lejanas vivencias con los mismos seres que acabo de ver, mejor dicho con sus semejantes. ¿De cuando esas vivencias?, difuso e indefinible. Repentinamente la escalera se continúa con un extraño laberinto de escalinatas y más escalinatas dispuestas en todas las direcciones existentes y combinadas con pasadizos y galerías imaginadas con azarosa diversión. Es imposible avanzar por el laberinto sin conocer el camino correcto; me atrevo a comprobarlo siguiendo a uno de ellos con la mirada: desciende por una larga escalera, continuada luego por curiosas plataformas de cinco dimensiones, sube por otro grupo de graderías que se dispersan en distintas direcciones..., y al final después de discurrir por unos túneles cortos acaban donde empecé.

Lanzo verdaderos haces de intenciones concentradas en todas las direcciones. Pasmosamente estas intenciones son reunidas y luego absorbidas por un vórtice girando hacia la derecha. Ese es el camino: todo hacia la derecha, caminando en círculo.

—¡Hola! —oigo.

Indefinible voz pronunciada por un esbelto *nomo*.

—¡Hola! —respondo a mi vez, amigable y cortés.

Tácitamente me invita a seguirle atravesando galerías decoradas con hermosos reflejos de luz prismática. Cada uno de esos reflejos de increíble variedad prorrumpe con una nota musical de inteligencia propia e individualidad viva; en conjunto concertan inocente música. Inefable.

—¿Sabes? —inquire el *nomo*, para a su vez incluir—. ¡Estamos en el augusto castillo de *Gob*!

Lo suponía y ahora me lo confirman. *Gob*, el venerable regente que gobierna todo lo sólido del planeta Tierra y a sus elementales. Pero ¿qué hace fuera de sus dominios, de su dial espacio tiempo, de su eternidad? Intuyo que esto también está relacionado a la nefasta influencia de Hoge.

Me permito atravesar el cortinaje que aísla una estancia muy particular, donde las paredes son espejos finamente pulidos de cristal de pie-

dra. También son espejos el piso y en el techo, y devuelven mi imagen con fidelidad. Lo extraño ocurre con mi acompañante, él no refleja, es como si no estuviera en la habitación. Ante una señal inespecífica los espejos empiezan a ondear como si se tratara de la superficie de algún remanso, entonces mi imagen toma las más grotescas formas; ello es elocuente me habla de las barbaridades de mi interior, es mi reflejo interno provisto de amnesia. El ondear permite al *nomos* verse fielmente, sin nada grotesco.

A través de uno de los espejos surge *Gob*. Investido con gloriosa túnica blanca, digna de su ser. Vino aquí abandonando por momentos su maravilloso retiro nirvánico para brindarme su amistad.

—¡Bienvenido!

Su voz exquisitamente cortés, produce ecos sutiles en mi interior. En momentos, que también, el ambiente empieza a vibrar indefiniblemente por acción de ese verbo, olvidándose de la música anterior. Trato de reproducirlo reservadamente, sin lograrlo, más bien logra ganarme.

—¡Gracias! —pienso dirigiéndome a *Gob*.

¿Qué significado tiene mi agradecimiento en este lugar? Ninguno. Sólo es un diminuto misterio comprensible, los hechos son más importantes que estas palabras.

—¿Nos recuerdas? —pregunta, anticipando mi respuesta.

¿Qué significa recordar? Aquí no significa nada o todo. El recuerdo es parte del presente, y este no tiene recuerdos.

—No es necesario que lo pienses —me advierte—. Es importante vivir.

Conmover:

Recuerdo, sedimento primitivo. Una larva.

*El futuro también recuerda, en el presente,
y este no tiene recuerdos.*

*Recuerdo, nunca tuviste vida, inexistes;
sin embargo necesito recordar.*

La vida no recuerda, y si lo hace no se entera, lo olvida.

*La vida siempre está en presente. Sin embargo
el Universo es un recuerdo, es un olvido.*

Olvido...: el sueño.

—Estamos analizando tus pensamientos —me sugiere.

Olvido ¿cuando dejarás de soñar?

Conmovedor.

Olvido, sedimento primitivo.

Sueño ¿cuando dejarás de soñar?

Sueño ¿cuando dejarás de olvidar?

Sueño ¿cuando dejarás de recordar?

Conmovedor.

Sueño, sedimento primitivo.

—Es necesario que preguntes —me ruega.

Sueño, recuerdo y olvido... ¿Tan efímero soy?

—¿Por qué estáis aquí? —inquiero—. Apartado de vuestros verdaderos dominios. Se supone que en lo artificial usted, a quién doy todos mis respetos, no interviene.

Intuyo que sé la respuesta y dejo que fluyan de labios de *Gob*.

—¡Fui traído con engaños y por la violencia! ¡Fui secuestrado!

Fueron traídos, el augusto *Gob* y sus *nomos*, por una voluntad ajena, pero sólo una pequeña fracción de ellos está aquí, sólo un destello fragmentado de su verdadera realidad, una pequeña porción anímica suya. Pero un portento vital capaz de servir con sus atributos a la vida...

—¡Se nos obligó! —continúa pluralizándose—. No sólo a nosotros, sino también al aire y al agua y al fuego a dar vida al soterrado y a gobernarlo, pero no hicimos ninguna de las dos cosas. No es nuestro estilo. Luego, ante nuestra inflexible negativa nos condenaron, primeramente a contemplar la azarosa negligencia con que se construía el soterrado. ¡Oh, dios! con las leyes y la vitalidad más arbitrarias y artificiales que pudimos conocer!, y en seguida con atroces tormentos inmensurables, se nos colocó en una prisión ubicada en algún tétrico rincón síquico, absolutamente denso, donde la vida transcurre con infinita lentitud.

Hace una breve pausa suspirando profundamente.

Los espejos no devuelven su imagen compungida, la tosca dimensión de los espejos no alcanza a tocar su sutilidad corporal.

—Nuestra aparente inmovilidad o movilidad en ese lugar negro y aterrador dentro de la mente del Universo, en una infradimensión, estuvo hecha a prueba de cualquier fuga, superior a nuestras fuerzas. Se nos tuvo en prisión por separado, cual insignificantes puntos infinitamente

densos. *Agní*, que había previsto con anticipación esta circunstancia, reunió todas sus fuerzas que escondió en el momento de su fingida derrota y las soltó imprevisiblemente en el momento oportuno. Esto nos liberó de nuestras ataduras, reduciéndolas a polvo síquico y como consecuencia en el soterrado, en lo tridimensional, en medio de la gigantesca vegetación, originó un pavoroso volcán purificador. Tú, Ouros, has llegado hasta este volcán. Ahora somos incontrolables y nuestro poder crece continuamente. Pronto, en cualquier momento desataremos nuestra devastadora fuerza equilibradora. ¡Destruiremos todo lo que signifique artificial en el soterrado; luego pulverizaremos al mismo soterrado y a todo lo artificial de este planeta!... ¡Las sólidas placas continentales saltarán hechas pedazos gracias a la oración conciente de los *nomos*; las masas líquidas presas de neurótico frenesí lo anegarán todo, gracias al exquisito cántico de las *ondinas*; los gases se agitarán con la violencia de la destrucción para lo que aún permanezca intacto, gracias a la augusta sinfonía de los *silfos*; y todo, absolutamente todo será limpiado y purificado por el fuego, gracias a las bienhechoras virtudes de las *salamandras*...

La expresión de su rostro y de su voz no ha variado en nada. Los ademanes majestuosos con los que acompaña su plática ofrecen una nueva pausa, rápida.

—De la gruta y de la ilusión contenida en ella, no dejaremos nada. No sobrevivirá nada. Pero Hoge ¡estará libre e ileso y se escapará con todos los que le secundan!...

—¡Me voy a encargar de Hoge—intervengo cortando su interesante alocución—. No descansaré mientras esté libre...

—¿Tu?—replica, mientras estudia mi semblante.

Escudriña mis ojos. Su poderosa mirada ingresa en mi interior, buscando con su lógica la explicación a mi proposición, sin duda mi amnesia le preocupa. Bloqueo su mirada, y luego lo dejo seguir con inocente astucia por un vacío enigmático, desconcertante e imprevisible. Aleja sus ojos, meditabundo, y arguye:

—Bien. ¡Esperaremos hasta que lo logres! ¡Cuanto antes mejor: es importante que sea cuanto antes, y sólo entonces lanzaremos nuestra acción equilibradora!

El momento es tácito, preciso, reminiscente, y empieza a brillar en la noche de mi amnesia como un relámpago visibilizando algunas secuen-

cias de mi vida pasada. Es una repetición exacta de lo que sucedió hace... No puedo precisarlo objetivamente.

—¡Qué tengas mucha suerte! —concluye.

Y se aleja a través de uno de los espejos, que no es el mismo por el que vino. Antes de desaparecer se vuelve para decirme:

—Puedes elegir el lugar hasta donde quieres ser trasladado y luego con sólo atravesar cualquier espejo se te cumplirá. ¡Adiós!

Claro, se te olvidó incluir: hasta donde alcanza vuestra influencia, reducida ahora dentro de escasos límites.

Antes de ser trasladado, permanezco en la habitación, meditabundo. La extrovertida mirada del *nomo* que me trajo hasta aquí me acucia sin él quererlo. Los ondeantes espejos absorben mis pensamientos sumiéndome en las reminiscencias.

Reminiscencias. Mis ojos miran sin ver, desconectadas mis sensaciones, vaciándose del presente y llenándose del pasado.

Voz de paraíso, llegas a mí:

—¡Bienvenido amiguito!

—¡Ah, ya están aquí! —me sorprendo en la infancia musitando alegremente.

—Siempre estamos aquí. ¡Siempre estamos a lo largo de todo este siseante río que es nuestro hogar! ¡Como sabes, en todo momento estamos tratando de coincidir contigo!

—¡Cuánto me alegra que así sea, podemos jugar! —agrego.

—¡Claro que sí! a nosotros también nos alegra!

Divierto mi infancia junto a mis amiguitos etéricos, al borde de un arroyo onírico cubierto por milenario musgo y escondido por plantas de enormes hojas abanicadas con la apariencia de etéreas mariposas tornasoladas. El agua corre sobre un poco fondo, profuso de guijarros de transparencia coloreada y de minúsculas criaturas acuáticas extremadamente bellas. Las plantas, mi figura infantil y mis amigos reverberamos suavemente sobre la ondulación del agua inspirando poesía.

—¿Sabes?... Hoy vino una niña —dice uno de mis amiguitos usando mi imagen reflejada en el agua.

—¿Una niña? —repito desprevenido.

—¡Sí, y es preciosa! al verla, inmediatamente nos acordamos de ti. ¡Nos recordó a ti!

¡Oh, no!: no puedo evitar sonrojarme.

—Hay demasiada coincidencia entre ambos, entre tu y ella —continúa, insinuante—. Tienen el mismo aroma síquico. Sin duda que será tu compañera. Comprobaras que no nos podemos equivocar. Lo dicho por nosotros está hecho...

El futuro ha coincidido en este momento matemáticamente, con increíble precisión intuitiva: Una vez más la espiral de la vida ha vuelto a reunir a una pareja. Lo recuerdo nítidamente, sin limitación alguna, los detalles están escondidos en los días venideros.

Una sorpresiva voz a mis espaldas me arranca del extático instante, y espantando a mis amigos:

—¡Por fin te encuentro!

—¡Señor mentor! —exclamo sorprendido, e irguiéndome. ¿Cómo llegó hasta aquí?, se supone que este jardín natural es secreto.

—Te estuve buscando por un buen momento... Una corazonada me trajo hasta aquí...

Lo miro en silencio.

—Me alegro encontrarte en esta circunstancia tan feliz para ti —dice comprensivo—. Amas la naturaleza.

¿Entiendes algo, acaso, sobre la naturaleza interna de las cosas?

—Pero —continúa conciliador—, ¡Estás descuidando tu aprendizaje, tu tiempo!

¡Si supieras cuanto más aprendo aquí!

Aprendizaje, tiempo. Dos cosas de vital importancia que manejo a mi manera, a la de mi intuición.

—¡Vamos! —sugiere finalmente—. Hoy tienes que continuar lo de ayer...

¿Entenderías lo mío con tus profundos conocimientos y de tu genialidad pedagógica? No, no necesito que me entiendas, el que debe hacerlo soy yo. Yo debo entenderte. ¡Vamos!

Aquí mis reminiscencias son rotas por la brisa que sale del espejo que tengo enfrente. Dirijo una última mirada al nomo de compañía y con unos cuantos pasos me transporto a otro lugar.

Una profunda acumulación de aguas desconocidas aparece de la nada bajo mis pies, susurrando: Mmm... No me hundo en las aguas que reflejan a un cielo incoloro y transparente; puedo caminar sobre ellas como si fuera terreno sólido. Mi entorno abarca un diámetro de pocos metros y tras de ella hay un vacío translucido y vaporoso, una senda se devela a medida que avanzo. No encuentro ningún punto, nada conoci-

do que me oriente la dirección que llevo, pero para mis sentidos internos existen hitos señalados lógicamente. La textura del líquido, iluminado desde lo profundo, es una forma de música demasiado espesa como para sonar audiblemente.

—¡Bienvenido! —oigo.

Dulce y fresca voz femenina, pronunciada con suavidad operística. Me obliga a volver la cabeza. Y lo que se me presenta me hace exclamar en mi fuero interno: ¡Bellísima!

—¡Hola! —insiste con sus gorjeos.

¡Maravilloso! Es una ninfa; perenne y ataviada con blancas virtudes que ondean con la brisa.

—¡Hola! —respondo tenuemente.

Sonríe y dice:

—Soy la encargada de llevarte ante el excelso *Varuna*.

¡*Varuna*! augusto ser. Gobierna sus dominios líquidos con sabiduría y amor. *Varuna* ¿Cuándo te conocí? Este lugar ya me es familiar, incluida la fragancia tenue y singular de la *Ondina* que me acompaña, guiándome.

Irrumpe un coro inaudible con sutil timbre femenino. Mis oídos son inservibles para ello, resuenan en mi interior. Enseguida, sobre la superficie del remanso se eleva una columna de agua y crece, metamorfoseante, ensanchándose hasta tomar la forma de un inmenso coliseo con forma de cáliz floral onírica. La preciosa *Ondina* utilizando una puerta detrás de dos surtidores de agua que irradian colores de alguna aurora sideral, se introduce dentro del coliseo.

En el centro del coliseo espera *Varuna*, rodeado por el innumerable coro de *Ondinas* y *Elfos* del agua, de los que solamente se puede oír la voz incluida en la fantástica ópera que da forma y sostiene su mundo.

Ante *Varuna* me inclino cortés, diciéndole:

—¡Paz!

En esa palabra que emito, está reunido todo el significado trascendente de una eucaristía sagrada. Mi pensamiento tiembla en cada una de las moléculas del agua y es repetida transfigurada por el augusto Ser:

—¡Paz!

Luego cual gota de agua se diluye en el remanso. El coliseo empieza a desaparecer y yo a hundirme. ¡Extraño: realmente no me estoy hundiendo sino que mis extremidades se están diluyendo y mezclando con el

agua. ¡Me estoy disolviendo como una sal amarga: enturbio mi entorno!
Más tarde mi ubicuidad es un némesis con insondable amargura.

*«Amargura ¿conoces al dolor?
No. Claro que no, tienes los ojos muertos.
Némesis ¿conoces el dolor?
No. Tienes los ojos muertos.
Insondable».*

Eternos ojos muertos. Más tarde desciende vuestro nivel turbio, se decanta transformado en barro limpio.

Némesis. Se reúne mi dispersa anatomía.

Otra inundación de mi interior sigue los pasos de la anterior. ¡Esta vez mi dilución es dulce!, así soy una insondable amnesia en el infinito remanso.

*«Amnesia ¿conoces al dolor?
No. Tienes los ojos muertos.
Ojos muertos ¿conoces la amnesia?
No. tienes los ojos muertos.
Némesis te acabas».*

Enseguida se me permite expandirme en el líquido como una sal neutra. ¡Deliciosa! ¡Purificadora!

*«Dolor ¡te sueñan! con los sentidos muertos.
Te viven».*

Extático como me encuentro, poco advierto de como el viento suavemente me levanta por los aires, festejándome y repicando augustas voces. Luego:

—¡Adiós! —susurra la *Ondina* que me dio la bienvenida, y ahora se despide moviendo una de sus diminutas manos. Se desvanece junto a su universo líquido.

—¡Adiós! —pienso.

En mi interior reina la paz.

—¡Adiós! —se despide *Varuna*, incorpóreo, inlocalizable.

El ascenso por los aires aviva mis reminiscencias.

Vuelven mis recuerdos. Vuelven con una insistencia veraz. Me oigo diciendo:

—Isis. ¡Vamos!

Nos remontamos, ella y yo, por los cielos en dirección de las oscuras cavernas, donde tienen escondidas sus moradas nuestros amigos *padmicos*, diestros hasta lo superlativo en el arte de la lucha: manejan brazos, piernas y otras partes del cuerpo con increíble rapidez, pasmosa certeza, y en casos necesarios contundencia destructora. También emplean magistralmente diversos instrumentos manuales y ligeros, que ellos no llaman armas porque no son tales, sino herramientas de autoestudio. Son infinitamente pacíficos, mimetizados permanentemente tras una invisibilidad para el ojo común; son visibles cuando lo consideran oportuno. Sus ancestros, los muy lejanos, les heredaron toda una verdadera filosofía que significa también ciencia, arte y mística. Una filosofía para luchar contra la propia hostilidad interior de sí mismos, y luego esa lucha era exteriorizada eficientemente contra el bárbaro entorno de la naturaleza y todos sus peligros. Ahora que las condiciones del ambiente cambiaron radicalmente, les son favorables, continúan practicándolo; en lo externo lo hacen para participar en verdaderos, torneos de maestría y destreza, donde lo real supera en mucho a la fantasía junto al ilusionismo y lo abstracto. Un poco de maldad en su mundo, aunque sea insignificante, los mataría a todos. Isis y yo, somos parte de las poquísimas personas que tienen acceso a su escondido mundo.

—¿Sabes? —dice ella—. Mis padres no están tan contentos con permitirme venir, pese de los evidentes adelantos que en mi pueden ver en todos los sentidos.

Si ellos supieran...

La gélida y oscura boca del intrincado laberinto de cavernas es parte de nuestro retozo adolescente, especialmente del mío. Con toda la velocidad que puede lograr mi atuendo de vuelo autónomo, me lanzo en la absoluta oscuridad tras de Isis. De todas partes de la caverna vienen ruidos inaudibles que encienden automáticamente el infalible sistema de orientación de nuestros trajes y nos permiten volar a través de numerosos obstáculos, sin ningún problema. Damos varias vueltas alrededor de una gran columna y a través de una hilera dentada de estalagmitas, y ya estamos de regreso en el punto de partida; además, incluyo que hemos orbitado y zigzagueando otras curiosidades pétreas que la rapidez me hizo obviar. No puedo ocultar mi euforia. Al final ambos sonreímos: en cada oportunidad aumentamos las dificultades.

Y luego, nos dirigimos hacia la entrada secreta de la ciudad *padmica*.
—¿Quién? —preguntan—. ¡Ah!

Silenciosamente en la oscuridad, el macizo abre una puerta, corriéndose hacia un costado. Enseguida un ascensor de cristal, desplazándose por medio de un tobogán de luz magnética, nos lleva hasta el corazón de la ciudad, en las profundidades subterráneas.

Saludamos y nos saludan con reverencia y cordialidad. Luego, mi Isis se va con las damas y yo con los varones hacia los laboratorios deportivos.

Dejo mi atuendo en el interior de un ropero, donde otras vestimentas flotan sin tocarse, ingravidas y a cambio visto un enterizo flexible y con campo protector. Instantes después, levanto una espada común y me voy a situar frente a la eximia destreza de mi instructor. Golpes van, golpes vienen, eficientes, rápidos y sorpresivos. Inesperadamente arremete, incluyendo peripecias acrobáticas: las que tengo que bloquear con esforzada agilidad y veloz cuidado; salto, giro, y doy volteretas aéreas con inverosímiles contorciones, evitando su filosa arma.

—¡Perfecto! —califica complacido.

Volvemos a levantar las cortantes armas de vidrio.

—Continuemos —dice.

Este fragmento de mi adolescencia es interrumpido cuando del infinito cielo celeste vienen a mi dos seres. Un *silfo* y una *sílfide*, núbiles ambos.

Son dos estelas de viento, fresco y aromático. ¡*Hhhh...!*: soplando.

—¡*Pavana*, os espera! —dicen con un timbre de huracán—. Venimos a llevaros ante su augusta presencia.

¿Gracias?

Mis intenciones son previstas con anticipación.

—Supimos de vuestra visita —continúan—, por los reinos de lo sólido y de lo líquido, gracias a unos avisos tácitos que se nos hizo llegar. y sin duda tu siguiente paso es en nuestro reino gaseoso...

Se los agradezco infinitamente.

Una columna de aire rotatorio, una verdadera tromba aérea surgida de la nada nos absorbe. Visto desde fuera, la tromba es inestable y violenta, pero en su interior reina la tranquilidad, hay una carencia de gravedad. Delicioso transporte: Basta pensar para que la obediente atmósfera rotante nos lleve en la dirección deseada.

Luego:

—¡Hasta aquí, te dejamos! —avisa la excelente pareja.

He quedado solo. Pienso en *Pavana*, llamándolo. Se materializa en el acto y trae consigo ¡una poética e inmensa noche estrellada!

—¡Admirable! —pronuncio anonadado ante el portento espacial.

El sonrío con verdadera sencillez. Enseguida, esa sonrisa se agiganta, en la noche recién traída, más y más hasta desaparecer.

Siento un tosco temblor sonante que desaparece cuando mis células empiezan a hincharse y a expandirse en el espacio. De pronto mi serena estabilidad expansiva es inhalada con violencia por un inmenso aspirador ignoto o por una nariz colosal... hasta el olvido.

«Olvido fragmentado. ¿Me pierdes?

Evidente discordia,

distribuida en todas las direcciones:

Grosero y sutil ¿Combinarlas?

Aisladas.

¡Reunirlas! ¿Quién piensa en eso?

Ubicuidad retenida por suspiros.

Olvido fragmentado y

lanzado de regreso con la misma celeridad,

friccionando sonidos desconocidos.

Expansión y morir no temo.

Morir».

Expansión y más expansiones.

¿Me dormí? Abro los ojos siguiendo el concejo de lo que me rodea.

«Me olvidé de la vida.

No. No temo que la vida me olvide.

¡Adiós!»

Sonrisas festivas me regresan a la lucidez. No veo a nadie. Esa fiesta tiene existencia en mi interior, las oigo con mayor nitidez cuando cierro los ojos.

¿Adiós? ¿Lo oí ahora? ¿Recogí ese pensamiento, varado en cualquier momento de mi existencia?

En algún lugar constelado del cielo, semejante a una galaxia onírica, en cualquiera y cerca, titila un inmenso fuego rodeado por un espacio

arrebolado. Por él empiezo a incursionar. La tibieza pírca acaricia mi tranquilidad. Una larga explosión de fuego logra alcanzarme vorazmente, sin dañarme en lo mínimo y precipita mi acercamiento al corazón ígneo. Bajo las hieráticas llamas crepitan resplandecientes los colores purificadores de todo fuego. Esto agolpa en mi cerebro lo olvidado que intenta salir hacia lo conciente.

En esto una voz femenina irrumpe en mis mientes. Reminiscente: La voz de Isis.

Dulce, la voz, pletórica de vida. Fresca:

—¡Si nos quitáramos los atuendo de vuelo autónomo en este momento quedaríamos convertidos en...!

—¡Oh! —respondo, imaginado lo que sucedería—. ¿Convertidos en sencillas calorías y dispersos por el espacio circundante? ¿Convertidos en fotones y viajando con dirección al infinito? ¿Convertidos en disgregadas ondas pensantes y enrumbadas a algún cuerpo celeste con la polaridad apropiada a nuestra frecuencia síquica? No tienen otra explicación nuestras máquinas pedagógicas. Nuestros amigos del astro dorado, a los que en unos minutos veremos, cuya radiante corona estamos atravesando, lo saben de otra manera, tienen otra explicación.

Luego, bajo la luminosa corona, la atmósfera interna es una bienaventuranza para la vida orgánica como la nuestra. El cielo azul, matizado con poéticas cortinas arreboladas, goza de permanente claridad, fresca y aromática. Todas las cosas, absolutamente todas, están impregnadas por excelsas intuiciones. La sapientísima naturaleza ha logrado la divinidad.

El panorama esta hecho de amor y, dentro de él se incluyen los venerables seres de magno virtuosismo que nos esperan:

—¡Nos complace que hayan venido! —piensan en lenguaje intuitivo que nosotros podemos captar.

—¡Estamos muy agradecidos! —replica Isis de la misma manera y sintiendo verdadera alegría.

Sus íntima intenciones nos permiten ir hacia el Templo Corazón del sistema planetario. El corto trayecto está acompañado por seres ataviados con inmaculadas túnicas blancas. ¡Todos, sin excepción tienen dentro de sí la gloria de la sabiduría y del amor; una incomprensible virtud absoluta!

Una genuina dama viene a nuestro encuentro. ¡Oh, dios; su sonrisa nos llena de extática introversión! Maravillosa. Insondable. Momentos después en compañía de ella divisamos la sublime arquitectura del colo-

sal Templo, construido con divinas solidificaciones metálicas del amor y de la gloria. Resplandece en toda su magnitud el dorado de la sabiduría y de la inteligencia divina. En realidad el Templo posee conciencia propia imposible de ser comprendida. Suyo, es la ubicuidad cósmica en todos los niveles de la existencia y de la no existencia; de lo creado y de lo no creado. Suyo es, ¡Oh!, que inexpresivo y vacuo es el lenguaje, aún la de los seres sagrados, para expresar la realidad o irrealidad esta.

Una magnífica gradería de siete peldaños rodea el exterior. Subimos por ellas. Continuamos por una amplia plataforma hasta la gloriosa puerta del Templo. Sobre esta plataforma, en toda su amplia longitud, están asentadas todas las virtudes vitrificadas como sutilísimas gemas; y también cuatro macizas columnas sostienen con su insondable y divina utilidad un techo con dimensiones absolutas; sus diámetros ignotos como lo inexistente, su objetividad como lo inmanifestado.

La gran puerta obsequia un sutilísimo significado. Un significado de tiempos idos, de tiempos de oscuridad ocurrido en algún lugar de este sistema planetario. Una advertencia de no volver la mirada hacia atrás, jamás: Siempre adelante.

La dama se adelanta y golpea tres veces la puerta, cimbrándolo:

Misterio..., misterio..., misterio...

La puerta se abre y deja entrever su interior sideral.

—¡Paz Inverencial! —susurra la dama con una expresión nacida dentro de su íntimo ser.

—¡Paz Inverencial! —responde una extraordinaria intuición llena de augusto silencio desde el interior.

La divina mujer, con pasos suaves, desaparece dentro del dosel tenuemente luminoso de nubes galácticas que impide ver el interior. Sus siguientes pasos lo llevan a transponer dos proverbiales columnas, con sendas inscripciones que lee en silencio:

—*Jaquím... Boaz...*

Luego de un silencio indescriptible, Isis, ingresa de la misma manera que su predecesora.

Cuando me toca a mi y lo hago con la máxima cortesía, todo lo que puedo lograr. Inmediatamente después la hierática presencia del Guardián del Templo me da la bienvenida. Estoy impresionado por su porte sagrado, severo e inasequible; blande en la diestra, una victoriosa espada de fuego forjada en su propio interior, en sus universos internos con el fuego creador que ha compartido con su consorte. Ese fuego es andrógino.

Las dos columnas tiemblan ahítas de misterios, junto al Guardián del Templo. Al séptimo paso se me abre todo el interior del templo. En todas las direcciones se divisa la constelación del infinito, vibrando con la belleza del amor; lo que nos arroba a Isis y a mí. Esa armonía, a medida que pasan los momentos acrecienta inmensurablemente su sinfonía.

«Lugar sin interior. Ubicuo.
Lugar si lugar. Ubicuo.
Ubicuo sin ubicuidad. Ubicuo».

La razón de ser del templo: el ara sagrada, resplandece esculpido en piedra viva y delante de él, sobre tres escalones alfombrados con lo inmaculado del albo se encuentra el Sacerdote del Templo y su esposa Sacerdotisa. ¡Pavorosos! ¡Divinos! ¡Insondables! Centelleantes.

Con blancas vestiduras. Absoluta majestad ¡Ambos son un poema inmanifestado!

El, lleva en la diestra un báculo áureo con siete invisibles nudos. Ella, su infinita belleza, un sinónimo de su interior.

Sobre el ara tiemblan ahítos de misterioso amor el *Alfa* y *Omega*: la virtud de la vid y la sabiduría del grano, el principio y el fin, el *graal* con la sangre y el cuerpo de redención. Más atrás arde un fuego bellísimo con tonalidades rojas, amarillas y azules: posee vida propia. Cerca al ara flota sin peso una guadaña, transformándose intermitentemente en azagaya, en espada, y en báculo.

—¡Sean bienvenidos! —prorrumpe con voz intuitiva el sacerdote; suena profundo y ubicuo.

La música supera lo imaginable. Música Ingénita, salida de la Cruz.

—Jóvenes hermanos nuestros —dice señalando al Guardián del Templo—. ¡Miren! ¡Mírenlo!

El cuerpo del aludido, ahora, es una transparente silueta. ¡Asombroso! Y dentro de ella se distingue una columna vertebral al rojo vivo. Tiene un resplandor ígneo.

—Nosotros —continúa el Sacerdote—, medimos la columna vertebral de los que llegan hasta aquí. Los que tienen la primera vértebra ganada, son bien recibidos, de ellos vienen muy pocos y van progresando hasta ganar totalmente su columna vertebral. No siempre se gana, algunos la pierden inexorablemente y se alejan de este lugar. Ya sabrán porqué y sabrán muchas otras cosas.

La mística revelación nos asombra.

—Bienaventurados son los matrimonios verdaderos —dice para sí, como queriendo resumir toda su verdad.

Durante una pausa significativa, un retazo de tiempo en la vida de alguien y archivado en la memoria del Templo es soltado en el ambiente a manera de transparencias aleatorias.

—Cúidense de esto —previene.

Instructiva verdad. Se ha corporizado aleatoriamente una sagrada forma, la de un *Hierofante*; habla lengua sagrada, viste la túnica de la santidad y ostenta sublimes modales. Pero ¡veamos! cuando esa maravilla nos muestra su columna vertebral ¡la encontramos vacía, hueca y ominosa! Algo más: la tiene prolongada como un apéndice vertebral, como una larga cola ¡opaca, sufriente y succionando neuróticamente la luz que logra atrapar del entorno! Después su sublime aspecto se metamorfosea hasta alcanzar y sobrepasar lo grosero y pestilente. ¡Su monstruosidad es inconcebible! Mientras gorgotea algo que parece ser lenguaje empieza a arrastrarse suplicante en ruinas...

¡Ruinas!

Estamos asombrados, sin límites.

—Jóvenes hermanos —concluye—. Ustedes todavía son novios en lo externo y en lo interno, pero poseen todas las condiciones necesarias para ingresar a este lugar: sin duda más tarde conocerán y compararán todas las verdades que se les entregará y mientras tanto tienen nuestra anuencia para venir cuando quieran.

Seguidamente el hierático ser voltea en la dirección del ara y entona dulcemente con el verbo un canto tan extenso que sobrepasa las constelaciones. Luego una serie de movimientos de sus brazos y pies le hacen adoptar la figura de una estrella de cinco puntas. En este punto surge una luz intensa de su corazón, incrementándose luego hasta transformar su cuerpo entero en resplandeciente cuasar. ¡Irradia! Su consorte le ha imitado cada movimiento y también resplandece como otro cuasar inagotable. Ambos se acercan y unen sus luces en una sola, ¡así originan un instantáneo encendido de dimensiones infinitas! ¡Son un andrógino de luz!

Este andrógino se disuelve en el infinito y también mis reminiscencias... Vuelve el presente:

He penetrado en la azulina región del fuego, en la región de máxima energía del fuego. De pronto una llama desprendida llega hasta mí y habla purificador:

—¡Traigo la felicidad para ti! ¡La bienvenida, de los hijos de fuego!
¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

La llama, desaparece y en su lugar a dado lugar a un efebo.

—Le agradezco seguirme —me dice.

Mientras tanto el fuego solidifica un escenario pireo de formas reconocibles, un espejismo fantasmagórico e ingenioso con sendas por donde discurrir con calma. En un lugar incandescente suyo, crece un montículo y acaba reventando caliginosas bocanadas de gas. El lugar cambia de instante en instante empujada por pulsantes convulsiones internas: excusa hirvientes interiores. Lacónicamente nuestra presencia queda imprimida en la inestabilidad del suelo. La explosión de otro montículo deja abierto un agujero expansivo. ¡Sorpresa!: este agujero adquiere las proporciones de un compartimiento esférico en el que espera una dama.

—¡Maravillosa! —musito para mí, al mirarla.

Sonríe su inocencia. Ella protege el fuego que arde sobre una plataforma cúbica a sus espaldas: el fuego del fuego. Ella protege los lúmenes sonoros que salen por el lugar en oleadas cambiantes de calor. Ella protege el fuego que en estos momentos empieza a chisporrotear, permitiendo que cada una de las chispas se apague y transforme en atléticos mozos y beldades nubiles. Ella los ve danzar alrededor de *Agni*: el regente del fuego que ha tomado figura humana, en última instancia, precedido por una llamarada inmaculada.

El compartimiento esférico crece sin control hasta explotar como una gran burbuja. Con él, el fuego ha saltado inflamado hacia lo alto, con el aspecto de un hongo incontrolable; y en el infinito para desvanecerse, origina una espectacular lluvia de estrellas errantes.

—Bonito ¿verdad? —dice la protectora del fuego.

—¡Bellísimo! —exclamo, sin ser exacto.

—A nosotros también nos sorprende —añade.

Las *salamadras* masculinos y femeninas giran con la armonía de los cuerpos celestes. Una danza donde las leyes naturales y las trascendentes se tornan comprensibles para lo común. Son como astros cintillando el amor purificador del fuego.

Más tarde, no tanto, ¡advierto que estoy poco menos que convertido en una tea! Fuliginoso y humeante, pronto a encenderme; mientras las flamas hesitan en brotar, el balet con su abstracto vértigo empieza a rodearme. Ardo después de una explosión apagada consumiéndome como un leño... ¡mis entrañas duelen! ¡Oh, el dolor se hace insoportable!

¡Atroz! ¡Sí!, palpitante.

«Realidad ignorada en la Etiología de los dogmas.

¿Lo sentimos mientras lo sabemos?

¡Atroz! y no es mío.

No es mío... ¡Atrás!

*Lo aprendí y luego puedo olvidar
sus ingredientes ilusorios.*

Atroz. Ancestral y perennizado».

—¡Atrás! —rujo

Con la amplitud de mi voluntad, enfoco la fluidica anatomía interna de mis nervios: exacto duplicado del físico y me sumerjo por aquellos derroteros transitados por el dolor. El laberinto síquico es insondable, pero me aventuro por él hacía donde se dirigen, con cierta identidad cromática y luminosa, los impulsos dolorosos; sigo una ruta que me lleva hacía el resplandeciente cerebro, ¡Hacia el universo de mi mente! Ya muy cerca, lo desconocido me arrastra con la fuerza de una colosal brisa enigmática. Viene una campaña feraz, idealizada por mi amnésica mente.

El dolor adquiere las dimensiones del universo. El dolor adquiere panorama, bello y emotivo. Sin aridez alguna, cultivada a la perfección. Sin discordia alguna, cortés, y rodea una lujosa vivienda de aspecto síquico, agradable y multifacética, en resumen: multidimensional.

—¿Quién vive? —llamo a la puerta.

La respuesta es instantánea y viene sintética a mi pregunta. El dolor toma personalidad. Mi mente adolorida toma personalidad e irrumpe silenciosamente con agilidad atlética tras la puerta. La abre y saliendo se dedica a estudiarme cuidadosamente con la mirada escondida; satisfecho su apetito inquisidor se detiene en mis ojos y pregunta en ellos algún indicio orientador que le satisfaga. No, no encuentra ninguno y nada, no se lo permito. Esto altera sus facciones severas:

—¿Quién sois? —pregunta.

Mi respuesta es un silencio impenetrable.

—¿Qué buscáis?

Silencio.

Sus facciones se modifican. Está a punto de explotar en iracundia a causa de esas singulares respuestas. En una segunda oportunidad aprieta los dientes y cambia de actitud prudentemente; suaviza su semblante, sonríe.

—¿Sois amigo? —vuelve a preguntar.

Silencio.

Aplastante silencio.

—¿Porqué no respondes? —protesta trémulo—. ¿Por qué?

Silencio.

Analizo con sumo cuidado los levísimos cambios que le suceden, las numerosas mascararas síquicas que añade a su monologo.

—¡Ah, ya sé! —supone conciliador—. Te ofendí ¿verdad?

Silencio.

—Discúlpame. Pero ¿Cuando te ofendí? —dice aparentando perplejidad.

Silencio.

Y explota demudado por la ira:

—¡Contesta! ¡Contesta!

Silencio. Me siento tranquilo. Mi serenidad es inquebrantable.

Prepara agredir, está dirigiéndola astutamente. Tiene tensos los músculos y ataca verbalmente. No lo esperaba. Trona cruel:

—¡Eres lo peor de lo existente!

Silencio

Su semblante es una inaceptable grosería. Y tan de pronto se modifica:

—¡Oh, eres lo mejor de todo lo que existe! Discúlpame.

Silencio.

Ironía suya. Es increíble su cambio repentino, ahora adula servil. Pero no me engaña, en sus mientes, a escondidas prepara un desenlace favorable para sí. Y espero.

—¡Perdóname! —grita aparentando humillación—. No se por qué, pero ¡perdóname!

Silencio.

—¡Perdóname! —ya prueba obligar—. ¡Acaso tengo la culpa de tenerte aquí, delante mío! ¿Sí? ¡Dímelo! ¡Habla!

Silencio.

Está ofuscado, se le escapa la irritación pese a esconderlo con buen cuidado. De la misma manera que él considera poco notoria, reúne dentro de sí una execración para desfogarlo mortalmente. Con los ojos inyectados de furia empieza a pasearse en tono mío, midiéndome y buscando suerte. Ya está a mis espaldas. Mi estado de ánimo no cambia en

nada; estoy atento a sus evoluciones sin moverme para nada. Completa una vuelta...

—¡Eres belicoso y agresivo! —añade—. ¿Qué te traje aquí, si tu intención no es violenta? ¿Qué?

Lo que viene es rápido como la eternidad, demasiado rápido para ser verdad. Así es su ataque, preciso y mortal. Sólo que en inapreciable tiempo me muevo hacía un costado cuando una espada herrumbrosa vomitada de su mano buscaba mi corazón. Para estupor suyo ha dado en el vacío. Instantánea es su siguiente reacción, pues rehaciéndose como un felino me lanza un tajo hacía la garganta y otros hacía el torso, los que evito con la agilidad y rapidez necesaria. Contraataco, alcanzándolo con un talonazo en el hombro del brazo armado; se lo destrozo. Grita.

¡Oh, aterra! su chillido es propio de una pesadilla de espanto, y recula lastimero.

Finge gravidez, no acepto el engaño. Finge morir; no acepto la ilusión. Imprevisible, no se como pero ataca, esta vez con una pesada cimitarra, la que evito con presteza. Su forma corporal no es la misma, ha cambiado, ahora es absurda, monstruosa y provisto de múltiples brazos arácnidos.

Evoco una espada, la llamo y esta aparece en mi diestra, cristalina, de doble filo y resplandeciendo con los colores del arco iris. Paro el feroz ataque. Pero no cuento con la ruindad suya: en otra de sus múltiples manos se forma un agudo espadín y lo hunde en uno de mis hombros. ¡El pinchazo es terrible: quema, lacera! ¿Duele así la ignorancia? Y se desata lo que parece ser una risa suya: croante, lastimera y crepitante. En esa risa se advierte un vaho que le supone superior y se anticipa vencedor.

Mi brazo herido no es impedimento para controlar estrictamente la agresión de la idealización mental. Aprovecho una falsa maniobra suya para cercenarle, rápidamente, las dos manos armadas, con sendos tajos sorpresivos, y una fracción de tiempo después le destrozo el corazón. ¡De los muñones de sus manos y de la herida del pecho, brota humo maloliente y corroyente! El monstruo tarda en comprender que esta malherido, que se está extinguiendo. No cree todo el suceso venidero en el que se ve deformado y cae en el piso como una masa irreconocible.

Hay polvo humeante sobre la transparente hoja de mi espada. Polvo de lo que fue el líquido vital del grosero ente. Resbala inocuo.

Algo me inquieta. ¿Qué?... ¡Oh, no! Nunca lo hubiera sabido. Algo en mi interior propició que me moviera y evitara de esa manera la fatali-

dad. La informe masa irreconocible supuestamente destruida, cobro vida inesperada, repentina y letal, y me ha descargado una estocada atravesándome el pecho donde no hay órganos vitales.

Con todas las ventajas a su favor, el esperpento no tiene apuro por concluir su tarea. Ha examinado la situación y la sabe ganada. Ríe severo e indulgente, mientras la codicia brilla en sus ojos; la codicia de gozar con el dolor ajeno antes de aniquilarlo.

No estoy vencido, ni menos. También no estoy dispuesto a alimentar su codicia. Respiro profundamente y activo una vital corriente interna de regeneración que aprendí de excelsos seres. Se encienden mis gónadas sexuales con una luz especial y usando dos encendidos filamentos nerviosos por la columna vertebral se difunden hasta el cerebro; la luz insemina mi cerebro con su fuerza creadora que luego servirá para remplazar mis células y tejidos con rapidez automática.

La monstruosidad se dispone a acabar conmigo, lanza un cimitarrazo relampagueante. Repuesto de mi grave herida, bloqueo toda su embestida, salto por encima de él, y con un buen golpe le secciono el cuello. Y sin perder tiempo le atravieso el corazón.

Su garganta incompleta gime, acompañado de otros gemidos, imposibles de definir. Todo acaba para él cuando se ha convertido en humeante epílogo surgiendo de entre un cúmulo de cenizas.

Me viene un sopor, un cansancio sin medida. Y muy dentro, en mi interior, hay una sensación desconocida ¿De satisfacción? Sopor, y me gana.

Fuego por todas partes. He abandonado mi mente y ahora soy parte del fuego. Mi cuerpo arde rojizo, las tiznadas escorias del dolor que en un principio se manifestaron empañándome han desaparecido. Luego, las llamas del gran fuego y las mías se tornan blancas, radiantes de divinidad y belleza.

La sabiduría del fuego aquí detiene su danza. Da paso a un silencio absoluto...

He abandonado el universo de los elementales, y por lo que veo, ellos me han librado de la trampa sepultante. En el preciso instante en que la superficie del lago volcánico se mueve y expulsa una tromba de agua hacia lo alto. Me voy de este lugar bajo un chaparrón viscoso de lodo, piedras y agua.

—¡Mucha suerte! —resuenan los ecos en los paredones interiores del cráter —. ¡Adiós!

A punto de dejar definitivamente el cráter, vuelvo mi mirada: ¡Las entrañas ígneas del volcán están empezando a ganar el lago: líquidas, encendidas y humeantes!

—¡Adiós! —tiembla el soterrado con violencia.

Un empellón del piso me manda rodando por la pendiente hacia la arboleda carbonizada. Un árbol muerto detiene mi rodar.

La desolación en torno al volcán extiende su manto con progresiva lentitud. La atmósfera se torna irrespirable, cargada de humo, polvo y gases. Los elementos reservan inteligentemente su poder...

¡Del cráter afloran ríos incandescentes y resbalan por las escarpaduras del cono!

CAPITULO XI

Los fantásticos habitantes del soterrado me obligan constante reflexión. Atávicas porciones tuyas las encuentro en mi organismo. ¿Participe en una equivocación parecida de manera directa e insipiente en algún lugar del tiempo y del espacio? ¿Está reproducida la misma ceguera y la misma inexistencia en mi organismo y en mi universo interior? Parece que sí.

«¿En realidad soy un sueño?»

«Azar:

«Tengo que averiguarlo.

«¿Puede un sueño averiguar que lo sueñen?»

«Azar:

Mis dedos hurgan arena lodosa trazando líneas sin sentido.

«Azar:

En el mismo fango, a varios metros de profundidad de un cuerpo de agua, un activo invertebrado, ingiere y expele lodo dejando tras de sí su rastro, un surco: una firma salida de su vientre.

«Azar:

Otra insólita manifestación de vida le hace compañía adelantándosele en la evolución. Se arrastra más rápido que él...

«Azar:

«Azar ¿puedes soñar?»

Me ha venido el gusto de explorar por simple aventura, la escarpa del lecho fluvial. ¿Que razón reminiscente me ha empujado a ello? ¿Por

qué debo explorar las profundidades del río detenido en una hondonada gigantesca? ¿Simple curiosidad?

«Azar ¿evoluciona?»

Son impresionantes los organismos vivientes que habitan la escarpa que tiene todo el aspecto de un fondo marino y alcanza los doscientos metros de profundidad. Innumerables las especies y excedentes los individuos que la habitan. En lo profundo del río detenido, un precipitado talud desciende en caída dentro de una grieta abisal. Me deslizo con sorprendente suavidad hacia las desconocidas depresiones de esa gran grieta. Es un cañón subacuático, profundísimo e inquietante; desciende por pendientes verticales hasta acabar en lo más profundo en una delgada llanura horizontal. En el fondo de este precipicio no hay sedimentos, lo que es extraño: no siento la presencia de corrientes subacuáticas que las pueda arrastrar, ni fosas más profundas donde puedan acumularse esos sedimentos.

Las aguas se agitan misteriosamente, hay ruido. ¿¡Los paredones del cañón, cual víctimas de un cataclismo se vienen abajo!? ¡Una avalancha subacuática! ¡Lodo y rocas precediendo a un manto turbio y espeso! ¡La turbidez arrasa! ¡Como si fuera poco una rasgadura se abre bajo mis pies queriéndome tragar! Mi situación es crítica, empeorando. Cuando la turbidez está encima mío, una corriente subacuática, repentina como producto de la propia avalancha, me empuja y arrastra con descomunal fuerza alejándome del peligro. Luego me alejo por mí mismo y en cuestión de minutos el espeso légamo en suspensión es una grisácea mancha creciente en la distancia. La inesperada corriente ha sido providencial, ¿hay azar en ello? A medida que voy dejando atrás la profunda grieta, no me son ajenos los menudos nódulos calcáreos que abundan sobre los delgados depósitos de materia fangosa reunidas con larga lentitud.

¡Oh, mis reminiscencias vuelven!

Vuelven y en ellas una adorable voz femenina me dice:

—Nos vemos más tarde.

No era necesario que lo diga: nuestros actos son tácitos. Y ella, Isis, se aleja rumbo a los laboratorios deportivos femeninos. Antes que la burbuja de cristal que la lleva a través de un tobogán de luz magnética desaparezca, atravieso un espejo teletransportador; en su complejo interior soy desintegrado hasta el estado de sencillos fotones, transmitido luego hasta otro espejo transportador de destino en el vestuario gimnástico donde soy integrado. Cambio mi atuendo y me encamino a la pista

de aparatos, donde ya espera mi instructor de gimnasia balanceándose en los anillos colgantes de una severa armazón sintética; al verme se impulsa hacia adelante y antes de tocar el piso da tres volteretas de frente y dos giros helicoidales.

—¡Feliz día! —saluda.

—¡Sí, feliz! —respondo.

—Bien. ¿Preparado?

Asiento con un movimiento de cabeza.

Una corta carrera y la fuerza de una superficie impulsora me da el suficiente impulso como para pasar con una voltereta aérea por sobre un obstáculo colocado a dos metros sobre el suelo. Continúo luego con otras dos volteretas por dentro de otro obstáculo levitante hasta alcanzar con las manos una cimbreante barra. Aquí me balanceo como un gran péndulo, tiro de mí hasta situarme sobre la barra, giro, pendulo, invierto mi posición y me lanzo hacia atrás en varias volteretas. La certeza, el fruto de la constante práctica me ayuda a encontrar otra barra, la que utilizo para rotar y tomar el empuje necesario que me lleve hasta los anillos colgantes. ¡Formidable! En ese trayecto he encontrado una agradable ingravidez.

Puedo sentir el asombro, del instructor al final de la pista.

Ingravidez. Deliciosa ingravidez rotante, después de los anillos.

—Estuvo bien —dice satisfecho el instructor mientras me indica el tiempo reducidísimo.

—Gracias —jadeo.

—Sin duda es el mejor...

—Gracias —repito con serena humildad, conteniendo mi respiración apurada.

Repito el mismo ejercicio muchas veces.

Después.

—¡A las paralelas continuadas —se me sugiere.

Mas tarde, la rapidez y la perfección de los ejercicios me tienen jadeante pero satisfecho.

—Ahora, iremos a esquiar al pequeño planeta gélido —se me ordena—. Prepárate.

Es necesario otro atuendo y otros aparatos. Inmediatamente después somos teletransportados a través de un gran espejo hasta una helada cumbre, la más elevada y accidentada. Nieva, inspirada y poética.

¡La nieve cayendo suavemente, sin viento alguno, en una atmósfera violácea, hará más atractivo el descenso!

—Espérame un momento —dice el instructor, recordando algo olvidado—. Ya vuelvo.

Nieva, hay pureza atesorada en cada copo violácea.

Transcurre poco tiempo hasta que vuelve el instructor. Ambos calzamos esquíes de material cristalino y transparente.

—¡Vamos! —dice.

Empezamos resbalando por el inclinado deslizadero artificial que luego se continúa con un tobogán natural de hielo perpetuo. Los esquíes obedecen nuestras ordenes pensantes y los transmiten dócilmente a los delgados colchones electromagnéticos que forman bajo de sí. Acabado el deslizadero artificial aceleramos sorteando los accidentes del terreno y levantando cortinas de nieve pulverizada. Los lejanos paisajes cubiertos por exótico hielo perenne, en estos momentos se muestran difusos por la nieve que cae, y relámpagos de luces boreales se encienden de cuando en cuando; llegan hasta nosotros explosivos sonidos. La brisa está ausente en nuestra vertiginosa carrera, la turbulencia que arrastramos expulsa la nieve recién caída como si fuera líquido. Aprovechamos el terreno cortado por una falla para dar un larguísimo salto y ejecutar calculadas acrobacias antes de volver a posarnos sobre la nieve.

Aceleramos para subir una suave cuesta, y precipitarnos a continuación por un inclinadísimo tobogán en espiral: una obra de arte seminatural, semihumana. La enorme presión opositora del aire se incrementa aquí: la gran velocidad que se puede alcanzar en esta maravilla de hielo la hace atractiva en sumo grado. Es delectable. Me acuclillo al máximo, mis manos y mis dedos, frente a mis ojos, desvían al acelerado aire en la dirección conveniente. ¿En que pienso? En nada. Viene un trampolín y llega el momento de saltar. ¡Allá voy! La experiencia es extasiante. Uno... dos... tres... y más volteretas, indiscriminadas, ilógicas, acrobáticas. ¡Estupendo, la gravedad ha dejado de funcionar por un momento!

Vuelvo a posarme sobre la nieve, a cientos de metros lejos del trampolín. Después del salto y de las contorciones he podido volar un momento gracias a la inercia atesorada por mis esquíes.

Mi instructor, como es normal, me sigue a pocos metros de distancia, evaluando mis progresos. En algún momento me vuelvo para mostrarle mi satisfacción. No, no lo veo, se ha retrazado. Esto no es nor-

mal..., no funciona así... Debo volver. Una oscura mancha en la nieve me indica que se ha abierto una grieta nueva; ¡Dios mío ahí ha caído mi instructor, su rastro me lo dice.

En esta montaña, que yo sepa, en los cinco años que llevo entrenándome, nunca se había presentado una grieta. Es más, los Geólogos las descartaban para los próximos cincuenta años.

Desde el borde de la grieta para abajo hay una profunda garganta oscura.

—¿Estas bien? —llamo y pregunto a través de mi comunicador.

No hay respuesta. Debo descender y con premura.

Extraigo una pastilla capsular de uno de mis bolsillos magnéticos. De una de sus tres boquillas mana una gota viscosa, la que disparo sobre el hielo limpio de nieve. La gota se incrusta y solidifica de inmediato, dejando tras de sí un grueso filamento que me servirá de cuerda. El aparato es sencillo, está cargado con una sustancia semilíquida que al brotar y tomar contacto con el aire se solidifica, la salida continua y tirante lo transforma en hilo de gran resistencia. Es un aparato similar al de los órganos productores de hilo de los arácnidos.

Me descuelgo dentro de la grieta, apoyando mis pies sobre el hielo. Las paredes violáceas se van tornando poco a poco en oscuras, mientras que arriba el borde luminoso de la grieta empequeñece continuamente. Más abajo me esperan sombras negras y las paredes de hielo tocándose. Llegando al fondo de roca pelada y húmeda, y afortunadamente con el espacio necesario para caminar son dificultad, llamo por enésima vez:

—¿Me escuchas? ¿Dónde estás?

Nada; no hay respuesta afirmativa.

Es extraño, debería estar por aquí.

¡Una cueva, bajo el glaciar! Eso es lo que encuentro, es insólito para mí. Una cueva que debe tener cientos de miles de años escondida bajo el grueso hielo. ¿Dónde estas?... Debo permitir que mi intuición me guíe: La cueva es mi objetivo. Hay pasos impresos en el desmenuzado y húmedo piso, son recientes, pero ¡esas huellas son de un calzado desconocido!

¡Me encantan los misterios! Lo vuelvo a comprobar, por la serenidad que me baña. Sigo el rastro desconocido hasta muy dentro de la cueva. En todo esto hay misterio que llega a su vórtice máximo cuando exclamo:

—¡Una fabulosa estancia debajo del glaciar! ¡Es abstracta e incomprensible!

¡En su interior, un paso hacia la derecha significa entrar en un aposento diferente, abstracto pero material de otra dimensión, que si diéramos un paso hacia la izquierda o al frente! La ubicuidad de las cosas está determinada por una ingeniosa relatividad de tiempo y espacio; y también está determinada por la calidad humana de cada quién. La estancia es una puerta a diferentes universos y pueden ser escogidos a voluntad, basta desearlos y dar un paso; lo estoy comprobando.

Pienso en la persona y el motivo por el cual estoy aquí e inmediatamente se aproxima la persona invocada con el ambiente que lo cobija. ¡Yace mi instructor sobre un sencillo pero extraño lecho médico! Lo examino: ¡está gravemente herido, tiene las vértebras cervicales destrozada y profusas hemorragias internas! No puedo dar crédito a esto que veo. Hurgo con determinación en su atuendo, en el lugar donde guarda la diminuta batería que proporciona el campo magnético protector. ¡No encuentro la batería!

Comprendo que antes de sacar conclusiones es más importante detener la hemorragia que comprime su cerebro. De las profundidades de mi encéfalo brota un rayo maravilloso, cristalino como el agua pura, y sin perdida de tiempo lo dirijo hacia el daño. Pero algo me inoportuna, no me lo permite. Volteo y...

—Mira en su interior —me sugiere un poderoso pensamiento fecundo de ignoto saber, brotado de una forma imposible de vida.

Sin duda aquél ser es el que lo trajo hasta aquí.

Y así es. Una antiquísima guadaña, de tiempos atávicos, en sus severísimas manos de falanges descubiertas, está a punto de cortar el brillante cordón que provee de vida al instructor.

—Detente! —grito autoritario, al severo esqueleto que blande esa herramienta de filo aterrador.

Asombro suyo.

—¿Cómo osas? —replica clavándome sus vacíos óseos con los que mira— ¿Osas detenerme a mí?

Ha postergado, por un momento, su labor, esa que le ha sido encomendada sabiamente por la divinidad.

—Por favor, le suplico disculparme —arguyo reverente—. Me veo obligado a intermediar por mi amigo.

—Pero, ¡tu sabes mis obligaciones! ¡No los puedo modificar por nada!

—Lo sé; aún así me veo obligado.

—¡Esto es inaudito! ¡Permitidme acabar con mi trabajo!

Maravillosa solemnidad la suya.

—No se lo permitiré, respetado Señor.

—Y ¿cómo piensas detenerme?

¿Cómo?, me introvierte.

—Tendrás que vencerme —dice enigmático, ayudándome a decirme—, en un combate mortal, cuerpo a cuerpo.

¡Un combate! Pero...

—No hay otra solución. Un arreglo... por ejemplo? —musito confundido.

—No la hay. Este es un caso determinante.

¿Tengo que combatir en duelo contra este individuo sagrado? Juvenil obstinación mía: ¿Donde estás lucidez?

Lo miro serenamente. El hace lo mismo conmigo.

Coge el mango de la guadaña con la multitud de huesecillos que conforman sus dos manos y ataca con la violencia destructora de una gran tempestad. Bloqueo matemáticamente cada uno y todos sus peli-grosos ataques. También mi contraataque es detenido con precisión anticipada; por lo visto es un maestro en la lucha con armas cortantes. No tarda en arañarme, levemente, en el brazo armado. Tampoco tarda mi oportunidad, tras una flaqueza suya, para seccionarle ambos carpos y caérsele la guadaña lejos de sí rodeada grotescamente de huesos desgajados.

Este incidente no hace cambiar en nada su difícil semblante: no es nada grave para él, está tranquilo. Algo musita dentro de sí y su destrozada mano vuelve a su lugar; también su arma.

—¡Basta! —dice—. Me satisface tu destreza. ¡Escucha! Bien sabes que las decisiones, para esta labor, no las tomo yo, solamente las cumplo. Tu amigo tiene preparado un nuevo cuerpo humano, pronto a nacer. Eso no lo puedes evitar, tomará otro cuerpo...

¡Claro que sí! Me deje llevar ciegamente por el sentimentalismo y la obstinación.

—¡Adelante! —repongo respetuoso—. Le pido disculpas y cumplo con su deber.

Mi amigo e instructor expira.

Dejo de intuir en su interior para encararme con el ser que lo trajo en brazos hasta aquí. Desconocido y amigable. ¿Desconocido? Mi intuición dice que no. Atlético, sincero y sagrado.

—Soy el guardián de este lugar imposible —se presenta—. Estoy encargado de protegerlo.

—Le doy mis respetos —le digo cortés.

—Me agrada el que las circunstancias te hayan traído hasta aquí.

¿Mi agradecimiento es menor?

Y aludiendo al yaciente del lecho dice:

—Te ayudaré a subirlo hasta donde mejor te parezca. Pero antes, si gustas, te mostraré algunas cosas que guarda celosamente este lugar.

Asiento.

—¿Sabes? —prosigue—. Nada es casual. El accidente de tu amigo, nuestro encuentro y el combate que tuvimos...

Tiene toda la razón y sin pausa decide cambiar de tema:

—Hace millones de años, dentro del laberinto del tiempo, se me encargó la protección y custodia de secretos inconfesables para quienes no hayan alcanzado la madurez necesaria en su interior. Por lo que veo, intuyo y siento de vuestro interior, a ti se te puedo dar a conocer varios de esos secretos bien guardados. Ven sígueme.

Pasamos a un inmenso mausoleo. La atmósfera está cargada de misterio. El dial tiempo de antiguos tiempos, esta mezclado con otros diferentes y cercanos, siempre presentes a manera de desconocidas sensaciones oníricas. Esta solemnidad inspira a guardar silencio. Aún la voz de la intuición sonaría áspera aquí. Mientras andamos, nuestros pasos son silenciados por el recogimiento acumulado desde tiempos idos. He contado nueve urnas distribuidas en un cercano círculo en la parte principal del mausoleo; y más allá en diferentes pisos y en diferentes niveles ingravidos, hay más de ellas. De cerca, puedo observar que las urnas tienen una tapa de cristal; y que guardan osamentas humanas de treinta metros de largo. Son restos de personajes desconocidos, para mí. La única diferencia anatómica entre esos huesos y los míos, por ejemplo, es el tamaño: ¡vaya enormidad!

—Es de uno de los últimos emperadores de la tercera raza que habitó el planeta, cuando la nieve y el hielo eran una hermosa rareza en los picos de las altas montañas: una época cálida. Su sabiduría evitó la mayor catástrofe planetaria. Una catástrofe debido a la bien intencionada pero equivocada acumulación de radiaciones síquicas e intelectuales en los centros cardiaco y cerebral del planeta. Radiaciones donadas al

planeta por sus propios habitantes y agravada por otras radiaciones venidas del espacio estelar.

Espacio estelar ¿Es que no puedo expresarte inteligiblemente como en realidad eres: un gran ser vivo, físico y síquico y con conciencia propia? Comprendo que el guardián tenga que usar conceptos sencillos, de lo contrario no podría como y donde ubicar su relato.

Pasamos junto a otra urna. Esta tiene dimensiones menores.

—¡Mira! —dice señalando a la semidesnuda anatomía que en su interior parece dormir—. Es un caso médico, singular y único. Tiene una enfermedad ubicua; cuyos gérmenes son incorpóreos y eternos en el universo tridimensional. Esos gérmenes tienen naturaleza mental y extrema virulencia; su etiología es desconocida. Lograron aislar a ese individuo sagrado en vida y embalsamarlo síquicamente. El némesis continúa para él, tiene la vida suspendida desde entonces.

Otra urna y la alude:

—Hace millones de años de los tuyos, ella fue reina con ese cuerpo físico en un astro físico. Ella ahora reina en el corazón de una lejana galaxia incorpórea. Alguna vez volverá para llevar su durmiente vehículo físico, eso será cuando la galaxia que gobierna se materialice completamente.

—Aquella otra... —continúa.

Y así sucesivamente, urna tras urna.

Sé que lo que me está revelando es para meditar. Para estudiar con el sentido de la meditación.

Mi asombro es infinito. Mi pequeñez insignificante. Todos mis conocimientos han sido incrementados sin medida, otros pulverizados hasta la insignificancia. Son rotundas verdades. Sinceramente, he quedado vacío, sin nada. ¿Pero muy dentro de mí, en interiores que desconocía, en el terror insospechado de la nada empieza a tener significado lo inmanifestado? Ahora es cuando siento que mi cerebro y mi corazón, que mis cogitaciones e intuiciones, son rudimentarias e inútiles.

El guardián del maravilloso tesoro me mira con indulgencia. Momentos después, realiza un movimiento corporal, sagrado y se transforma en resplandeciente microestrella. Es imposible describir tanta belleza radiante...

Aquí, mis reminiscencias desaparecen. Regresan al pasado.

En su lugar se reúne el presente en el soterrado con una lentitud larga... Aquello... Aquello...

Un pez con enorme boca y con apariencia fantasmal, atrapa carroña caída de aguas superiores. Ignora a sus vecinos, a esos moluscos, gusanos y cohombres semienterrados en los depósitos de ooze. Este pez, pertenece a regiones abisales, a profundidades que sobrepasan los mil metros, y sin embargo, aquí en el soterrado sin las milagrosas particularidades de adaptación a las tremendas presiones de las aguas profundas, viven tan sólo a un centenar de metros de profundidad.

El sinuoso talud usa enigmáticas formaciones montañosas; nostálgicas. Presiento la proximidad de algo... gigantesco. Algo que permite caer al silencio de entorno instantáneamente hasta las proximidades del miedo. Entonces, poco a poco, nacen ruidos desconocidos para mí. Ruidos originados por ¡dos horrendas criaturas en múltiple abrazo!: una pareja danzante, de ocho brazos cada una. En medio de esa algarabía el macho se lleva un tentáculo al interior del manto suyo y extrae varias capsulillas espermáticas que luego deposita dentro del manto de la hembra. Concluida la danza, esta intenta soltarse, pero no le es permitido; el abrazo se prolonga, y cuando lucha por soltarse aquél la aprisiona tan fuerte, la lastima y empieza a devorarla. La hembra paralizada de terror y sin ninguna posibilidad de salvación, despide nubarrones anestésicos que el macho parece ignorar. El hambre puede más que la sexualidad. Tiempo después, de la hembra no quedan más que residuos en suspensión.

Después de la cena la enorme dimensión del molusco palpita irritada. Su estado de ánimo está claramente detallado en la coloración síquica que exuda por la piel. Cuando se calma, abre el manto muscular que le envuelve el cuerpo, absorbe agua y lo expulsa a través de un poderoso sifón: Así se desplaza, cabeza adelante, a lancetazos; tiene la rapidez de una flecha disparada. De esa manera y sorpresivamente logra introducirse en el corazón de un cardumen perezoso... Allí toma su postre.

En la orilla un *Hiracotherium* descansa apoyado en una palmera. Mirándolo bien, es una hembra, quién intranquila e inquieta, presa de dolores abdominales, enarca los bellos y puja en ayuda eficaz a las contracciones uterinas que le sobrevienen en oleadas. Cerca, rodeándola nerviosamente, sus congéneres optan instintivamente a protegerla, imaginando peligros que efectivamente están cerca: escondidos por todos los lados, al acecho.

Muchos antropoides arborícolas saltan de rama en rama, sobre árboles distantes. Graznan las aves, no hay pentagramas para tales. Y en tierra un enorme mastodonte troncha parte de la floresta, al animal no le

interesa mi presencia cuando me tiene cerca suyo, soy un enano insignificante para él. El coloso de cuatro colmillos largos es parte de una manada que consta de una docena de individuos que pasen en medio de abundante follaje. Cuando decidan marcharse, seguirán un rumbo.

El rumbo, que les dé la evolución.

Mas tarde me sorprendo contemplando en silencio a una pareja de animales astados; se alimentan de bayas silvestres. El lugar es tranquilo y los astados comparten ese territorio con otros rumiantes de pequeño tamaño... Lo de tranquilo, en este medio es relativo y se demuestra cuando uno de los astados, de exagerada cornamenta ramosa y el de mayor tamaño, echa a correr con elástica rapidez tronchando arbustos. ¿La razón de esa huida en la que también participa la hembra?: la presencia furtiva de criaturas bípedas quienes emulan gruñidos con la coherencia rudimentaria de algún lenguaje.

—¡Se han escapado! —dice uno de los bípedos con abundante pelambre sobre sus hombros y totalmente desnudo.

—¡Shiiiiit! —opina otro con un susurro bien parecido a un trino—. Si los *megaceros* huyeron aún nos quedan otras piezas. Vayamos con más cuidado.

Están de caza y para ello usan unas largas varas en cuyas puntas han atado unos huesos ahusados y cortantes. De la cintura velluda les cuelga unas mazas livianas.

—¡Ah, tropecé! —se queja un tercero sin caer, sacando unos de sus callosos pies de las galerías de un roedor cuyo techo cedió por su peso.

—¡Ese ruido! Con seguridad espantó toda la caza.

—Es la segunda vez que caigo en una madriguera... Hay abundante de ellas bajo tierra...

Se sobresaltan cuando advierten mi presencia y retroceden nerviosos. Pero puede más la curiosidad y el afán de investigador en ellos ante la carencia de agresividad mía. El instinto les pide prudencia y el crecido cerebro la audacia. Hasta que la tirantez acaba con un estridente chillido:

—¡Venid hermanos, venid! —llaman refuerzos.

—¡Apúrense! ¡Aprisa! —gritan.

Docenas de homínidos acuden simultáneamente, semierectos y violentos. Y empiezan a rodearme en obediencia a un plan instintivo. Soy lo desconocido para ellos, un intruso y eso no les agrada. Calla la algazara

ante una orden indefinible. Se permiten un silencio rodeado de jadeos y los músculos tensos. Sin duda esperan el momento para atacar.

El más vigoroso de ellos salta de entre la multitud y lanza el chillido decisivo:

—¡Ahora, ataquen!

De mis labios ha escapado un melodioso silbido, matizado con radiación glandular desde lo íntimo de mi laringe, una fracción de tiempo antes de iniciarse la arremetida Ahoga la estridencia guerrera de las gargantas en las bocas abiertas e impotentes de los homínidos; frena los saltos rapaces apunto de iniciarse. Luego, cuando todo lo rijoso ha desaparecido, callo. Entonces, bajo el control del hechizo melódico, el que da las órdenes, gruñe:

—¿Quién eres?

—Un amigo —respondo tranquilizador—. Un animal igual, como ustedes. Con algunas diferencias mínimas. Y soy un viajero; estoy de paso.

—¡Ah, y ¿de donde vienes?

—De río arriba... De muy arriba.

Se sobresalta de miedo al oír esta última respuesta mía. En su reducido mundo no existen distancias prolongadas, le es incomprensible una distancia que sobrepase los límites de sus dominios impuestos en sus genes. Se siente incómodo. Luego de una breve pausa agrega:

—¿Qué buscas?

—Estoy de paso, lo repito. Mi encuentro con ustedes fue casual.

—¿Hacia donde te diriges?

—No lo sé con exactitud. Solo tengo que seguir por el río. El río es mi camino.

¿Me entendería de otra manera?

—¡No conoces tu rumbo! ¡Dices que no lo sabes! Tu respuesta no nos satisface. Todas tus respuestas son ilógicas.

Y explota agresivo:

—Y quieres ser nuestro amigo! ¡Te supones nuestro amigo!...

En ese instante se oye un lamento desgarrador. Tras el origen del cual todos desaparecen con la misma rapidez que los trajo.

Es patético el siguiente cuadro: un homínido hembra se debate aterrorizada entre las unguiculadas patas de un corpulento *esmilodonte*. Los demás acosan a la fiera con piedras, palos afilados y huesos contundentes. Un mortal zarpazo acaba con la excesiva aventura de uno de ellos.

Cuando todo parece inexorable y la multitud de humanoides dan por perdido el caso, rujo a la manera del carnívoro:

—¡Quieto!

Se sorprende la fiera de enormes y largos caninos superiores. Aho-ga un gruñido cauteloso y se dispone a defender su alimento.

—¡Vete!

Se retrae sobre sus patas traseras dispuesto a saltar encima mío y gruñe con rencor. La espectación es general.

—¡Vete!

Me acerco más a la fiera, y esta dando vigorosos saltos desaparece perseguido por la gritería y el abucheo de los hirsutos bípedos. Alguno lo persigue.

La hembra rescatada está lastimada pero ninguna herida le es grave. La conmoción que la embarga es de más cuidado que los arañazos. Momentos después recuerda algo y chillá:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¿Dónde está?

Busca alrededor histérica.

Las hembras que estuvieron escondidas hasta entonces tras un cúmulo de rocas, protegiéndose y cuidando de los pequeños de su especie, le entregan al crío. La calma vuelve y prosiguen con la actividad que dejaron a medias cuando fueron atacadas: la de desollar a tres cérvidos lanudos.

El caudillo se me acerca amistoso y dice:

—¡Amigo!

Algunos me ofrecen los mismos jadeos ruidosos. Y casi enseguida llaman a compartir alimento, los sanguíneos trozos de carne cruda recién tronchada. Niego con extrema cortesía el trozo que me colocan entre manos.

—¡Esto es una agresión a nuestras costumbres! —dice alguien perdido en su grupo.

—¡Sí! —corean, no todos.

Pronto lo olvidan. Prefieren no discutir. Prefieren gozar del alimento.

Es identificable la saturación pensante del ambiente por «La Vigilancia», se anticipa descuidadamente. Entonces me mimetizo síquicamente en el pequeño homínido que duerme intranquilo junto a su joven madre, lo hago sin dificultad... Mi entorno cambia con la prontitud; luego de una explosión de sombras dolientes y saturada de sonidos absurdos, me encuentro flotando deliciosamente frente a las puertas de una vetusta cons-

trucción. Tiene abiertas las dos pesadas hojas de madera que conforman una puerta de varios metros de alto; por ellas escapa el mal olor de incienso descompuesto que se quema en su interior. Adentro, en la bóveda de una nave sombría, y prolongándose por las paredes, está pintado un rústico mural que no ha sido acabado en mucho tiempo. Los muros y las columnas están excesivamente decorados con altorrelieves arbitrarios, sin duda continuamente modificados, para nunca acabar. De las paredes, donde no ha sido tocado por el mural, cuelgan numerosos marcos vacíos, nada indica que en algún momento hubieran contenido pintura alguna. Varios pedestales de mármol negro esperan resignadamente alguna escultura que nunca llegará. Del mural, de los decorados, de los marcos vacíos, y de todas partes... brotan dolores. Y en el centro de todo esto, de solemnidad ciega y monótona, vive un solitario personaje que viste extrañamente el color de la inconciencia. Está inclinado sobre un asiento ajado, ¿orando?, y oculta entre sus manos lo que parece ser un gomor. Indefinible, ese estático personaje parece haber permanecido así, inanimado, por siglos. Luego, como urgido por un automatismo de locura, levanta el rostro. ¡Tiene los cuencos de los ojos vacíos! Aún así, dirige su mirada a la multitud concurrente que no existe en el templo. Mueve los labios sin hablar, más bien los parodia en discurso. Todos ellos, las sombras de la multitud que no existe, tienen los ojos muertos y los oídos sumidos en la sordera. Esas sombras emulan el silencio doloroso del ambiente. Susurran su letanía. ¿Quiénes son? No hay respuesta; y las sombras alegran ese significado añadiendo dolor. ¿Esta dolorosa realidad traerá consigo al hombre verdadero? ¿Son estos el principio de la obra maestra de la creación?

Suena estentóreo un eco tembloroso de esta creación manida, extendiéndose por las tinieblas con tenebrosa crueldad infinita...

—¡Amigo!

Crueldad infinita... ¿Eh?

—¡Amigo! —me interrumpe el homínido principal—. ¿Estáis durmiendo, acaso?

Antes de responder me intereso por «La Vigilancia». Ya no está. Desapareció.

—¡Oh, descansaba! —gruño como ellos.

—Caminar, cansa. Es importante descansar si uno quiere estar en condiciones de continuar.

Una magnífica máxima. Una criatura primitiva dando lecciones filosóficas. No son artificiales el todo aún tienen algo verdadero.

—¿Sabes? —dice—. Decidimos permanecer aquí hasta que se nos agote... —trunca su frase señalando al grupo de ciervos pastando en un claro.

—Bien me marcho —digo con sencillez.

—Así. ¿Tan pronto?

—Es preciso que me marche cuanto antes. Tengo una labor urgente que realizar.

Me escudriña tratando de entenderme.

—Bien. Si eso deseas, hazlo.

No existe despedida. Me olvidarán en sus recuerdos instintivos y en algún lugar de sus genes accesible a los estímulos.

Más tarde el frío ausenta a los seres vivientes, permitiendo solamente la vida de algunos mamútidos y otros mamíferos lanudos.

Tal vez el frío tiene significado cuando existe hielo.

Hielo ¿tienes relación con el frío?

CAPITULO XII

La serena tranquilidad permite descender al peso de la noche del soterrado hasta el suelo, hasta que la improvisación empieza a funcionar dentro de la casualidad. Una pequeña hoguera rojiza crece luego de encendida en cualquier lugar de un valle rocoso y de poca vegetación. El fuego ilumina la negra boca de una cueva, obligando a danzar en su interior las siluetas de los primitivos personajes que lo rodean calentándose y soasando alimentos sobre las llamas...

Vuelve lo olvidado. Vuelven mis reminiscencias.

¡Sí, con nuevas luces!

Brota una voz conocida, dirigida a mis oídos. Luego, unos alegres ojos, muy hermosos, se posan en los míos con toda su poesía interna.

—¿Vamos? —pregunta.

¡Melodía de diosa!

Digo sí con un gesto. Y es el momento de deslizar el aplanado planeador, por la rampa de lanzamiento hacia la límpida superficie del espejo teletransportador, que tenemos enfrente. En el se ve un lindísimo cielo celeste, matizado de algodonosas nubes. Muy pronto nos encontramos volando silenciosamente en ese cielo.

Empezamos a estudiar la amplitud del entorno que se extiende ante nuestros ojos. En lontananza, hacia nuestra derecha, se aleja una larga hilera de nubes, enrumbamos en esa dirección. Debajo de ellas encontraremos corrientes de aire ascendentes.

Es gratificante volar con la casi absoluta carencia de instrumento de orientación y vuelo. Al volar bajo aquellas nubes, siento que nos elevamos. Nuestra velocidad de ascenso aumenta en el indicador de altitud. Pasamos de esta corriente ascendente a otra..., ¡No es posible, tenemos por delante oscuras nubes de tormenta presagiente! ¡Son extrañas! Hay algo de anormal en ellas, mejor dicho no deberían de existir en este cielo ese tipo de nubes. Tengo la sensación de estar volando en cielo equivocado y se lo hago saber a Isis.

—Tienes razón —responde—. También lo note.

Más tarde nos encontramos volando bajo la parte más oscura de la nube. Para entonces volamos en círculos ascendentes, manteniéndonos

dentro de un permanente campo de sustentación. Obtenemos más velocidad en cada rizo. Superada la negra nube, bajo nosotros tiene todo el aspecto de una enorme cordillera oscura bordeada por una llanura grisácea. Nos interesamos en el astro que la ilumina... Sí, ¿donde estamos?

Las nubes se extienden, como no lo podíamos suponer en un principio, hasta más allá de los límites de nuestra visión. Sometidas a constante movimiento, encierran una poderosa energía por desatar. Guardan una tormenta colosal, no vividas hasta ahora por nosotros. Decidimos descender por un agujero entre las nubes, en línea recta; luego volamos paralelo a la base de nubes. Subimos otra vez cuando encontramos una zona llena de turbulencia, lluvia y granizo.

Ascendemos en espirales hasta el final de la corriente. La suavidad de la atmósfera es extasiante. El viento sopla contra las nubes y gran parte de él rebota hacia arriba, en rizos. Afuera del planeador la temperatura es increíblemente baja y el gas respirable insignificante. Verificamos nuestra altitud: ¡el indicador debe estar averiado, es tanta!

—Tenemos que averiguar en que lugar nos encontramos —rompo el silencio.

Sí, Descendamos —dice ella sacudiendo suavemente su cabellera clara.

—¿Dónde supones que estemos? —pregunto.

—No lo sé.

—Bueno, bajemos.

Mis pensamientos son obedecidos de inmediato y el ligerísimo aparato cae en picado vertical.

Isis, está tranquila. No hay otro detalle que diga lo contrario de su estado de ánimo.

Después de cierto tiempo de descenso raudísimo, en el que deberíamos ver una verde y amarillenta campiña con impresionantes monumentos naturales, sólo encontramos una bullente superficie acuosa de donde brotan incesantes columnas de vapores calientes.

Una densa neblina nos cierra el paso. Nos elevamos bordeándola. El tiempo pasa y la neblina se ha unido al techo de nubes grises y oscuras. Continuamos volando hasta muy tarde, hasta cuando no tenemos más alternativa que descender por dentro del vaporoso azar de nubes. Picamos con cautela.

Las nubes acarician el transparente material del aparato. Son de textura desconocida; untuoso como el hidrógeno líquido. Ingresamos dentro

de la carlinga presurizada del planeador por las juntas como lo más natural; se supone que esto es imposible... ¿Qué es eso que me dice en los oídos, que mi novia y yo somos, arrastrados por una rápida ráfaga de aire animado, algo así como una obediente criatura vaporosa? Y no podemos oponerle nada; ya sin orientación y sin intuición.

Una hora más tarde sentimos intenso calor un momento antes de que el algodónoso ambiente desaparezca y seamos colocados encima de un espectáculo hirviente, semejante al que vimos antes, con la diferencia de que esta vez no podemos elevarnos. Tenemos por debajo un inmenso océano burbujeando colosalmente. Nos vemos obligados a descender, zarandeados por la húmeda turbulencia atmosférica.

Nada puede evitar que caigamos en ese gran océano hirviente y removido constantemente por intensos remolinos. Sentimos un golpe al posarnos sobre la inestable superficie líquida, luego ¡empujones y estrujones que despedazarán el planeador en menos de lo que tarda un suspiro!... Pero no sucede así, porque todo el monstruoso cataclismo de agua hirviente es etérico, no es físico; y lo comprobamos cuando nos posamos sobre la superficie calmada y con una temperatura semejante a la corporal humana.

—¿Puede alguien escucharme? —llamo a través de mi comunicador, sin esperar respuesta.

Nadie.

—Utilizaré el mío —dice ella y llama.

Nada.

La cabina de cristal en la que nos encontramos, es una cómoda burbuja suspendida dentro del fuselaje de la nave por un colchón electromagnético. Nos brinda todas las comodidades necesarias y puede salvarnos la vida en algunos casos. Tendremos que dejarla... llegado el momento.

Después de los infructuosos intentos por conseguir comunicación, Isis inquiere:

—¿Estaría averiado el espejo transportador?

—Es posible —respondo.

—Nuestros comunicadores no responden...

—No conocemos este mundo. Nuestros comunicadores funcionan y usan vías mentales; nada físico ni electromagnético puede limitarlo... ¿Qué está sucediendo?

—Ourus. ¡Mira!

Isis señala unas ameboides esferas transparentes que flotan en el líquido ¡viniendo hacia aquí! No puede ser casual nada de esto, nada de lo que nos está pasando desde el momento en que llegamos a este océano desconocido; no. Lo comparo con una vivencia lejana, de otra vida, un recuerdo *akashico*... allí es posible. Cuando los protoplasmas rodean la estructura del planeador oímos una voz intuitiva:

—¡Bienvenidos amigos!

En su límpido interior se observan palpitantes órganos. Hay delicada armonía allí adentro. Esos seres son de cuarta y quinta dimensión. Oníricos habitantes de un mundo intuitivo. Son cuerpos telepáticos.

—¿Dónde estamos? —preguntamos con un tono agradecido.

—Pero, ¿qué importa eso? Sepan que están entre amigos.

—No sabemos como agradecer esta circunstancia tan favorable para nosotros.

—No es necesario ningún agradecimiento. Pero comprendemos su valor...

Hay una abismal diferencia entre la comunicación intuitiva expresando el agradecimiento y el verdadero significado de lo que es en sí el agradecimiento sentido debidamente.

La sinceridad de sus actos y pensamientos, tienen la inocencia más exquisita que nunca vimos ni sentimos. Añaden:

—Les invitamos a seguirnos. Vengan con nosotros.

—Aceptamos.

Enseguida nos rodean, incluido el planeador, con un halo sutilísimo y nos llevan con ellos rumbo a las profundidades oceánicas. El burbujeo y los hervores desaparecen. Cuando más descendemos el agua adelgaza y pierde dureza y consistencia, hasta gasificarse. Es paulatino ese paso de lo líquido a lo gaseoso; de lo denso a lo sutil. La naturaleza esta es original, muy particular.

Cuando lontananza se convierte en un verdadero paisaje de accidentes y rugosidades vaporosas, matizadas con delicados tonos de celeste, anaranjado y amarillo, tomamos la superficie del planeta. Una superficie plasmática, blanda, transparente que puede verse con una simple mirada lo que guarda, hasta un centenar de metros más abajo. Salimos del aparato, el suelo aparentemente frágil tiene la suficiente resistencia como para soportar sobradamente nuestro peso; seguido por nosotros, nuestros huéspedes se deslizan ameboides por sobre él hasta dete-

nerse junto a un diminuto agujero que enseguida se dilata transformándose en una burbuja.

Las maravillosas amebas se unen a la burbuja, conformando un solo cuerpo esférico y nos llevan, a Isis y a mí, en su interior hacia algún lugar importante. Atravesamos ambientes oníricos donde flotan, desplazándose igual que nosotros, varios otros seres de increíble belleza amorfa. La vida bulle en cada recodo que atravesamos, una vida que tiene toda la magia de la verdad. La intuición nos permite abarcar lo ilimitado de esa forma de vida y conocer, por que así lo quieren ellos, en un instante, toda su vida, toda su existencia. Un saludo de ellos equivale a impregnar en nuestro interior una infinita información intuitiva. Es lenguaje espiritual.

Atravesamos magnos conductos, para luego abrimos paso por un atajo de colosales membranas, antes de ingresar a un colector de inmensas proporciones:

—¡Un corazón! —musitamos con un exagerado tono, Isis y yo.

Nuestra velocidad es increíble y ya estamos dentro de la razón de esas enormes pulsaciones que momentos antes nos pedía silencio total. Nada de razonamientos, ni intuiciones, ni sentimientos.

Lugar. ¿Se puede llamara así a algo vivo, amorfo, orgánico y palpitante? ¡Exótico lugar!

De cualquier parte de lo alto desciende algo parecido a una gran neurona; tiene el núcleo iluminado por incandescencia blanca. La enorme célula despide un rayo de luz y baña a uno de los seres que nos acompaña, haciéndolo desaparecer; se nos informa que ha sido teletransportándolo. Otro destello dirigido a Isis y a mí, nos lleva hasta el interior de una desconocida estancia abstracta. Incomprensible lugar, inspira íntima alegría, inexpresable serenidad.

—Puede retirarse hermano —dice una intuición dirigiéndose al único acompañante que fue trasladado antes que nosotros hasta aquí.

¿De donde partió esa poderosa intuición? No hay nadie aparente en el abigarrado ambiente onírico. Nadie, pero nuestra intuición nos dice que hay alguien presente.

—¡Querido Ourus y adorable Isis, nos alegra que estén con nosotros esta primera vez! —dice.

No hay duda de que esa intuición proviene de ser más antiguo que el tiempo. Y continúa:

—Estuvimos siguiendo vuestras vidas desde que ambos nacieron. Sepan que lo anterior a vuestro actual nacimiento no nos incumbe.

Lo anterior. Esas vivencias que en profunda meditación afloran límpidamente.

—Vuestras vidas se reunieron con divina precisión en esta existencia...

Inolvidables instantes estos, impregnados de inocencia.

—Luego, vuestra adolescencia fue excepcional. Abundante en aprendizaje, evitando lo corriente. Más allá de lo conocido por vuestros congéneres...

¿Aprendizaje? ¿Podemos llamar así a lo que hacíamos con divertida satisfacción?

—¡Claro que sí! Así lo comprenderán más tarde, como que distinguirán los numerosos objetos que se encuentran en este lugar.

¿Objetos? Entorno todo es abstracto. Belleza abstracta.

—Es lo normal...

¡Lo normal! Lo normal para mí, lo normal para Isis, muy a pesar de lo adelantado que estamos, como nos lo asegura nuestro invisible interlocutor.

—Es óptimo, eficiente lo de ustedes, pero no es suficiente. No hablemos de vuestros congéneres...

¿Por qué me pregunto cosas a las que ya tengo respuestas? ¿Porque esa diferencia con nuestros congéneres?

—Lo sabrán por ustedes mismos a su debido tiempo. Y bueno, volviendo a lo anterior, en vuestro ingreso a la juventud, o sea ahora, los tenemos aquí... para continuar con vuestra enseñanza.

Allá, en nuestro mundo, donde abordamos el planeador ¿sabrás alguien que nos extraviamos y que dimos con este maravilloso lugar?

—Bien sabes que no. Nadie de los vuestros sabe que ustedes nos honran con su presencia. El tiempo y el espacio, no tienen importancia aquí. Lo que les suceda aquí bien puede ajustarse en un tiempo anterior al viaje que los trajo en esa máquina voladora...

¿Cómo ignorarlo? si ustedes manejan esa relatividad como mejor les convenga.

El bello rostro de Isis expresa mis propios sentimientos, pero mucho más profundos: sincero amor por los seres amorfos.

Luego de un largo silencio, nuestro interlocutor, concluye diciendo:

—Ustedes aprendieron a manejar algunas de vuestras radiaciones glandulares, esporádicamente y con deficiente control voluntario. Aquí les enseñaremos a utilizarlas todas y voluntariamente.

Isis, está demasiado cerca para abrazarla...

¡Indescriptible! ¡Lo imprevisible empieza a tomar movimiento y lo abstracto a corporizarse...! El augusto ser es ¡indescriptible cuando ha tomado cuerpo deducible! Y sólo atinamos a decir:

—¡Es él!

O ella, o las dos cosas juntas, o ninguna de ellas.

Indescriptible...

¡Una tosca flecha atraviesa la corteza del árbol en el que estoy apoyado y se hunde en el tronco a centímetros de mi inerme cabeza! Esto me aparta de mis reminiscencias despedazándola en fragmentos emotivos. Me vuelve a la oscura realidad del soterrado. Dos bocas gruñen silenciosamente mientras se aproximan con frenética decisión tensando nuevamente sus arcos. Los siguientes venablos rebotan de las ramas. Luego, se me trata de atravesar con primitivas lanzas las que resbalan gracias a mi atuendo. La debilidad obliga a pedir ayuda, ambas bocas se abren para llamar... pero extrañamente de ellas nada sale, y se desgañitan sin proferir grito alguno. Enseguida hay una huida empujada por el asombro y el terror. Nunca se sabrá que la causa fue ultrasónica.

Más tarde tropiezo con otra oquedad rocosa. Los nómades que la habitaron, olvidaron adrede en su interior varios utensillos de arcilla elaborados en casa; todos viejos, rotos o destrozados. También dejaron ajados trozos de vestimenta. Hubo fuego, hay cenizas. El epílogo le corresponde a la brisa y al tiempo. Me marchó.

El río también ha transcurrido con el tiempo. Las antiguas aguas han sufrido cambios importantes, en la intimidad de sus moléculas; no son aquellas que empezaron como infantiles gotas, el tiempo las ha envejecido, la evolución las ha gastado. ¿Enrumban hacia su propia extinción? ¿Supondrían ellas, en un principio, que con el transcurso del tiempo serían parte de la oscura historia del soterrado? ¿Supondrían ellas que con el tiempo adquirirían no otro significado poético que el de la ignorancia, que es lo mismo que la vejez? ¿Supondrían ellas el significado de sí mismas? Y ahora, dentro de esta filosofía torrentosa, un hombrecillo refresca sus pies y lava una astillada hacha de sílex.

Un carcaj cargado de flechas y un arco tienen todo el significado metafísico de la vida en ambiente peligroso y mortal. De ellos se aferra el vigilante hombrecillo que los porta; son las prolongaciones de sus íntimos temores. Su compañero de caza, sale del agua con un inquieto pescado entre las manos, se aproxima a su amigo, recoge sus armas y ambos

desaparecen por un camino que serpentea por los accidentes del terreno. El cráneo de estos hombrecillos es mucho más grande, aparte de poseer una frente más ancha y vertical, que sus supuestos antecesores *homínidos* y *australopitecus*; a ello le añadimos una estatura más crecida y erguida que estos. Sus sensibles sentidos les permiten advertir con anticipación la cercana presencia de un cerdo salvaje, se le acercan a escondidas con los arcos tensos; en el momento oportuno sueltan las flechas y dan en el confiado blanco. El cerdo mortalmente herido corre para esconder sus últimas aflicciones dentro de la maraña tan rápidamente como sus cazadores tras él.

—¡Que no escape! —acezan guturalmente.

—¡Sí, que no escape!

El tiempo pasa tan rápidamente y los bosques y los mamíferos apenas tienen tiempo de percatarse de ello.

El tiempo envejece, se gasta.

Más tarde. Mucho más tarde, cuando el tiempo hace una pausa para descansar por un momento de sus ajetreos ordinarios, advierte, con no sorpresa, la evidente evolución de los *Homo* de acuerdo a los preceptos del soterrado. Han alcanzado mayor talla e importante diferencia morfológica comparada con sus predecesores. Una agrupación de ellos vive junto al río, donde construyeron sus viviendas hechas de troncos y asentados al fondo por gruesos pilares. Varios de ellos pescan bogando sobre un tronco tallado para tal fin; otros están sumidos en diferentes actividades.

Más adelante se inicia un esplendoroso avance de los *Homo*. Los anteriores personajes, viviendo a pocos kilómetros de distancia, jamás se enteraran de esto, por estar separados inexorablemente por infalibles campos de fuerza electromagnética cuya acción se centra en los genes y sus microscópicos aditamentos electrónicos, que los obliga a permanecer en lugares programados. No tienen otra cosa que una vida rutinaria e involuntaria.

Dos gigantescos colosos de piedra vigilan el camino a una ciudad. El aspecto sedente con el que descansan me recuerda una posición corporal de la oración. Tienen la mirada cerrada y apuntada en direcciones indefinibles de su mineral interior. Kilómetros antes de la ciudad, tengo la inconfundible sensación de la ausencia de sus moradores. Es una ciudad desierta.

Una hora después mis pasos me llevan por delante de un gran palacio, tiene un magnífico portón en cuyo interior se observan numerosas

columnas decoradas con signos y dibujos en bajorrelieve. ¡Esos signos, representan ideas!, puedo sentir el significado que emana de ellos como tenues vapores síquicos. No me doy la oportunidad de entrar en él suntuoso palacio, como tampoco lo hago en otras colosales y magníficas construcciones en cuyos interiores abundan jeroglíficos.

No hay restos de los *Homo* que habitaron la ciudad, al abandonarla llevaron consigo todas sus pertenencias. En las afueras hay abundante material de construcción abandonado; abundan los bloques líticos desparramados por doquier: iban a pertenecer a un edificio del que sólo existen los cimientos. Una mirada cuidadosa en esos bloques demuestra que no fueron sacados de cantera alguna, sino que fueron fabricados de fina arena y argamasa que al secar adquiere dureza de roca... Una ciudad abandonada en su esplendor.

Un relincho rompe la quietud del ruinoso lugar. Tras los materiales de construcción abandonados, dos hermosos caballos pastan... Mientras los contemplo alguien está a espaldas mías acercándoseme silenciosamente. Se detiene y analiza la situación, y sin pensarlo más me apunta con su flecha y la suelta. Volteo rápidamente y de un manotazo la desvío. Coge otra torpemente, lo coloca en su arco.

—Soy amigo —le digo tranquilizador.

El torpe frenesí que lo agobia se detiene de inmediato. Se pregunta si oyó bien, si oyó palabras de su lenguaje en un misterioso desconocido.

—Soy amigo.

El frenesí se transforma en pánico.

—Soy amigo.

El pánico en supersticioso asombro y desconfianza.

—¿Quién eres? —pregunta—. ¿Quién eres que puedes hablar como yo?

—Un amigo.

—¿Amigo? ¿Tú...?

—Sí. No temas.

—¡No! ¡No se me acerque!

Apunta con su arma. Y adelante un paso.

—¡Ni un paso más! —grita retrocediendo— ¡Atrás! O no...—. Se le escapa el venablo sin acertarme.

Sus genes lo traicionan. Luego da la vuelta y escapa.

Los magníficos equinos han presenciado indiferentes la escena. Palmoteo el pescuezo del ejemplar blanco; este sacude la cabeza y lanza una tarazcada al aire.

—¡Es él! —grita la misma voz ya de regreso—. ¡Es él!

Me vuelvo lentamente.

—¿Me buscas extranjero? —pregunta otra voz, la de un individuo con casco de cuero y parches de metal y armadura articulada de metal.

Hay tranquilidad en el ambiente. Por toda respuesta digo:

—¡Una magnífica cabalgadura! ¿Cómo puedo conseguirlo?

—¿El caballo?

—Sí. Necesito uno. Debo desplazarme con rapidez. Soy un viajero.

Consultan en silencio. Luego:

—Es un regalo extranjero. Te lo regalamos. Tenemos muchos.

Que oportuno.

—¡Cuanta amabilidad! —arguyo—. Se los agradezco sobremedida.

—No es nada. Pero vete de una vez, no nos sentimos a gusto teniéndote delante nuestro. Eres enemigo.

El animal echa las orejas hacia atrás, tiembla momentáneamente y me lanza una mordida. Es un solípedo joven y vigoroso, me servirá de mucho.

Admirable, grande y fuerte, trepa la colina como si corriera sobre terreno plano. Seguimos por una curva cerrada, bloqueada delante por una cerca de troncos; el animal salta por encima con suma facilidad. Luego seguimos por un polvoriento camino. ¡Magnífico, sus veloces patas han perdido todo contacto con el suelo!

Inesperadamente el ambiente gime. Sus átomos ordinarios se cubren, con al conocida aura síquica de: «La vigilancia». Para cuando el soterrado está siendo analizado en sus pormenores, yo ya adopté las características vibratorias de los *Homo* de la época. Les extraña mi actitud: ¿No soy acaso, una de sus criaturas automáticas cumpliendo sus designios, y porque actúo azarosamente fuera de la lógica acostumbrada? Interrogan al íntimo flujo electroquímico de mis neuronas y lo encuentran normal, tal vez encontrarían anormalidad más adentro de esa sutilidad... si lo pudieran. Interrogan el micromundo celular mío y les satisface; bien. Interrogan mis genes y lo encuentran correcto. No sos-

pechan la conciencia e intuitiva voluntad escondida dentro de un silencioso vacío...

Intercepto las ondas pensantes de «La Vigilancia?». Compruebo que en este momento está siendo manejada por dos individuos de distinta categoría infrahumana. Escojo la onda pensante de una de ellas, sintonizo su frecuencia y subrepticamente me introduzco en esa corriente que me llevará hasta el corazón que lo genera.

Encuentro que el ambiente se satura de miedosas sombras aterradas de sí mismas. Lo violento se espanta de sí mismo. Lo violento sufre siendo acosado por sí mismo. Y lo peor, lo violento considera injusto ese acoso que se brinda a sí mismo. Esas sombras niegan la propia cosecha de aquello que ciegamente siembra. Sombras densas, como charcos de aguas malolientes y lodosas; imposible andar por ellas. Sombras con creciente densidad, se aplastan cada vez más y más chirriando con el sonido de la ignorancia.

Muy pronto diviso una ciudad nocturna, cubierta por una atmósfera donde abundan quejidos lastimeros. Las siluetas de las construcciones se deforman grotescamente con la intensidad de los lamentos; la difícil luminiscencia es lo único que aparentemente alivia los males. Golpeo, sin proponérmelo, los viejísimos restos de un árbol seco y arrugado hasta la médula, sus escasas ramas están curvadas en repulsivas direcciones al igual que manos huesudas. ¿Vi mal? Las ramas se han movido como provistos de vida... No, no se mueven; pero cuando intento alejarme, me aprisionan con fuerza constrictora y me levantan por los aires sin esfuerzo alguno. Me zarandean y siento los primeros síntomas de la asfixia. ¡Un momento!: esto de las ramas y de todos sus efectos destructivos es una ilusión, es una mentira hipnótica que intenta hacerme creer lo que no existe. Comprendo que estas sensaciones abstractas pueden ser controladas por mí, como lo podría hacer cualquiera que tuviera la madurez suficiente para lograrlas. También resultaría útil el llamar en auxilio a poderosas entidades divinales que residen en las profundidades nuestras.

Mi serenidad y tranquilidad interna permiten que la monstruosa presión que me estruja sea insignificante. Y con un rayo relampagueante que brota de mi corazón: ¡Ziiigg...!, le quemo las entrañas al árbol quién ante el impacto se retrae mortalmente. Las llamas lo consumen.

Se incendian las casas cercanas retorciéndose de dolor como cualquier criatura de carne y hueso. Cuando las llamas acaban, de las cenizas renacen las casas y vuelven a ocupar los mismos lugares. De la umbrosa

claridad de una puerta brota una caricatura infrahumana, me dirige su mirada muerta y sin verme va en dirección desconocida.

Las casuchas no aspiran a vida alguna, pero de ellas de vez en cuando salen defectuosas criaturas para deambular en cualquier dirección sin dirigirse a ningún lugar.

Frente a un soberbio edificio, de los pocos que hay, me detengo un momento. Mi intuición me dice, ¡adelante!, y me llego hasta la cúpula de cristal transparente que tiene en el piso más elevado. Teniendo a toda la ciudad bajo mis pies, miro en todas las direcciones y luego llamo:

—¡Al dueño de casa!

Los ominosos quejidos atmosféricos se sobresaltan y callan atentos. Chirría el viento en sus goznes trayendo a alguien.

—¿Sí? —pregunta.

—¿El dueño? —inquiero.

No es, pero...

—¡Yo! —responde.

De otro oscuro vano surge una andrajosa figura, se acerca y dice:

—¡Yo!

Otra monstruosidad, y muchas otras más vienen de los diversos compartimientos del edificio, precedidos por ominosos hálitos, y repiten:

—¡Yo!

¿A quién dirigirme?

Una sonora exhalación llama la atención de todos los andrajos que viniendo de las innumerables casas se han reunido al pie del edificio y también de los del propio edificio. Y viene un viento siniestro trayendo consigo una corpulenta criatura de aspecto simiesco. Me mira desconfiado y con forzada serenidad.

—¡Yo! —dice con cavernoso acento.

La muchedumbre le ofrece miserable respeto.

El peludo ente, con evidente cortesía, me mira con una estudiada manera suya. Trata, sin parecer obvio, de encontrar sutiles manifestaciones mías, sean emocionales o de otra índole. Pero estoy tranquilo, sé que lo que el percibirá serán manifestaciones superficiales y autoobservadas. Nada me costaría darle información anímica ficticia, pero prefiero estar absolutamente tranquilo; lo falso aunque pequeño siempre proviene de alguna debilidad.

—Veo que eres extranjero —dice imperioso—. ¿Cómo pudiste llegar hasta aquí? Asumo que es imposible para alguien común...

Silencio de mi parte.

—¡Ah! Permíteme saludarte. ¡Qué error tan involuntario de mi parte!

¿Me buscabas...?

Silencio mío.

—¿Me buscas? Que es lo importante que te trae.

Silencio.

—¿Quién eres amigo? ¿Te conozco, por lo cual estás ofendido?

Le arrebató un momentáneo temblor de certeza: mi presencia es mortal. Lo oculta rápidamente con una careta insensible. Su desconfianza ha crecido, pero demuestra lo contrario.

—¿Quién? ¡Dime!

Espera mi respuesta apurándome en sus mientes y empujándome a proferir algunas palabras con sus ojos de fuego.

Largo silencio.

—¿Tengo o quién de nosotros tiene la culpa de que estés aquí?

Silencio.

Hay tranquilidad manida en él, supone que se autoobserva.

—¡Ah, disculpa nuestra impertinencia! Si lo pides cada uno de nosotros te puede dar mil servicios sin interés alguno.

Disculpas.

—¡Ah! ¿Olvidamos saludarte como es debido? ¡Oh, excúsanos!

¿Acaso eres una encumbrada criatura en tu mundo y te debemos pleitearía?

Disculpas sin lógica alguna.

—¿Cómo darte la bienvenida? ¡Ah, dadme vuestra mano de amigo!

Disculpas para ganar tiempo. Tratando de encontrar la apropiada trampa.

Ha estirado su mano con insincera comedia de amigo.

—¡Oh, disculpas! —lo retira.

Silencio.

Imperceptiblemente y moviéndose con estudiada cautela parte de la horda ha ocupado el piso y nos ha encerrado en un círculo a mí y al monstruoso simio.

Ahora sintiéndose dueños de la situación se muestran como lo que son: siniestras, irredentas y orgullosas. Pero, no me engañan, tras esas máscaras ocultan sus eternos temores y sus eternos sufrimientos. Cada

uno de sus gestos y actitudes son una verdadera execración ambulante. Y sin otro preámbulo, el hirsuto mono, explota con incontenible furia:

—¡Te obligo a decirme, quién eres! ¡Dímelo ya! ¡Me debes obediencia por estar en mis reinos!... ¡Es una orden!

Silencio.

—¡Entonces me veo obligado a forzártelo!...

Le agrede un torvo frenesí homicida, transformando su rostro en sombría máscara de ira. Así anticipa, su siguiente acción: Rápido como los felinos convierte sus manos ¡en mortíferas garras retráctiles! y me lanza un zarpazo. Lo evito fácilmente. Pudo haberme partido en dos.

Luego esconde astutamente sus manos y toda su intención delictuosa bajo efluvios de inocencia.

Vuelve a suplicar con resignada iracundia:

—¡Perdóname, te lo ruego! ¡No era mi intención atacarte! ¡No sucederá otra vez, te lo aseguro!

No hay nada que perdonar. No me siento ofendido en lo mínimo. No me siento ofendido en nada.

—¡Perdóname, por favor!... ¡Perdóname, te lo ordeno, obedece!

Freno su siguiente zarpazo traicionero cogiéndole de la muñeca con una de mis manos y con mi otra mano le golpeo el antebrazo. Crujen sus huesos con espeluznantes alaridos. Retrocede el corpulento hirsuto con el antebrazo roto y con los ojos dilatados por la incredulidad. Ruge un impropio explosivo que destroza algunos cristales.

La chusma se ha acercado más reduciendo el espacio circular y atacan todos a la vez. Salto por sobre ellos, y por sobre sus deformes cabezas me alejo lo más que puedo, hasta un elevado. Algunos del infrahumano montón se reponen rápidamente y acometen con salvaje brío. A todos ellos, con certeros golpes de brazos y piernas, les destrozo los tórax y las cabezas. Los demás me dan tregua, sigilosos.

—¡A mí! —ruge el membrudo jefe arrancándose el brazo colgante y arrojándolo lejos de sí—. ¡A mí!

Sigilosos, se le acercan las fantasmales caricaturas. ¡Y empiezan a reunirse, como limaduras de hierro a un imán, para conformar un sólo personaje! Cuando el último se le ha fundido han dado lugar a una abyección increíble, musculosa y poderosa. El ambiente se satura con hedores anímicos, intensísimos, tremendos, ubicuos. El nuevo monstruo está muy seguro de sí mismo, muy seguro de una ilusoria ficción, muy seguro de nada.

La multitud unida ataca.

Permito que la radiación glandular de mi corazón y su mántrica divinidad me transforme en verdadero astro microcósmico, absteniéndome hacerlo visible. Evito ser alcanzado por un enorme sable ensangrentado, en cambio una maciza columna ornamental de mármol y oro enmohecido ha sido cortada en todo su diámetro, limpiamente! Mientras esta cae y golpea el piso con una explosión, me he agachado, saltado y evitado varias veces esa pesada arma, hasta ponerme fuera de su alcance.

El coloso jadea mientras dice:

—¡Estas alargando tu suplicio! ¡Esta es una agonía para ti: ríndete! ¡Vaya amenaza!

—¡Ríndete! —continúa, hinchando sus belfos—. ¿Adónde irías? ¡Soy el amo y dueño, mi poder es total! ¡Soy ubicuo! ¡Soy invencible! ¡Ríndete, no tienes salida! Seré benevolente contigo ¡morirás rápidamente!

Súplicas y más súplicas disfrazadas de agresividad.

—¡Ríndete!

Ironía.

—¡Ríndete!

Más.

Reverbera su arma en el momento que lanza un iracundo tajo, salto para arriba y pasa bajo mis pies. Y llega, para mí, el momento de actuar seriamente. Tomo mi espada con ambas manos y con un certero golpe corto carne y vértebras de su grueso pescuezo. Su macabra cabeza cae al suelo salpicando corrosivo líquido rojo y rueda, dejando tras de sí una larga estela gimiente.

—¡No! ¡Nooo...! —suena un eco suyo en el infinito.

Una pesadilla... inconclusa.

El cuerpo mutilado, todavía enhiesto, espera la oportunidad de regenerar otra cabeza, Pero se lo impido destrozándole el corazón y sus órganos regenerativos sin compasión. Por la garganta incompleta se le escapa un quejido ruidoso y empieza a arder en llamas.

—¡Nooo...! —vuelve a sonar la pesadilla con infinito pánico.

Histeria infinita.

Esquizofrenia insondable.

La enorme mansión se marchita, envejece en corto tiempo. Lo mismo ocurre con la geografía circundante, todo se reduce a polvo, y luego a nada.

Abandono el vacío paraje síquico. Y en esto puedo oír:
—¿Te dormiste? ¡Despierta!
Le preguntan y sugieren al dueño del vacío paraje síquico.
—¡Vamos, despierta!
Es una voz femenina.
—¿Duermes?...
El último integrante de «La Vigilancia» es mujer, y bromea.
—¡Vamos, haragán!...
Comprueba una inesperada duda.
—¡Oh, no! Está desmayado.
Luego de una pausa se le oye llamar por un comunicador:
—¿El médico?
—¿Sí? Soy el médico —replica alguien.
—¡Venga inmediatamente!

Hago un esfuerzo para visualizar la escena. Lo logro, y lo transmito hasta mi cerebro y corazón. Allá en algún lugar del soterrado, ¡qué extrañas son las distancias sin espacio, aquí en el mental! en un lujoso compartimiento blanco, una hermosa dama palpa la yugular de una persona derrumbada sobre su asiento y exclama impaciente:

—¡Ya casi no tiene pulso! ¡Apúrese médico, se nos va!

Varias personas aparecen bajo una lámpara teletransportadora en el compartimiento provisto de exclusivos aparatos científicos que ocupa la dama. Llevan consigo una levitante cápsula ovoidal, auscultan al desmayado y sin pérdida de tiempo, ayudados por una luz antigraavitante lo levantan e introducen dentro de la cápsula ovoidal. Luego se lo llevan.

Enseguida otro personaje irrumpe en la habitación. ¡Reconozco borrosamente a este personaje!... ¿Hoge? Y también a la pensativa dama. Se acerca a esta y le pregunta:

—¿Qué le pasó?

—No lo sé.

—¿No?

—Lo creí dormido en un comienzo, pero después comprobé que lo que le pasaba era peor. Había perdido el conocimiento sin motivo aparente. Esto no estaba previsto en su historial médico.

—¿Por qué se desmayó? ¿Pudiste averiguar la causa?

—No señor.

Luego viene un silencio pensativo. Y:

—¿Qué hacía antes de que esto ocurriera?

—Vigilábamos... Vigilábamos los experimentos subterráneos!

—¿Vieron algo anormal?

—Sí señor. Pero es algo sin importancia.

—¿Qué vieron? ¡Dilo, estoy impaciente! ¡Infórmame de todo lo que vieron...!

—Solo el inusual comportamiento de un jinete *Homo* y su cabalgadura...

—¿Qué hacían?

—Aparte de cabalgar azarosamente, nada. Esto ocurre a veces: algún animal se extravía y...

—A veces..., a veces... ¡Algo me dice que la causa está dentro del vivero subterráneo y la razón puede estar en ese jinete! ¿Te acuerdas del anterior incidente muy parecido a este?

—Sí Señor. Lo recuerdo.

—Tengo la certeza de que este caso es similar a ese. Los médicos dirán que no hay cura posible, que el desmayado realmente es un cascarón vacío y vegetante. Pero ¿cómo es posible que alguien haga esto sin maquinas apropiadas como las que tenemos? Estoy seguro que no es un complot interno, es un ataque que viene del vivero subterráneo. Creo que tengo que admitir que quién lo haga tiene que ser un maestro en esa... estricta disciplina que a mí no se me permitió concluir.

—Señor, ¿olvida...?

—No. No olvido. Pero esas portentosas máquinas que se han aislado en el soterrado, negándose a servirme, no pueden hacer nada, están bajo estricto control. En unos cuantos días más serán nuestras.

—Sí, pero nada nos costaría reforzar las barreras...

—Iba a añadir eso. Pero no hay peligro. Lo que temo es que...

—¿Por el volcán?

—Sí. Manténganlo bien vigilado. Lo peor, temo que venga por ese lado.

—Ahora está calmado... Vea esta vista aleatoria en la pantalla virtual: todo es normal.

—El volcán está esperando, eso es. Está esperando su oportunidad. Nuestro error fue dejarlo escapar de sus trampas magnéticas. ¡Ese es el peor error que pudimos cometer, no me lo puedo perdonar!

Y se va, diciendo:

—Recuerda, más cuidado con la vigilancia, sentiría mucho que te sucediera algo... a ti también. Eres la única, persona de confianza que me queda. Eres irremplazable y te quiero mucho como colaboradora...

Retorno al soterrado.

Mi caballo trota suavemente. ¡Oh, estoy a punto de caer!... Más tarde al atravesar una extensa planicie el solípedo se niega a continuar avanzando y con razón, el infalible instinto acondicionado en sus genes le obliga a regresar imperiosamente a sus cotos de hierba. No puede ir al futuro, allí, simplemente no podría existir. Allí sin las apropiadas ondas que aquí sintoniza para vivir sería simplemente una masa muscular sin vida. Le permito regresar.

Se va, magnífico, delante de una estela de polvo.

Se va.

CAPITULO XIII

Kilómetros y más kilómetros de olvido. Otra ciudad abandonada. Una ciudad de adobe y cerámica, con calles estrechas y ganadas por el polvo. Mucho polvo. Más adelante, hacia el centro de la ciudad las calles espaciosas, las amplias manzanas de plazas y altos edificios están cubiertos por capas de polvo, desmonte y maleza. En un fragmento de terreno descubierto recientemente se pueden ver bellos embaldosados alrededor de ajados los surtidores de agua. Abandono, desolación, olvido, acrecentado en el lugar sagrado de la ciudad, donde hubo un templo sostenido por columnas de varios metros de alto y fastuosos compartimientos y naves. El atrio formado por una gran plataforma, alberga escombros de enormes esculturas sagradas. Sobre un plano más elevado, un residuo de torre es apenas una semiterraza sembrada por el olvido con árboles y plantas exóticas, vivas por suerte. Esta titánica construcción de terrazas y más terrazas superpuestas, al igual que la ciudad, pronto serán devoradas por las grandes olas de arena de un desierto gris que ya está a la puerta...

Algo duro, apenas visible, semienterrado en capas de barro seco y quebradizo, atrae mi curiosidad. La arena resbala cuando lo levanto. Es una tablilla de arcilla cocida conteniendo en toda su superficie caracteres cuneiformes. Los que inscribieron esos caracteres dejaron toda una frecuencia síquica imborrable en cada trazo de escritura, lo que hace fácil su traducción. Realmente los caracteres son como entes vivientes, o como baterías cargándose con los efluvios de quienes lo utilizan. ¡Un párrafo de la tablilla dice!:

—...Y, ahora escribe...

Veo a un *Homo* con vestimenta asiria pasearse dentro de una habitación, mientras le dicta a un escriba. Este con un estilete de plata hace pequeñas incisiones encima de una tablilla de arcilla cruda. Esas vivencias me llegan como una película virtual.

—...¡Escribe! —dicta enorgullecido, el a todas luces, un reyezuelo—. ¡Después de la batalla, quemé vivos a muchos enemigos! ¡A otros, los mutilé en castigo los brazos y las manos! ¡A los muchos los marqué de por vida, indicando con ello que son perdedores, que fueron venci-

dos en batalla: están desnarigados y desorejados, así como privados de un ojo y sin labios!...

Horrorosa crónica. Refiere a prisioneros de guerra tratados con morbosa crueldad.

Dijo ojo. Ninguna de las criaturas del soterrado los tiene. ¡Esta tablilla ha sido sacada de un museo público allende fuera del soterrado...! ¡Es una tablilla original, sustraída de sus anaqueles sin autorización y abandonada en la historia del soterrado!

—...¡Me pasee frente a mi pueblo! —continúa, acumulando más sevicias— ¡Mostré mi triunfo a mi pueblo! ¡Delante de todos ellos humille más al reyezuelo vencido quién tuvo que desfilar tirando de mi carro con los dientes como bestia! ¡Más tarde atamos al reyezuelo con una cerda y le hicimos compartir una misma e inmunda jaula en el lugar más concurrido de la ciudad! ¡Ja, qué espectáculo!...

Soberbia espantosa. No he visto persona más miedosa que la cruel, protegido por las riquezas, por su atuendo de guerrero y la chusma que profesa su mismo miedo. Personas que dentro de sí, en un ponzoñoso ambiente emocional y sufriente, se supone virtuoso, amoroso, justo y hasta santo.

La continuación del dictado no es más que la misma aberración. El rostro maquillado de blanco del *Homo* se deforma, al igual que su cuidada barba postiza, por la vehemencia neurótica.

Vuelvo a su lugar la tablilla, que golpea contra otra. Mi reminiscente visión interna me indica que hay cientos de ellas enterradas. Una pequeña biblioteca, ¿rebozante de atrocidades y de donde se inspiraron para dar vida a esta parte del soterrado? ¿Transformaron el significado abstracto y acumulado en las dimensiones íntimas de las tablillas en proyecciones tridimensionales hasta lograr con ellas una perfecta materialización? Parece que sí... ¡Dentro de las tablillas también existen aquellas que llevan verdaderos principios científicos y religiosos; son notorios los efluvios que dejan salir, como también son notorias aquellas ahítas de supersticiones, augurios y adivinaciones de la más ínfima calidad!

Aridez. El fondo de esta metáfora.

Más aridez. La ciudad árida desaparece, se pierde tras mío entre las breñas, la distancia y los accidentes geográficos. ¡Oh! Una vez más la amnesia descorre su velo y llegan dulcemente los recuerdos. Y me sumerjo en la fresca fragancia de esos olvidados instantes que ahora vuelven con lozanía:

—¡Hermoso! —siento que musito.

—¡Maravilloso! —complementa Isis, alegremente señalando una obra pictórica.

—Lo hizo con exquisita intuición —prosigo.

—Es uno de los mejores dibujos tridimensionales que hemos observado —dice ella—. Sin duda será muy festejada en la exposición que viene.

—Sin duda.

—No dice en...

—No lo dice. Pero, para plasmar un lugar así con el pensamiento utilizando apropiadamente la luminosidad cromática de los electrones y formar el espejismo gaseoso, demora bastante tiempo.

—Y volviendo a lo tuyo. Dime, ¿cuando lo acabarás?

—Dentro de poco. Me faltan los últimos detalles... Es lo poco que queda.

—Y entonces podrás mostrar esa sorpresa tuya.

—Sí.

Una sorpresa mía... un trabajo plástico que no me atrevo a mostrar porque presiento acontecimientos inesperados, nada buenos, escondidos en un dial tiempo misterioso. Presiento... nada más ¿es que por ahora mi intuición está tan adormecida que no puedo saberlo con certeza? ¿Qué me pasa? ¿Es que alguna máquina preparada para este fin emite ondas mentales e intuitivas que bloquean las mías y porque no de otras personas? ¿Qué viene que hay que esconder? Posiblemente nada bueno.

Descendemos en el planeta que instantes antes, al empezar este diálogo, era una pequeña esfera de luz en el espacio. Esta vez, en vez de utilizar un teletransportador que nos hubiera traído de inmediato, decidimos hacer un viaje en una nave de metal líquido. Vinimos en plan de visita. Nos embarga serena alegría.

—¡Mira! —anuncia Isis, señalando con una de sus manos—. Ahí está la casa del escultor.

El metal líquido de la nave es transparente a voluntad. Y pudo ver sin problemas la casa de nuestro amigo a pesar de estar el ambiente cubierto por una neblina tornasolada. Resplandece tenuemente con una aureola celeste.

Descendemos en el techo cóncavo y una ducha de rayos lanzados desde una antena nos absorbe luego de transformarnos en ondas elec-

tromagnéticas. En el interior de la casa un receptor nos sintoniza, entregándonos nuestros organismos multicelulares.

Inmediatamente después somos recibidos:

—¡Ah, amigos míos!

Viene a nosotros con exquisita emoción superior.

—Es un honor tenerlos aquí. Me alegra que hayan venido. ¿Están bien?

—¡Oh, sí, perfectamente! —digo—. Y ustedes ¿cómo están?

—Bien. Perfectamente bien —arguye mientras su compañera abandona la habitación luego de brindarnos una alegre sonrisa.

¡Bellísimo! ¡Increíblemente bella es la escultura de cristal de roca que tiene tras de sí! ¡Un bellissimo hongo onírico!

—La acabo de terminar —dice embargado de sutil euforia nacida en su interior artístico—. ¿Qué les parece?

No puedo responder. El así lo entiende: no encuentro las palabras adecuadas. Posee excepcional euritmia metamorfoseante en tercera dimensión, todas sus partes que son una infinidad cristalina, se mueven constantemente colgados de ingeniosos ejes magnéticos. Nunca es el mismo hongo.

—Bella ¿verdad? —dice él.

—¡Demasiado! —digo, sintiendo que el silencio lo hubiera respondido mejor.

¿El silencio una mejor respuesta? No, porque a pesar de su incompresible expresión en esta oportunidad resulta efímera e imprecisa. Nada humano sería apropiado.

—¿Sabes? —dice.

—¿Sí?

—Voy a trasladarla inmediatamente al salón de exposiciones. Quiero colocarla en su pedestal ingrátido, a unos días de la muestra. ¿Me ayudarás?

—¡Oh, sí! Traeré la máquina teletransportadora —digo—. Pero antes permítenos ingresar en su universo interior, para vivenciarla verdaderamente.

—Concedido. Saben que no necesitan pedírmelo.

—Gracias.

Es una de las pocas personas, aparte de su compañera, que conocen de nuestras facultades de desdoblamiento. Luego dirigiéndome a Isis, de digo:

—¿Vamos?

Ejecutamos varios movimientos rúnicos, hasta sentir sus exquisitos significados divinales. Esta vez no nos vamos a desdoblarnos, vamos a entrar en cuerpo físico al interior síquico de la magnífica obra de arte. Trasladaremos nuestros cuerpos físicos con el poder de nuestra voluntad. Nos tomamos de las manos y muy pronto somos una realidad de quinta dimensión.

Realidad *átmica*.

Momentos maravillosos que tengo que abandonar y regresar a la realidad del soterrado. El sonido de caballos al galope es la causa de ello. Sus jinetes, pasan junto a mí, sin verme. Dejan tras de sí una estela de polvo húmedo. Están perfectamente protegidos con armaduras metálicas y armados con espada, arco y flechas, además, llevan sendos escudos colgados sobre las ancas de sus caballos. Luego desaparecen camino adelante.

Las horas me llevan hasta las cercanías de un campamento de tiendas. Estas rodean una explanada central donde se yerguen varios edificios sobre una terraza de piedra labrada; es inusual que los edificios carezcan de muralla alguna en tiempos estos de guerrear congénito. Abundan guerreros junto a las tiendas y también se entrenan en la lucha.

En los campos cercanos un guerrero en pleno galope coge el arco que lleva a sus espaldas con una mano y con la otra saca una flecha de su aljaba, y sin apuntar le dispara varias veces a un blanco soportado por un trípode. Acierta todas. Es un ejercicio hartísimo sencillo para él. Lo felicitan:

—¡Perfecto!

—¡Magistral!

—¡Infalible!

Contento para el festejado:

—Gracias.

Se aproximan a examinar el blanco.

—¡Estupendo, todos en el centro! ¡Ganarás la competencia!

—Sin duda. En todo el reino eres el mejor.

—¡Ya lo creo, pero tengo que continuar entrenando! En ello está mi éxito.

—Si así lo quieres tú...

El jinete retrocede y empieza su rutina. Pero ¿qué sucede?: cae del caballo. Sus compañeros corren a auxiliarle.

—¡Tiene una flecha clavada en la espalda!

—¡Dios mío, está muerto!

—¡Ayúdame, vamos a...!

—¡Mira, nos atacan!

Es verdad, y con resolución asesina.

—¡Son seis y nosotros tres, pero podemos presentarles batalla!
¡Separémonos!

Ruido y más ruido, acompañados por sudor e imprecaciones.

La destreza del trío atacado equilibra el conflicto. Pronto los atacantes son disminuidos, y viéndose vencidos llaman a otros *Homo* emboscados que saltan para ayudarles. El ruido de la lucha llama también la ayuda para el trío, que llega desde el campamento. Se ha desatado un feroz combate, una carnicería espantosa e infrahumana; una lucha de odios, de soberbias, de envidias, de egoísmos, de lujuria, sin duda de lujuria enmascarada sutilmente por todos los demás defectos; vence el que lo tiene más robusto. El fragor y la abigarrada mezcla anímica, excesivamente densas y malolientes, sin duda se irán sedimentando en las dimensiones síquicas con insondable lentitud, arrastrando a sus autores hasta la destrucción total.

Me alejo del lugar. Toda la historia traída al soterrado no es más que recuerdo esquizofrénico; una prolongación interna de los creadores del soterrado y no hay más remedio que combatirlos hasta destruirlos totalmente. Deben ser destruidos los creadores del soterrado, así acabará esta pesadilla. La infinita ignorancia a la que están sometidas todas sus criaturas las hace partícipes de la monstruosa densidad de la nada: simplemente no existen.

«La nada crea, la nada.

En las mientes de su creador, nada.

¡Nada! Sí.

Nada...»

Más tarde. Y en otro lugar, el paisaje se ha llenado con el silencio de otra civilización. Algunos ladridos rompen ese silencio. Mis pasos me llevan por allí. El ambiente despide fragancias desconocidas y nuevas para mí.

Más ladridos y muy cerca, vienen de una choza con un redil al lado. Ladridos agitados y estridentes de furia. De la choza emerge un preocupado personaje con vestimenta de pastor y pregunta:

—¿Quién va?

La única respuesta está cifrada por los ladridos.

—¿Quién está ahí? —grita desconfiado a supuestas personas escondidas en las sombras.

No adivina que una flecha es sacada de una aljaba para dirigirla en contra suya.

—¿Quién se esconde ahí? ¡Responda!

Se acaba de tensar el arco que le apunta.

—¡Diga quién es! —luego la voz se dirige hacia la cabaña—. ¡Madre, suelta a los perros!

La saeta busca al pastor.

—¡Suéltalos, que esperas!

La saeta se desvía cerca de su objetivo, queda un momento inmovilizado en el aire y luego cae al suelo, ante el estupor de los protagonistas.

—¡Oh, dios mío!

—¡Milagro, hijito, milagro! —dice la recién salida de la cabaña, que obvió, por motivos sentimentales, dejar libres a una jauría de fieros perros ovejeros.

Los fenómenos ocurridos con el proyectil, fueron causados por mí. Gracias a mi voluntad.

¿Milagro? Las circunstancias me han traído hasta aquí, más allá de mi propia voluntad. Superstición para sus limitadas mientes. Atávico barrunto escondido en el artificio.

—¡Esto es brujería! —dicen los otros *Homo* abandonando su oscuro escondite—. ¡Vámonos!

—¡Brujería! —dicen iniciando una loca carrera, aterrorizados.

Superstición. Atávico barrunto de lo que se ignora. Miedo mismo por las propias carencias.

—¡Bah, ladrones: huyan, mi dios me protege!

—¡Ah, brujería!

Luego la anciana colmada de instantánea devoción se arrodilla y le pide a su hijo hacer lo mismo para agradecer a su dios.

—Sí madre, sí. Hagámoslo.

Mientras se prosternan, allá detrás de unas colinas rojas, difuminadas por la neblina, dos ejércitos rivales se dan tregua. Llegan hasta aquí los miedosos efluvios de la guerra, en grotescas vaharadas sanguinolentas y ciegas; servilísimas. Más tarde, sin enterar para nada de mi presencia me he acercado por el guijarroso lecho del arroyo seco que separa ambos

campamentos. Las tiendas están vacías, con excepción de algunos, de las que huyen estentóreos ronquidos ahítos de olvido.

La temerosa brisa se mueve a escondidas. Inquieta y algo sorprendida escoge un punto, de donde presenciar lo que está por suceder.

Una voz se esfuerza a gritos:

—¡A cualquiera de ustedes, le reto a pelear conmigo!

Es el vozarrón de un guerrero gigante y corpulento. Muy bien protegido por pesadas planchas metálicas. Se pasea desafiante delante de los dos ejércitos que la ocasión puso frente a frente. Las grebas le tintinean en las piernas golpeadas por el enorme escudo metálico que descuidado lleva consigo.

—¡O escojan al mejor de ustedes y envíenlo contra mí! ¡Lo espero!

El miedo cunde en el ejército retado.

—¿Aceptan? ¡Si me vence en combate, nosotros seremos siervos vuestros, y si yo venzo, seréis nuestros siervos hasta el fin de vuestras vidas! ¿Aceptan?

Nadie responde, todos se esconden detrás de su miedo.

—¡Denme un valiente que pelee conmigo! ¿Qué esperan, no hay valientes el este ejército?

Las acciones son contempladas con ansiedad. Ambos bandos desean un desenlace inmediato y favorable para sí. El gigante espera con fingida impaciencia contoneándose, se acomoda el almete luego de dejar su pesada lanza en manos de su escudero. ¡Uf!, gesticula este trastabillando por el demasiado peso.

Impaciencia te acabas cuando das cabida al asombro. Aceptando el reto avanza una ágil figura juvenil; sin premura, recoge algunos guijarros del lecho seco y los coloca en su bolsa pastoril. Ondeada suavemente su dorada cabellera, en tanto que de su mano cuelga inofensiva y sencilla una honda. Se detiene a prudente distancia del gigante.

El acto ha llenado de palpable admiración. Hay expectación general. El joven siente la intranquilidad épica de la osadía, y pletórico de emociones que recién aprende se esfuerza por contener febriles palpitos. En tanto el gigante siente una desconfianza que no comprende, es algo que no aceptan sus instintos, es algo que le anticipa su propio desastre, es algo que finalmente esconde tras una máscara de grosera suficiencia.

—¿Soy animal acaso —gruñe—, para que vengas a mí con piedras?

—Tu vienes a mí —replica el joven con temblorosa emoción—, armado hasta los dientes y yo voy a ti con las armas de mi dios al que tu provocaste.

—¡Insensato, te despedazaré y tus carnes alimentarán a los animales carroñeros!

—¡La guerra es de mi dios!

—¡Bah!

—¡Tengo la seguridad que te venceré! ¡Eso me lo ha dicho mi dios! Pronto, tu cabeza ensangrentada colgará de mis manos y toda la horda que viene tras de ti será despedazada para hastiar a las bestias carroñeras!... ¡Ved, los rapaces los esperan!

—¡Bah!

Dejemos las circunstancias a su propio azar. Todas las criaturas del soterrado tienen estas mismas actitudes.

Luego, un estruendo coreado por miles de gargantas remece el lugar. Unos miles de inesperada alegría, y otros miles de ominosa sorpresa. La alegría exagera y empieza a desplazarse hacia adelante en persecución con ímpetu homicida, mientras que la sorpresa amedrentada retrocede en huida.

Ruido y sangre, infrahumana.

El soterrado está muerto desde siempre. Todas las formas animadas no son más que proyecciones salidas de alguna pesadilla, es repetitivo. Estas sombras se disolverían ante la luz del día. En ellos no hay más originalidad que ellos mismos. Todo este engaño tiene que acabar.

Mi marcha es incansable, no tengo la oportunidad de la fatiga. Cada paso hacia adelante significa continuar en lo subjetivo. Es subjetivo el tiempo. Es subjetivo adentrarme en el futuro y proseguir en la ilusión ¿ajena? No, es una ilusión mía ¡por eso estoy aquí!

¡Oh, dios, como pesa el sueño!

El río arrastra al misterio, a veces lo deposita en la orilla dejándolo descansar, como ahora. En la misma roca marmórea y en una sola pieza ha sido tallado con maravilloso estilo arquitectónico un colosal edificio. Tiene numerosas columnas de altísimo fuste liso, con pronunciados capiteles y base semiesférica. El cornisamiento es una belleza con abstractas representaciones emocionales, transmitidas a través de figuras geométricas carentes de ángulos.

Advierto una exquisita vibración sonora partida de los interiores del mármol blanco del edificio. Pero muy adentro de esa frecuencia

inaudible para el oído común, vibra una intuición, un sonido telepático escondido inteligentemente. ¿Fue una suerte que la oyera?

¡No fue suerte! No hay casualidad en esto. Pero, ¿por qué está escondido tras otros sonidos?, tiene que haber una razón...

—¡Ven! —dice.

Es un persistente llamado.

—¡Ven!

Ingeniosamente ubicua, sin frecuencia conocida por mí.

—¡Ven!

Inmanifestado.

—¡Ven!

Genero una respuesta igual de intuitiva y lo envío en la dirección secreta:

—¡Voy!

Un gran vano me permite llegar hasta una antesala vacía, libre de sonidos y de magníficas proporciones. Continúo hasta otro compartimiento... Alguien viene; siento sus suaves y silenciosos pasos, como también la rítmica respiración y el roce de sus ropas. Es una *Homo*, hembra, atractiva, ataviada con vaporosas sedas que tienen el color de la oscuridad. La veo pasar, no me ha sentido. La estancia invita a la devoción, a una devoción ciega. El lugar, la atmósfera, está cargado con nubarrones de superstición; alimentada por la vitalidad anímica de los *Homo* que entraron hasta aquí en ferviente adoración. En suma los nubarrones son una mezcla infinita y energética de grotescos sentimientos acumulados en una pequeña efigie de mujer. Una efigie en cuyo interior ¡está creciendo un monstruo síquico! ¡Es ingente y pavoroso el poder que está acumulando! Ahora se revuelve ominosamente dentro de su propia sevicia, sutilísimo e ilimitado. Se mueve intranquilo ¡exigiendo más energía! Y esto solo puede dárselo una grey numerosa y más concurrente y más devota. Sin duda tiene el poder necesario para conseguirlo.

Este edificio es un útero tenebroso y siniestro. ¡Voy a destruir el fruto que está gestando, ahora mismo! En rápida acción mis plexos cerebral, laríngeo, cardiaco, solar, pulmonar y sexual, se iluminan con radiantes luces, esto permite la ignición total de mi médula espinal. ¡Siento reverencia por esta luz! Y muy pronto me encuentro transformado en un resplandeciente cuasar microcósmico. Rodeo el edificio con un campo de fuerza de estas luces, con la finalidad de impedir la huída del monstruo síquico y también evitar se enteren, los creadores del soterrado, lo que

me propongo hacer. La aberración síquica lo presiente. Instintivamente se comprime dentro de sí mismo, huyendo, hasta convertirse en una insignificancia microscópica. Así, pequeño se siente seguro y espera curioso. Pero no puede pasar inadvertido para mí.

Hago audible para el monstruo, la inefable música de luz con que rodeé el edificio. El monstruo se expande al sentirse herido recobrando su tamaño y se estrella junto a sus alaridos contra la barrera de luz. No puede salvarlo y retrocede aterrorizado. Está acorralado y no encuentra otra solución que la de atacar con verdadera furia síquica. Su devastadora fuerza no puede afectarme, es débil. Pero, aún así, exige firmeza y voluntad de mi parte. Aumenta su poder hasta límites incontrolables para sí mismo; neurótico se hiere a sí mismo y destroza con suma facilidad un macizo muro de mármol y varias columnas haciéndolas saltar en fragmentos... Momentos después la barrera de luz estrecha su cerco, lo comprime, despedaza y pulveriza entre agónicos gruñidos.

Del monstruo queda polvo síquico. Y una sutil brisa se encargará de hacerla desaparecer.

La efigie ha quedado vacía.

Otros chillidos remplazan a los anteriores. Vienen de otra habitación, donde varios cuerpos se revuelcan por el piso presos de histérica epilepsia, tienen las manos crispadas en las gargantas. Son hembras *Homo* y ya no pueden proferir el grito de terror que anhelan vehementemente; se asfixian a falta de la vitalidad que les suministraba el monstruo síquico. Muy pronto mueren.

Cae un silencio.

—¡Ven! —oigo nuevamente.

Da belleza al silencio.

—¡Ven!

Todas las esculturas antropomorfas de maravillosa euritmia que se encuentran en el basto salón rodeando el ara muerta y a la efigie femenina que está sobre él, están agrietados y desportillados.

—¡Ven!

Esta vez suena imperioso y preventivo. Lo relaciono con mi acuciante alarma interna... ¡Sí y es porque el edificio tiembla como víctima de un terremoto! El techo partiéndose se viene para abajo, rompe a las columnas y las aplasta! ¡No hay escapatoria para mí!

—¡Ven!

Suena tranquilizador; nítido dentro del fragor. Me indica que todo tiene remedio.

Bajo mis pies el piso se abre, cerrándose luego conmigo adentro. La trampa me ha librado oportunamente de tortuosos momentos y me ha permitido caer en un extraño aposento, de paredes difuminadas, y carente de gravedad. Floto suavemente. El lugar esta intensamente iluminado por radiaciones no fotónicas... Caigo en la cuenta de que el aposento tiene dimensiones ilimitadas, es como si me encontrara flotando en el espacio al igual que numerosos cuerpos geométricos.

—¡Ven!

Voy. Golpeo con ambos pies un plano geométrico, impulsándome y tomando una dirección no razonable pero sí intuitiva. El plano es una figura imaginada ¿por quién?; no es sólido, pero lo evoca. Es indefiniblemente luminoso y cromático. Ya me veo convertido en un pequeño cuerpo celeste errante, saltando a velocidad inimaginable, al igual que un electrón en su átomo, desde los niveles de energía más externos hasta los más internos: emitiendo energía, masa, tiempo y espacio. Toda mi composición física y química, se transforma en radiaciones mientras me voy acercando hasta... un núcleo. Tengo la sensación de que este universo se autoobserva y me tiene en cuenta en cada paso que doy. Es una ilusión maravillosa.

Una gran esfera con luz propia va creciendo rápida y paulatinamente delante mío. Es una corporización sutilísima de la sabiduría del amor, su luz lo dice todo. Un astro a cuya atmósfera me introduzco como un rayo de luz. Me detengo una vez alcanzado un vasto paraje de vaporosa poesía. Se respira un aire de conciencia despierta; si quisiera esconderme de ella o ignorarla, sería imposible; purificaría mis intenciones.

Me llego junto a un portal de vaporosa poesía. Sobresale encima de brumas inmanifestadas. Nada me dice que haya estado con anterioridad en este lugar de compartimientos delimitados por opacas cortinas de luz y sonido exclusivo. Tras una de estas cortinas, toman forma dos huríes y vienen; irradian el candor y la luz del amor. ¿El amor filosofa? No, entonces tienen un significado mucho más sutil. Mucho más. Es algo que debo aprender, conocer y saber. El lenguaje que usan es delicado, delicioso y misterioso.

El suspiro de una hurí impregna, momentáneamente, el ambiente con infinitos detalles de indescriptible belleza. Sin duda el ambiente es plástico a los sentimientos, a las sensaciones, a los pensamientos, a las

intuiciones y creo que también al verbo. Tras la misma cortina, una suave ráfaga, descubre un rosal de color y fragancia inolvidable.

Una cortina de sedas blancas, diferente a todas las demás, pende del infinito con sagrada solemnidad. Debo atravesarlas y antes de ello me convierto en cuasar microcósmico para que mi verbo en sus profundidades cree el lenguaje apropiado para pedir permiso.

Pido se me conceda ingresar en vibrante armonía. Se me concede con pluralidad infinita.

Enseguida se corren las cortinas, y en el interior, donde se supone que debería estar el Guardián del Templo hay un vacío absoluto. Agudizo mis sentidos y lo detecto: ¡Tene aureolado por una silueta filosófica! En realidad es un ser abstracto, sin forma, y la figura que ahora toma es dada por mis prejuicios antropomorfos y porta un báculo de siete nudos en su diestra.

Me inclino reverentemente ante las dos columnas sagradas del templo. Hay una conmoción en el infinito en respuesta a esta manifestación mía.

Luego:

—¿Quién sois? —se me pregunta.

Un íntimo temblor remece mi ser, tiene atávicas sensaciones. No tengo respuesta alguna, solamente terribles temblores que ensanchan mis interiores hasta el infinito.

—¿Qué buscáis?

Más temblores de introspección, por escondidos lugares de mis interiores, lugares desconocidos. Maravillosos presentimientos me vienen, que recibo con estremecimiento; son como gotas de agua que llegan a labios sedientos y que no hacen otra cosa que avivar mi sed atterradoramente. ¿Alguna vez sentí una sed parecida? ¡No! Es un atavismo de ancestrales razas y que renace en mí insoportablemente.

—¿Sabes donde te encuentras?

Inabordable ¿Cómo ubicarme dentro de la eternidad? ¿Cómo ubicarme dentro de esta inmensidad llamada existencia o vida? ¿Cómo? No encuentro la manera apropiada... No Pienses Ourus, ni siquiera lo intuyas, no, nada humano te ayudará. Resulta insignificante mi universo interior para tener la respuesta valedera. Espantosa pregunta provista de misterios, gustan. Me gustan. Es el principio maravilloso que debe disolver mi terrible ignorancia, este dolor.

—¡Conócete a ti mismo y conocerás el significado de la ilusión, es mi saludo y bienvenida querido Ourus.

Sin duda soy una ilusión. Le doy significado a la dualidad, a los polos opuestos, a la vida y a la muerte, a lo falso y a lo verdadero. La rueda del *Samsara* rige mi vida. Ilusión.

—¡Pero tienes que morir de instante en instante si quieres conseguir lo que tus padres internos buscan para ti!

Buscar ¿no es tan ilusorio como no buscar?

Inefable momento este. Inefable irrealidad. Amor llegado a mí en gotas de vida perenne.

Dentro de la bellísima música omnipresente que embarga el ambiente hay otra armonía en concierto, la de dos tenues siluetas filosóficas y divinales, la de una venerable pareja con atuendos infinitos, la de un andrógino celeste. Irradian belleza en proporciones infinitas, pero comprensibles.

Amor.

—Te estuvimos aguardando —dicen con expresión inmanifiesta—. Llegas a nosotros como una meditación. Nos has traído la miel a este desierto.

Sin duda es un sentir. Ellos lo dicen por mí.

—Te estamos profundamente agradecidos.

Sin duda lo dicen por mí.

—Soy el agradecido —balbuceo poco coherente con una nueva manera de comunicación. Inolvidable.

—Te llamamos hasta aquí por dos motivos —dicen con una sola voz—. Primero para que destruyeras al experimental engendro síquico creado por Hoge, a esa efigie alimentada por los efluvios de una doctrina descompuesta; una execración alimentada por las supersticiones y el grotesco azar síquico de los *Homo* predispuestos para ello; una monstruosidad creada en un principio con las auténticas virtudes y dones de verdaderos artistas, científicos, filósofos y místicos, cuyos cuerpos físicos en este momento al igual que sus cuerpos internos, vegetan como si fueran cascarones vacíos, dentro de máquinas que mantienen sus funciones vitales en estado latente. Física y síquicamente, están momificados... pero tienen una única esperanza de que alguien o algo les restituya lo robado. El segundo motivo está relacionado con el primero, al destruir al engendro síquico restituyes todo lo robado y estás a un paso de eliminar a su creador, a Hoge.

Agradezco, la oportunidad es única.

—Hego no sabe aún que destruiste su máxima obra —continúa—. Tuviste el buen cuidado de que así sea. Pero se enterará, se enterará que su obra gestante no pudo nacer y eso lo pondrá furioso en extremo. La efigie sólo era el principio, de tener éxito esa doctrina pudo salir del soterrado e invadir todo el planeta y quién sabe continuar expandiéndose... Cuando sepa que fuiste tú, el destructor de su gran obra, será implacable e inexorable contigo. De alguna manera sabrá que fuiste tu.

Alude a mi interior.

—Ten cuidado y mucho querido Ourus.

—Lo tendré venerable —arguyo con serena tranquilidad.

—En este trabajo necesitas de mucha ayuda. Nosotros, te la brindaremos. Te la daremos cuando la necesites. No lo dudes.

Para la poesía sagrada del ambiente llegan nuevas notas de música sideral.

—La criatura esa, sobre la que hablamos, en algún momento nos sirvió como escondite fugaz. Como no pudimos destruirla, la vigilamos y encontramos la manera de detener su rápido desarrollo.

Retardaron su desarrollo..., pueden más que eso, pero tienen que ser cautos.

—Y bueno, llegaste tú. Te invitamos... nos causa profunda meditación.

Dicen lo que yo siento. Hablan por mí.

—Observando tu interior también pudimos saber la misión que te propusiste...

—¡Sí! —completo su frase—. La de destruir a Hoge. Es personal. Es algo mío.

—También nos incumbe a nosotros. Como también les incumbe a muchos seres, que están presos bajo su dictadura.

Inesperadamente, en este momento llega un mensaje intuitivo y la plasticidad del ambiente lo traduce en figuras animadas, en vivencias y se desarrolla delante nuestro. Una atractiva joven... ¡Es Isis!, está haciendo un esfuerzo titánico por comunicarse con sagrados personajes que conoce: sutilmente evita intercepten su mensaje. Esta más linda que nunca y tiene los ojos cerrados en profunda meditación. Intuyo abstraído la aparición.

—¿Quién puede oírme...? —intuye serenamente.

Hay una levísima alarma de prevención en su acento. El mensaje debe llegar a la persona indicada. ¡Es un mensaje para el destructor del

monstruo síquico, o sea, para mí! ¡Sabe ella que fui yo quién lo hizo! Es profunda esa esperanza femenina, sabe vivo al ser que ama a pesar de terribles acontecimientos que hacen suponer lo contrario y le pide, amorosamente que se cuide.

Me cuidaré. Se supone que debería estar en... ¿Tan grave, tan terrible fue el incidente que me sumió en la amnesia? Un inquietante barullo me invade...

El mensaje es cortado rápidamente.

—Está prisionera de Hoge, en una custodia de mujeres y muy pronto será sometida a un peligroso experimento —dice la venerable pareja—. El experimento es nuevo y execrable. No hay crueldad conocida que pueda semejarse...

Todo esto último pasó inadvertido para mí, embelesado que estuve.

—Tengo que irme inmediatamente —prorrumpo.

—¡Sí, lo sabemos! Nosotros también abandonaremos este lugar. Ya cumplimos lo que se nos encomendó.

Empiezo a transformar mi organismo físico en ondas intuitivas. Trasladaré mi cuerpo a través de la quinta dimensión. Mi estabilidad celular se sutiliza gracias a mi voluntad.

—¿Sabes? —me dicen—. Tienes la facultad de trasladarte por ti mismo, lo estas recordando... pero podemos brindarte una ayuda que te hará llegar muy cerca de tu objetivo.

Sonríen mientras poco a poco desaparecen...

Parte Cuarta

LA CAIDA... Y LA SUBIDA

CAPITULO XIV

Trozos de antiguas construcciones marmóreas por los suelos. Ruinas de lo que fue un majestuoso templo períptero; enormes losas de mármol agrietado y numerosos trozos de columnas tirados al azar; comparten toda la extensión de una colina. En este lugar de ruinas, se han hecho numerosos cambios a través del tiempo. Sobre los restos de un primer edificio, se volvieron a construir otros, con menor belleza cada vez... He sido lanzado al futuro; en verdad estoy muy cerca de mi objetivo.

La soberbia reliquia está impregnada de suntuosidad. Atávica suntuosidad.

Un infante *Homo*, presencia mi aparición, en medio de las ruinas, con asombro y curiosidad. Su fantasía me compara con los muchos personajes de fábula de sus tiras cómicas. Un obeso *Homo*, a pocos pasos cerca, al parecer su padre, apreta un botón en una pequeña cámara de manos, su sucede un destello infrarrojo, y exclama:

—¡Ya está!

Y extrae del interior de la cámara una sintética hoja magnética. Las emisiones electromagnéticas aprehendidas y acumuladas recientemente en la hoja le estimulan para lanzar un grito:

—¡Oh, esto es extraordinario!

Luego entrega la hoja a uno de sus congéneres.

—¡Sí! —dice este otro—. Detrás de nosotros está el niño, pero el señor —aludiéndome—: ¡debía estar un poco más atrás: en el centro de la toma! ¡No está!

En la hoja magnética resaltan las figuras de cuatro *Homo*, dos masculinos y dos femeninos, sentados sobre una amarillenta losa. Sonríen mientras algunos metros más atrás el niño se estremece de contento y perplejidad. En el fondo, se yergue el fuste acanalado de una columna gastada por la intemperie, antecediendo la lejana distancia de un extraño cielo.

—¡Pero usted no está! —bromea el de la cámara, gritándome.

—¡Es verdad! —tercia una de las damas—. ¿Estará malograda la máquina?

—No —replica el de la cámara—. Creo que no, antes de traerla verifiqué su funcionamiento. Es nueva.

—¿Entonces?

—Es extraño.

En el momento de la toma mi anatomía física no era más que una niebla, un espejismo en solidificación.

—Es extraño —vuelve a decir el de la cámara y grita—. ¡Sorprendente, amigo! ¡Sorprendente; nuestra máquina es sorprendente!

Comprendo la sensibilidad de esa excusa.

Mi vestimenta no les impresiona si bien les llama la atención. Me voy del paraje de mármol derruido no sin antes echar un vistazo a sus numerosos visitantes. La larga cinta de una vía sintética aparece bordeando una ondulación del terreno y desaparece en la lejanía. Varios vehículos se desplazan por esa vía propulsadas por rudimentarios motores, arrojando al ambiente, componentes de monstruosa letalidad. Además, mucho ruido.

Lo olvidado regresa a mi conciente. Tengo que detenerme. La sensación es dulce y delicada, arrobante. En un roquedal solitario, rodeado de altos arbustos me abandono en la tranquilidad.

«Reminiscencias. En el Universo no hay lugar para ellas, solamente son detalles que el sueño hace inteligibles.

Reminiscencias, sois un sueño, sois el olvido.

Reminiscencias, ¿qué significa acabar para ti?

¿Se puede despertar recordando?

Y despertar en el sueño de otro,

y luego en el de otro más augusto, más magno

y más antiguo que continúe a aquél ¿y así sucesivamente?

La jerarquía del sueño».

Un sacratísimo mantram, insondable y perfecto vibra en mi laringe armonizando la eternidad de mi interior. Combina sabiamente luces, sonidos e intuiciones maravillosas. Mientras permanezco sobre un delgado colchón blanco, tengo los ojos cerrados y mi pecho sube y baja acompasadamente con la lentitud de lo profundo. Cuando mis funciones fisiológicas y psicológicas disminuyeron al mínimo, el mantram continúa

vibrando en mi interior como una íntima realidad, resuena en mi interior con inteligibles ecos de pasmo y veneración infinita. Enseguida cada una de mis células físicas suelta su par mental, son diminutas chispas abandonado la materia. Y me desprendo de mi cuerpo físico.

—¡Omniscio! —profiero exultante.

—¡Claro que sí! —complementa el resplandeciente cuerpo mental de mi maestro instructor, que también abandona su cuerpo físico cerca al mío en otro colchón.

Viste immaculado aura.

—Acompáñame —dice enseguida.

Partimos de una gigantesca ciudad subterránea. Atravesamos un grueso manto de roca para alcanzar la superficie accidentada, encima de los edificios de metal y cristal líquidos de la ciudad. Cerca un colosal volcán regurgita ingentes cantidades de líquida roca que escurre luego para unirse a una extensa laguna de lava rojiza. Vapores anímicos se levantan de la laguna en exultantes vaharadas incandescentes; es lo mismo afirmar que incontables criaturas etéreas de la naturaleza retozan dentro de la aureola ígnea agitando verdaderas tormentas minerales, algunas criaturas sedimentan, otras solidifican y aquellas cristalizan sus virtudes y propiedades físicas. Cruzamos a través de ellas sin importunarlas y nos lanzamos al infinito.

Pronto y bien arriba, a punto de abandonar el aura planetario distinguimos la espiral del planeta. La espiral del eterno presente cuyos extremos inmensurables se unen en la eternidad, en lo inmanifestado; es un símbolo del infinito. En realidad todos los cuerpos celestes son una espiral cuyos extremos se pierden en la iluminada noche del infinito; una espiral viva; la esfera no muestra más que un relativo presente: la ilusión. ¿La espiral no es una mayor ilusión?... Fuera del aura planetario la maravillosa sinfonía estelar nos golpea con sus rayos vivos, cada cuerpo celeste es una fracción de infinito completa e instantánea y podemos intuir la particularidad de cada uno de ellos sin interferencias.

Somos dos puntos luminosos, desplazándonos rumbo a la delgada espiral plateada de una luna que brilla en el espacio serpenteando al planeta.

—El satélite está repleto de luz —dice mi maestro instructor.

—Sí —converso—. Está radiante.

Y bello.

—No dirás lo mismo cuando estés en su interior.

—¡Oh, sí, comprendo...!

Allí no hay tinieblas, hay algo peor. El satélite es un inexpugnable reformatorio mental.

—Como bien lo sabes —dice—, es la madre de mi planeta. En ella nacieron, crecieron y murieron siete razas humanas. Eso mismo está repitiéndose ahora en mi planeta, habrá siete razas.

Pude comprobar esta verdad en los archivos *akashicos* del planeta. Todo está perfectamente documentado; todos los infinitos detalles de su historia, desde su salida de lo inmanifestado están grabados permanentemente en intuitivas escenas... Lo sucedido en el día anterior cósmico con el satélite está unido al del planeta...

—Ahora —continúa—. ¡Es un cadáver en descomposición, está volviendo al polvo de donde fue tomado! Todo su destino, toda su vida, fue legado, con algunas diferencias, a su hijo a través de genes planetarios.

Cuando ingresamos dentro de la mortecina aura del satélite, que representa insignificante atmósfera sin gases respirables para la vida física, el ambiente se torna tétrico, frígido, desconfiado y mal oliente. La pesadez de sus materiales se incrementa indescriptiblemente; supura un lamento sufriente, ilimitado.

Algunas criaturas arrastran su deformidad sobre el lodo fantasmal empapado con lágrimas absurdas. Tragan el barro enfermizo y lo expelen dolorosamente tras de sí. Otras sintiendo nuestra presencia deciden hundirse dentro del hedor, para esconderse. En fin, el incontable número de criaturas con monstruosa sin forma y con el sino desesperado, lucha por sobrevivir dentro del azar.

—Vayamos hacia la parte oscura del satélite —me dice con un susurro metafórico.

Momentos después la penumbra nos rodea y dentro de ella cientos de cadáveres disuelven sus carnes mefíticamente. De muchos de ellos en reciente descomposición, brotan monstruosas larvas ¡y su instinto de conservación las trae hasta nosotros blandiendo increíble apetito! Son larvas defectuosas, egoicas, infrahumanas, necesitan alimento síquico para vivir y crecer. Se estrellan contra nuestras auras y rebotan chisporroteando e incendiándose; otras que no fueron alcanzadas por nuestras radiantes auras, retroceden temerosas hasta perderse en los huecos oscuros de donde salieron. Más adelante las sombras resignadas le ceden su lugar al némesis.

Atravesamos una laguna de oscuros líquidos espesos, semisólidos u opacos convulsionados por tormentas de histeria y desesperación. Las miasmas anímicas de sus aguas, hieden a pánico, extendiéndose hasta muy afuera de sus orillas. La vida es lentísima.

Un engendro reptiliano y con cornamenta se dirige a su antro, en el camino tropieza consigo mismo. La caída es tan larga que queda suspendido en el vacío. Desespera concluir por los suelos con un frenesí de mente, la altura le duele más que toda caída. Aberración apasionada para él.

—Predicaba —dice mi maestro instructor—, una sabiduría acomodada por él. Suponía que era correcta y divina en nombre de los santos dioses. Fundó una institución con engaños. Con vehemencia ciega utilizaba medios vedados, inocentes según él, lo importante es el resultado decía, para mantener la credulidad de sus prosélitos. Y, bueno, ahora varios incautos que le siguieron hasta el final lo acompañan dentro de su cueva. ¿Las buenas intenciones también empedran estos lugares? En realidad no son buenas intenciones, son intenciones equivocadas. ¿Pero quién las equivoca? Sin duda nada auténtico. Sin duda, la ilusión, el ego.

Luego esa visión desaparece instantáneamente, como si alguien lo hubiera dejado de pensar o de meditar distraído por otro acontecimiento como el que ahora encontramos. Una silueta sedente, de obsidiana con algunos rasgos humanos, trata de erguirse de su asiento de roca mohosa, con la lentitud de lo inmóvil; se mueve con la infinita lentitud de la pseudo sapiencia, de la equivocación, del olvido. Nos enfoca con sus ojos vacíos, sin vernos. Sus gestos beatíficos esconden toda su ignorancia. Y viste limpiamente una túnica de seda.

—Formó una poderosa institución, también en nombre de los dioses santos —dice, aludiendo al ente de obsidiana—. ¡Sin permiso de ellos! Supuso que para fundar una verdadera institución divina y luego enseñar en ella bastaba con lo que había leído y escuchado. Su supuesta autorrealización no le llevo ¡jamás! a comprobar lo que predicaba, por lo visto profundo pero carente de lo esencial. Nos sentimos consternados por la falsa santidad y sabiduría que mostraba a su grey y a sus simpatizantes. ¡Ay!, ignoraba lo indecible y lo sufría a escondidas.

Pasamos por detrás de él. A tras luz, vemos que del interior de su cuerpo son despedidos fantasmagóricos halitos con forma de sombras sufrientes. Estas, al desaparecer en la penumbra reinante, se transforman en alaridos, cuyos ecos vibran interminablemente.

La densidad es mucho mayor donde las tinieblas son más oscuras.

Jadeos, respiros con cardiopatías de locura, vienen y van sin dirección definida.

Los jadeos inevitables tienen origen dentro de una bruma. Profundos y rápidos, acompañados con explosivos palpitos oscilantes. Nos introducimos dentro de la bruma, entonces un quejido rompe esa monotonía de respiros difíciles:

—¿Oh!

Quién emite esa exclamación, levanta un pie, luego el otro, marchando en el mismo lugar con la rapidez necesaria de la exorcización. No hay avance alguno en cada paso que da.

—¡Oh!

Cae el polvo de incontables siglos en pocos instantes con abundancia pluvial, acumulándose rápidamente en torno del sentenciado. Este corre, evitando ser enterrado por el polvo, se hunde penosamente en algún momento. Corre y corre eternamente.

—¡Oh!

Está cansadísimo hasta lo inevitable.

—¡Oh!

Saca fuerzas de flaqueza de donde nunca lo tuvo, especialmente cuando resbala y cae.

—¡Oh!

Su rostro es una careta sin vida, donde las sensaciones hace mucho que fueron sobrepasadas.

—¡Oh!

No se da cuenta que si detuviera su frenética marcha el polvo cesaría de caer, porque él es el centro dinámico de que así suceda.

—¡Oh!

Mi maestro instructor observa la escena con introvertida atención. Y dice:

—Dirigía una maravillosa organización autoregenerativa en un planeta degenerado. Suponía que su manera equivocada de gobernar, era la correcta. Convirtió a mucho de sus sinceros seguidores en andrajos, en repeticiones suyas, con maneras de pensar y actuar limitadísimos. Si alguien rompía por esfuerzo propio esa subjetividad de la más ínfima calidad, era rechazado, juzgado y condenado con fanatismo.

—¡Oh!

—Les señalaba el camino para esclavizarlos; sufría por liberarlos decía él y recorría caminos tortuosos como nadie para salvarlos. Inconscientemente implantó una jerarquía en la que debía ser considerado como una divinidad infalible. Los obligaba si era necesario.

—¡Mira! —le interrumpo— ¡Alguien escapa de la prisión...!

Más allá de la tormenta de polvo que oprimía al desgraciado, en una región tenebrosa, otra estremecedora criatura va adquiriendo progresiva rapidez y vitalidad inusual. Pronto su aspecto pétreo se rodea de un halo eléctrico.

—¡Espera Ourus, lo están invocando desde el universo físico!

En efecto, lo están liberando con una poderosa invocación nigromante. Hasta nosotros llega el inteligible llamado sibilino con la fuerza necesaria para romper las sólidas barreras energéticas del reformatorio. ¡No puedo permitir que escape! Pero, se lo llevan. Desaparece de nuestros sentidos mentales. ¡Ya es demasiado tarde para detenerlo!

—¡Aún no! —dice serenamente la voz venerable del instructor—. Quienes lo están llamando están en la parte física de la luna. O sea aquí mismo pero en lo físico.

Irradia confianza. Tácitamente me da la libertad de encargarme del caso. Me impresiona su seguridad ¡sabe que puedo traerlo de vuelta!

Sí. Lo haré.

Inmediatamente llamo a mi cuerpo físico. Lo visualizo nítidamente y cuando mis células alcanzan la sutilidad de un mantram lo introduzco en la dimensión mental, trayéndolo hasta aquí. Gracias al Verbo, unos maravillosos dedos pulsan un sutilísimo teclado, arrancando de ellas los deliciosos sonidos con los que me identifico con la materia y alcanzo la solidez. Tuve mucho cuidado en traer conmigo lo necesario para salvar la bajísima temperatura espacial y sus letales radiaciones. Traje también una prevención cimbrando en mi interior:

—Ten cuidado..., mucho cuidado.

Tiene el timbre intuitivo del maravilloso ser que se quedó en la dimensión mental del satélite.

Todo es tranquilidad. La noche sideral integra y poética titila a amor en el negro espacio.

Sí, ya tengo la consistencia y el peso necesario como para posar mis pies sobre el polvo lunar y acabo de oír las últimas palabras que cierran ¡la invocación nigromante! Luego, la misma voz ordena:

—Ya lo tenemos ¡Vámonos!

—Como usted lo ordene —corean obedientes sus dos acompañantes.

No. No podrán irse.

Entonces el tipo de la invocación instintivamente se vuelve en dirección mía y sin verme, pues estoy escondido por los accidentes del terreno, trona:

—¿Quién está ahí?, responda.

Encienden sensitivos aparatos de detección; a estos implementos podría engañarlos, pero no tan fácilmente a la insipiente clarividencia.

—¡Responda! ¿Quién es?

Observante mutismo mío. Salgo de mi escondite. Momentos antes mi misteriosa presencia les causó un severo susto, ahora repuestos me interrogan con osadía.

Les impacienta mi silencio, ¿están acostumbrados a mandar y ser obedecidos inmediatamente! Esta vez son más contemplativos, algo en sus interiores les sugiere cautela. Inmóvil los observo.

—¿Qué quieres? —dice el mismo individuo mientras busca una respuesta en mi semblante.

Basta un detalle insignificante para hacerle fruncir el rostro con ira contenida. La ira siempre esconde miedo. La ira es la careta del miedo y es evidente. La ira se propaga a sus acompañantes. La ira tras las armas, esconde al miedo. El que da las órdenes, me mira fijamente: como si con ello quisiera recordar un rostro conocido. Sí, ¡le soy conocido de mi infancia!... También te recuerdo, te vi en una sola oportunidad: en aguas abisales cuando jugaba con mis amiguitos elementales... Luego, su elocuente mirada se torna silenciosa y abismal.

—¿Sí? ¡Responda!

¿Qué hago aquí? Es la pregunta que no se atreven a lanzármela. Suponían vacío y solitario al gélido satélite, por lo menos en esta parte que tiene la forma de una colosal burbuja explotada hace mucho tiempo, dejando un resto cóncavo hundido dentro del paisaje.

—Vi lo que hicieron —digo imperturbable—; también lo oí. Es ilegal... La execración que liberaron acabará por devorarlos a todos ustedes.

Les inquieto, lo desconocido les inquieta.

Uno de ellos, el de baja estatura reaccionando rápidamente trata de hablar, siendo cortado antes de hacerlo.

—Con él nada de excusas —se le ordena—. No valen.

Perspicaz. Luego dirigiéndose hacía mí, amenaza:

—¡Vete, antes que pierda la paciencia!

Me permito callar. Estoy tan inmóvil como cualquiera de las extrañas rocas lunares y de exóticas formas siderales dispersas en torno. Luego de un ademán secreto entre ellos, una mano se levanta en dirección mía y despidе un sinuoso chorro luminoso. Me retiro a tiempo y tras de mi saltan los fragmentos de una maciza roca.

Han quedado sorprendidos por mi increíble rapidez. Otra descarga pasa bajo mis pies, pulverizando lo que toca. Luego, una voltereta aérea es demasiado providencial como para evitar el devastador efecto licuante de otro rayo con la potencia al máximo. Están utilizando acumuladores eléctricos de alta potencia para emergencia espacial. Esta es una emergencia para ellos. Evito poner los pies en el lugar donde el piso licuado empieza a vitrificar un espejo cristalino.

La mano desciende. Todos los rostros están dibujados con ceñuda superioridad.

—¡Vete muchacho! —dice uno de ellos con poca autoridad—. Estas desarmado. ¡Disculpamos tu atrevimiento!

Desarmado ¡qué equivocados están!

La ironía de sus labios se ha transformado en mueca cruel. Mi mutismo es un atrevimiento para ellos y los tres juntos levantan sendos brazos transpirando tenuemente una inexorable sentencia. Pero ocurre lo inesperado, para ellos, ¡el ademán les queda vacío, no brota el rayo que debían lanzar!

Entienden que quedaron anulados a medias, pero ¿cómo? ¿De que manera? Sólo atinan a deducir que fui yo el causante. Incomprensible, sobrenatural. La superstición los va ganado. Sencillamente sin que ellos se dieran cuenta y utilizando ondas mentales fundí los finísimos conductos de cristal que liberan la electricidad de pequeños acumuladores que están incluidos en sus ropas.

Se descorre un cierre magnético y de su interior es extraído el mango de un arma peligrosísima, para cuya letalidad mi atuendo es insignificante. Del mango brota una hoja de espada de cristal incandescente. El arma es fría en sí, pero cuando toca algún objeto, cualquiera sin excepción, completa un arco voltaico con la temperatura de miles de grados, lo suficiente para vaporizar cualquier cosa conocida. Utiliza la electricidad humana del portador, la que se convierte en calor en unos diminutos

transformadores; el calor puede ser graduado a voluntad con sólo pensarlo o desearlo.

—¡Tu, lo quisiste! —gruñe con un gesto homicida maloliente el de baja estatura.

Interesante. Oigo, imperturbable.

Tengo la ventaja de la rapidez y él lo sabe, pero está demasiado confiado en las virtudes de su arma. Ataca y me agacho rápidamente mientras mi pierna izquierda gira en círculo a ras del suelo, golpeo sus piernas y lo derribo. Mientras cae de un puntapié le arrebató la espada, que salta hacia arriba, apagándose y la tomo en el aire. El arma me servirá para defenderme.

Le permito levantarse del polvoriento piso y alejarse, mientras soporto la arremetida de otro de los subordinados, más diestro. Se golpean nuestras armas despidiendo espectaculares relámpagos que iluminan y dan vida enigmática y abstracta a las cercanas rocas lunares.

Tengo que arrancarle la espada sin causarle el menor daño posible. Y llega el momento tras un destello en que corta una roca como si fuera de gelatina, golpeo con el pie la parte trasera del mango haciéndola saltar de su mano. Impido que pueda recogerlo adelantándome a cada movimiento suyo. Apagada su espada, sobre el polvo, es fácil de destruir, simplemente la toco con mi arma y se volatiliza.

Un sorpresivo silencio satura las cercanías a la redonda. ¿Silencio? No, es un extraño susurro, una absurda letanía sordamente inteligible. Murmurada dentro de los labios, del que hasta el momento se ha mantenido espectador y dando ordenes. Un ligero estremecimiento me hace comprender tan extraña actitud ¡Acaba de invocar a otra tenebrosa entidad, presa en las brumas del némesis en el universo mental del satélite! ¡La ha liberado, al igual que a la otra entidad, y lo lanza contra mí!

Una monstruosa presión inmovilizante, morbosa y síquica que parece emanar desde mi interior me paraliza, midiendo sus fuerzas conmigo. Se que nada físico puede ayudarme, ni menos la poderosa espada que tiembla en mis manos queriendo escaparse... La presión, que gana terreno pese a mis esfuerzos, luego se combina con un agudo dolor punzante: ¡Un agujonazo de terror inducido! Una trampa enfermiza para sentirla síquicamente. Una disculpa para abandonar la vigilia y sumirme en un sueño de olvidos. No estoy dispuesto a aceptarlo ¡no!

Mis piernas entumecidas se niegan a soportar mi peso, voy a caer. Luego, una oleada de fuego roe mis entrañas con el estrépido torvo de

una carcajada lasciva sufriente. ¡Es una trampa, tiene la solidez de la ignorancia y se hunde en mi interior tratando de instigarme una pesadilla en vigilia! Tampoco estoy dispuesto a permitirlo... ¡Ah, no!, ahora una involuntaria contracción espasmódica me sume en posición fetal. Mi rigidez es alarmante y está a punto de suspender el funcionamiento de mis pulmones y causarme un paro cardíaco; al mismo tiempo que algo trata de pensar en mi cerebro desplazando mis mientes... ¡es inenarrable esa proyección absorbente! Tampoco estoy dispuesto a ceder.

Mis ojos están bien abiertos, sin mirar. Siento hundirse mis rodillas en el polvo. Y entonces reuniendo fuerzas internas con toda mi voluntad me dispongo a contraatacar... Un momento, algo está cambiando sin yo intervenir: la grotesca influencia infrahumana y sus lúgubres intenciones de destruirme son apartadas de mí como el mal olor por una brisa balsámica. La respuesta de quién me socorrió sin pedirlo la tengo en la tácita sonrisa de mi maestro instructor en la dimensión mental:

—Volvamos a la ciudad—dice—. Allí te espero.

No hay reproches ni alabanzas, solo profunda comprensión. Paz.

Es inútil buscar al trío. Ellos huyeron mientras me distraían con esa entidad que por lo que veo ha sido regresada a su celda de la prisión lunar.

¿Quiénes son ellos, que han logrado romper las barreras del reformatorio para sacar a ese absurdo cúmulo de errores? Sé que ellos serán protagonistas de hechos nugatorios en el cercano futuro.

Momentos después en la ciudad subterránea, en una habitación del mismo edificio de donde partiéramos para la luna, poso mi mirada en una de las bellas pinturas pentadimensionales, sólo sondeable por el alma, que adosa las paredes esféricas. Una maravillosa planta, de hojas menudas y única flor, perfuma el ambiente y emite a la vez dulcísima música. La planta, está constituida de células enormes, flotando en un delicioso océano gaseoso y oscilante; microscópicos relámpagos reunidos la iluminan; transmuta constantemente y con indefinible intermitencia progresiva la luz y todo su espectro. La flor en sí, cercana a lo etérico desplazándose como cualquier ser animado viene hasta nosotros levitando y se apresta a escuchar nuestra conversación, de ello sacará cierto tipo de energía que le servirá para nutrirse.

—¡Fueron, Hoge y sus dos lugartenientes—dice mi maestro instructor refiriéndose a los hechos ocurridos en el satélite— los que escaparon llevándose a un tenebroso amigo suyo, a una siniestra entidad

mental. Para ello utilizaron poderosas invocaciones prohibidas. Sin duda se lo llevaron para proseguir con sus planes perversos.

Esa entidad rescatada de las regiones lunares del némesis, no tenía otro destino que el de involucionar hasta devolver todo a la naturaleza.

—¿Conoces a Hoge? —pregunto.

—Sí. Desde muy pequeño..., desde mucho antes, de otras vidas. El divulgar su vida no me incumbe, es un secreto que debo guardar, excepto algunas cosas que voy a contarte.

Cuidado hermetismo para ello. Respeta la vida privada de cada individuo con estricta honradez. Dudo que Hoge haga lo mismo, todo lo que conoce y todo lo que llegue a conocer lo utiliza para sus fines...

—Fue un buen alumno mío —continúa—. Aprendió muchas cosas y verdaderas de auténticos maestros. Llegó a conocer el arcano de la simiente y de la generación. El arcano de los dioses santos. El arcano del andrógino. Con ello logró alcanzar poderes y sabiduría; pero lo abandono seducido por sí mismo antes de haber concluido su completa instrucción. Fue seducido por los defectos que no logró desintegrar a tiempo. Se equivocó, se degeneró.

Sevicia egoica.

—Quiso adquirir todos y más poderes y rápidamente para gobernar todo lo existente por el terror y el sueño, la impotencia y la resignación, el dolor y el servilismo. Quiso riquezas...

Se ha detenido inspirado por una corazonada. Y atina:

—¡Sí, eso es! Su presencia en el satélite fue nada menos que para completar su elite de confianza, sus ¡tres demonios! Debe revivir el cuerpo muerto y momificado de una secuaz suya, la más terrible de los tres, con la perversa entidad robada en la luna. Sin duda, que pronto se hará dueño de los más importantes adelantos y secuestrará a sus más prominentes cultores! ¡Sin duda está en peligro la Ciencia, el Arte, la Filosofía y la Mística! ¡En suma estará en peligro todo lo humano!

La revelación es pasmosa ¿Cómo yo no sabía de la existencia exacta de Hoge? ¿Cómo lo ignoré hasta estos momentos?

—Eres demasiado joven, Ourus —interrumpe mis pensamientos el venerable ser que me instruye—. Tu preparación para la vida ha sido y continua siendo magnífica, profunda e insondable, infinitamente distinta y trascendente de la que reciben la totalidad de tus congéneres, con algunas otras excepciones; por lo tanto eres incomprensible para ellos; tu vida es un misterio para ellos a pesar de la connivencia mutua y cotidiana

que tienes con ellos. Pero, aún así, apenas conoces a Hoge, y es tiempo de que lo hagas profundamente.

Estimulante.

—Ellos, tus congéneres, conocen a Hoge, pero superficialmente —prosigue aleccionador—. Lo consideran como a un personaje virtuoso. Como a un hombre de empresas muy humanas. Como a un autentico y desinteresado mecenas que formó fortuna con sacrificio, esfuerzo y honradez. Como a un inspirado artista. Como a un cultísimo literato y muy sabio, etc y etc. En fin a alguien a quien imitar, a alguien a quien se puede dar toda una confianza, a alguien a quien entregar el gobierno. Bastara que alguien dijera una verdad profunda con respecto a él para que este alguien fuera rechazado y condenado por todos ellos que lo admiran y lo tienen como hombre correcto. Estoy seguro, que toda esta mentira, pronto será eliminada, sin que todos ellos se enteren. Sé que a ti no te engañarán esas apariencias de Hoge.

Se que muy pronto volveremos a encontrarnos con Hoge. Y como lo fue en el satélite, Hoge es una duda para mí ¿por qué?: no me lo puedo explicar. Una duda con el sinónimo de ¡prevención!

—¡Sí! —escucho—. Y tienes que tener mucho cuidado. Debes extremar tus precauciones y mucho más.

¿Qué sucede? Cada vez que trato de sacar al conciente, esa duda, siento incertidumbre; es inusual en mi. Me viene una sensación instintiva, ancestral, atávica, algo para buscarla en profunda meditación; ¿es algo de que debo enterarme con premura? ¿Porque? ¿Que trae el futuro que me enerva? Es una sensación que poco puedo esconder a la perspicacia de mi instructor.

—¿Qué te sucede? —dice esforzándose por comprenderme.

—No se preocupe —replico—. No tiene importancia. Necesito estar solo.

¿Sólo? ¿No tiene importancia? Ambas, son justificaciones indebidas, salidas desde algún lugar desconocido de mi interior. Son grotescas y animalizadas. Tengo que analizar y ubicar su origen. Es un legado de mis ancestros, los tengo porque me corresponden. Lo que conseguimos en un tiempo pasado, vuelve a nosotros en el presente. Tengo que encontrar las causas de esas dudas en mi interior para erradicarlo...

Respetuoso silencio guarda el ser al que ahora me dirijo:

—Permítame retirarme.

—Adelante. Adelante.

¿Que significado tiene para mí esta sensación fosilizada? Es un aviso por venir instintivo e irracional, ya no tengo duda de ello, tiene la incertidumbre que puede despertar otros, animalizados e infrahumanos injertos en mi interior si no encuentro su razón de ser ahora mismo. Sin duda es algo adrede... ¿Quién eres Hoge?

Algo grave va a suceder. Hoge, tiene el tiempo a su favor.

Una antena teletransportadora me lleva hasta un salón de espera. Luego paseo mis ojos por entre los muebles y las pocas personas que se encuentran en él. Y ahí está, linda como siempre, Isis mi novia, esperándome. Me aproximo a ella. Está cómodamente sentada en uno de los cómodos muebles flotantes que levitan sobre un invisible colchón electromagnético. Al verme gira en dirección mía.

—Isis —digo llegando hasta ella, meditando.

—¿Que te pasa? —pregunta con sus penetrantes ojos claros buscando los míos.

Mutismo mío.

—¿Estas bien?

¡Oh! Me siento abrumadoramente arrastrado hacia la introspección. La respuesta a mi incertidumbre está acercándose. Está demasiado cercana... pero obstinadamente inasible: se me va. Abstracta e ininteligible. ¡Está velada adrede! ¿Quién eres Hoge?

Mutismo mío.

Los ojos de mi novia me escrutan intuitivamente y nada le escondo. Su comprensión es extasiadamente femenina, gloriosamente femenina. Infinita.

—¿Sabes? —le empiezo a relatar— Fuimos al satélite, como ya te anticipé. Allí...

Me escucha con creciente atención. Y al final nos encaminamos en dirección a los espejos transportadores. Mi incertidumbre la ha introvertido también, la sensación es nueva para ambos. Y prorrumpe serena:

—Es peligroso lo que presientes. Nos concierne a los dos... No intentes alejarme de esto.

Peligro, cualquiera que seas, debo enfrentarte solo. Isis estará protegida en el hogar de sus padres. Sí.

—¡No! —protesta.

Lo sabía, ella no se separará para nada de mi lado y no es lo correcto.

Nos miramos en silencio: nuestros ojos están limpios de dudas, sabemos a que atenernos. Nos asombra nuestra propia serenidad. Ella

se transfigura tenuemente: un aura de amor acrecienta su belleza divinamente ¡la hace más mujer!

Instantáneamente nos teletransportamos el Centro de Exposiciones previsto. El inmenso edificio es una obra de arte, está construido en su mayor parte de finísimo cristal líquido transparente; tiene todo el aspecto de una burbuja que refleja los colores dorados y violáceos del anochecer. Sube y baja al azar de la ingravidez inducida, es así como evoca leves rebotes dentro de un entorno delimitado por obeliscos de diferente longitud, superior a los cien metros, y gruesos diámetros. Los obeliscos, ¡oníricamente bellos!, son de cristal y metal líquido cromático, presentan perforaciones e incontables agujeros afinados musicalmente, la brisa permanente y los esporádicos vientos se inspiran aquí para emitir las más bellas sinfonías. Los compartimientos pequeños y los grandes salones, son otras tantas burbujas flotando en el interior de la gran burbuja carente de gravedad. El salón a cuyo interior nos hemos trasladado es el de mayor dimensión del edificio, con unos doscientos metros de diámetro; una delgada alfombra transparente flotando en medio hace las veces de piso tetradimensional: es habitable en ambas caras, podemos ver las plantas de los calzados de los que están en el piso de abajo y ellos las nuestras. Los compartimientos se repelen armoniosamente, gracias a la cambiante polaridad magnética de cada uno de ellos: así evitan colisiones a la vez que rotan sobre sí mismos.

Es temprano para la exposición, pero los trabajos y sus autores ya están aquí. Ambos son excepcionales. Los invitados, los primeros en llegar, también esperan el momento inaugural.

Bajo nuestros pies, en la otra cara del piso, el ademán de un amigo es una verdadera muestra de beatitud artística y alegre exaltación mientras retoca su obra. Algo en su actitud dice que él sólo fue un instrumento de excelsos espíritus, restando méritos para sí. Asevera que su trabajo ha cobrado individualidad, inteligencia, voluntad y derroteros propios desde el momento en que empezó a hacerla, superando hartamente sus aspiraciones. Es una metáfora ubicua, demasiado real para ser verdad, demasiado viva para ser real. Nos ve y nos brinda un ademán que retribuimos.

El augusto hechizo que emana del arte reunido ha transformado al edificio, inerte e impersonal como de costumbre, en entidad viviente. Podemos sentir e intuir el sutilísimo palpitar de un sublime corazón, momentáneo de unos días, y las emociones superiores que alberga. Cogita. Todo esto, maravilloso, es alterado cuando:

—¡Señores, ayúdenme!

Es un clamor que a algunos introvierte y a otros aperpleja. Es una súplica dirigida a los pocos individuos que nos encontramos aquí.

—¡Ayúdenme! ¡Mis esculturas desaparecieron delante de mis ojos! ¡Se esfumaron!

—Cálmese amigo —replica un colega suyo—. ¿Cómo sucedió?

—¡No lo sé! Desaparecieron... ¡Sospecho que me lo robaron: Es la única explicación que tengo!

Exquisita deducción. El robo en sus inicios, es indefinible. El comienzo de una epidemia.

—Cálmese amigo.

Siento un ligero temblor en mi interior. ¡Mi incertidumbre de días atrás empieza a ser descifrada, a ser respondida!

Delante de nosotros una pintura mental empieza a desvanecerse y desaparece dejando atónitos a todos ¿a todos? Dentro de mi serenidad siento alivio. Todo esto está relacionado a Hoge. Es una siniestra actividad suya.

—¡Hagan algo! —grita inquieto el autor de la pintura recién desaparecida.

—Sí, pero... ¿Cómo?

—¡Pidan ayuda!

Alguien vuelve corriendo:

—¡Cortaron todas las comunicaciones con los demás salones y con el exterior, estamos aislados! ¡Oh, miren, esa escultura también desaparece, lo mismo que la pintura contigua!

Es verdad. Y otra más.

Las están robando absorbiéndolas con cámaras virtuales. Esas pequeñas máquinas, del tamaño y grosor de dos dedos, transforman los átomos de los cuerpos en fotones y los aspiran para guardarlos en sus diminutos acumuladores, más tarde esos cuerpos pueden ser devueltos a la normalidad. Las cámaras no sirven para cuerpos de carne y hueso. Ahora el individuo, que la porta escondida en una mano, disimuladamente apunta hacia un obelisco... No, no esta sólo, tiene compañeros y todos están distribuidos el amplio salón imitándolo... cuento hasta cuatro. Identifico a uno de ellos: ¡es uno de los individuos con los que combatí en el satélite! Sé lo que voy ha hacer.

Hay gran preocupación alrededor y crece más de lo esperado.

Les arrebato las cámaras, de un tirón, con la fuerza de mi voluntad y rápidamente las atraigo hasta mis manos. Sorprendidos las vieron alejarse y luego me miran sobresaltados. Sin perder tiempo y desdeñando a las demás personas por considerarlas un problema insignificante, tratan de recuperar violentamente lo que les fue quitado. Saben que no se les devolverá sin agresividad. Isis, está tranquila, dispuesta a luchar.

Los autores de la exposición anticipando los acontecimientos que se avecinan retroceden agrupándose y dejándonos solos en un extremo del salón, frente a los pillos. Es mejor así

La sinfonía ambiental sigue siendo la misma. En la burbuja más cercana han advertido nuestra situación. No pueden hacer nada más que observar conmovidos: también están incomunicados.

Hoge, ¿donde estas? No tengo la menor duda que estás observando atentamente estos hechos. Tus subordinados no dirán palabra alguna mientras no recuperen las cámaras. Saben lo que deben hacer. En cada una de sus diestras surgen unas espadas luminosas de color azul intenso. Y sus rostros de roca se niegan a expresar sus verdaderas intenciones, pero sus alientos energéticos no pueden esconder sus ansias homicidas.

Ágilmente esquivamos los primeros golpes simultáneos y en este pequeño lapso el piso ha sido perforado en todo su espesor, fundido en los puntos donde tocaron las espadas. En el siguiente momento me agacho, escapando de otro espadazo, en cambio una escultura es tocada y partida por la mitad. Me aparto de Isis, arrastrando tras mío, en persecución, a la mayor parte de la caterva. Sé que mis golpes, sean de pies o manos, nada pueden hacer contra la armadura magnética de sus atuendos, pero sí puedo aumentar su ira y un iracundo comete los peores errores. Doy un buen puntapié en el vientre más cercano y un perfecto codazo en la cara de la misma persona, haciéndolo tambalear e inclinar hacia atrás. En continuada simultaneidad bloqueo el incinerante golpe que vino por mis espaldas, frenando sobre mi rostro un rudo brazo armado; golpeo en la frente al dueño de ese brazo haciéndolo recular y enseguida con un potente talonazo en el torso los derribo.

Mientras tanto, Isis, evitó un feroz golpe que luego ha perforado la burbuja chisporroteando gotas de cristal líquido incandescente fuera de la burbuja salón. Está siendo acosada por dos tipos sedientos fácil victoria. ¿Fácil?, lo dudo. Una feliz e inteligente maniobra suya le permite dar un empujón a uno de ellos y sacarlo fuera del salón por el boquete fundido, e inmovilizarlo con la ingravidez externa del salón. Pero el otro es experto espadachín, mucho más que estos tres juntos que me escogieron

eventualmente. ¡Tengo que desarmar cuanto antes a aquél! Es imposible hacerlo con ultrasonido o con cualquier onda electromagnética, el campo protector que lo rodea lo impediría. Tiene que haber otra solución.

Las personas que observan la lid, protegidos por la precaución y el temor, tienen una secreta esperanza... remota de que escapemos yo e Isis con vida.

¿Dónde estas Hoge? En algún lugar anónimo, preparando una trampa. Intuyo tu espectante halito.

Una rápida contorción mía permite que dos espadas, errándome, se toquen originando una potente explosión luminosa; nos sume en una instantánea invisibilidad celeste, sin enceguecernos. Aprovecho el breve respiro que me ofrecen un momento después en que coordinan un nuevo ataque, para reunir mis fuerzas internas y convertirme en microcósmica estrella de luz invisible para mis oponentes y demás personas. Así mi voluntad en ignición se encarga de concentrar toda su fuerza en la parte más vulnerable de las armas: los mangos.

Las armas son imperdonables. Ahora tienen una trayectoria calculada e implacable. Mi profunda concentración me pide inmovilidad total. ¡Un poco más y me habrán tocado! El triunfo empieza a convertirse en mohín en mis atacantes, mientras que un grito desgarrador brota de alguna garganta espectadora anticipándose a la tragedia. Pero no, no hay tragedia, antes las espadas saltan en pedazos y acaban pulverizándose.

Desenlace inesperado. Deja escapar los suspiros contenidos con aprensión.

Hay pasmo, alivio y alegría en aquellos que en pequeños grupos observan de cerca. Hay pasmo, temor y fatalidad en estos que retroceden sin prisa, anhelando una ayuda inmediata.

Más allá, esquivando y siempre retrocediendo, Isis, se defiende valerosamente. Jamás vi la acrobacia tan bellamente utilizada. Entonces, desde esta distancia con un destello invisible de voluntad hago saltar el arma de su oponente hacia lo alto. Ella derriba a ese hombre y coge el arma en el aire. Luego:

—¡Quieto! —le ordena apuntándole el torso.

La maravillosa música se escapa a torrentes por el boquete desgarrado de la burbuja. Todos los compartimientos del edificio rebotan entre sí de manera ilógica causando atenuado regocijo en todas las personas: en otro momento pudo ser divertido... La situación está definida ¿definida? Intuyo que no, aún hay algo por suceder...

Incertidumbre y voy comprendiendo porque ¡están impidiendo que lleguen a mis centros intuitivos los detalles necesarios con los cuales barren! Tienen la oscuridad del instinto.

Repentinamente se oye el estruendo de una enigmática y abstracta carcajada; tenue, audible solamente para nosotros dos: mi compañera y yo; por breve momento reemplaza a la música del salón. Se calma después, tras dejar un halito alegre y sinuoso. El ambiente se enfría con la gelidez. ¿Dónde estás Hoge, no te veo?

—¡Ja, ja, ja! —golpea a mis espaldas, ahora audible para todos los demás.

Volteo y veo a Hoge corporizándose. Se ha transportado hasta aquí por medios propios, los del edificio continúan inutilizados. Hay algo tangible, y también recién llegado, en el aire que me hace adoptar estricta alerta, dejando en segundo plano a Hoge. Inconfundible e invisible para todos los demás...: es una entidad mental tenebrosa y diabólica, cuya ubicuidad castigante lo impregna todo con sus hedores síquicos. Parece observarme con la multiplicidad de ojillos suyos, mientras tanto el tiempo parece detenerse invernando bajo témpanos de hielo. Pronto se mueve aullando vientos dentro de sí y ataca. Soy su objetivo. Es un vórtice eléctrico.

La hilaridad de Hoge ha quedado fosilizada en torno indeleblemente. Congelada y añadida a una orden suya:

—¡Destrúyelo! ¡Te lo ordeno!

La obediencia se transforma en servilismo y el misterio del nigromante se abalanza como un pulpo de sombras groseras paralizándome instantáneamente. ¡Es tanta la presión del odio que ejerce sobre mí!. Luego una lasciva sensación suya, incontrolable para sí, empieza a rodear mi plexo sexual y a comprimirlo con una desconocida succión. Simultáneamente mis conductos seminíferos son estimulados anormalmente, permitiendo la evacuación de su contenido hacia el colector común del epidídimo. Su intención es monstruosa, ¡quiere que eyacule! Absurdo, infrahumano, degenerante: ¡quiere que desperdicie la divina inteligencia críptica acumulada en él! ¡Quiere que interrumpa la maravillosa armonía que mantiene comunicados concientemente mis cuerpos internos y el maravilloso flujo inacabable de dones que de ellos emana! ¡Quiere mucho más que hacerme descender hacia el némesis de la involución! ¡No estoy dispuesto a convertirme en miseria y lucho tenazmente contra la torva astucia seductora en aumento constante, hasta frenarla totalmente!

Hoge se acerca enigmático, maligno y entusiasmado por el combate, mientras este monstruo de *avitchi*, ahora trata de adueñarse de mi plexo cerebral. La espantosa seducción lasciva no hace más que empañar mi visión. Hoge se planta delante mío y me coloca junto al rostro un ojo de cristal: ¡es una pieza fundamental de las máquinas lavadoras de cerebros! Una terca intensidad hipnótica confunde mis imágenes visuales y mis otras percepciones sensoriales remedando lo estrambótico, todas las sugeridas por el ojo de cristal: una máquina cuyo principal elemento es un pequeño cerebro de neuronas criadas en laboratorio. Pero nada más, no hay máquina posible que pueda vencerme, lo estoy demostrando y voy ha destruirla; luego me encargaré del engendro y al final de Hoge.

«No..., no, no, sé prudente» Advierte una voz muy dentro de mí. No la oigo, las circunstancias exigen acciones rápidas. «No..., no, no» La ignoro y actuó ¿es necesario este apuro? y destruyo el ojo de cristal... ¡Oh, no; no se ha destruido, al contrario absorbió mi fuerza, mi voluntad y la está utilizando contra mí!... ¡Oh, qué hice?

Invierte mi microcosmos, drenándola de invencible oscuridad; muy pronto no hay espacio para nada. Muy dentro de mí un *graal* derrama mi existencia, hasta convertirse en excedente desechable. En esto un pequeñísimo destello de lucidez me hace comprender que también ¡mi cerebro esta siendo destruido! La trampa en connivencia funciona a la perfección, mientras que mis mentes son absorbidas dentro de oscuras dimensiones artificiales y sin existencia, la abyecta entidad traída por un extraño rezo no hace más que acelerar mi destrucción debilitando mis últimas defensas, empujándome a ceder más y más.

Es increíble lo que soporto, pero me voy abandonando en el olvido. Cada una de mis células es una moribunda llamita negándose a apagar. Luego, es imposible seguir luchando, la oscuridad pesa más ¿Así es la extinción?

La oscuridad lo impregna todo. Impregna la noción del tiempo, la noción del espacio y la noción del alma, como si la vida fuera una sombra perenne y el caos un invento por realizar.

La oscuridad lo llena todo. Llena al frío y al silencio. Oscuro silencio.

Después, nada...

—¿Se siente bien, amigo?—suena como una panacea vivificadora entre las horrorosas sombras.

—¡No! —grito, tratando de huir de las sombras, tratando de encontrar lucidez—. ¡No! —es más bien un grito impotente.

—¿Esta bien, amigo? —sueno, definitivamente arrancándome de mis dolorosas reminiscencias.

—¡No! —repito buscando alivio.

—¿Sí? Dígame algo...

La lucidez vuelve. ¡Ah!, y hay alguien delante mío.

—Discúlpeme por favor —imploro comprendiendo la situación que causé inconcientemente—. Sí, me encuentro bien.

—Se encontraba bastante raro. ¿Tuvo pesadillas? El lugar es propicio para echar una siesta.

—¡Oh, sí! Estuve distraído, enmimismado... En suma: dormido. Le pido nuevas disculpas, si con ello le causé molestias.

—¡Oh, no fue nada!

—Gracias.

—Me alegra que esté bien.

—Muchas gracias, y soy reiterativo.

—¿Quiere que le lleve a su casa, por ejemplo? Le ofrezco mis servicios.

—Bien.

Abro la portezuela del rudimentario vehículo con ruedas al que me invita a subir y que su dueño trajo hasta aquí como parte de su rutina; luego cierro la portezuela conmigo dentro del vehículo. Un ladrido ronco nos pone en marcha. El motor es un estruendo amortiguado, una sucesión de explosiones, expansiones y contracciones, y abundantes desechos gaseosos. Un desperdicio de energía.

—¿A donde quiere que lo lleve, amigo?

—¿Adonde? Busco la salida del soterrado. Para ti el soterrado es tu mundo.

—A la ciudad más cercana —respondo sin relacionarla para nada con mis pensamientos.

Nos movemos por la cinta asfáltica. Apreta un botón en los controles y el interior del vehículo se llena con sonidos desagradables venidos de un receptor.

—¿Le gusta esta música? —averigua.

—¿Música? Es la de un concierto de estridencia destructiva, inarmónica. Solo a los del soterrado, a los *Homo*, se les puede ocurrir algo semejante: crear mayor castigo propio. ¿Cómo explicarle que todo

es vibración en el universo? ¿Que todo es música, ellos mismos, sus células, sus pensamientos: en diferente grado de solidificación? En el soterrado todo vibra inarmónicamente. Lo inarmónico crea inarmonía y la inarmonía lo inarmónico, mutuamente. Empeorando cada vez, más y más.

—No. Es horrenda —contesto.

—Pero ¿Cómo? —replica—. Es lo último en creación musical. ¡Todos la oyen! La banda que la creó es famosa y rica. Son unos muchachos creativos, de los mejores, eso sí: excéntricos; y realizan continuos conciertos muy concurridos. ¡Vieras a la gente joven divertirse!

Mi sinceridad es considerada ignorancia y malintencionada. Sin duda la naturaleza de los *Homo* es la de ser imitadores y tener respuestas subjetivas para todo, para todas las cosas.

—¿Le parece horrenda esta maravilla? —continúa aleccionando mientras aumenta el volumen de su receptor—. ¿Le parece horrenda la alegría que de ella emana?... No quiero caerle pesado, si quiere sintonizamos otra estación. ¿Qué música le gusta?

Luego calla para permitirme oírla mientras espera mi respuesta que no llega. Es música menos inarmónica pero igual de destructiva. Música venida de defectuosos interiores; el egoísmo, la vanidad, el odio, la violencia y todos los defectos de sus autores se convierten en sonido... grotesco y contamina a sus congéneres que la perciben.

Ellos necesitan de alimentos, aparte de los que van al estómago, y lo que el conductor está oyendo es indigesto. El grotesco bullicio no hace más que reducir las cualidades positivas de su pequeñísimo mundo síquico, animalizándolo aún más. Estas criaturas no tienen el amparo de la realidad: son una ilusión. Eso y menos.

La colosal ruina pétrea desaparece detrás de una curva. El cielo empieza a llenarse de ruidos. Ante esto el conductor usa una mueca de tristeza nostálgica e instintiva. Siento el hedor contaminante de su miedo: ¡miedo a la muerte, a la insignificancia, a la nada! ¡Horror! Para él la muerte es irreversible y respinga ahíto de mayor espanto, se barrunta dueño de una pesadilla sin dueño.

—¡Oh, esta guerra! —se queja—. Acabará con nosotros, acabará con el planeta. ¿Por qué no nos detenemos de las matanzas mutuas?

Está seguro de vivir en una superficie planetaria. Para él no tiene significado el soterrado, ni siquiera existe; solamente lo concibe, gracias a sus genes manidos, como un bastísimo planeta verde y rodeado por un espacio negro, infinito y muerto. Lo que supone enorgullecido y extático

en algunos instantes tranquilos como maravilla espacial no tiene mayor significado de lo que llama muerte.

El espacio es un ser vivo.

—Y usted, amigo, ¿qué opina de la guerra? —pregunta sin prestar atención a lo que dice, sumido en sus pensamientos.

No lo entenderías. Me permito callar.

Muy arriba sobre nuestras cabezas, se desplazan varios aparatos voladores. En realidad el techo del soterrado es demasiado bajo para permitirles la altura por donde vuelan, pero sin duda así ocurre en el interior del *Homo* que maneja el contaminante vehículo, gracias al ingenio de Hoge y a la de sus máquinas creadoras de ilusión. Los *Homo* perciben el tiempo, espacio y la relatividad con todas sus paradojas, en su interior... vacío. Insomnes.

—¿Se da cuenta? —dice—. Que esos aviones nada podrán hacer para detener la destrucción del mundo. Han salido de su base con la filantrópica intención de eliminar el ripio de esas naciones criminales...

Esos aparatos vuelan en la oscuridad bajo el cielo provisto de centellas fugaces. Ruidosos.

—Fue harto terrible la destrucción —prosigue—, cerca a lo total del país más poderoso y rico del planeta por las bombas nucleares. El país que lo dominaba todo ha sido eliminado, pero antes contraatacó y fue más devastador que nunca. Ahora..., ahora nos resta esperar nuestra suerte... La muerte radiactiva avanza.

El apocalipsis de una historia fingida.

—Sí. Solamente esperar...

Y se ahoga en su monólogo.

¿Esperar qué? ¿El subconsciente le exige fabricar algo verdadero, algo interno? ¿Es que todavía tienen un pequeño destello de luz? ¿Luz normal, de esa que dominaba cuando no existía el soterrado?

El suave rugido del vehículo solapa un siseo furtivo e inconfundible que empieza a surgir... es de «La Vigilancia». ¿Sin precauciones? ¿Surge así con la sospecha que tienen de que desde aquí partieron los ataques que los está haciendo tanto daño?... Esta vez sus ondas pensantes no son naturales, voy ha comprobarlo. Con cuidado tomo un hilo pensante de esas hondas, es único, embrollado con otros para simular la de varias personas, y lo rastreo hasta su autor. Y como lo suponía es emitida por un avanzado cerebro, anatómicamente humano, artificial, embutido dentro de un androide de enorme cabeza: es una trampa para verificar mi dudosa supervivencia; bastaba introducirme en su interior para quedar

atrapado, o en el menor de los casos, tener todo el poder de Hoge en persecución mía por el soterrado. Ahora lo que hago es dar un rodeo en torno del poderoso cerebro evitando sus sutilísimos sensores, debo destruir esa máquina infernal. Mi voluntad toma la forma de un rayo eléctrico de altísima potencia y lo descargo: ¡ziiiggg...!, teniendo cuidado de guardar el trueno.

Todo es confusión en el interior del androide. Un relámpago funde importantes filamentos nerviosos de la máquina. Viene un alarido esquizofrénico... que no permito se haga audible, se lo impido con tesón fundiendo otros fusibles. ¡No puedo controlar su estructura mecánica! y de un simple manotazo destroza la cerviz del androide que trata de ayudarlo: lo descabeza, y concentrando toda la energía decadente de su cerebro lo lanza convertida en haces de luz coherente. Volatiliza una enorme máquina recién construida y la magnífica pared blindada que se encuentra tras de ella. Enseguida un secreto dispositivo de seguridad del laboratorio enciende una alarma. ¡Oh!, esto altera mis planes silenciosos.

La máquina homomorfa cae. Las enormes neuronas y las gigantes cas neuroglias de su gran cabeza están muertas al igual que todo su organismo artificial. Ha dejado en libertad a la inocente criatura elemental de la naturaleza que lo animaba involuntariamente: se la ve alejarse alegremente libre del hechizo que la esclavizaba.

Rápidamente llega hasta el lugar de destrozos, lo último que queda de «La Vigilancia»: una mujer, alta y atlética, atractiva y enérgica, dinámica y perspicaz; inconfundiblemente tenue: siniestra y cruel. Una perfecta y fiel representación física de su perverso universo interno. Una perfecta y fiel combinación de exquisitos dones y aberrantes virtudes. ¿Es ella, acaso, la que fue animada por la entidad invocada en la luna?... Le sorprende el desorden, y cuando ve al androide:

—¡Esto es imposible! —susurra para sí misma e inclinándose hacia la máquina—. El androide más perfecto de su género, destruido. ¡La máquina calificada de indestructible! ¿Cómo es posible?

Observa por breves momentos, ensimismada. Severa.

—¿Por qué? —farfulla ganando tenue ira—. Tengo que averiguarlo. Esto proviene del soterrado... ¡Sobrevivió... y voy ha averiguar donde se encuentra! Sin duda que Ourus sobrevivió...

Luego se arrellana en un mullido sillón de alto respaldo dando comienzo a una relajante respiración. Evita pensar en nada. Su complejo

asiento es una máquina poseedora de un sofisticado cerebro cultivado. Es una perfecta combinación racional sintética y mecánica, desde cuyas entrañas magnéticas irradia una tranquilizante sensación síquica; produce en la siniestra dama efectos semejantes a los de la meditación profunda, cuyos efectos la deleitan sobremanera. Activa y acrecienta desmedidamente su insignificante intuición. Luego con una visión superlativa de las cosas, envía una orden mental que es conducida por sensibilísimos electrodos ultravioletas contenidos en la parte superior del respaldo, la orden debe ser transmitida hasta otra máquina cuya pantalla virtual está sintonizada con la frecuencia del soterrado. Las dos máquinas racionales, son en realidad una misma, unidas por un halo fotónico. Una copia fiel, total y detallada del androide destruido se reproduce en la pantalla, pero ella con los ojos cerrados lo observa perfectamente en su interior. Penetra síquicamente en el interior del inútil androide para analizar con premura los daños.

—¡Irreparables! —piensa y se pregunta asombrada—: ¿Alguien, aparte de Ourus pudo haber hecho estos destrozos? Quien lo hizo posee una fuerza síquica formidable. Inigualable. ¿Quién aparte de él?

Desde mi escondite intuitivo en algún lugar del inutilizado cerebro del androide observo la escena.

—Ahora iré al soterrado —piensa—. Con seguridad, allí encontraré al causante de todos estos daños. ¡Ourus, seré implacable contigo!

¿Sí?

No valdría para nada luchar contigo a este nivel. Sería inútil, en caso de eliminarte continuarías viva en lo más profundo. Tengo que hacerlo allí, en lo profundo, en ¡tu universo interno!... Me introduzco allí.

—¡No...!

Tarde presiente su error.

—¡No! ¡Nooo...!

Es una tormenta de reproche a sí misma. Ha dejado una puerta abierta de su mundo interno, era importante mientras usaba la máquina de la meditación, de haber sido precavida se habría protegido con las elementales barreras protectoras y sería a mí a quién habría cogido con lazos virtuales en el interior de sus máquinas. Su excesiva confianza la está perdiendo.

—¡Nooo...!

Instintiva. Clamor animal.

Encuentro un universo marchito, con luces muertas. Hace mucho languidecidas y muertas... Excepto en una diminuta pavesa, brillando como un punto tenue alejada en la distancia. Avanzo en pos de ella. El camino huele a sudores y está empedrado con cansadas losetas de mala voluntad y reverberando, como un recuerdo doloroso, la sanguinolencia del fuego consumido. Más tarde esa pavesa se ha transformado en el arbol de un incendio ocurriendo en la médula hueca y carcomida de un ¡gigantesco tocón con aspecto de pequeño volcán! La humedad, los hongos y el tiempo, en connivencia, están atareados en acabar con el inmenso tronco seco. Por una cortadura que hende verticalmente al tocón, me abro paso para llegar hasta el desbocado fuego de enmedio: una pira eructando ingente calor sexual. Mis pasos se hunden en el mantillo, teñido por un resplandor rojizo, de madera podrida. La lóbrega atmósfera consume con vehemente insania toda la luz y el calor que puede acaparar, y las sombras como fantasmas pelean entre sí por un poco de luz que pudo quedar olvidada o intentan robarla. Las sombras son corrosivas, es la única manera de alimentarse. En una parte maciza del tocón, está horadado un nicho y alberga en su interior una talla, de unos sesenta metros de alto, hecha en la misma madera: semidestruida y borrosa se mantiene en pie.

El fuego ardiendo en el centro de la explanada está vigilado por dos estatuas de madera fosilizada y del doble del tamaño humano. Carcomidas por la rara intemperie. Sus sombras sobresaltadas, continuamente, apetece la calma. Me llego hasta las estatuas; para entonces ellas abren los ojos y bostezan sus sueños de siglos, desperezándose; fragmentos pútridos caen de sus viejos cuerpos para confundirse con el humus. Prueban a hablar rompiendo sus rajados labios en pedazos:

—Por aquí nadie viene. ¿Eres nadie? —inquiere una de las estatuas.

Voz olvidada. Lenguaje muerto. Rudimentario como los ronquidos. No respondo.

—Eres nadie... y vienes.

No le presto atención, continuo andando en dirección de la gigantesca talla.

—¡Detente! —suena autoritario otro ronquido muy distinto al anterior, parece venir de muy lejos. Habló la otra estatua.

—Nadie detente... —cruje la anterior.

Desobedezco.

—¡No puedes adelantar más, no te dimos permiso alguno!

—Nadie, sí...

No tienen más movimiento que el que les permite las profundas raíces que las ata al suelo. Y:

—¡Vete! —Chasquean en coro sin otra alternativa.

¡Vete!: golpea las paredes del tocón: un chasquido convirtiéndose en incontables ecos. Remece con angustia las cercanías. *¡Vete de aquí!*

Desobedezco. Y enseguida tratan de destruirme con el terrible poder de sus palabras difamantes e injuriosas. La ponzoña eléctrica vibra a descomposición y me golpea sin causarme ningún daño, pero rebota y regresa a ellas mismas quienes no la soportan. Se consumen de dolor. Las llamas de la pira saltan y como si fuera paja seca acaban con ellas... ¿Esas llamas permanentes consumirán a todo el tocón con el tiempo, sucederá cuando no tenga más alimento que venga desde lo profundo? ¡No se autodestruirá! No, si no lo destruyo.

Las llamas se sobresaltan teniéndome en cuenta como peligroso por primera vez. Disimulan enseguida al sumirse en su ensueño habitual.

La cabeza y el rostro de la talla caen en pedazos poco a poco, al paso del tiempo. ¿Tiempo?, el tiempo aquí no existe, solo las emociones cambian con los momentos y son totalmente corrosivas. Si no fuera por la impasibilidad permanente que opta ya se habría destruido totalmente. Aún le ondula el cuerpo una agrietada túnica, despedazada sobre una extremidad inferior mutilada.

La talla es un edificio, e ingreso en él por una puerta en la extremidad sana. Me llego a una bella estancia circular hecha con materiales puros y diáfanos; en ella hay varias puertas con tantas habitaciones tras de ellas, sin contarlas sé que son cuarenta y nueve: la constante de los niveles de la mente. La dueña de toda esta sutilidad, de este universo, vive en todos esos niveles. No voy a buscarla allí en esos interiores, voy a llamarla, tiene que venir...

—¡Adelante! —se anticipa una voz femenina, dulce y melodiosa—. Te esperaba.

De espaldas a mí descansa tranquilamente sobre un sillón. Todas las cosas cercanas a ella irradian la belleza más fina y sutil, poseen el mayor lujo de apetecibles virtudes. Entonces rota su asiento y la mujer queda frente a mí.

No, no me engaña su atractiva belleza, y todo lo magnífico a su lado no es más que la expresión de una bien montada autodisciplina, erudita e intelectual.

—¿Cómo estas? —inquire amigable.

¿Descortesía mía?: No respondo. Sus inquisitivos ojos preguntan más que las palabras. Luego ella y los objetos de su entorno se acercan automáticamente hasta escasa distancia mía.

—Siéntate —invita mientras uno de los sillones viene hasta mí, obediente.

¿Agradecer este acto de cortesía? ¿Porqué no?

—Gracias.

Mi vos ha sufrido un leve cambio, sin quererlo. No me preocupa, lo tengo controlado, autoobservado. Y vi brillar un chispazo veloz y furtivo en sus bellos y enigmáticos ojos, insinuando una tenebrosa sonrisa.

Vuelve a preguntar, cantándolo preciosamente:

—¿Estas bien?

Muevo la cabeza afirmativamente al tiempo que sonrío y musito:

—Sí.

¿Sí?

—¿Quieres tomar algo?

—No.

¿No?

—Una copa no te hará daño.

—Lo sé. Pero no gracias.

¿Lo sé?

—Bien, sin rodeos —susurra melosamente—. ¡Sé por que viniste y por que estás aquí! Y tengo que decirte que estás totalmente equivocado. Me gusta tu celo por la justicia: es loable. Pero estás equivocado con respecto a mi persona.

—¡Oh, estoy equivocado! Y por ¿qué?... Y ¿Cómo, lo puedo saber?

Vanas palabras las mías, insípidas.

—Porque no hice nada de lo que tu supones.

¿Sí?

—¿Que supongo que hiciste?

Vacías.

—Lo que otro hizo. Lo que otros hicieron.

—¿Qué hicieron otros?

Sofisma.

—No sé. Algo. Lo que te dijeron. No se puede andar con lo que otros nos dicen.

—¿Qué me dijeron?

Ourus, ¿estas cerca del sueño?

—Lo que luego te trajo hasta aquí. Por lo que viniste.

—¿A qué vine?

Absurdo.

—No... ¡No sé!

—No sabes...

Ourus, ¿estás dormido?

Disculpas y nada más. Me mira tratando de ser sincera y manteniendo una tranquilidad que se le escapa. Y arguye:

—¡Sé quién es el causante, por lo que me buscas equivocadamente!

Silencio, no más palabras mías. Sus respuestas no las conoce, solamente las aventura, sólo eso; son justificaciones vacías. ¿A quién acusarás?

—¡Es...!

Eres tu. Te estas señalando.

—Te diré a que vine —digo sereno interrumpiéndola.

—¡No! ¡No lo digas! —suplica levantándose de la comodidad.

Me ha clavado sus hermosos ojos de terror, tratando de romper mi impasibilidad.

—Vine a...

—¡No!

Repentinamente de la súplica gesticulante, pasa a seducir, reclamando credulidad. Sonríe divinamente e insinuando confianza apoya una de sus manos en mi respaldo. Es inconfundible su agradable aroma ¿donde lo sentí antes?

—No sé como es posible que creas —sugiere cándidamente— que yo pueda hacer algo delictuoso. ¿Cómo, estas manos de seda?

¿Dónde sentí esta deliciosa y atrayente combinación odorífica? Tiene la anticipación de una violenta tempestad eléctrica. Sí, y ahora permito que se desate: una inaudible conjuración mía brota desde mi interior exigiendo veracidad obligatoria. Su subconciente lo recibe con repentina y poderosa conmoción metamorfoseante que no puede controlar; su belleza femenina desaparece entre chispeantes golpes eléctricos; no puede creer lo que le está sucediendo. Cuando ya se ha convertido en un escombros humano, repulsivo e informe espantajo, no puede justificarse más y descarga despiadadamente su frustración: ¡iracunda lujuria! El si-

llón que estuve ocupando escasísimo tiempo atrás es perforado por una llameante baba suya, consumiéndose enseguida ante la inexpresiva sorpresa suya. ¿Adónde me fui?, me busca en torno con lo que ahora parecen ser sus ojos, nugarorios huecos, y al no encontrarme por ninguna parte se desgañita y desgarrá el aire a zarpazos, escupitajos licuantes y sablazos, tratando de atinarme en la invisibilidad. ¡Qué plástico es este ambiente!

—¡Aquí estoy! —aparezco a espaldas suyas.

Sin verme siquiera arremete con un giro rápido. No me encuentra: volví a desaparecer.

—¿Dónde estás? —grita—. ¡Da la cara!

Hipnótico. Da vueltas, desbocado. Lo permitido por sus monstruosas patas escasamente definibles.

—¡Aquí!

Como eximio espadachín lanza por delante la terrible centella de su arma. No hago nada por evitarlo, y corta el espejismo que le coloqué.

—¡Nooo! —maldice.

Está desesperado e impotente. Gruñe un lamento.

Para la siguiente agresión tomo la solidez de una roca; concluye despedazando el sable de sinuosos filos. Luego, la estancia es invadida por un inconfundible vaho de terror.

—¡No! —se excusa—. ¡Es imposible que esto sea verdad! ¡Es imposible que esto esté me esté sucediendo a mí! ¡No!... ¡No lo merezco!

Sabe que está perdida... o perdido.

Lo vuelvo a conjurar. Esta vez en nombre del padre de todo lo creado, es un poderoso *mantram* con la armonía de la oración; como tal es infinito, tiene la pureza del amor y como tal no puede causar ni la sugerencia del daño, ¡pero esta vez destruye! El engendro, herido, se arruga consumiéndose y aúlla la injusticia que se le está haciendo. Aún en los últimos momentos se siente limpio, puro y veraz. Cuando todo parece haber acabado, aún le sobrevive un fragmento humeante que no se disuelve pese a estar ardiendo en llamas y ¡del que nacen embriones, reptando, flotando y contorsionándose repulsivamente! Se alejan, los embriones, toman todas las direcciones posibles, huyendo. Con seguridad, más temprano o más tarde, buscando un medio propicio para vivir, encontrarán introducirse en el descuidado interior ¡mental de alguien y se alimentarán de energía síquica robada para crecer dentro de ese alguien

y consiguientemente alcanzar proporciones insospechadas... si nadie hace nada por eliminarlas. Para entonces el embrión crecido y ese alguien será una misma entidad diabólica con algunas variantes individuales de su antecesor. Esto no debe suceder, debo acabarlo ahora mismo.

Mi corazón es una verdadera fuente de rayos azules de altísima energía y salen al exterior: ¡Zzziiiiiggg!, acompañado de truenos y relámpagos. Ante este fulgor los embriones se volatilizan instantáneamente. Luego, pulverizo al fragmento sobreviviente de la monstruosa hembra. Este universo se estremece hasta sus entrañas entre hálitos sulfurosos y nitrogenados, con desesperados intentos por permanecer.

El fuego se extingue, la colosal talla se derrumba en polvo junto con el enorme tocón. La oscuridad circundante se cierra y con todo dentro de sí acaba en un sueño que nunca existió.

Atravieso las fronteras de ese sueño y sutil me encamino en dirección de un agujero de luz, en lontananza sideral... Recibo el golpe de la vigilia. ¡Enceguecedor!

CAPITULO XV

Llega la selecta guardia de Hoge. Usado atuendos rojos para operaciones riesgosas, cada integrante de esa guardia está armado con instrumentos letales de última generación. Se desplazan con matemática precisión de comandos. Abandono el lugar, dejando a la inerte dama recostada sobre su sofisticado sillón, tengo cosas más importantes que hacer. Atravieso la pared más cercana, para mi cuerpo sutil esto es sencillo. Ingreso a otro laboratorio, en cuyo interior una sutilísima máquina, gobernada por un cerebro humano cultivado y microscópicas partes sintéticas, está siendo alimentada por la energía cerebral, mental e intuitiva de varias personas. Yacen acostadas las personas y flotan sobre un colchón electromagnético en el interior de una cápsula más energética que material, conectadas a la máquina con energéticos conductos visibles para mí... Este es el centro de inspiración donde se gesta toda idea que luego será suministrada a otras máquinas amorfas para transformarlas en supuestas maravillas.

Es ultrajante y repulsivo el que las eminencias del arte junto a otros científicos y cultores de otros conocimientos, secuestrados por Hoge, se encuentren hipnoanesteciados, vegetando, conectados a una tonta máquina. Mi intuición me dice que en las profundidades íntimas de cada uno de ellos hay una chispa que lucha por mantenerse cuerda y que no ha claudicado del todo.

No tengo más remedio que ubicar cuidadosamente el diabólico centro inteligente que gobierna la máquina y le causo destrozos de los que jamás se recuperará. Se oyen quejidos lastimeros, casi humanos, sin ubicación conocida. Luego de rápida agonía todas las demás máquinas también se inmovilizan y toda persona del interior de la cápsula desciende hasta el piso suavemente, muy pronto saldrán de la catalepsia forzada.

Tuve el cuidado de neutralizar las alarmas. Enmudecieron de mal talante. Es importante ganar tiempo y evitar sorpresas, aunque preferiría llamar la atención y ponerles en guardia para descubrir sus puntos más vulnerables.

Cuidado Ourus, cuidado.

El siguiente laboratorio es más espantoso aun. Es una complicada fábrica de armas ofensivas. El instinto de la gran máquina viviente que lo ocupa, y controla a un grupo de androides laboriosos, advierte mi cercanía mental y pone a funcionar sus defensas. Automáticamente, se rodea de un aura mental protectora. Los delicados colores oníricos de esa aura incitan mi curiosidad y trato de palparlo con mi etérea mano... la retiro en el acto. ¡Tiene la incandescencia del miedo!

—¡Vete! —ordena intimidante la máquina—. Quién quiera que seas, porque me veré obligado a atacarte. ¡Vete!

Los androides no advirtieron mi presencia, ni interrumpen su labor.

¡Ah! Encontré el gran cerebro que la gobierna. Está muy bien escondido dentro de una masa fluidica de glías electromagnéticas, en el que permanece sumergido y muy seguro de si mismo. Las glías sintéticas generan un inteligente campo mental, invencible, como ellas lo suponen, protector. El cerebro absorbe la energía y utiliza los vastos conocimientos de los hombres que flotan con la vida suspendida en la cápsula cercana.

—¡Vete! ¡Esta advertencia es la última! ¡Vete!

Siento cierta aprensión por lo que voy ha hacer. Esta máquina creadora de destrucción, con algunos cambios que se pudiera hacer en su estructura intrínseca y orgánica, puede transformarse en maravilloso artefacto de exitosa utilidad para el... El bien es tan efímero e inexacto como el mal; tiene el mismo significado que la ilusión. Voy ha destruirla sin más miramientos.

Las pocas neuronas con que cuenta son exactamente naturales pero gigantes y poseen extraordinaria eficacia, bastándose a sí mismas para realizar funciones, que normalmente en animales o en humanos, son ejecutados por un número abrumadoramente mayor. Cada una de ellas acumula una individualidad e inteligencia interna artificial amplísima, casi infinita, manifestadas en resultados que estoy comprobando con sorpresa.

La máquina me ataca. Siento la formidable presión expansiva que ejerce sobre mí su candente rayo cargado de neurosis. No me produce malestar alguno.

—¡No puede ser! —exclama asombrada—. ¡Esto es imposible!
Aumenta su fuerza.

—¡Me niego a creerlo! ¡Nada humano puede soportar tanta locura inyectada, es inconcebible!

Absorbo la colosal energía como lo haría un acumulador eléctrico. Y, cuando concluye que es inútil su enorme esfuerzo, renuncia a emitirla. Entonces se la devuelvo con la simpleza de chispazo instantáneo, pero acrecentada enormemente. No soporta el flujo letal, le comprime el cerebro e incendia enseguida. Es el resultado de su propio temor.

—¡Socorro! —suplica con un sonido de metal rasgado—. ¡Socorro!

Luego enmudece. Se suceden chasquidos eléctricos con olor a quemado cuando sus neuronas se dilatan hasta desaparecer en el espacio de caos electromagnético que las rodea. También los androides se paralizan; sus delicados cerebros han quedado inutilizados, quedan al igual que irreversibles desechos orgánicos y mecánicos. Libres de toda atadura involuntaria, varios elementales de la naturaleza vuelven a sus lugares de origen.

La guardia roja de Hoge, con premura llega hasta aquí y lo que ve la estremece.

Es imposible lo que ven los guardias. No hay lugar para los enigmas trascendentales en vuestras mentes. Se os ha instruido con su carencia. Para vuestro magín no existe. Se os ha instruido con un materialismo denso, provisto de violencia. Deben obedecer ciegamente y tener todos sus defectos activos. Se os ha inculcado a imponerse a los defectos de los demás con una cuota de defectos más hondos y grandes. Esos defectos jamás permitirán que alcancéis a vislumbrar las regiones sutiles y su vida. Sois ciegos.

Tengo que encontrar cuanto antes a mi novia. ¿Dónde está? Otro muro me lleva hasta un compartimiento de máquinas paralizadas, la máquina recientemente destruida les suministraba energía, como a varias otras. Intuyo que Isis, está en una cámara de seguridad; su perfumado efluvio síquico me lleva hasta ella.

La encuentro bajo hibernación electromagnética. Flotando sin peso dentro de una cápsula fluidica. Aviva los barruntos intuitivos de mi corazón, remeciéndome con el exelsísimo poema conocido que irradia ¡Sí, ella es un poema maravillosamente cristalizado con la euritmia más perfecta: una fiel representación física de su universo interior! Otras cápsulas están ocupadas por mujeres jóvenes, en su mayoría púberes.

¡Espera!, me prevengo cuando estuve a punto de tocar el halo mental que me identificaría y haría imposible toda fuga imaginable; está conectada a un sistema de seguridad y alarma que me cogería sin demora dentro

de unos barrotos indestructibles... Deja de ser problema: el halo empieza a extinguirse, también era controlado por el destruido cerebro.

El proceso contrario a la hibernación empieza a funcionar en todas las cápsulas fluidicas. ¡Excepto en la cápsula de Isis! ¡Oh, su vida física esta condenada a extinguirse!... Me esperaban: me han tendido una trampa: ¡es imposible llegar al interior de la cápsula sin encender un mecanismo de autodestrucción!... Tampoco puedo retroceder sin encenderla.

¡No podré regresar para buscar mi cuerpo físico allá en el soterrado! Me siento impotente para hacer nada mientras mi novia empieza a mostrar los primeros síntomas de inanición síquica forzada. ¿Hace cuanto tiempo separaron sus cuerpos sutiles del cuerpo físico? Una máquina hizo esa separación y ahora esa máquina no puede reparar esa separación por falta de energía.

—¡Ja, ja, ja!

Es Hoge, más siniestro que nunca.

—¡Ja, que bien!

Lujuria, escondida profundamente. Lo expele en cada estornudo de risa.

—Vuelves a caer en mi trampa, ingenuamente. Se ve que no aprendes. Un cerebro muerto aún tiene sorpresas.

Autoobservate Ourus. Se más profundo.

—No tienes más oportunidad. ¡Prepárate a sufrir la agonía más aguda y crónica que nadie ha vivido, jamás! ¡Te hará compañía tu querida novia, hasta el último momento! ¡Primero la verás convertirse en un despojo humano! A propósito, ¿no te sientes culpable? ¡Que suerte, nadie tiene tu suerte!

Autoobservate Ourus. Paciencia.

No le falta razón, huir de aquí se intuye difícil, tal vez imposible... ¡No, no existe nada imposible!

—¡Te creí mas digno de medir todas tus capacidades con las mías! Pero según se ve, no puedes Y no lo mereces. ¡Aquí acabaste!

Como es adentro es afuera.

—¡Feliz agonía! ¡Ah y te dejo con buena compañía, con todas esas damitas que no podrán acercarse a ti sin sufrir una descarga eléctrica mortal! ¡Claro que no te verán, eso aumenta sus posibilidades de morir! ¡Miradlas empiezan a respirar con normalidad!

Luego su pensamiento se diluye en el ambiente hasta desaparecer dentro de los sofismas de un eco ininteligible.

¡Debo hacer algo inmediatamente! Isis, está sufriendo dolorosa agonía, se marchita. ¡Irremediablemente todo parece estar perdido! ¡No! ¡Espera!... Es milagroso. ¡De alguna manera el intrincado mecanismo del hibernador está funcionado! ¡La vida de mi novia, que empezaba a perderse, se renueva! ¿Dónde está la explicación de todo esto?... La respuesta viene como brisa divina y toma sutilísima forma para decir:

—Prometimos ayudarte, aquí lo tienes, Ourus. Lo estamos cumpliendo... Esto que hacemos es importante para nosotros, y en especial para ti... Tu adorable novia ya no corre peligro.

Y la brisa divina, sin más necesidad, continúa su rumbo *shamadicamente*:

—¡Adelante! —sugiere—. Culmina lo iniciado.

Y desaparece dejando parte de su aroma en el aire.

Es imposible salir de aquí si no tengo mi cuerpo físico aquí conmigo, mis etéricas manos no me sirven para las cosas materiales. ¡Bien puedo llamarle y traerlo! Y eso es lo que voy a hacer sin pérdida de tiempo. Lo visualizo en mi interior tal como lo dejé en el soterrado y anulo la distancia que nos separa. El conductor del vehículo, que me brindara sus servicios, usa la vía de asfalto bordeada por casas y edificios de ladrillo y mampostería gris, me cree dormido... ¡Oh, y luego trata de esconderse del potentísimo relampagueo de una gran explosión. Se hunde bajo los controles. Mientras los metales y el cristal del vehículo gimen volatilizándose, sus carnes desaparecen con el humo. Un ominoso hongo radiactivo sube por encima de la ciudad.

Cada una de mis células físicas vibra con la sutilidad de un mantram en la quinta dimensión. Se confunden dentro de una sinfonía ilimitada; debo identificarlas como mías para extraerlas de ese caos. Las identifico como una nota síntesis global, como un cuerpo, de las muchas que constituyen el universo, y lo materializo en el compartimiento donde se encuentra el cerebro generador de la impasable trampa. No puedo manejarlo óptimamente de forma remota, es por falta de práctica; se me hace difícil darle la libertad natural de movimientos corporales y fácilmente es descubierto por un grupo de guardias rojos. Le conminan a detenerse y no tengo otra solución que hacerlo obedecer.

—¿Señor? —llama un guardia a través de su comunicador telepático.

—¿Sí?

—Capturamos un intruso aquí en el interior...

—¿Quién es?

—Suponemos que el causante de los graves destrozos.

—¿Se resistió?

—No.

—¿No?

—No Señor. ¡Ni creo que pueda defenderse por ahora, se mueve torpemente, como un androide en mal estado!

—No puede ser él.

—Señor. Sus movimientos son lentos...

—¡No puede ser humano! ¡Menos quién supongo! Me estas describiendo a una máquina...

—Discúlpeme Señor, por cortarle. Si es humano. No hay duda de ello.

—¡Cuanta falta hacen las cámaras telebucias. Sin energía son inútiles. No puedo ver nada de lo que sucede en los laboratorios y pasadizos. ¡Tráiganlo inmediatamente!

—Sí, Señor.

La comunicación audible y la teletransportación son las únicas que permanecen. Esta última es remplazada a medias por anticuados aparatos de reserva.

En un pestañeo los guardias rojos y mi torpe cuerpo se trasladan al despacho de Hoge:

—Aquí está Señor.

—¡Ah, eres tu! —se precipita fijando intensamente sus ojos en mi sonambulica anatomía—. Lo suponía.

Exultante y furioso a la vez ronquea:

—Y... te capturaron sin pelea alguna. ¿Que tramas?

Irónico y mordaz. Desconfía.

—Vamos ¿quieres que lo crea...?

Mi silencio involuntario estimula.

—Dime: ¿que planeas? ¡Dilo!

Observa mis ojos, fijos y sin vida. Y lo alude:

—Eso no puede habértelo causado la oscuridad del soterrado. ¿O sí? Contesta: ¿Cómo escapaste de allí? Es imposible hacerlo por medios naturales.

Por medios naturales estoy aquí.

—Se te ve extraño ¿Qué planeas?

Se torna amigable y fascina.

—Estas rompiendo todos mis conocimientos. ¡Los estas destruyendo! ¿Quién eres en realidad? ¿Una ingeniosa excepción humana, acaso? Me doy la libertad de alabarte.

Soy una estatua de carne y hueso, que pese a mis esfuerzos no puedo imprimirle palabra alguna.

—Bueno, y ¿cómo saliste de la cámara de seguridad?

Respinga presintiendo lo inesperado. Mientras me mira con rara interrogante, enciende una antigua pantalla multidimensional: otro aparato de reserva de acción limitada y de transmisión directa.

—¡Oh, esto es increíble! Tu mente aún está prisionera y desde allí te controla... ¡Controlas tu cuerpo a través de la distancia. ¡Es lo que yo solamente puedo hacer malamente con mis máquinas y ensalmos mecano síquicos! ¡Estas logrando lo que debí alcanzar!... ¡Oh, cuanto lamento haber dejado esa disciplina que a ti te ha llevado a ese extremo!

Nunca lo hubieras logrado.

—Pero ¿Por qué tu mente te controla tan mal?

Lo deduces. Tus barruntos son agudos.

—Esto es digno de ser estudiado. ¡Es digno de mi ciencia!

Ourus, serenidad. La falta de control de mi cuerpo se debe a que en mi interior existen zonas oscuras. ¡Cuán grosero y defectuoso eres! ¡Cuanta sabiduría encierras!

—Te estuve subestimando. Pero me serás de muchísima utilidad y se que no podrás hacer nada para impedirlo. ¡Estudiándote, y sacando de ti ese poder para mí, tendré todo el poder necesario para controlar definitivamente el universo! ¡Guardias, llévenlo a la sala de cirugía síquica!

Tratará de investigar la anatomía de mis diferentes vehículos internos, por separado y órgano por órgano... Los desmenuzará. ¿Y no podré evitarlo?

Todas las damas han dejado las cápsulas que las aprisionaba. Ahora casi en silencio susurran. Hay intranquilidad en ellas y con ese entorno me aislo dentro de la profunda meditación. Viene una calma que me embarga en forma absoluta, el *shamady*.

Insondable búsqueda de mi plexo cardiaco o algo que lo signifique. En la noche de la oscuridad conmocionante e ilusoria en la que me sumergí, surge un sonido pequeñísimo, atómico, lejanísimo: *Iii...Aaa...Ooo...* Creciente. Orientador, nace en lontananza de lo ubicuo; me llego hasta allí, donde nace como un destello de amor purísimo; aparte diría que de allí emana el amor del amor.

Iii... aaa... ooo... Me llego hasta el pórtico de esa gran luz. Que es toda una realidad aeónica descrita con los materiales superiores a la vida espiritual. Subo por una blanquísima alegoría de tres peldaños. ¡Suenan una maravillosa sinfonía, y es notoria toda su escala de notas musicales combinadas hasta el infinito!

Iii... aaa... ooo... Mi siguiente paso es un toquido cósmico: llamo tres veces. Vienen ecos insondables.

Luego:

—¡Paz inverencial! —monologa a sí misma la creación.

—¡Paz inverencial! —complementa el monologo.

—¡Adelante! —se sugiere a sí misma—. ¡Pase!

Afuera, a mis espaldas, tras la puerta, ha quedado rezagada la evolución humana y divina.

El guardián del templo, blande en ambas manos una límpida espada de oro llameante. Su faz es de fuego.

—¡*Jaquím!* ¡*Boaz!* —interviene lo inmanifestado, cimbrando la creación.

El guardián del templo se descubre ante mí, apaga las llamas de su rostro:

—¡Ve...me!

¡Oh! ¡Esa hierática faz es mía!, con la diferencia de que es incomprendible. Es algo extinto sin haber sido creado. Es ingénito, algo más que vivo y real. Me sugiere avanzar hacia lo insondable. Acato: *Iii... aaa... ooo...* En mi camino una rosa une dos maderos coincidiéndolos en cruz. Es mi camino hasta divisar un singularísimo fuego azulino.

—¡Madre divina! —brota de esas profundidades azulinas, aludiéndose, femenina—. ¡Diosa mía!

Lo femenino de Dios.

Simultáneamente, sin interferirse para nada. Se alude masculino:

—¡Padre divino, Dios mío!

Lo masculino de Dios.

Iii... aaa... ooo... La radiación del fuego azulino empieza a crecer en todas las direcciones impregnando indeleblemente todo lo que encuentra a su paso. Se difunde por la oscuridad ilusoria... Luego de haberme hecho parte de esa luz, desde las profundidades de mi ser musito:

—¡Padre mío! ¡Madre mía!

Esta interiorización mía, brota del fuego azul e irradia: *Iii... aaa... ooo...*

—¡Tú eres mi real Ser!

Místico, insondable. Surge un altar, con infinito aroma intuitivo, y sobre él refulge ¡una espada de oro, puro! La solemnidad del templo aumenta perceptiblemente cuando desde lo desconocido algo que mis barruntos espirituales comprenden como una luz, insinúa:

—¡Hijo mío!

Androginal.

De pronto de las azulinas brumas de algún lugar del templo surge la abstracta transparencia vaporosa de una silueta con formas femeninas y se acerca al ara. Los detalles de su rostro como los de su cuerpo no son bien definibles a causa del fulgor que irradian su amor y sus virtudes. Llega hasta el ara, se detiene para cantar con lengua divina. ¡Estremece todas las fibras de mi Ser! Cuando calla, toma la espada entre sus manos, desciende tres escalones y me la entrega.

—¡Tómala, hijo mío! —dice la luz.

Iii... aaa... ooo... Estiro la diestra, la tomo por el mango y la atraigo hasta mí. El metal en ignición abraza mis manos con terribles quemaduras que no consumen. El incandescente portento gana mis brazos, mi torso y finalmente me absorbe totalmente dentro de sus llamas. ¡La espada se funde dentro mío y yo dentro de ella! ¡Esta ocurriendo una aleación maravillosa!

Luego, el velo de la sacerdotisa se disipa dando lugar al más extraordinario éxito. Sonríe tenuemente.

—¡Isis! —musitan mis extrañas ante tal belleza.

—¡Ourus! —susurra ella.

La tomo de una mano y la acerco suavemente hacía mi. La contemplo extasiado. El maravilloso instante adquiere la perennidad, antes de lo eterno.

—¡Paz! —lo insondable se esfuerza por expresar comprensible satisfacción.

Iii... aaa... ooo...

Retorno a las formas físicas.

A la solidez necesaria. Hasta el lugar de la prisión mental. Mi primer impulso está dirigido a Isis: duerme tranquilamente. Ella recuperó todos sus signos vitales. Las demás damas sumidas en sus pensamientos, presumen lo desagradable que podría venir. La más serena y dulce sonrío y dice con voz de hurí:

—Siento algo especial.

—¿Qué?

—Desde hace algunos momentos... Siento algo singular... cerca.

—¿Qué?

—Lo que oíste.

—Algo... ¿Cómo qué?

—No sé... No puedo decir exactamente que... Lo sentí en el aire, en las cosas, dentro de mi misma.

—¿Algo divino? —interviene otra.

—Mmm. Posiblemente.

Precioso lo suyo.

—Y no debemos preocuparnos demasiado —continúa—. Tengo la seguridad, que pronto saldremos de este encierro.

Denle credibilidad.

La barrera mental ya no me es problema, he superado su poder, la atravieso sin contratiempos. Nada me demora para alcanzar la sala de cirugía síquica. Aséptica, ningún germen físico o síquico tiene cabida; todas las cosas están rigurosamente limpias y protegidas con el blanco, incluidos los vestidos de Hoge y la de sus ayudantes: eminentes médicos muy conocidos por sus trabajos de vanguardia médica. Están a punto de utilizar el sofisticado instrumental, para la ocasión, en mi organismo físico, que flota con aparente falta de peso dentro de una pirámide de luz levitante.

Hoge, ansía realizar el experimento cuanto antes y fustiga la impasibilidad de otros dos personajes. Cuando estos asienten que todo está listo envían una orden pensante al cerebro del instrumento de disección síquica.

Recupero mi cuerpo físico entrando en él con apremiante rapidez. Siento un desacostumbrado golpe. La intimidad de mis células, de mis tejidos, de mis órganos, de mis sistemas, está siendo inquirido minuciosamente. Luego:

—¡Es un cadáver! —diagnostica el instrumento.

—¿Un cadáver? —reacciona Hoge—. Algo anda mal.

—Imposible —tercia otra voz.

—Sí, es un cadáver —repite el instrumento—. Lo vuelvo a comprobar.

Mi muerte fingida está engañándolos. Todas mis funciones vitales desaparecieron voluntariamente. Las sorbí. Soy dueño de la vida.

La muerte burlando al engaño. La vida burlando al engaño.

—¡No puede ser, máquina tonta! —replica Hoge, colérico—. Algo anda mal. ¡Vuelve a revisar!

—Mi veredicto es el mismo: no hay vida.

—¡No puede ser! ¡Máquina tonta, ordeno te hagas un examen general!... ¡Mejor: que te desmantelen!

—Como ordene.

—No es necesario —intermedia una de las eminencias médicas—. Esta máquina es perfecta, es cierto lo que diagnostica. Y creo que...

La ira de Hoge no tiene límites. Se combina con una contracción facial neurotiza.

—Morir Ourus, ¿y renunciar a tanto conocimiento? —dice—. No, no lo creo. No creo su muerte. ¡Está fingiendo! ¡Compruébenlo!

—No sabemos como.

—¿Dos eminencias? ¡Inténtenlo!

Entre tanto me adueñé del cerebro de la máquina y de su voluntad. Ofreció poca resistencia y no pudo usar la menor señal de auxilio. Enseguida usando sus emisores de voz prorrumpe:

—¡Ellos tienen razón Hoge, la máquina funciona perfectamente!

Confusión.

—Opino que es una maravilla —continúo.

Les es difícil creer lo que evidencian, pero se rinden sin poder ocultar una embarazosa admiración cuando Hoge barbotaba:

—¡Tu...! Tu...

Convertí su artefacto de última generación en anticuado objeto. Se estremece.

—No. No es posible.

Sus colaboradores sienten un bálsamo anímico. No les gustaba la perspectiva futura de la eficiente labor que prestaban, y suplican dentro de sí, fervientemente la caída de su jefe, incluso se proponen acelerarla.

—¡No es posible!

Mi apariencia inerte y yacente, se ha transformado para él en el significado metafísico de la destrucción y del terror. De lo desconocido.

—¡No es posible!

Los fenómenos presentes son desconocidos para él, aunque los conozca teóricamente. No puede encontrarles lugar dentro de su lógica y opta por la sentencia de la superstición con fantástica imaginación.

—¡El colmo de lo imposible!

—¡Voy a destruirla! —digo con plena seguridad.

—¡No! ¡Tu no puedes hacer eso! ¡No tienes ningún derecho!

Introvierte. Está fuera de sí.

—Si lo haces —continúa—. ¡Eres enemigo de la humanidad, en ella están cifradas todas sus esperanzas, la de su supervivencia, la de su inmortalidad!

Paradojas. Infrahumanidad bien escondida en mi interior, con apariencia ajena. Hoge eres un tesoro.

—Ahora mismo voy a destruirlo, ¡observa!

—¡No! ¡Espera! ¡Es imposible!

Orgullo suplicante: no es diferente al mío.

La mimada máquina se vaporiza ante sus desorbitados ojos.

—¡No! —exige impotente con un gesto de locura.

Luego, se ensimisma, hasta alcanzar una calma limpiadora. Suspira profundamente, gustándola extraordinariamente. Llega la lucidez haciendo destellar sus ojos y semblante de veracidad. Aún me encuentro levitando agradablemente bajo el influjo de la desaparecida máquina; mis células, gradualmente, sienten su desaparición.

Hego, calmadamente llama a su guardia:

—¡Vengan inmediatamente!

Es obedecido rápidamente.

—¡Encárguense de él! —me señala—. ¡Elimínenlo! Y, a estos —aludiendo a sus colaboradores—: ¡Enciérrenlos en la sala más apropiada, luego ellos sabrán lo que les espera!

Excusas para huir de la realidad. Y abandona el laboratorio. Los guardias no encuentran más que docilidad en los hombres que arrestan; y en cuanto a mí, me ven elevarme hasta el techo, atravesarlo luego, y desaparecer, llamativa y sencillamente. Voy tras de Hoge. La sala quirúrgica unida a otras conforma una construcción en forma de bloque cúbico líquido sumergido en un espejismo virtual con aspecto de vaso. Se ubican sobre una colina de lava artificial y moldeada con inspiración onírica en medio de un huerto arbolado por gigantescas especies tan altos como los del edificio cúbico. Estos vegetales poseen tallos y hojas sensitivas, y cambian de forma y color de acuerdo a la diferente posición del astro que brilla tenuemente en el cielo. Más allá del huerto extensos campos cultivados abarcan todo el paisaje; espontáneo y bello. Todo el conjunto de bloques del edificio está descendiendo hasta el suelo falto de energía que lo sustentaba rotando en torno a un cono invertido de cristal que también rotaba sobre una gran base centrípeta.

Atravieso las paredes del bloque de laboratorios y de las habitaciones contiguas físicamente. ¡Mis átomos han dejado de ser materiales, se están comportando de otra manera! Atravieso las cosas materiales como si cruzara una cortina sonora, un siseo raspante. Tengo el dominio de la materia.

—¡Alto! —ordena y amenaza una voz.

Es un solitario guardia, no es común: tengo que vérmela con un androide y me ha descubierto con sus sensibilísimos sensores térmicos. Le presto poca importancia y rápidamente gano el laboratorio contiguo, adelantándome al formidable golpe de dos potentes rayos de luz coherente que impactan en la pared. Tropiezo con otros androides. El más cercano no me permite otra alternativa de aplastarle el cráneo, de nada le sirve el blindaje de fuerza. Los demás me apuntan sus mortales miradas de rayos volatilizantes, pero se contienen ante la perspectiva de dañar delicados artefactos. Aprovecho la avenencia para alejarme.

Un pasillo me lleva hasta una estancia donde una colosal maquinaria de androides y autómatas ha quedado inutilizada. Es una fábrica cruel... Dentro de un incubador las células cerebrales de numerosos cerebros artificiales continúan multiplicándose, la falta de energía para completar los requisitos de un cerebro humano las matará. Corazones todavía amorfos, palpitan dentro de gaseosos y húmedos caldos de cultivo. Numerosos huesos acabaron su desarrollo en otros caldos. Órganos glandulares productores de hormonas oscilan... Y hay muchos otros incubadores brindando delicadas condiciones de vida a diferentes órganos en formación... Los productos de esta fábrica se destinan para armar nuevos androides...

—¡Ahí está! —llegan guardias androides y me apuntan—. ¡Destruyanlo, sin reparar en nada, destrúyanlo!

Tres delgados haces de luz vaporizan a una incubadora, no hay ruido. Mientras otros rayos rebotan del piso, ágilmente me escondo tras una sólida prolongación metálica. Destruyen mi escondite. ¡Pero ya no estoy ahí! ¿Adónde me fui? Surjo tras una lejana cápsula y la desintegran inmediatamente. Y ¿adonde? Y vaporizan todos los lugares y artefactos donde suponen me escondo.

Todo lo que vieron los androides fue espejismo, excepto lo que destruyeron. Salte a otra sala en el momento de su primer ataque. Tienen un cerebro propenso a la hipnosis, es sencillo imponerles una ilusión.

He dado con un almacén de androides, hay cientos de ellos vegetando en espera del elemental que les será añadido para animarlos. Son parte de una nueva generación.

Utilizo una lámpara teletransportadora para llegar hasta Hoge.

—¡Te esperaba! —me dice vivaz—. ¡Llegas puntualmente!

Está de pie, vestido con llamativo traje blanco y en sus manos una espada de ignición fría está a punto de ser encendida. Tiene los ojos fríos y serenos. La inmovilidad severa.

—¡Escoge el arma que quieras —dice señalándolas sobre un anaquelel flotante de cristal líquido y armazón magnético.

*«Ilusorio. Gota líquida sobre la hierba,
solitaria...»*

*Polen diseminado. Errático,
en un desierto.*

Protozoo en mares estériles.

Esporas, ¿germinarán?»

—¡No habrá lucha! —le insto—. ¡Entrégate!

—Estas en mis dominios. Entrégate tu.

—Veremos...

Se acerca con el arma, retador.

—¡Tu, lo quisiste así! —se exalta, moviendo amenazadoramente su luminosa espada y acercándomela—. Si no quieres un arma, me dará igual eliminarte.

Permanezco impasible. Ni una fibra de mis músculos se ha movido. Y lo sorprende: con un destello de voluntad, reduzco su arma a polvo.

—¡No! ¡Es imposible! —aúlla de sorpresa mirándose las manos vacías.

Finge miedo. Y retrocede enigmático. ¿Qué preparas Hoge? Su semblante deja fluir un vaho soñoliento. Insípido, no puedo darme idea de lo que se propone. Huye de la realidad... se esconde de ella.

Grosería onírica. Y:

—¡Siento un dolor intenso en mis entrañas! ¡Oh! ¡Me doblo de dolor!

¡Un dispositivo incluido en el tenue casco de la ligerísima escafandra suya convierte su fuerza mental en letalísima arma!

—¡Ja! —desdén suyo con distorsionadas características oníricas.

Es odio, concentradísimo y abyecto, con lo que me atenaza. Aumenta su potencia.

¡Me incendio! Mis interiores arden con castigos lacerantes. Luego Hoge los combina con el singular orgullo suyo. ¡El colmo del dolor!

—¡Oh, mi cabeza! —ya soy víctima de una migraña, identificablemente ajena, remedada por millones de oleadas de egoísmo doloroso. El semen putrefacto de su autor no actuaría de otra manera.

Resisto estoicamente, evitando postrarme.

Comprendo que Hoge no tiene la culpa de estos padecimientos míos. Estuvieron siempre presentes en mi interior, escondidos, esperando el estímulo apropiado para manifestarse. Me está siendo de muchísima utilidad, está sacando muchos de mis defectos escondidos al exterior... Me estoy conociendo.

Un nuevo dolor con palpitos repulsivos de aquelarre lujurioso roe esta vez mi plexo prostático. Onírica sugerencia, grosera.

—¡Es tiempo de acabar esto! —dice Hoge, gozando del espectáculo diabólicamente.

Y reúne todas las fuerzas de su infrahumanidad más soez; sobrecarga desmesuradamente el intrincado micro mecanismo-organismo de su casco y con un ademán siniestro me lo lanza.

Desde las íntimas profundidades de mi ser la gloria del amor, me acude presta, manifestada en bellísima luz azul. Desplaza inexorablemente y poco a poco, la impotencia aterrorizada del odio, lo acosa dentro de sus infinitos escondites síquicos y destruye inevitablemente. Otra luz ubi-cua de sabiduría, áurea, descontamina todas las jaquecas de mi mente exorante. También dentro de mi mismo, lo ignoto de un fuego rojizo y sus misterios castos hacen retroceder a la quejumbrosa lujuria hasta muy dentro de sus antros de silencios gritantes, para destruirlos. Entonces el ataque de Hoge llega, ya tarde; me he transformado en radiante estrella microcósmica, nada puede hacerme. Sabe que está fallando.

Al sobrecargar Hoge el letal dispositivo de su casco lo ha desintegrado, en el que confiaba para triunfar y toda la sinuosa inspiración sin control se torna contra él. Intenta arrancarse el casco no lo logra y su cabeza se convierte en una maza de carne, sesos, sangre y huesos triturados.

Su cuerpo sin vida cae, exhalando una onírica sentencia: ¡ay!, se reprocha.

El subsuelo se estremece violentamente coincidiendo con su caída. Hego está muerto pero no acabado totalmente. ¡Esperen!, para acabar

con él definitivamente me lanzo en persecución suya dentro de los universos internos de la naturaleza; debo borrar su nombre y sus recuerdos de los archivos *akhasicos*... En las ultradimensiones me llego hasta el salón principal de los archivos *akhasicos*; la atmósfera es misteriosa. Sin dudar penetro en un cuarto oscuro y caminando por un camino cualquiera encuentro una rosa dejada a marchitar, en esa oscuridad bien pudo algún trajinero pisotearla. Vienen vientos y la hieren con egoísmo caliente; un pétalo le es arrancado y arrastrado, se secará como una lágrima no llorada. Un enigmático lago acerca una orilla hasta mí, servil; la niebla la excusa, adulándola, mientras el rumor lejano de unas pisadas pensativas se acerca hasta aquí, lentas. ¿Quién? Alguien, de negro y sin rostro visible: un fragmento de misterio. Con pensamientos cavernosos me invita a seguirle y se insinúa a servirme de guía por el remanso perdido. Bien. Se adelanta caminando sobre el agua, no se hunde, sin pies y sin ruido hasta confundirse con la bruma oscura, entonces le sigo. Mis pasos también suenan, indescifrables, indiferentes: el ambiente no me conoce y no le intereso. No me hundo. Más tarde una monticular silueta insular evanece en la niebla.

—No te podré acompañar de regreso —susurra como el viento el inexistente el guía—. Tendrás que hacerlo solo. Mi trabajo acaba aquí.

Y se esfuma en la grisácea atmósfera.

El resto del camino suena a desconfianza propia. Y caen tinieblas algo más oscuras que el negro puro.

De un elevado peñón de la isla una antiquísima cruz se precipita cabeza abajo y se hunde en las negras aguas, angustiosamente. Dentro del agua y junto la orilla, semienterrados en la arena turbia, están dispersos los restos de numerosos naufragios ocurridos en la noche de los tiempos y a partir de entonces. Por todas partes herrumbrosos símbolos angélicos se descomponen bajo la intemperie imposible; una joya arqueológica, apenas definible, con gastados caracteres dice: Morir, Nacer, sacrificio; y más allá, otra joya con un fragmento glorioso escrito en una de sus caras raídas: Dolor es tu camino...

—¡Hoge! —llamo desde la húmeda ensenada.

Responden incontables ecos montañosos llamándolo insistentemente. Por mucho tiempo. Y cuando las réplicas cansadas se trocan por insinuaciones anímicas de ausencia, una tormenta lejana se desata sobre la ínsula. El trueno, adolorido gime y bosteza, así disculpa la tardanza de los iracundos relámpagos. Muy pronto es traída hasta aquí, por poderosos vientos de mala voluntad, una enigmática silueta humana.

¿Hoge? Un relámpago lo descubre. Viene por un camino empedrado por lamentos. El tiempo las ha tallado torpemente. Viene sin prisa.

El sonido de la lluvia, el resbalar del agua por las laderas, el aullante viento, el golpe de las olas espumantes y muchísimos otros sonidos de tormenta, tienen la atinada inspiración de la neurosis. Locura egóica, oscuridad reinante.

Otro relámpago ubica a Hoge bien cerca.

Sonidos de oscuridad. Chapoteo de pies. Y:

—¿Me llamabas? —pregunta anónimo desde las tinieblas coincidiendo su dura voz con un cimbrante trueno.

—Sí. Te llamaba.

—¿Para qué? —sonido de tormenta.

—No es necesario decírtelo. Tú lo sabes.

Una nueva explosión luminosa me permite verlo erguido frente a mí. Impasible. Una larga toga de sedas nocturnas cubre su cuerpo armoniosamente tallado en marfil sanguíneo. Con el agua resbalándole sobre los ademanes soberanos, se defiende:

—¿Lo sé? Estas equivocado.

¡Cuanta sinceridad!, si no supiera quien es.

Levanto mi espada. Refulge maravillosamente con el oro de los espíritus excelsos. Hoge respinga de sorpresa, el entorno también. Luego, un silencio mortal remplaza a la noche tormentosa.

—No, estás equivocado —piensa—. Supón lo que quieras.

¡Él cree su propia mentira!

Noche trémula y expectante.

Le apunto mi espada. ¡No lo soporta, se siente herido! Y sufre espantosa transformación: sus carnes se le pudren repulsivamente, escapándosele con el hedor, hasta quedar transformado en iracunda osamenta.

Noche iracunda.

Me hunde sus hipnóticos ojos insistentes y energéticos. El infinito odio que siente permite la huida de su propio universo interior, la ínsula, el lago, todo, en diferentes direcciones, desaparecen. Y rugiendo imprecaciones hurga dentro de su flácida vestimenta, de donde saca una tétrica guadaña filósísima y de mango anormalmente largo; me la descarga con exagerada vehemencia. Me forza a utilizar todo el vigor de mis brazos al frenar el arma por el mango en el que va incluida una descarga

eléctrica de alto voltaje. Enseguida anticipándose a mi contraataque desaparece, se hace invisible.

Siniestra osamenta, tengo la seguridad que no te podré encontrar en torno, tengo que hacerlo en mi interior, es la única manera... Autoobservate Ourus... ¡Más mucho más! Medita, introviértete: Como es adentro, es afuera. Como esa arriba, es abajo.

Lo siento cerca ¿donde? Palpita su corazón, por todas partes. Volteo rápidamente, obedeciendo a un llamado interno mío para frenar la guadaña dirigida a cercenar mi garganta. Vuelve a la invisibilidad precedido por el resonar insondable de los metales golpeados.

Osamenta mineral estas buscando la ubicuidad para atacar infaliblemente. Inflamo mi arma y giro sobre mi mismo, formando en torno mío una estela protectora con los colores del arco iris. No, esto lo mantiene alejado, y lo que tengo que hacer es acercarlo a mi, debo tenerlo al alcance para eliminarlo. Así, teniéndolo cerca, el riesgo es mayor, pero hay que correrlo. Infinidad de ojillos me observan. Y surge inesperadamente delante mío ¡transformó la guadaña en cimitarra! La bloqueo y diestramente le atravieso el torso... No; mi acción llego tarde: se ha vuelto a escurrir.

Aguzo todos mis sentidos, tratando de descubrirlo. Algo indefinible se cierne a mis espaldas, seseante, inconfundiblemente enigmático, triunfador. ¡Acércate!: pienso. Más, un poco más. Y giro, rápidamente, como nunca lo hice. Corto carne ¿carne? y huesos. Una explosión de llamas lo trae a la visibilidad. ¿Es alarido lo que se oye? No, se le parece.

Hoge luego de incendiarse se reduce a polvo; a algunos gramos de polvo. Una brisa síquica, la desaparece pacientemente... Algo terco en el ambiente trata de reunirla vehementemente, hasta que al fin desiste..., se resigna.

EPILOGO

Mi espada brilla victoriosa. Lanza rayos gloriosos, divinales, íntimos, muy suyos, abarcando la inmensidad. El universo se conmueve víctima de una tempestad sideral. Devastadora.

Principio o final.

Caos u orden. ¿Qué hay?

Me absorbe una nirvánica sensación desconocida. Un poema de maravillosas luces se extiende en frente mío. Hasta que de pronto lo abstracto sonrío, tomando venerables formas humanas inexpresivamente andróginas: Vienen seres sagrados en multitud con ropajes inmaculados, irradian una fragancia de cielos hechos con himnos de sinceridad insondable.

—¡Bienvenido! —susurra una sinfonía.

Salutación pronunciada por un solo ser.

—¡Bienvenido! La anuencia por la que estás aquí, es la de tu ser. De nuestro ser.

La razón de ser, el mismo ser.

Luego de callar esa sutilísima sinfonía. el verbo divino de otro ser, del ser, crea una forma sensible para expresarse:

—¡Soy el Regente de todo este cuerpo planetario! Mis agradecimientos van para ti por haber contribuido a su limpieza...

Su presencia lo abarca todo; pero al mismo tiempo lo siento delante mío, maravillosamente condensando en un sólo individuo.

—Mis agradecimientos por haber ayudado —continúa—. a nuestro planeta, a este individuo estelar a recuperar su verdadera conciencia. Te estamos agradecidos el que hayas contribuido con nosotros a desintegrar tu propia legión egoica y al mismo tiempo la del planeta. Como bien lo sabes, Hoge solamente se encontraba en ti, nada más que en ti. Su presencia fuera de ti, en el exterior, no era más que un remedo de tu interior. ¡Jamás existió fuera de ti!

Estuve tan absorto desde un principio que no me di cuenta que mi cuerpo físico fue depositado en un lecho de fragancias indescriptibles.

Puedo verlo descansando, muy cerca. Suponía que mi cuerpo aún permanecía en los destruidos laboratorios del soterrado.

—Te lo trajimos, librándolo de la convulsión cataclísmica, que luego de la muerte de Hoge, lo desbarató todo...

Sin duda lo habrá remecido hasta los cimientos. Más de lo que imagino. El soterrado ya no existe.

—Podrás disponer de él cuando quieras.

—¿Isis?... Ella ¿donde está?

—Más allá del tuyo —señala.

¡Maravillosa! Empieza a despertar del largo sueño forzado.

—¿Las demás personas? ¿Las damas?

—Todas tratadas conforme a la ley.

Significa que muchísimas, casi todas murieron física y síquicamente; otras convalecen; algunas están indemnes. La ley es mucho más.

Mucho más.

Despierto mi cuerpo durmiente, en el preciso instante en que Isis me obsequia su amorosa mirada.

Y se nos llama:

—Los necesitamos.

Me muevo con desacostumbrada torpeza, tengo que acostumbrarme de nuevo a mi cuerpo físico. Acudimos. ¡Oh, el cosmos rota alrededor del Verbo!: Ellos han abierto una puerta cósmica, delante nuestro; para nosotros es nuevo lo que guarda.

—Isis. Ourus, antes venid.

Obedecemos.

—¡Mirad! —se nos señala en determinada dirección apartando nuestra atención de la puerta cósmica.

Nos muestran el Nirvana con todos sus goces santos, con toda su belleza divinal, con todo su esplendor celestial.

—¿Gustan de estos lugares? Podéis quedaros, ambos se lo merecen. No más dolores, no más esfuerzos, no más preocupaciones. Dicha eterna.

Y los dioses de esas regiones, extáticos de divinidad exaltan el paraíso con inefables sugerencias felices:

—Vengan con nosotros si lo desean.

Introvierte la invitación.

No, me viene una iniciativa rebelde. Es tedioso, ingénitamente agradable. Sagrado sedentarismo por la eternidad. No.

—Agradecemos vuestra sinceridad —replicamos con sutil negativa.

—¡Mirad, en esta otra dirección! —vuelve el Regente planetario.

¡Oh! Mi corazón osado es estimulado ante la nueva visión de un duro camino que desaparece en lo alto del infinito. Preferimos esta opción, dinámica, estimulante y voluntariosa. Ingénito nomadismo el nuestro.

—¡Quiero ayudar a las humanidades sufrientes!

Derrotero por engendrar.

—Con amor y sabiduría —dice la sinfonía cósmica—, respetamos vuestra voluntad.

Agradecemos a los seres que nos rodean. Y, agradecemos al creador de todo lo existente. Y muy despacio nos alejamos.

—Recuerden —dicen—. ¡Son uno!

Con calma nos materializamos en una porción continental que poco antes perteneció al fondo del mar. Las estrellas brillan como nunca lo hicieron; las contemplo sin verlas, maravillado. Ellas no existen, son. Abarcan los límites de la noche; de esta noche original, nueva y prístina. El légame de lo que fue el fondo oceánico huele a creación, a Génesis. Tras el nuevo horizonte la madre del planeta nos descubre iluminándonos con sus plateados rayos. Sentimos tanta belleza, hasta que de pronto está por amanecer...